

Natsume Sōseki



La Puerta

textos.info
biblioteca digital abierta

La Puerta

Natsume Sōseki

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2721

Título: La Puerta
Autor: Natsume Sōseki
Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 29 de abril de 2017
Fecha de modificación: 29 de abril de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <https://www.textos.info/>

I

Sōsuke sacó un cojín al *engawa* para disfrutar del sol de mediodía y se dejó caer encima con las piernas cruzadas. Al cabo de un rato, apartó la revista que hojeaba y se tumbó de costado. Era un precioso día del veranillo de San Martín. El rítmico golpear de las *geta* contra el suelo de la silenciosa calle, alcanzaba sus oídos y le producía un placer añadido. Se apoyó sobre el codo para contemplar el hermoso cielo azul que se abría más allá del alero del tejado. Parecía infinito visto desde el diminuto *engawa*. Pensó que sería muy afortunado si pudiera contemplar un cielo así algún domingo que otro. Miró con los ojos entornados directamente al sol. Su luz era tan cegadora, que acabó por darse la vuelta hacia los *shoji* donde su esposa, Oyone, cosía.

—¡Qué día tan maravilloso!

—Sí... —contestó ella lacónica.

Sōsuke tampoco parecía dispuesto a iniciar una conversación, así que se volvieron a quedar en silencio. Fue Oyone quien habló al cabo de un rato.

—¿Por qué no sales a dar un paseo?

Sōsuke rezongó; no se movió del sitio. Un poco más tarde, Oyone cayó en la cuenta de que se había dormido. Tenía las rodillas encogidas contra el cuerpo, como una gamba; su negra cabellera quedaba oculta por los brazos. Los tenía doblados de tal manera que impedían ver su rostro.

—Si te duermes ahí seguro que te resfrías —le previno.

Hablaba con un acento similar al de la gente de Tokio, pero con ciertos matices. Lo hacía con las inflexiones propias de las jóvenes japonesas que habían estudiado. Sōsuke abrió los ojos, pero no se levantó.

—Está bien —respondió en voz baja—, no me dormiré.

El silencio volvió a llenarlo todo. No muy lejos de allí pasó un *rickshaw*. Hizo sonar el timbre dos o tres veces. Un gallo cantó a lo lejos. Los sonidos llegaban a oídos de Sōsuke aunque no los escuchaba. Disfrutaba calentando sus huesos al sol. Los rayos penetraban a través de las fibras de su kimono recién confeccionado. De pronto, recordó algo y llamó a su mujer.

—Oyone, ¿cómo se escribe el ideograma *kin* en la palabra *kinrai*?

A Oyone no le sorprendía que su marido se olvidase de cómo escribir un ideograma simple. No se rio de su descuido, con esa risa tan peculiar que tenían algunas mujeres jóvenes.

—Es el mismo que para *oo* en *oomi*.

—Eso es precisamente de lo que no me acuerdo.

Oyone recorrió el *shoji* hasta la mitad y lo dibujó en el suelo del *engawa* con su regla de costura.

—Así —dijo. El extremo de la regla se quedó inmóvil en el lugar donde había realizado el último trazo. Oyone alzó la vista hacia el cielo transparente.

—Eso es. Por supuesto —dijo Sōsuke sin mirarla. Su laguna pasajera no pareció divertirle, ni siquiera sonrió. Su mujer no le dio mayor importancia al asunto.

—Hace un tiempo magnífico —dijo ella como si hablase para sí misma. Volvió a su labor y dejó abiertas las puertas que daban al *engawa*. Sōsuke levantó despacio la cabeza.

—Es curioso lo que sucede con los ideogramas, ¿no te parece? —Miró a su mujer a los ojos por primera vez.

—¿Por qué?

—Si dudas cómo escribir aunque sea el más simple, ya no sabes cómo seguir. El otro día sin ir más lejos, estuve un buen rato dándole vueltas al ideograma de *kon* en *konnichi*. Lo escribí en un papel y lo miré. Había algo que no funcionaba. Cuanto más lo miraba más me convencía de que no estaba bien escrito. ¿No te ha pasado nunca?

—No, la verdad es que no.

—Será que solo me pasa a mí... —admitió Sōsuke dándose un golpe en la cabeza.

—Me parece que hay algo dentro de ti que no marcha bien.

—Supongo que estoy bastante alterado.

—Sí —asintió ella mirándole a la cara.

Al fin se levantó. Pasó por encima de la labor de su mujer, atravesó el *chanoma* donde ella cosía y abrió las puertas del salón contiguo. Como el zaguán situado al sur impedía el paso de la luz, fue incapaz de distinguir con sus ojos, aún cegados por el sol, las puertas situadas al fondo de la habitación. Al llegar allí las abrió de par en par. Salió a la parte más oriental del *engawa*, donde se alzaba un gran desnivel que parecía oprimir el alero del tejado de tal manera, que hasta al sol de la mañana le costaba un enorme esfuerzo dispersar las sombras. En la ladera había crecido la hierba. No había piedras de contención, por lo que siempre existía el temor a que se produjese un deslizamiento de tierras. Por extraño que pudiera parecer, nunca había ocurrido. Quizás por eso el propietario lo había dejado así tanto tiempo. El dueño de la frutería, que llevaba unos veinte años en el barrio, le dijo, un día que llevó un encargo a la casa, que hubo una época en que la pendiente estuvo cubierta por un bosquecillo de bambú, pero que cuando los cortaron no llegaron a arrancarlos de raíz. Esa era la razón de que la tierra estuviera más firme y sujeta de lo que había esperar. De ser cierta aquella historia, a Sōsuke le extrañaba que no hubiera vuelto a brotar el bambú. El hombre le explicó que una vez cortados, ya no brotan con tanta facilidad. En cualquier caso, podía estar tranquilo, estaba convencido de que la tierra no se desplomaría sobre ellos. Lo dijo con mucha seguridad, como si la ladera fuese responsabilidad suya. Después se marchó.

El muro de contención no lucía el esplendor de los colores del otoño. El único indicio de que estaban en esa época era la ausencia de fragancia en la hierba, el aspecto desaliñado de la ladera. No había ni rastro de gramíneas, ni de hiedras u otras delicadas hierbas propias de la estación. En lugar de eso, surgían por aquí y por allá como recuerdo de otra época unos ásperos retoños de bambú. Estaban ligeramente teñidos de tonos dorados. Daba la impresión de que si uno se tumbaba encima de ellos cuando los acariciaba el dulce tacto del sol, el calor del otoño que subía por la pendiente terminaría por alcanzarle. Como Sōsuke salía siempre de casa al rayar el alba, y no regresaba al menos hasta pasadas las cuatro de la tarde, en raras ocasiones tenía la oportunidad de deleitarse en la contemplación de la cumbre a esa hora del día, cuando el sol alcanzaba su cénit.

Salió del oscuro cuarto de baño y se lavó las manos. El agua se escurría entre sus dedos. Miró distraído más allá del límite de su casa hacia donde crecía el bambú. De la punta de algunos brotes, nacían las hojas como si fueran los pelos de la cabeza tonsurada de un monje. Se enrollaban unas sobre otras, hacia abajo, sin dejarse rozar por el viento.

Sōsuke cerró las puertas, volvió al salón y se puso de cuclillas frente a la mesa. Si llamaban salón a aquella estancia, era solo porque allí recibían a sus invitados. En realidad no era más que un estudio, un pequeño cuarto de estar a lo sumo. En la parte orientada al norte, estaba el *tokonoma* de donde colgaba una extraña pintura en rollo frente a un florero de color rojo pardo de dudoso gusto. No había cuadros en las paredes, tan solo dos clavos torcidos de latón brillante. También había una librería con las puertas de cristal cerradas. Nada en su interior despertaba suficiente interés como para atraer su mirada. Abrió los cajones de la mesa. Estaban rematados en oro y plata. Lo revolvió todo buscando algo. Al no encontrarlo, cerró con un golpe seco. Destapó el tintero y empezó a escribir una carta. Cuando terminó, la metió en un sobre y se quedó pensativo unos instantes. Se volvió hacia su mujer que seguía en la habitación de al lado.

—¿Cuál es el número de la casa de los Saeki? —le preguntó.

—¿No era el número veinticinco? —contestó ella—. Una carta no basta —añadió cuando Sōsuke escribía el número en el sobre—. Deberías ir a verla personalmente.

—De todos modos, déjame que lo intente primero por carta, aunque sea inútil... Si no consigo nada, iré a verla. —Sōsuke ponía mucho énfasis en lo que decía. Como no obtuvo respuesta de su mujer, añadió—: Eso será suficiente, ¿no crees?

Oyone no tenía una opinión tan formada como para contradecir a su marido en este asunto, por eso no quiso apremiarlo. Sōsuke salió del salón con la carta en la mano. Se dirigió al recibidor y de allí a la calle. Oyone se levantó cuando su marido se disponía a salir de casa. Fue hasta la entrada para despedirle.

—Voy a dar un paseíto solamente.

—Buena idea —le respondió ella con una sonrisa.

Media hora más tarde, Oyone escuchó el ruido de la puerta principal. Dejó a un lado su labor y se dirigió al recibidor por el *engawa*. Pensó que su marido ya había regresado, pero en realidad era Koroku, su hermano pequeño. Aún llevaba puesta la gorra del uniforme del colegio y un abrigo de lana negro que casi le tapaba los pies.

—Hace calor —dijo él mientras se desabrochaba el abrigo.

—Vas demasiado abrigado... ¿No te parece una prenda demasiado gruesa para este tiempo?

—Pensé que haría frío después de ponerse el sol —explicó Koroku. Siguió a su cuñada hasta la habitación contigua. Cuando vio el quimono en el que estaba trabajando dijo—: Veo que sigue tan ocupada como de costumbre.

Se sentó frente al brasero. Oyone apartó la labor para sentarse frente a él. Retiró la tetera del fuego y echó un poco más de carbón.

—No se moleste por el té, por favor.

—¿No quieres té? ¿Entonces qué tal un dulce? —le preguntó ella divertida.

—¿Tiene?

—No. No tengo —respondió con franqueza—. Espera un momento. Debe de quedar alguno —se desdijo un instante después.

Quitó de en medio el cesto donde guardaba el carbón del brasero y se levantó de un salto. Abrió la puerta de una pequeña alacena. Rebuscó en su interior. Koroku no apartaba la vista del lugar donde su *haori* dejaba al descubierto su *obi*. Estuvo mucho tiempo buscando. Al final, a Koroku no le quedó más remedio que intervenir.

—No se preocupe por el dulce. Mejor dígame dónde está mi hermano.

—Tu hermano acaba de... —Oyone le respondió sin interrumpir su búsqueda. Al final cerró las puertas de un portazo —. Es inútil. Sôsuke ha debido de comérselo.

Se volvió a sentar junto al brasero.

—Está bien. Entonces puede invitarme a cenar.

—De acuerdo. —Miró al reloj que colgaba de la pared. Eran casi las cuatro. Contó en voz alta las horas que faltaban para la cena—: Cuatro, cinco, seis en punto.

Koroku la observaba sin decir nada. En realidad, no le entusiasmaba la idea de quedarse a cenar.

—Cuñada, ¿sabe si mi hermano ha ido a ver a los Saeki?

—Lleva tiempo pensando en hacerlo, pero sale de casa muy temprano y regresa muy tarde. Cuando vuelve está tan cansado, que el simple hecho de ir a bañarse ya le supone un enorme esfuerzo. Te pido que no seas muy duro con él.

—Sé perfectamente lo ocupado que está, pero hasta que no solucionemos este asunto mi cabeza va a estar tan revuelta que voy a ser incapaz de concentrarme en los estudios.

Había agarrado las tenazas del brasero mientras y ahora jugueteaba con las brasas y hacía trazos sobre las cenizas. Oyone observaba sus movimientos.

—Al menos ha escrito una carta —dijo para consolarle.

—¿Qué decía?

—No la he leído, pero estoy segura de que les hablaba del asunto. Volverá pronto y podrás preguntarle tú mismo.

—Bien. Si ha escrito a los Saeki será en relación con eso. Seguro.

—Sí, les ha enviado la carta hoy mismo. Supongo que ha salido para echarla al buzón.

Koroku no tenía ganas de seguir escuchando las disculpas de su cuñada. Sabía que solo pretendía consolarle. Si su hermano tenía tiempo para salir a dar un paseo, bien podía haber ido a ver a los Saeki directamente en lugar de enviarles una carta. No estaba de muy buen humor. Se fue al salón, alcanzó un libro de tapa roja, vio que lo había escrito un autor extranjero y empezó a hojearlo.

Sōsuke se acercó a la tienda de la esquina para comprar cigarrillos y un sello. Echó la carta en un buzón que había cerca de su casa. No tenía ganas de desandar el camino de vuelta. Siguió adelante mientras el humo de su cigarrillo se desvanecía en el aire otoñal. Le dieron ganas de alejarse de su casa, de grabar en su mente un mapa de las calles de Tokio. Más tarde, decidió regresar con sus impresiones de domingo para darse el lujo de echarse una buena siesta. Respiraba el aire de Tokio durante todo el año; tomaba el tranvía a diario para ir y volver del trabajo; pasaba mañana, tarde y noche por las mismas calles atestadas de gente, pero lo hacía siempre tan fatigado de cuerpo y de alma que tenía la sensación de moverse en un sueño completamente ajeno a él y a todo cuanto le rodeaba. Incluso había llegado a perder la conciencia de que vivía inmerso en la agitación de la gran ciudad. En condiciones normales estaba tan ocupado que no tenía siquiera tiempo de pensar en ello. Cuando llegaba el último día de la semana, ese día en el que podía descansar para intentar recuperarse, se daba cuenta de la tensión que implicaba su vida diaria. Vivía en pleno centro de Tokio y ni siquiera disponía de un momento para disfrutar de la ciudad. Pensar en ello le provocaba una profunda melancolía.

En ocasiones así se lanzaba a las calles. Si por alguna razón disponía de algo de dinero, llegaba incluso a plantearse la posibilidad de disfrutar de alguno de los placeres que ofrecía la gran ciudad. Pero su melancolía no era lo suficientemente profunda como para empujarle a hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Antes de dejarse llevar por uno de esos impulsos, reflexionaba y acababa por reírse de su locura. Por si fuera poco, el estado en que normalmente se encontraba su cartera le aconsejaba prudencia. En lugar de molestarse en descubrir cómo satisfacer sus anhelos, se daba cuenta de que resultaba mucho más agradable volver a casa con las manos protegidas bajo las solapas del kimono. Un simple paseo por la ciudad, un inocente vistazo a los escaparates de alguna galería comercial, solían ser suficientes para aliviar su melancolía hasta el domingo siguiente.

Tomó el tranvía. A pesar del buen tiempo había menos pasajeros que de costumbre, por lo que el trayecto le resultó agradable en extremo. Había un cierto aire de serenidad en sus compañeros de viaje; cada uno de ellos mostraba un aspecto sosegado y tranquilo. Nada más sentarse, se acordó de la lucha diaria que había que mantener de lunes a sábado en la línea Marunouchi para conseguir un sitio. La tomaba todas las mañanas a la misma hora, y estaba tan atestado que para entrar tenía que hacerlo dando empellones a los demás viajeros, que respondían con la misma moneda. No había gente más grosera que los usuarios del tranvía en plena hora punta. Nunca había encontrado una sola muestra de calor humano en ellos, aunque se sujetase de las agarraderas, o aunque ocupase uno de los asientos tapizados de terciopelo. A pesar de su hastío, aceptaba como algo natural el hecho de haberse convertido en una especie de máquina que alineaba sus rodillas con las de los demás cuando conseguía un sitio, que rozaba su hombro con el del resto cuando no le quedaba más remedio que permanecer de pie en el mismo vagón hasta llegar a su parada, de la que se bajaba mecánicamente.

Frente a él había una mujer mayor con una niña que no tendría más de ocho años, probablemente su nieta. La mujer acercaba su boca a la oreja de la niña para decirle algo. Junto a ellas había una mujer que aparentaba unos treinta años. Una dependienta, quizás. Las miraba con interés. Al final se dirigió a ellas. Le preguntó el nombre y la edad a la niña en tono cariñoso. Sōsuke sentía como si estuviera en otro mundo. Por encima de sus cabezas, colgaban gran cantidad de anuncios que colmaban hasta el más mínimo espacio del vagón. En condiciones normales no les habría prestado ninguna atención, pero en ese momento, quizás por aburrimiento, empezó a leerlos de uno en uno: «*Le resultará más sencillo si deja su mudanza en nuestras manos*», decía el más grande de ellos. En el siguiente, dispuesto en líneas consecutivas, se podían leer las siguientes frases:

*Si se preocupa por su economía,
si se preocupa por la higiene,
si le asustan los incendios accidentales.*

Más abajo, cerca del límite inferior del anuncio decía: «*Utilice ollas de arroz a gas*». Junto al texto se veía el dibujo de una olla sobre una llama. El tercero anunciaba con letras blancas sobre fondo rojo la adaptación al japonés de una popular novela de Tolstói, que una compañía teatral representaba en aquel momento.

Diez minutos después, había leído cada uno de los anuncios al menos tres veces sin pasar por alto ni un ideograma. Ni que decir tiene que no tenía ninguna intención de ir a ver ninguna representación, ni de comprar ninguno de los productos anunciados, pero estaba satisfecho por haber podido imprimir todos aquellos mensajes en su mente, por haberlos leído con calma hasta comprender todo lo que decían. Su ritmo de vida solo le permitía dedicarse a esos lujos los domingos. Sus idas y venidas a diario eran cualquier cosa menos relajadas. Disfrutar de esa calma le producía un cierto orgullo.

Se bajó en Surugadai-shita. Nada más descender, le llamó la atención el esmerado escaparate de una librería situada justo a su derecha. Se quedó un rato mirando, fascinado por las letras doradas y por las distintas texturas de las portadas de los libros. Conocía muchos de los títulos, por supuesto, pero no tenía ninguna intención de entrar a hojearlos. Durante una época fue incapaz de pasar frente a una librería y no entrar. Una vez dentro, siempre terminaba por encontrar algo que le interesaba, pero eso sucedió mucho tiempo atrás; era parte de una vida que había terminado para siempre. Había un libro en mitad del escaparate bellamente encuadernado que llamó especialmente su atención. Se titulaba *Historia del juego*. Cruzó al otro lado de la calle con una sonrisa en los labios. En esta ocasión se fijó en el escaparate de una relojería en la que mostraban todo tipo de relojes de oro expuestos con sus respectivas cadenas. Se sintió feliz admirando sus formas y colores, aunque no se sentía particularmente deseoso de poseer ninguno de ellos. Le sorprendió que no fueran caros. Más tarde se detuvo unos instantes frente a una tienda de paraguas; después delante de una de ropa para caballeros. Se fijó en una elegante corbata expuesta junto a un

sombrero de seda. Sin duda, era mucho más bonita que la que él llevaba a diario. Entró para preguntar el precio. Ya estaba casi dentro de la tienda cuando se lo pensó mejor. Después de todo, qué ganaba él si aparecía al día siguiente en el trabajo con una corbata nueva. Rechazó la idea de gastarse el dinero en esas tonterías y se dio media vuelta. Continuó su recorrido. Se plantó frente a una tienda de quimonos. Leyó los nombres de los distintos tipos de tejidos, la mayoría de cuyas denominaciones le eran completamente desconocidas hasta ese mismo instante. Justo al lado estaba la sucursal tokiota de una famosa casa de moda de Kioto. Se quedó un buen rato allí plantado con el ala del sombrero aplastada contra el escaparate. Contemplaba fascinado los delicados bordados de los *hanekis*. Había uno especialmente elegante que seguro que le sentaría muy bien a su mujer. Le cruzó la mente la idea de entrar y comprárselo, pero pensó que ese gesto habría tenido sentido cinco o seis años antes, no en ese momento. No era una mala idea del todo, pero se la sacó de la cabeza como pudo. Continuó su camino con una amarga sonrisa dibujada en los labios. Le inundó un sentimiento de futilidad. De pronto, pareció dejar de estar interesado por la gente y por las tiendas.

Sin embargo, algo llamó su atención una vez más. Era un quiosco situado en una esquina de la calle, que exhibía las novedades editoriales más recientes, con carteles impresos en grandes caracteres. Algunos de los anuncios no eran más que pequeños retratos colocados sobre tablillas de madera; otros eran algo más grandes y formaban diseños de lo más variados. Leyó todos y cada uno de los anuncios. Conocía a alguno de los autores además de los títulos a los que hacían referencia, pero había otros que le resultaban completamente desconocidos. Cerca de allí había un hombre que rondaría la treintena, tocado con un bombín. Estaba sentado en el suelo despreocupadamente, con las piernas cruzadas. Se dedicaba a vender unos globos de considerable tamaño. Los hinchaba hasta que adoptaban el aspecto de un *dharma* regordete. A Sōsuke le divertía contemplar los ojos y la boca del personaje dibujado en el globo, perfilados con tinta. Cuando el hombre hinchaba los globos, los mantenía en equilibrio sobre la palma de su mano, impulsándolos y haciéndolos bascular con la punta de sus dedos. De vez en cuando introducía algo por la abertura inferior, como un palillo de dientes, y el globo se desinflaba rápidamente.

Por la calle paseaba muchísima gente, pero nadie prestaba atención al hombre del bombín. Aparentemente impertérrito ante la indiferencia general de los transeúntes, y ajeno a cuanto sucedía a su alrededor, el hombre seguía sentado en la esquina de un concurrido cruce con las piernas cruzadas hinchando globos y voceando: «¡Globos, globos para los niños!». Sōsuke rebuscó en su bolsillo unas cuantas monedas. Compró uno. El hombre lo desinfló. De pronto, le entraron ganas de ir a un barbero para darse un buen corte de pelo, pero antes de que pudiera encontrar uno de su gusto, se dio cuenta de que el sol ya se ponía. Así que, resignado, tomó el primer tranvía a casa. Al llegar al final de la línea, entregó el billete al revisor. El cielo ya había perdido el color. Las sombras negras acechaban en las frías y húmedas calles. Se agarró al pasamos metálico para salir. Su tacto le resultó gélido.

Los demás pasajeros se fueron dispersando en todas direcciones. Se quedó solo. Entonces miró hacia el final de la calle y vio lo que parecía una delgada columna de humo blanco que se deslizaba entre los aleros y los tejados de las casas situadas a ambos lados. Caminó a buen paso en dirección al parque. Le invadió la tristeza por ese magnífico domingo que tocaba a su fin. Al día siguiente tendría que sumergirse una vez más en la frenética vorágine de la ciudad. Le fastidiaba tener que esperar toda una semana para poder disfrutar de otro día libre. Los seis días que tenía por delante sin la perspectiva del más mínimo reposo, se le antojaban sumamente penosos. Mientras caminaba se imaginó la escena que se repetiría una y otra vez a lo largo de la siguiente semana: la enorme y oscura oficina, carente casi de ventanas, donde el sol apenas entraba, la cara de su colega de trabajo sentado frente a él durante horas, la voz de su jefe gritándole: «¡Nonaka, venga un momento por favor!».

Pasó por delante de la casa del pescadero, Uokatsu. Cinco o seis calles más allá, se metió por un callejón estrecho cerrado en su extremo por una ladera. A derecha e izquierda había una serie de casas de alquiler. Eran todas iguales. Hasta hacía poco, se levantaba entre ellas una vieja casona de aspecto melancólico con un jardín cubierto de cedros japoneses donde, al parecer, había residido un antiguo vasallo de la época Edo. Pero el hombre que vivía actualmente en lo alto de la cuesta, Sakai, la había comprado y había ordenado sustituir su tejado de paja, arrancar de raíz los cedros y reconstruirla para darle el mismo aspecto que las demás edificaciones. La casa de Sōsuke era la última de la izquierda, la que estaba justo al pie de la cuesta. Era algo oscura y lúgubre, pero como estaba alejada de la calle principal, tenía la ventaja de ser más silenciosa que el resto. Fue precisamente eso, después de considerarlo mucho, lo que les empujó a él y a Oyone a decidirse por ella en lugar de haber elegido cualquier otra.

Como el anhelado domingo, que tardaría seis días más en regresar, tocaba a su fin, Sōsuke apretó el paso. Se le ocurrió que más tarde podría ir a los baños públicos. Si después le sobraba aún algo de tiempo, iría al barbero y daría por finalizado el día disfrutando de una agradable cena. De la cocina de su casa llegaba el ruido de platos y cacharros entrechocando. Cuando entró en el recibidor, tropezó con las *geta* de Koroku. Se agachó para colocarlas de nuevo en su sitio. Su hermano pequeño apareció frente a él. Se escuchó la voz de Oyone desde la cocina.

—¿Quién es? ¿Tu hermano?

—Hola Koroku. Has venido —le saludó Sōsuke antes de dirigirse al salón. Desde que había echado la carta al buzón, no había vuelto a pensar en él. Verle allí le hizo sentirse culpable y avergonzado—. ¡Oyone! —dijo a su mujer—. Ya que está aquí Koroku, ¿por qué no preparas algo especial para cenar?

Oyone había dejado abierta la puerta de la cocina.

—En un minuto —dijo como si lo que le pedía su marido fuera una obviedad. Hizo ademán de volver a la cocina, pero algo la detuvo—. Koroku, ¿no te importa cerrar las contraventanas y encender la lámpara de queroseno? Kiyō y yo estamos ocupadas.

—De acuerdo —respondió él solícito poniéndose manos a la obra.

Desde la cocina llegaba el sonido del agua hirviendo y el de los golpes secos del cuchillo de Kiyo al cortar las verduras.

—¿Dónde pongo esto? —le preguntó la chica a Oyone.

—¿Dónde están las tijeras para cortar la mecha de la lámpara? —En esa ocasión era Koroku el que preguntaba antes de que su cuñada hubiera podido contestar a la primera pregunta.

Se escuchó el chisporroteo que las gotas de agua hacían al caer sobre las brasas.

Sōsuke se sentó en silencio en medio del salón. Puso las manos sobre el brasero para calentárselas. El único color que se adivinaba en la oscuridad circundante, era la tenue llama roja que ascendía desde las cenizas. La hija del propietario de la casa, que vivía en la parte más alta de la cuesta, empezó a tocar el piano. Sōsuke salió de su ensoñación. Se levantó para cerrar las contraventanas del salón. Sobre los bambúes, sombras grises recortadas contra el cielo, resplandecían unas cuantas estrellas. Las notas del piano le envolvieron.

III

Cuando Sōsuke y Koroku volvieron de bañarse, con sus respectivas toallas colgadas al hombro, la cena que había preparado Oyone estaba servida ya en la mesa del salón. Las brasas resplandecían, más vivas si cabe que cuando ellos se marcharon. La lámpara de queroseno iluminaba la habitación. Sōsuke empujó un cojín desde donde estaba su mesa de trabajo y se sentó encima. Oyone se hizo cargo de su toalla y del jabón.

—¿Qué tal estaba el agua? —preguntó.

Sōsuke respondió con un gruñido con el que en realidad intentaba mostrar su satisfacción.

—Estaba en su punto —respondió Koroku volviéndose hacia Oyone.

—Había demasiada gente —puntualizó Sōsuke. Levantó las rodillas y las apoyó en el borde de la mesa.

Sōsuke solía volver del trabajo cuando ya empezaba a hacerse de noche, y solía aprovechar para darse un baño antes de la cena. Era la hora más concurrida. Durante los últimos meses no había visto una sola vez el agua a la luz del día, pero lo peor era que llevaba por lo menos tres o cuatro días sin poder ir a los baños. Esperó a que pasara la semana para levantarse pronto el domingo y correr a meterse hasta el cuello en el agua caliente. Sin embargo, cuando finalmente llegó el día, prefirió quedarse en la cama hasta tarde. Después de todo, era el único día de la semana en que podía permitirse ese lujo. Allí tumbado, le costaba mucho esfuerzo levantarse para ir a los baños. Ya lo haría al domingo siguiente. Y ese mismo proceso se repetía una y otra vez semana tras semana.

—En realidad solo disfruto del agua caliente por las mañanas —aseguró.

—Y entonces dime, ¿por qué te levantas tan tarde el único día que puedes ir?

Había un tono de reproche en la pregunta de Oyone.

Koroku no dijo nada. Atribuía el comportamiento de su hermano a una especie de debilidad interior. Él, un simple estudiante, no era capaz de apreciar lo que los domingos representaban para Sōsuke. ¡Seis días extenuantes de oscuridad y tan solo uno de luz para recuperarse de semejante esfuerzo! Demasiado tiempo sacrificado como para poder condensar su antídoto en tan solo veinticuatro horas. Sōsuke quería hacer siempre muchas cosas e, invariablemente, terminaba por hacer solo una o dos de todas las que se había propuesto. Incluso así, el tiempo se le antojaba demasiado valioso como para ocuparlo solamente de esa manera. Le preocupaba estar perdiéndolo. El día tocaba a su fin y ni siquiera sentía haber estado cerca de lograr algo. Le angustiaban tanto las circunstancias del día a día, que era incapaz de encontrar la ocasión de dar rienda suelta a sus energías, dedicarse a disfrutar, a practicar algún hobby. Si no había acudido antes en ayuda de su hermano pequeño, no era por falta de voluntad, sino porque no disponía de la fuerza mental para hacerlo. Eso, por supuesto, era algo que Koroku no alcanzaba a entender. Achacaba la desatención de su hermano a su egoísmo. Veía que disponía del tiempo suficiente para ir a dar un paseo por la ciudad, para tomarse un descanso con su mujer, pero era incapaz de mover un dedo por él. Al final, Koroku llegó a la conclusión de que tenía carencia de afecto fraternal. Era un sentimiento que había nacido recientemente en él a raíz del asunto de los Saeki. Para él, con toda la fuerza de su juventud, trazar un plan implicaba cumplirlo sin demora. Cuando le había pedido a su hermano que negociara con los Saeki, esperaba una acción inmediata por su parte: mañana, si no hoy mismo. Sin embargo, el asunto se fue alargando semanas, y al darse cuenta de que su hermano ni siquiera se había tomado la molestia de ir a verles, se resintió. A pesar de todo, después de encontrarse con Sōsuke cara a cara tras una larga espera, Koroku se dio cuenta de que, al fin y al cabo, era su hermano, de que cuando le hablaba lo hacía con todo el cariño de su corazón. El amor fraternal de su hermano mayor lo desarmó. No se atrevió a sacar el asunto nada más verle; tuvieron que esperar al momento en que salieron juntos en dirección a los baños. Fue entonces cuando pudieron hablar del tema.

Los hermanos se acomodaron y se dispusieron a cenar. Oyone se quedó con ellos, sentada en una esquina de la mesa. Se sirvieron varias copas de sake, de las que dieron buena cuenta. Antes de empezar a comer, Sōsuke se sonrió y sacó el globo con forma de *dharma* que había comprado en la calle.

—¡Mira que cosa tan graciosa! —dijo. Lo infló y lo colocó en un cuenco mientras señalaba sus curiosos dibujos. A Oyone y a Koroku les hizo mucha gracia. Koroku dio un gran soprido y el globo cayó de la mesa al suelo, aunque se mantuvo erguido.

—¡Has visto! —exclamó Sōsuke.

Oyone se echó a reír. Levantó la tapa del cuenco de arroz para servir a su marido. Después se volvió hacia Koroku.

—Tu hermano sigue siendo el niño que fue, ¿no crees? —le dijo.

Parecía como si con sus palabras quisiera disculpar a su marido. Sōsuke no dijo nada para defenderse. Recibió de Oyone el cuenco de arroz y empezó a comer. Koroku también cogió sus palillos.

No volvieron a hacer mención del globo, que había dado inicio a una conversación alegre y despreocupada que se prolongó durante toda la cena. Cuando terminaron de comer, Koroku se desvió hacia un tema más serio.

—Es una verdadera lástima lo de Ito, ¿verdad?

Unos días antes, Sōsuke había leído con suma atención la edición especial del periódico que trataba sobre el asesinato del presidente Ito. Entró en la cocina, donde estaba su mujer, y le anunció:

—¡Es terrible! ¡Han asesinado al presidente Ito!

Dejó el periódico sobre el delantal de su mujer y regresó de inmediato a su estudio.

—Has dicho que era terrible, pero por tu voz no lo parecía tanto —le dijo Oyone más tarde medio en broma.

Durante los días siguientes el periódico siguió publicando numerosos artículos y columnas sobre el tema. A Oyone le resultaba imposible saber si Sōsuke los leía o no. En realidad, no daba la impresión de que todo aquello le afectase demasiado. Le preguntó en un par de ocasiones mientras le servía la cena si se había publicado algo nuevo.

—Sí, hay novedades... —le respondió Sōsuke sin extenderse en detalles. A menos que leyera el periódico que su marido llevaba guardado en el bolsillo de su abrigo, no tendría forma de conocer el desarrollo de los acontecimientos. Sacar el tema durante la cena no le conducía a nada. A partir de cierto momento dejó de molestarse por un asunto del que su marido no quería hablar, a pesar de que mantenía en vilo al resto del mundo. Fue Koroku quien sacó el tema.

—¿Por qué lo matarían? —Oyone le hacía la misma pregunta a Koroku que le había hecho a su marido el día que se conoció la noticia.

—Le dispararon varias veces... a bocajarro —respondió Koroku, que no había entendido bien el sentido de la pregunta.

—No. Lo que te pregunto es la razón por la que lo mataron —insistió ella.

Koroku no parecía conocer la causa del magnicidio.

—Supongo que fue el destino —aseguró con calma mientras sorbía el té. Oyone no quedó satisfecha con su respuesta.

—¿Por qué razón tuvo que ir a Manchuria?

—Exactamente. Esa es la pregunta —intervino Sōsuke. Tras la copiosa cena, parecía satisfecho.

—Dijeron que negociaba en secreto con Rusia —añadió Koroku con semblante serio.

—¿En serio? Pero eso es terrible... Morir de esa manera.

—Si hubiera sido un don nadie como yo, entonces sí que habría sido terrible. Para alguien como Ito, fue toda una ventaja ir a Harbin y que le asesinaran allí.

Por primera vez desde que hablaba del tema, la voz de Sōsuke denotaba algo de emoción.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Oyone sorprendida.

—Al morir asesinado tendrá más posibilidades de convertirse en una figura relevante para la historia. Nunca lo habría logrado de haberlo hecho en su cama.

—No te falta razón en lo que dices —dijo Koroku que parecía aceptar, al menos en parte, la lógica del razonamiento de su hermano—. Pero Harbin... lo cierto es que en Manchuria no existe un solo sitio seguro. No puedo dejar de pensar que antes o después explotará —añadió.

—Eso es porque en Manchuria se está juntando un montón de gente de lo más dispar.

Cuando escuchó las palabras de su marido, Oyone puso cara de extrañeza. Sōsuke se dio cuenta y puso fin a la conversación. Le pidió que retirase las cosas de la mesa. Volvió a coger el globo con forma de *dharma* y lo sostuvo sobre el aire con su dedo índice.

—Sorprendente, ¿no te parece? Fíjate cómo se sostiene.

Kiyo salió de la cocina y entró en el salón para recoger los platos. Al poco desapareció. Oyone la siguió para preparar algo más de té. Los dos hermanos se quedaron solos, sentados uno frente al otro.

—Da gusto que lo hayan recogido todo ya. No hay nada que me moleste más que ver los platos encima de la mesa cuando se ha terminado de comer.

Sōsuke expresaba de una manera peculiar su gusto por la sobremesa. Desde la cocina se oían las risitas de Kiyo.

—Kiyo, ¿se puede saber de qué te ríes tanto? —se oyó preguntarle a Oyone.

—Es que... —respondió ella antes de ahogarse aún más con su risa.

Los dos hermanos no decían nada y se limitaban a escuchar las risas de la criada.

Al cabo de un rato Oyone regresó con una bandeja de té y unos dulces. Levantó la tetera, cuya asa estaba decorada con el dibujo de una glicinia. Sirvió un té suave en las dos tazas que había frente a los hombres.

—¿De qué se ríe tanto? —preguntó Sōsuke. No miró a su mujer. No podía apartar la vista de los dulces.

—De ti... por comprar semejante invento. Dice que no paras de hacer malabarismos. ¡Igual que un niño!

—¿Eso es todo? —pregunto un poco a la ligera. La explicación de Oyone no parecía haberle convencido mucho—. Incluso yo he sido niño. Pero fue hace mucho, claro... —añadió.

Lo dijo despacio, saboreando las palabras. Miró a su esposa pero sus ojos parecían fijos en algo que había más allá de él. Oyone no contestó. Tras una larga pausa rompió su silencio para urgir a Koroku a que se comiera el dulce que había dejado delante de él. Se levantó y salió de la habitación. Los hermanos volvieron a quedarse solos.

Como la casa estaba algo alejada de la calle principal, a unos veinte minutos a pie de la última parada del tranvía, en el vecindario reinaba un gran silencio incluso antes de oscurecer del todo. Solo se escuchaba el ocasional golpeteo de unas *geta* en el exterior. El frío de la noche se hizo más penetrante. Sōsuke introdujo las manos en las solapas de su quimono.

—De día hace bueno, pero por la noche refresca mucho. ¿Aún no tienes calefacción en tu habitación?

—No, todavía no. En la escuela no la encienden hasta que hace mucho frío.

—¿En serio? Debe de ser tremendo...

—Desde luego que sí, aunque el frío lo puedo soportar. Sin embargo... —Koroku dudó un instante antes de decidirse a continuar—. Hermano, ¿qué pasa con los Saeki? Oyone me ha dicho que hoy les has enviado una carta.

—Sí. La respuesta debería llegar en un par de días como mucho. En cuanto la reciba, ya pensaré qué hago al respecto, si voy a verles o no.

Koroku reprochaba a su hermano su aparente desinterés, pero se daba cuenta de que no había nada ofensivo en su actitud. Ni siquiera hacía ademán de disculparse por no haber hecho nada hasta ese momento. Por otra parte, después del trato recibido y de la cena con la que le habían agasajado, no se sintió con fuerzas para mostrarse más exigente.

—¿Me estás diciendo que hasta hoy no has hecho nada...? —se limitó a preguntar. Lo dijo como si solo quisiera confirmar un hecho.

—Lo siento mucho, pero así es. Hasta hoy no me había decidido a escribir la carta. No he podido hacer otra cosa, tenía los nervios destrozados —dijo con gesto grave.

En el rostro de Koroku se dibujó una sonrisa amarga:

—Si los Saeki no pueden ayudarnos, dejaré la escuela y me iré de inmediato a Manchuria o a Corea.

—¿A Manchuria? ¿A Corea? Eso significaría romper con todo. ¿No acabas de decir hace un momento que Manchuria es un lugar terrible? Es un país inestable y peligroso.

La conversación entró en vía muerta. Koroku ya no tenía más argumentos para insistir en lo que le había llevado esa tarde hasta la casa de su hermano.

—Está bien —dijo Sōsuke al fin—. No te preocupes. Me hago cargo. Te diré algo tan pronto como reciba respuesta. Volveremos a hablar entonces —dijo para poner fin a la conversación.

Antes de marcharse, Koroku entró en la habitación contigua para despedirse de Oyone. Estaba sentada sin hacer nada, junto al brasero.

—Adiós. Me marchó.

Y ella se levantó para acompañarle hasta la entrada.

IV

Tal como esperaba Sōsuke, unos días más tarde llegó la respuesta de los Saeki, aunque en realidad comprobó que no era más que una breve nota. Quizás habría bastado con una pequeña tarjeta postal, pero ellos habían tenido la gentileza de escribir una carta, meterla en un sobre y franquearla con un sello de tres céntimos. Reconoció la letra de su tía.

Nada más volver del trabajo, Sōsuke se cambió de ropa. Quería quitarse cuanto antes el ajustado traje que le obligaban a llevar en la oficina. Se sentó frente al brasero. Desde allí podía ver cómo la carta asomaba ligeramente del cajón donde la habían colocado, sin duda, para llamar su atención. Apuró el té que le había preparado Oyone y rompió el sello de lacre del sobre.

—¡Mira! Aquí dice que Yasu-san está en Kobe.

—¿Cuándo se ha marchado? —preguntó Oyone que se había sentado junto a la mesa después de servirle el té a su marido.

—No lo dice. Solo que regresará «en un futuro no muy lejano».

—Un futuro no muy lejano... Sin duda es la forma de expresarse de tu tía.

Sōsuke no respondió al comentario algo acre de su mujer. Dobló la carta y la apartó a un lado. Se acarició inquieto los cuatro o cinco pelos de su incipiente barba. Oyone alcanzó la carta. No hizo ademán de ir a leerla. Se quedó sentada de rodillas y miró a su marido.

—¿Todo lo que dice es que regresará a Tokio en un futuro no muy lejano? ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que quiere decir es que cuando Yasunosuke vuelva, le preguntará. En ese momento se pondrá en contacto con nosotros de nuevo.

—En un futuro no muy lejano... Suena un tanto impreciso. En realidad no dice nada concreto.

—Así es.

Oyone desdobló la carta y la leyó como si quisiera asegurarse. Cuando terminó la dobló de nuevo.

—¿Te importa acercarme el sobre? —le pidió a su marido extendiendo su mano.

El sobre azul estaba junto al brasero. Se lo acercó. Oyone guardó la carta y volvió a la cocina.

Sōsuke no pensó más en el asunto. Recordó que aquel mismo día, uno de sus colegas de la oficina había comentado que había conocido a un general inglés de visita en Japón, cerca de Shimbashi. A Sōsuke le pareció que un hombre así causaría una gran conmoción en cualquier lugar del mundo a donde fuera. Era una de esas personas que parecen nacidas para la fama. No pudo evitar comparar el destino de ese general con el suyo propio, un destino que emergía del pasado para aparecerse ante sus ojos igual de gris y monótono que su futuro. La disparidad de su existencia con la del general Kitchener parecía negar el hecho de que ambos pertenecían a la misma especie.

Sōsuke ocupaba su mente con esos pensamientos mientras daba caladas a su cigarro. Había caído la noche y el viento arreciaba por la parte delantera de la casa. Se lo imaginó viajando, viniendo desde muy lejos para descargar toda su furia precisamente en su casa. De vez en cuando el viento amainaba. El vendaval daba paso entonces a un profundo silencio que a Sōsuke le parecía cargado de melancolía. Estaba sentado, con los brazos cruzados. Pensó que no faltaba mucho para la ronda nocturna del sereno, que hacía sonar su campana con el fin de prevenir los incendios.

Se levantó para ir a la cocina. Su mujer asaba pescado sobre unas brasas al rojo vivo. Kiyo lavaba verduras en el fregadero. Las dos estaban entregadas a su tarea en completo silencio. Sōsuke se quedó junto a la puerta, escuchando el chisporroteo de la grasa del pescado al caer sobre las ascuas. No dijo nada. Cerró la puerta y volvió a su sitio junto al brasero. Su mujer ni siquiera levantó la vista del pescado. Después de cenar, fue ella la que volvió a sacar el tema de los Saeki.

—Me imagino que también ellos tendrán sus dificultades —dijo.

—No podemos hacer nada más que esperar hasta que Yasu-san vuelva de Kobe.

—¿No sería mejor ir a verla antes para hablar un rato con ella?

—Es probable, pero estoy seguro de que pronto sabremos algo. Es mejor esperar hasta entonces.

—Ya ves que Koroku está enfadado, muy enfadado —enfaticó Oyone con una ligera sonrisa en los labios. Sōsuke se pinchó en el quimono el palillo de dientes que tenía en la mano.

Dos días más tarde, Sōsuke escribió a Koroku para decirle que había recibido respuesta de los Saeki. Le aseguraba, una vez más, que todo saldría bien. Por el momento, lo que sintió fue alivio al librarse de tan pesada carga. Hasta que

los acontecimientos no le obligasen a ocuparse del asunto de nuevo, lo mejor sería olvidarlo. Con ese pensamiento en mente salía de casa temprano para ir al trabajo y regresaba por la tarde. Raro era el día en que era capaz de reunir las fuerzas necesarias para volver a salir de nuevo. Pocas veces recibía visitas. Los días en los que no había nada especial que hacer, le permitían a Kiyo que se fuera a la cama antes de las diez. Después de cenar, Oyone y él se sentaban uno frente al otro junto al brasero y conversaban alrededor de una hora. Sus temas se limitaban a los acontecimientos del día. Nunca discutían sobre problemas de dinero, ni sobre lo difícil que se estaba convirtiendo llegar a fin de mes. Ninguno de los dos preguntaba nunca, por ejemplo, como iban a saldar la cuenta con el tendero. Y ni que decir tiene, jamás hablaban de literatura. Prácticamente nunca se enredaban con las conversaciones ligeras y despreocupadas propias de las parejas jóvenes de recién casados. A pesar de que ellos aún lo eran, ya parecían haber superado esa etapa para entrar en la del prosaico día a día. A la vista de un observador imparcial, podían dar la impresión de ser dos personas insulsas y aburridas unidas en matrimonio con el único fin de satisfacer convenciones sociales. También podían pasar por una pareja sencilla, impresión confirmada por el aparente desinterés con el que se ocupaban del asunto de Koroku. Oyone, por ser mujer, quizás no fuera tan conformista como su marido. En dos o tres ocasiones le había empujado para que actuara de un modo más enérgico.

—Me pregunto si todavía no habrá regresado Yasu-san. Quizás deberías ir a comprobarlo el próximo domingo —le solía decir.

—Sí, supongo que debería... —era toda la respuesta de Sōsuke.

Sin embargo, cuando llegaba el domingo parecía olvidar sus buenas intenciones. Oyone no insistía. Si hacía buen tiempo, era ella la que le obligaba a salir a dar un paseo. Si llovía o había viento, se contentaba diciendo que menos mal que era domingo.

Por fortuna, Koroku no se presentó de nuevo en casa. Era un joven de espíritu decidido. Cuando se proponía algo no cejaba hasta conseguirlo. En su época de estudiante, Sōsuke era igual que él. Por otra parte, no era extraño que se olvidase a mitad de camino de algo que se había propuesto al salir de casa, y se comportase como si aquello por lo que tanto se había afanado ya no tuviera ninguna importancia. En ese aspecto los dos hermanos eran iguales. Sōsuke también se había comportado así en su juventud. Si Koroku tenía una virtud era su sensatez. Si sus emociones seguían el dictado de la razón o, si por el contrario, era la razón la que pretendía justificar sus emociones, nunca se daba por satisfecho hasta encontrar, al menos, el camino que le pareciese más razonable. Cuando lo lograba, ponía todo su tesón en lograr su objetivo. Tenía una constitución fuerte, poseía una notable energía, y confiaba plenamente en su juventud para conseguir lo que quería.

Cada vez que miraba a su hermano, Sōsuke no podía evitar sentir como si se estuviera viendo a sí mismo tiempo atrás, como si estuviese reviviendo el pasado y recuperando su energía perdida. A veces sentía inquietud, otras un amargo dolor. Tenía la impresión de que el cielo ponía a Koroku delante suyo para que le recordara al joven predispuesto y sincero que él mismo fue un día. Era un pensamiento estremecedor. Se daba cuenta de que su hermano podía haber nacido para compartir su mismo destino, y entonces le invadía la desolación. Hasta entonces, Sōsuke nunca le había expresado a su hermano sus opiniones. Tampoco le había dado algo parecido a un consejo en relación al futuro. Le trataba con total naturalidad. Su vida presente era tan sobria que no dejaba translucir nada que pudiera sugerir que tenía un pasado. Por cómo trataba a su hermano, era imposible llegar a la conclusión de que era él el mayor de los dos, que contaba con algo digno de ser llamado experiencia.

Les separaban diez años. Entre medias habían nacido dos hermanos que murieron jóvenes. Además, durante el primer año de universidad enviaron a Sōsuke a Kioto, así que solo habían vivido bajo el mismo techo hasta que Koroku cumplió doce o trece años, que es cuando Sōsuke se marchó. Sōsuke recordaba aún cómo era su hermano pequeño por entonces: un muchacho tozudo, diríase que revoltoso. Su padre no había muerto todavía y la familia disfrutaba de una posición acomodada. Incluso tenían un *rickshaw* propio y un culí que se alojaba en una casita propiedad de la familia. El culí tenía un hijo tres años menor que Koroku, y ambos solían jugar juntos. Un día de verano que hacía mucho bochorno, ataron una bolsa de caramelos al extremo de un palo para atrapar las cigarras que cantaban en lo alto de un árbol de caqui. Al verlos, Sōsuke advirtió al chaval:

—Kenbo, como no te cubras la cabeza acabarás por agarrar una insolación.

Entonces le ofreció un viejo sombrero de paja que pertenecía a Koroku. Este se puso furioso al ver como su hermano mayor disponía de algo que no le pertenecía. Le arrebató el sombrero, lo arrojó al suelo y empezó a pisotearlo hasta dejarlo inservible. Sōsuke saltó sobre él desde el *engawa* y le propinó un golpe en la cabeza. Fue en ese momento cuando descubrió en Koroku una veta de maldad que hasta entonces le había resultado desconocida.

Sōsuke tuvo que dejar la universidad cuando estaba en segundo, pero las circunstancias le impidieron regresar a casa. De Kioto se fue directamente a Hiroshima. Cuando llevaba seis meses instalado en la ciudad, su padre murió. Su madre había fallecido seis años antes. De su familia solo quedaba Koroku, de dieciséis años, y la concubina de veinticinco con la que vivía su padre después de que falleciera su esposa. Después de recibir un telegrama de los Saeki informándole de su muerte, Sōsuke regresó a Tokio tras muchos meses de ausencia. Nada más terminar el funeral, se hizo cargo de los negocios familiares, así como de la herencia. Le sorprendió descubrir como un patrimonio que juzgaba considerable, resultaba en realidad mucho menor de lo que él había imaginado. Por el contrario, las deudas contraídas por su padre ascendían a un buen pico. Su tío Saeki le aconsejó que vendiera la casa, y él le entregó a la concubina dinero suficiente para que desapareciera de sus vidas. Por último, acordó con su tío que Koroku iría a vivir con ellos. Con tan poco margen de maniobra, sin embargo, no pudo encontrar comprador para la casa y no le quedó más remedio que pedirle a su tío que se encargara de pedir un préstamo para saldar las deudas.

Su tío Saeki era un hombre de negocios que siempre andaba enredado en asuntos que, invariablemente, acababan en

fracaso. Se podía decir de él que era una especie de especulador. Cuando Sōsuke aún vivía en la casa familiar, su tío Saeki, que si algo tenía era labia, trató de persuadir a su padre para que invirtiera en alguna de sus disparatadas aventuras. Su padre se vio cegado por los sustanciosos beneficios que su hermano le prometía, por eso aceptó y le entregó una respetable cantidad de dinero para invertir en alguna de las «estupendas gangas» que Saeki le ofrecía.

Al morir su padre, no parecía que los negocios de Saeki funcionaran mucho mejor que antes. Sin embargo, se sentía en cierto modo obligado hacia el difunto y, en el fondo, su experiencia le decía que a la larga todo terminaría por arreglarse. Así que se hizo cargo de inmediato de las deudas para gestionar lo relativo a la herencia. A cambio, Sōsuke dejó en sus manos la venta de la casa. Pero lo que realmente pasó fue que a cambio de conseguir un préstamo con el que saldar los pagos más acuciantes, la casa y su terreno acabaron pasando a manos de Saeki. Él se justificó hablándole del gran riesgo que correría en caso de no encontrar comprador. La mayor parte de los muebles y los efectos personales se vendieron por casi nada. Había, sin embargo, cinco o seis *kakemono* además de otras piezas antiguas, que Saeki prefería reservar hasta que encontrasen un comprador verdaderamente interesado. A Sōsuke le pareció bien la idea. Al final, lo único que pudieron sacar fueron unos dos mil yenes, y sabía que en gran parte tendría que dedicarlos a costear los estudios de su hermano pequeño. Descubrió que estaba en una situación económica más que delicada. Así que decidió no hacerse cargo del dinero y comprometerse con una asignación mensual para Koroku que no sabía si podría mantener. Le costó mucho trabajo tomar la decisión, pero acabó entregando la mitad del dinero a su tío para sufragar los estudios de Koroku. Él había fracasado, pero al menos quería que su hermano tuviera éxito en la vida. Le prometió que cuando se le acabase el dinero encontraría la forma de seguir manteniéndole, y después regresó a Hiroshima.

Seis meses más tarde, su tío le envió una carta. Venía firmada de su puño y letra. En ella le decía que por fin había vendido la casa y que ya podía despreocuparse del asunto. No mencionaba la cantidad que había percibido por la venta. Sōsuke le escribió para preguntárselo. La respuesta tardó dos semanas en llegar. Le explicaba en un tono ambiguo que no se preocupase; se trataba de dinero suficiente para satisfacer los gastos en que había incurrido tras la muerte de su padre. La explicación no satisfizo a Sōsuke en absoluto. Había quedado bien claro que Saeki se había comprometido a detallarle los pormenores de la venta tan pronto se llevase a buen término. Pensó en regresar de inmediato a Tokio, pero cuando se lo dijo a Oyone, ella le miró y, con una triste sonrisa, le dijo que no podía permitirse ir. No había nada que hacer. Lo que su mujer le decía con una naturalidad aplastante, le hizo sentir que, por primera vez, le juzgaba. No respondió. Se quedó de brazos cruzados, pensativo. Lo cierto es que Oyone tenía razón. Las circunstancias le pesaban tanto que, hiciese lo que hiciese, no tenía escapatoria posible. Al final desistió de la idea del viaje.

Como no pudo ir a Tokio, escribió tres o cuatro veces más a su tío Saeki. Siempre obtuvo la misma respuesta invariablemente, como si cada carta fuera copiada casi en detalle de la anterior: «Cuando nos veamos de nuevo, te explicaré todo con detalle».

—¡De acuerdo; si lo que quiere es que vaya a Tokio, entonces iré a Tokio! —le dijo a Oyone cuando recibió la tercera de las respuestas calcadas, con la cara enrojecida por la rabia.

No fue hasta tres meses más tarde cuando por fin se le presentó la oportunidad de emprender el viaje. Lo dispuso todo para que Oyone le acompañase. Llevaba mucho tiempo sin poder visitar la ciudad. Pero cuando faltaban apenas dos días para partir, Sōsuke agarró un buen resfriado, y el catarro acabó derivando en unas fiebres tifoideas. Así que se vio obligado a guardar cama durante casi dos meses. La enfermedad le debilitó tanto que incluso se vio forzado a descuidar su trabajo.

Cuando se recuperó, tuvo que trasladarse de Hiroshima a Fukuoka. Quiso aprovechar antes del traslado para ir a la capital, pero también en aquella ocasión surgieron contratiempos que se lo impidieron. Al final no le quedó más remedio que encomendar su destino a un tren en dirección al sur que le alejaba aún más de su camino. Por aquel entonces, el dinero de la herencia de su padre casi se había terminado. Los dos años que pasaron en Fukuoka resultaron complicados. Añoraba sus días de estudiante en Kioto, cuando cualquier excusa le servía para pedir dinero a su padre que le enviaba generosas sumas que podía gastar a su antojo. Comparaba su situación actual con la que disfrutó durante su breve estancia en la universidad y se estremecía al pensar lo implacable que había sido el destino con él. Pensaba en la primavera de su juventud, en aquellos días que ya nunca volverían, y que se habían desvanecido ya como un sueño. Se daba cuenta de que aquel fue el momento culminante de su vida. Con la mirada anclada en el pasado, todo cuanto surgía ante sus ojos formaba parte de un mundo distante y nebuloso. Finalmente, la situación se hizo tan insoportable que no le quedó más remedio que hablar con Oyone:

—Me he desentendido de todo durante demasiado tiempo. Pero creo que ahora debemos regresar.

Oyone no se opuso a los deseos de su marido. Se limitó a bajar la mirada y asentir.

—No tiene sentido seguir dándole vueltas a este asunto. De todas formas, no confío en tu tío... —dijo con un tono de voz desolado.

—Supongo que para él somos nosotros los indignos de confianza, pero es evidente que ni tú ni yo confiamos en él.

Sōsuke hablaba con ademanes enérgicos, pero al ver el desconsolado aspecto de su mujer, todo su coraje se esfumó de un golpe.

Nada más casarse solían intercambiar este tipo de impresiones dos o tres veces al mes. Después, las conversaciones fueron espaciándose en el tiempo. Aun así, Sōsuke le dijo a Oyone:

—Al menos Koroku está bien atendido, así que todo lo demás puede esperar hasta que regresemos y hable con él.

Poco más podemos hacer...

—Me parece bien —asintió Oyone.

Sōsuke dejó correr el asunto. Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, se sentía incapaz de pedirle nada a su tío. Nunca lo había hecho en ninguna de sus cartas. De tanto en cuanto, recibía una de Koroku. Por lo general eran comunicaciones breves, reservadas. Le recordaban al hermano que había visto en Tokio cuando murió su padre. Eran las del mismo muchacho de entonces, por eso nunca se le había pasado por la cabeza pedirle que intercediera en su nombre en los asuntos que se traía con su tío.

Puede decirse que la pareja formada por Sōsuke y Oyone vivía al margen del mundo. Abrigados en la confianza mutua, era como si no soportasen el frío del exterior y se abrazasen para así darse calor.

—No hay nada que podamos hacer —le decía ella cuando el dolor se hacía insoportable.

—Resistiremos —respondía él.

Compartían una especie de estoica paciencia, aunque quizás no se tratara más que de resignación ante el destino. Apenas les alcanzaba un rayo de esperanza respecto al futuro que les esperaba. Hablaban poco del pasado. A veces daba la impresión de que habían acordado evitar hacerlo. De vez en cuando, Oyone se esforzaba por consolar a su marido.

—Seguro que el destino nos tiene reservado algo bueno. Esta racha de infortunios se romperá en algún momento...

Escuchaba las palabras de su mujer y sentía como si la lengua envenenada del destino se sirviera de su sinceridad para provocarle. No la respondía. Se limitaba a sonreír amargamente. Oyone, ajena a su amargura, insistía:

—Aunque quizás no tenemos derecho a esperar un futuro mejor.

Al final se daba cuenta del efecto que sus palabras provocaban en su esposo y sellaba sus labios. Sentados en silencio el uno frente al otro, se sumergían en lo más profundo de un pozo negro que no era sino la constatación del pasado que ellos mismos habían excavado con sus propias manos.

Sin embargo, su futuro estaba marcado por la mancha de un pecado. Se resignaban a hacer discurrir sus vidas por un sendero gris, sin poder permitirse el lujo de los grandes paisajes. Se daban por satisfechos con avanzar a trompicones, agarrados de la mano. Desde el primer momento, Sōsuke decidió no contar con la casa que su tío se había comprometido a vender en su nombre. Pero a pesar de todo, no podía evitar pensar en ello de vez en cuando.

—Teniendo en cuenta la situación actual, aunque la haya vendido de mala manera, el dinero obtenido debe de ascender, al menos, al doble de la cantidad necesaria para saldar todas las deudas...

Oyone sonrió con gesto triste.

—¿Otra vez con la casa? ¿No puedes pensar en otra cosa? ¿No fuiste tú al fin y al cabo quien lo dejó todo en sus manos? —le reprochó.

—¿Qué otra cosa podía hacer en ese momento?

—Probablemente entendió que se la entregabas en compensación por los gastos de la deuda.

Sus palabras le llevaron a pensar a Sōsuke que, después de todo, la gestión que su tío había hecho de la herencia era la pactada. Sin embargo dijo:

—Fue una equivocación.

Día tras día, no obstante, aquel viejo asunto iba perdiendo su trascendencia.

Un buen día, dos años después de que la pareja iniciara su solitaria e íntima relación, Sōsuke se encontró por casualidad con un antiguo compañero de la universidad con el que había mantenido una estrecha amistad durante sus días de estudiante. Se llamaba Sugihara. Después de graduarse, ganó una oposición como funcionario de alto rango en la administración del estado y en aquel momento trabajaba en un ministerio. Estaba de visita en Fukuoka y Saga por motivos de trabajo. Aunque Sōsuke se había enterado por el periódico de su llegada, e incluso del hotel donde se alojaba, en ningún momento tuvo intención de ir a verle. A un fracasado como él le resultaría demasiado humillante verse obligado a inclinarse frente a un hombre de éxito como Sugihara. Quería evitar a toda costa un encuentro con su antiguo compañero de la universidad. Sin embargo, por una de esas casualidades del destino, Sugihara sabía que Sōsuke residía en Fukuoka, donde se dedicaba a desperdiciar su talento con un trabajo muy por debajo de sus capacidades. Y había decidido ir a visitarlo. El encuentro era inevitable. Al final a Sōsuke no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y reunirse con él. Fue su amigo quien le ofreció la oportunidad de regresar a Tokio. Cuando recibió una carta suya en la que le informaba de que todo estaba arreglado, Sōsuke dejó los palillos encima de la mesa y exclamó aliviado:

—¡Oyone, al fin regresamos a Tokio!

—Supongo que eso está bien —contestó ella mirándole a los ojos.

Las primeras semanas tras su regreso pasaron tan deprisa que les invadió el vértigo. Además estaba el engorroso asunto de encontrar una casa adecuada y un nuevo trabajo. Luego, la emoción de respirar otra vez día y noche el aire de la gran ciudad, tan cargado de energía. No tuvieron ni tiempo siquiera de sentarse a reflexionar con calma sobre los acontecimientos que se iban sucediendo, ni el buen juicio de obligarse a hacerlo.

Cuando el tren llegó a la estación de Shimbashi, se encontraron con los Saeki por primera vez en muchos años. Puede que fuera la atmósfera tenuemente iluminada del andén, pero a Sōsuke no le pareció que anduvieran de buen humor. El tren se había retrasado media hora a causa de un accidente, algo poco frecuente, y parecían cansados de esperar. Sōsuke tenía la impresión de que le culpaban a él personalmente del retraso. Su tío lo recibió con un lacónico saludo.

—¡Vaya! Has envejecido desde la última vez que te vi.

Sōsuke presentó a su esposa. Aún no la conocían.

—Ah, así que es ella...

Su tía vaciló. Miró a Sōsuke. Oyone estaba desconcertada. No sabía qué decir. Prefirió seguir callada. Se inclinó en gesto de respeto.

Como era natural, Koroku también había ido a recibirlos. Nada más verlo, a Sōsuke le sorprendió lo mucho que había crecido en aquellos años. Ya era más alto que él. Había terminado secundaria y estaba a punto de comenzar el bachillerato. No saludó a Sōsuke como a un hermano mayor; se limitó a murmurar torpemente un par de lugares comunes y luego se calló.

La primera semana se alojaron en un hotel. Después se mudaron a la que sería su casa a partir de entonces. Los Saeki fueron de gran ayuda. Insistieron a Oyone en que, si no le importaba que fueran de segunda mano, le darían todo tipo de utensilios para la cocina. Le enviaron platos, cubiertos y todo lo necesario para empezar a vivir. Llegaron incluso a entregarles sesenta yenes con la excusa de que cuando se empezaba de nuevo, hacía falta comprar muchas cosas. En el ajetreo que supuso instalarse y hacerse cargo de todos los detalles de la nueva casa, se fue medio mes. El asunto de la venta de la casa familiar, que tanto les había pesado mientras residían en Hiroshima y Fukuoka, no surgió en ninguna de las conversaciones con los Saeki. Oyone, extrañada, llegó incluso a preguntarle a su marido si había tratado el asunto con su tío.

—Aún no —se limitó a contestar. Por su respuesta, daba la impresión de haberlo olvidado hasta ese preciso instante.

—Me extraña... —dijo ella con una sonrisa—, antes no podías pensar en otra cosa.

—No he tenido ocasión de abordarlo con calma —alegó en defensa propia.

Transcurrieron diez días hasta que volvió a salir el tema.

—Oyone, todavía no me he atrevido a decirle nada. No sé por qué, pero no me siento capaz.

—Entonces no lo hagas.

—¿No hago mal?

—¿Por qué me lo preguntas? Te preocupa a ti, no a mí. Haz lo que te parezca oportuno.

—No soy capaz de planteárselo formalmente ahora, pero en el momento en que pueda lo haré. En realidad lo que espero es encontrar una puerta entreabierta.

Una vez más aquel viejo asunto volvía a quedar en suspenso.

Koroku estaba bien atendido en casa de sus parientes. Ya le había consultado a su tío la posibilidad de alojarse en una residencia en caso de superar los exámenes de ingreso al bachillerato. Sōsuke, recién instalado en Tokio, nunca había llegado a ocuparse de los gastos ocasionados por su educación. Quizás fuera esa la razón de que confiara más en él que en su propio hermano. Además, se llevaba bien con su primo, Yasunosuke, al que consideraba en realidad más hermano que a Sōsuke.

Las visitas de Sōsuke se fueron espaciando en el tiempo. Raras veces estaban motivadas por algo que no fuera cumplir con algún convencionalismo. Eso le hacía sentirse muy a disgusto cuando regresaba a casa. Por si fuera poco, cada vez le resultaban más incómodas. Apenas había puesto un pie en casa de los Saeki y ya estaba deseando salir de allí. Incluso durante la media hora escasa en la que se sentaban a hablar, le resultaba muy penoso mantener una conversación con su tío. A este también parecía incomodarle. Pero, por su parte, intentaba retenerle e insistía en que se quedase un poco más, lo cual solía provocar el efecto contrario y multiplicaba sus ganas de escapar. Sin embargo, si pasaba mucho tiempo sin verles, su inquietud derivaba en una culpabilidad que acababa arrastrándolo de nuevo hasta ellos. A veces se inclinaba en señal de agradecimiento por la atención que prestaban a Koroku, pero jamás se decidía a tocar el tema de los gastos que ocasionaría la futura educación de su hermano. Tampoco de cómo había dispuesto Saeki del patrimonio familiar a su cargo. En cualquier caso, ni el sentido del deber hacia sus parientes, ni la necesidad de mantener las apariencias justificaban aquellas visitas. En lo más profundo de su ser deseaba resolver tan pronto como le fuera posible el asunto de la casa y pasar a otra cosa.

Aun así, los Saeki parecían preocupados por él.

—Sōsuke ha cambiado mucho —le decía su tía a su marido.

—Es cierto, pero como podrías suponer es imposible que aquel asunto no tuviera repercusiones —contestaba él como si juzgase inmutable esa terrible ley natural según la cual todo hombre está condenado a pagar por sus actos.

—Es terrible, ¿no crees? —continuaba ella—. Antes era un hombre plétórico de vida, demasiado incluso. No era en absoluto el hombre apagado que es hoy. En los dos o tres años que han pasado desde que no lo veíamos, ha envejecido enormemente. Parece incluso mayor que tú.

—¡No exageres!

—No, en serio. Puede que no sea su cabeza, o su cara, sino la impresión general que produce —insistía ella.

Esa conversación se había repetido en varias ocasiones desde que Sōsuke regresara a Tokio. Indudablemente, cada vez que iba a verles, lo hacía con ese semblante que tan fielmente describía su tía.

Por alguna razón, Oyone nunca había atravesado el umbral de casa de los Saeki desde el día que les presentaron en la estación de Shimbashi. Si eran ellos quienes iban de visita a su casa, les agasajaba con sus cortesías. Antes de irse, le insistían en que fuera a su casa. Ella se lo agradecía, pero nunca lo hizo. Sōsuke también le pedía que le acompañase.

—¿Por qué no vienes conmigo, aunque sea solo una vez?

—Pero... —respondía ella con un gesto difícil de interpretar.

Al chocar una y otra vez con su nula predisposición, Sōsuke dejó de insistir.

Ambas familias mantuvieron esa relación aproximadamente durante un año. Al poco tiempo, el tío de Sōsuke, que supuestamente mantenía un espíritu más joven que el de su sobrino, murió. El diagnóstico de su muerte fue una meningitis que le afectó a la médula espinal. Estuvo en cama dos o tres días por lo que en un principio juzgaron un simple resfriado. Pero una noche en que volvía a la cama después de lavarse las manos, se desplomó en el suelo derramando el cacillo que sujetaba entre las manos. Murió unas horas después.

—Mi tío ha muerto sin que tuviera la oportunidad de hablarle —le dijo Sōsuke a su mujer.

—¿Aún querías tratar ese asunto? Nunca te rindes, ¿verdad?

Pasó un año más. El hijo de los Saeki, Yasunosuke, se licenció en la universidad y Koroku empezó con el segundo año de su bachillerato. La tía de Sōsuke se mudó a Naka roku bancho, otro barrio de Tokio.

Koroku pasó el verano de su tercer año de bachillerato en Boshu, un pueblo junto al Pacífico donde se podía nadar. Estuvo allí un mes entero. A principios de septiembre regresó por el trayecto que llevaba desde Hota al balneario de Kazusa, para seguir después por la costa hasta Choshi. Cuando se dio cuenta de que no podía posponer por más tiempo su regreso, volvió a Tokio. Dos o tres días después, una tarde bochornosa de finales de verano, se presentó de improviso en casa de Sōsuke. Tenía la cara muy bronceada. El blanco de sus ojos destacaba sobre su semblante y le daba un aire poco familiar, una apariencia casi salvaje. Aunque llevaba tiempo sin aparecer por allí, entró en el salón iluminado por el sol como si nada y se tumbó en el suelo de tatami mientras esperaba a que su hermano regresase del trabajo. Cuando le vio cruzar la puerta de entrada, se levantó de un salto y se acercó para recibirle.

—Tengo que hablar contigo —le espetó.

A Sōsuke le sorprendió la urgencia en su tono de voz. Escuchó lo que tenía que decir sin quitarse siquiera el traje que traía de la oficina.

Koroku le contó que la misma noche de su regreso de vacaciones, su tía le había explicado que, muy a su pesar, no podría seguir corriendo con los gastos de sus estudios, ni seguir alojándole. Tendría que buscarse otro sitio donde vivir a partir de Año Nuevo. Koroku, al oírlo, se había quedado perplejo. Desde que se fuera a vivir con sus tíos tras la muerte de su padre, nunca le había faltado de nada. Había podido asistir a la escuela, se habían hecho cargo de su ropa, incluso le habían entregado una pequeña suma de dinero para sus gastos personales. Tenía todo cuanto necesitaba, igual que cuando aún vivía su padre. Hasta aquel mismo día, hasta aquella misma noche, incluso, lo daba todo por hecho. La decisión de su tía le había pillado completamente desprevenido, por eso le dejó paralizado. No sabía qué decir ni cómo reaccionar. Mujer como era, a su tía le llevó alrededor de una hora darle todo tipo de explicaciones sobre las causas que motivaban su decisión. La inesperada muerte de su marido, el consiguiente empeoramiento de sus finanzas, la reciente graduación de Yanosuke, por no contar con los preparativos para su boda, todo eso hacía que la situación tuviera que cambiar respecto a él.

—De poder permitírmelo me habría gustado hacerme cargo de ti hasta que te gradúases. Por eso he hecho tantos esfuerzos hasta ahora —le había dicho su tía.

Koroku le recordó a su tía que cuando Sōsuke había vuelto a Tokio para el funeral de su padre y estaba a punto de regresar a Hiroshima, le había dicho que el dinero para sus estudios estaba garantizado y a buen recaudo. Ella puso cara de extrañeza.

—Es cierto que Sōsuke nos entregó una cierta cantidad de dinero para tu educación, pero hace tiempo que ese dinero

se acabó. De hecho, era tu tío quien antes de morir corría con todos los gastos...

Sōsuke nunca le había dicho exactamente a cuánto ascendía la cantidad que les había entregado, ni el tiempo que había calculado que duraría el dinero.

—Pero no estás solo. Tienes a tu hermano. ¿Por qué no hablas con él? Quizás vaya a verle para explicarle la situación. Hace tiempo que no le hago una visita —le había dicho su tía para dar por terminada la conversación.

Sōsuke miró a su hermano.

—Nos enfrentamos a un problema grave —se limitó a decir.

Pero no se mostró enfadado ni pareció ansioso de ir a casa de su tía para enfrentarse con ella, como habría hecho antaño. Tampoco pareció ofenderse por el cambio de actitud de su hermano que, hasta ese momento, le había tratado como a un extraño porque, obviamente, no le necesitaba. El que tenía enfrente era un Koroku muy cambiado. Un Koroku que parecía culpar a los demás de que su brillante futuro se hubiera malogrado. Al marcharse, Sōsuke contempló su figura desvanecerse en la penumbra. Se quedó de pie en el umbral de la puerta mientras contemplaba como morían los últimos rayos de sol.

Aquella misma noche, Sōsuke cortó dos grandes hojas del árbol de musácea que había en el patio trasero, las extendió sobre el suelo del *engawa* y se sentó allí al fresco con su mujer para discutir la situación de Koroku.

—¿Pretenderá tu tía que nos hagamos cargo de él? —preguntó Oyone.

—No lo podremos saber hasta que no hablemos con ella.

—Estoy convencida de que es eso lo que anda buscando —insistió Oyone mientras se abanicaba.

El *engawa* estaba prácticamente a oscuras. Sōsuke miró la estrecha franja de cielo que quedaba entre la pendiente de la calle y el alero de la casa. No dijo nada. Se quedaron en silencio durante unos instantes. Fue Oyone quien retomó de nuevo la conversación.

—Pero no podemos hacerlo.

—Yo no dispongo de los medios para costearle los estudios universitarios —dijo Sōsuke como si quisiera dejar claro que no estaba dispuesto a asumir semejante sacrificio.

La conversación tomó otros derroteros y no volvieron a tocar el tema de Koroku y la tía Saeki. Dos días más tarde, al siguiente sábado, Sōsuke se presentó en casa de su tía después de salir de la oficina.

—¡Qué sorpresa! —exclamó esta, al verle dando unas muestras de afecto desconocidas en ella. Sōsuke abordó sin rodeos todos los asuntos que habían quedado pendientes durante los cuatro o cinco años en que ellos se habían hecho cargo de su hermano. Ella, como era de esperar, se defendió lo mejor que pudo. No recordaba con exactitud la cifra por la que habían vendido las propiedades del padre de Sōsuke, pero sí que después de deducir las deudas pendientes, habían quedado unos cuatro mil quinientos yenes. ¿O acaso eran cuatro mil trescientos? Su marido siempre había pensado que, en realidad, Sōsuke les había dejado la casa a ellos; por tanto, el beneficio que pudieran obtener por la venta lo podían considerar como algo propio. Sin embargo, no quiso dar la impresión de que se quedaba con todo, así que guardó el dinero en un depósito que puso a nombre de Koroku. Teniendo en cuenta la actitud de Sōsuke, la conclusión a la que había llegado su tío era que se desvinculaba de todo lo relacionado con la herencia. De ahí que ya no tuviera derecho a un céntimo.

—No te enfades, te lo ruego. Tan solo te repito lo que decía tu tío... —le aclaró ella.

Sōsuke escuchó en silencio el resto de la historia. Su tío había invertido el dinero de Koroku en una casa del populoso distrito de Kanda. Pero la mala fortuna hizo que antes siquiera de haberla podido asegurar, la casa se quemara en un incendio. Nunca le habían contado nada a Koroku para no preocuparle. Prefirieron dejarle al margen.

—Lo siento también por ti, Sōsuke, pero no pudimos hacer nada. Fue cosa del destino, resígnate. Una verdadera desgracia. De no haber muerto tu tío, él se habría hecho cargo de Koroku. Habría encontrado la manera. Una boca más que alimentar no habría representado un verdadero problema para nosotros. No dudes en que, si lo tuviera, yo misma le entregaría en este mismo instante el dinero que invertimos en la casa que se quemó. O al menos haría todo lo posible para ocuparme de sus estudios hasta que se licenciara.

A estas alturas, su tono era casi de confesión. Incluso le habló de su hijo Yasunosuke, que acababa de graduarse en la universidad. Era un chico que siempre había estado muy protegido por sus padres. Solo se relacionaba con jóvenes de su edad. Quizás por esa razón su conocimiento del mundo era más bien limitado. Se podía decir que en los asuntos mundanos se manejaba de un modo en cierto modo imprudente. Se presentaba en sociedad como recién salido de una atmósfera en que reinaba una generosidad sin límites. Había estudiado ingeniería mecánica y, a pesar de que en aquel momento la actividad económica del país no era precisamente boyante, sin duda habría unas cuantas compañías que bien podrían beneficiarse de sus conocimientos. Pero había heredado el carácter especulador del padre y prefería trabajar por su cuenta y riesgo. Un día coincidió por casualidad con un compañero de estudios unos años mayor que él, que había montado una pequeña fábrica en Tsukishima gestionada por él mismo. Yasunosuke había decidido invertir en la empresa. Una decisión que traía a maltraer a su madre.

—Vendimos las pocas acciones que teníamos y lo invertimos todo en la fábrica. En este momento, te confieso, se puede decir que estamos sin un céntimo. Me imagino que a ojos de los demás damos la impresión de disfrutar de una posición acomodada. Solo somos dos en la casa. El otro día, sin ir más lejos, vino a visitarnos la madre de Hara y me aseguró que nadie disfrutaba de una situación tan holgada como la nuestra. Se la veía envidiosa, incluso, de nuestra aparente situación. Pero las cosas en realidad son bien distintas...

Después de que la explicación de su tía concluyese, Sōsuke no supo cómo reaccionar. No encontraba las palabras. Sabía que su reacción era resultado de su estado de nervios. Era una prueba más de su escasa capacidad de valorar con rapidez las cosas, una demostración palpable de la pérdida de reflejos que le había caracterizado en otra época. Su tía debió de pensar que Sōsuke no iba a creerse todo lo que le estaba diciendo, así que decidió darle la cifra exacta del capital que Yasunosuke había invertido en la nueva empresa: cinco mil yenes. Por tanto, no les quedaba más remedio que arreglárselas con el escaso sueldo de su hijo y con el magro dividendo de las acciones de la fábrica.

—Aún no sabemos los réditos que obtendremos por la inversión. Si todo va bien, el dividendo será del diez o del quince por ciento, pero si las cosas se tuercen lo perderemos todo sin remedio... —añadió ella.

Sōsuke se sentía turbado. No tenía nada especial que objetar respecto a las decisiones de su tía, pero tampoco podía marcharse sin llegar a algún arreglo respecto al futuro de Koroku. Sin embargo, aprovechó para preguntar que había pasado con los mil yenes que le había confiado a su tío para la educación de su hermano.

—Sōsuke, por favor. Te ruego que me creas. Lo hemos invertido todo en su educación. Solo desde que empezó el bachillerato nos habremos gastado en tu hermano casi setecientos yenes —dijo a modo de disculpa.

Había otros puntos que Sōsuke quería aclarar. Le preguntó con toda la naturalidad de la que fue capaz, qué había sido de los *kakemono* y demás antigüedades que le había confiado a su tío.

—¡Ah, eso también! Eso sí que fue una tontería —exclamó ella. Al ver la cara de extrañeza de su sobrino le preguntó —: ¿De verdad no sabes lo que pasó? —Sōsuke negó con la cabeza—. Es una lástima. Supongo que a tu tío se le debió de olvidar decírtelo.

Al poco de regresar a Hiroshima, su tío le había pedido a un conocido suyo llamado Sanada, que se hiciera cargo de la venta de todos aquellos objetos. El tal Sanada tenía experiencia sobrada en ese terreno, y frecuentaba a numerosos anticuarios y marchantes. Aceptó la comisión que le ofrecía y al cabo del tiempo empezó a dejarse caer por su casa. Aseguraba que había encontrado a un comprador y le pedía a su tío que le dejara una determinada pieza para enseñársela. Otras veces, decía que el señor tal o cual estaba interesado en un *kakemono*, pero quería verlo antes de decidirse a comprarlo. Poco a poco se hizo con todas las piezas y un buen día se encontraron con que ya no les quedaba ninguna. Cuando le pidieron explicaciones, solo pudo ofrecer excusas: que si tal persona seguía pensándose, que si tal otro no se lo había devuelto todavía... Nunca lograron sacarle una explicación satisfactoria. Cuando resultó obvio que el negocio había sido un fiasco, el tipo desapareció sin dejar rastro.

—Sin embargo, aún nos queda un biombo... Lo encontramos el otro día cuando hicimos la mudanza.

Cuando hablaba de las piezas que le había confiado, lo hacía como si se tratara de objetos de muy poco valor. Él tampoco había mostrado mucho interés hasta aquel momento, por eso no podía enfadarse por la aparente indiferencia de su tía por su desaparición. Sin embargo, cuando le pidió que se llevara el biombo que no estaban utilizando y que podría vender por un precio considerable, quiso hacerlo de inmediato. Lo sacó del trastero y volvió a contemplarlo a plena luz del día. Al verlo, se acordó de los dos paneles decorados profusamente en su parte inferior con motivos vegetales. En la parte de arriba mostraban una luna plateada; en un espacio que quedaba libre al margen se leía el título de la obra: «*La flor de Ominaeshi entre la luna y un sendero*». Era un verso de un poema de Kiichi. Sōsuke se inclinó para descifrar la firma del pintor, Hoitsu, garabateada con una caligrafía ondulante que se iniciaba junto a la luna plateada y se extendía a lo largo de hojas secas y pardas con el envés volteado por el viento. La firma estaba rodeada por un círculo rojo del tamaño aproximado de un *daifuku*. Sōsuke no pudo evitar que le asaltaran los recuerdos de los días en que su padre aún vivía.

Empezaba el nuevo año y sacaba el biombo del oscuro trastero donde lo tenía guardado para colocarlo en el zaguán. Delante ponía una caja cuadrada de madera de palisandro para que las visitas dejaran allí las tarjetas de felicitación de Año Nuevo. Al ser una época propicia, colgaba una pintura en rollo que representaba a un tigre del *tokonoma* del salón. Siempre puntualizaba que era un cuadro de Gantai, no de Ganku. El tigre bebía en un arroyo de montaña. En el puente de su hocico tenía una pequeña mancha negra de tinta que molestaba especialmente a su padre. Cada vez que la veía, le recordaba a Sōsuke que él era el culpable de haber manchado el biombo.

—Lo hiciste cuando eras un niño —le reprochaba con un gesto extraño en el que se podía leer tanto diversión como rencor.

Sōsuke se sentó frente al biombo. Recordó escenas de su vida en Tokio. Escenas de su infancia, ya tan lejana.

—Me lo quedo —dijo finalmente.

—Como quieras. Le pediré a alguien que te lo lleve a casa —añadió. No podía albergar dudas sobre su buena voluntad.

Sōsuke estuvo de acuerdo con el trato y dio por terminada la conversación. Regresó a casa. Por la noche después de cenar, Oyone y él salieron al *engawa* para tomar el fresco. Sus blancas *yukatas* resplandecían en la oscuridad. Le contó la conversación que había mantenido con su tía.

—¿Entonces no viste a Yasu-san? —preguntó ella.

—No. Se queda en la fábrica hasta muy tarde sábados incluidos.

—Trabaja mucho —dijo.

No comentó nada respecto a lo que, sin duda, juzgaba un comportamiento irresponsable en relación a la venta de las antigüedades.

—¿Qué podemos hacer con Koroku? —preguntó Sōsuke.

—Bueno... —dijo Oyone de manera imprecisa.

—Es una situación difícil. Si insistimos, lo más probable es que acabemos metidos en juicios. No tenemos pruebas, no podríamos ganar en ningún caso.

Sōsuke parecía valorar una posibilidad real aunque extrema.

—Aunque tuviéramos opción de ganar, lo mejor es no acudir a la justicia —afirmó Oyone. Sōsuke tampoco parecía convencido ante esa posibilidad.

—Todo esto sucede por no haber venido a Tokio cuando debíamos...

—Y cuando al fin lo hicimos, todas estas cosas ya no tenían ninguna importancia.

Siguieron hablando un rato más. Contemplaban la estrecha franja de cielo que se veía desde donde estaban sentados. Especularon sobre el tiempo que haría al día siguiente. Después regresaron al interior de la casa y se acostaron bajo la mosquitera.

Al domingo siguiente, Sōsuke invitó a Koroku para hablarle de la conversación que había mantenido con su tía.

—No sé por qué no te lo ha explicado ella misma. Quizás sea debido a tu carácter impetuoso, quizás porque piensa que aún eres un niño y por eso ha preferido ofrecerte una versión de segunda mano. De todos modos, las cosas sucedieron tal como te las cuento.

Por muchas explicaciones que Sōsuke pudiera ofrecer a su hermano, no había nada que pudiera aplacar la rabia que este sentía.

—¿Eso es todo? —fue su única respuesta. Le miró con gesto severo. Parecía claramente insatisfecho.

—No es culpa de nadie. Ni Yasu-san ni tu tía han tenido nunca malas intenciones.

—Eso ya lo sé —contestó Koroku con aire sombrío.

—Supongo que me culpas a mí y tienes razón en hacerlo. Hace años que me siento culpable de muchas cosas.

Sōsuke se tumbó de lado sobre el tatami y se encendió un cigarrillo. No dijo nada más. Koroku también guardó silencio. Se quedó de pie mirando fijamente al biombo que habían dejado en una esquina de la habitación.

—¿Te acuerdas de ese biombo? —preguntó Sōsuke para romper el silencio que se había instalado entre ellos.

—Sí, me acuerdo.

—Me lo enviaron anteayer. Es todo lo que queda de nuestro padre. Te lo doy encantado si te sirve para pagar tus estudios, pero no creo que consigas pagar la universidad con algo tan descolorido. —Sōsuke rio amargamente—. Pensarás que es absurdo tenerlo aquí con el calor que hace, pero no tengo dónde guardarlo.

Koroku sentía un continuo descontento hacia su hermano, siempre tan distante e indiferente, tan distinto a él. A pesar de todo, era incapaz de enzarzarse en una pelea. Una vez más su rabia se diluyó. Solo alcanzó a decir:

—Puedes hacer lo que quieras con el biombo, pero ¿qué va a ser de mí?

—Ese es el problema. Como poco tenemos hasta fin de año para decidirlo. Vamos a pensarlo detenidamente.

Por su carácter, a Koroku le repelía la actitud ambigua de su hermano. Cada vez que suplicaba su ayuda, al final no obtenía ningún resultado. Aquella situación rompía la tranquilidad mental imprescindible que necesitaba para concentrarse en sus clases. Era más de lo que podía soportar. Sōsuke le había escuchado, pero su actitud seguía siendo la misma. Cuando Koroku terminó con su letanía de quejas y lamentos, se limitó a responderle con voz calmada:

—Si eres capaz de quejarte tanto por un asunto tan insignificante, te aseguro que no vas a tener ningún problema en la vida. Lo mismo da que abandones los estudios. Sin duda, estás en mejor situación de lo que estoy yo en estos momentos.

Koroku se dio cuenta de que no tenía ningún sentido prolongar aquella conversación y regresó a su habitación en

Hongo. Después de que se marchase, Sōsuke se dio un baño caliente y luego salió a dar un paseo con Oyone por la calle atestada de puestos. Se estaba celebrando un festival en el santuario local. Compraron dos plantas y regresaron a casa cada uno con su maceta. Sōsuke pensó que les iría bien que les diera el rocío nocturno. Abrió una de las contraventanas que daban a la pendiente y las colocó sobre el alfeizar. Luego se metió bajo el mosquitero que cubría el futón.

—¿Qué hacemos con Koroku? —le preguntó Oyone antes de dormirse.

—Aún no lo sé —respondió. Diez minutos más tarde se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Sōsuke retomó la rutina de una nueva semana de trabajo. En los siguientes días no dispuso de un solo momento para pensar en su hermano pequeño. Cuando terminaba su jornada laboral y disponía de algo de tiempo libre, evitaba a toda costa que la imagen de Koroku anidase en su mente. La máquina de pensamiento que yacía bajo su mata de pelo no estaba preparada para desentrañar todo aquel lío familiar. De joven le encantaban las matemáticas. Tenía tal agilidad mental, que era capaz de resolver complicados problemas de geometría de cabeza. Rememoraba el pasado y lo enfrentaba con el presente. El cambio dramático que se había operado en él le producía pavor.

Sin embargo, no había día en que, al menos de manera puntual, su conciencia más superficial fuera asaltada por la imagen de su hermano pequeño. Se sentía obligado a dedicarle unos segundos de sus pensamientos, pero pronto le invadía la idea de que no debía precipitarse. De ese modo, una cosa anulaba a la otra. Pasaba el tiempo y seguía sin poder dar rienda suelta a sus emociones. El mes de septiembre, entre tanto, tocaba a su fin. Por la noche resplandecía el infinito tropel de estrellas de la Vía Láctea. Precisamente, fue una noche así cuando Yasunosuke se presentó en su casa. Puede decirse que parecía caído del cielo. Sus visitas eran tan esporádicas que Sōsuke y Oyone se llevaron una buena sorpresa al verle. Supieron de inmediato que si había venido hasta su casa, era porque el asunto a tratar le preocupaba de verdad. Había venido a hablar de Koroku.

Unos días antes, Koroku se había presentado de improviso en la fábrica de Tsukishima. Le había dado a Yasu-san todo lujo de detalles acerca de lo difícil que le iba a resultar seguir estudiando. Él era estudiante, le había dicho. Sería una verdadera lástima tener que dejarlo sin haber tenido siquiera la oportunidad de entrar en la universidad. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por continuar, incluso endeudarse. Quería progresar hasta donde le llevase su talento. Yasunosuke le contestó que hablaría con su hermano mayor, pero Koroku le cortó en seco. Le explicó que no merecía la pena hablar con su hermano. Sōsuke no había terminado sus estudios y seguramente no le parecía raro que alguien los interrumpiese antes de finalizarlos. Aunque él era responsable en gran medida de lo que le sucedía, no parecía preocupado. Por eso solo podía confiar en Yasu-san. Su tía se había negado a continuar haciéndose cargo de sus gastos. Quizás le resultase extraño que acudiese a su primo para pedir ayuda, pero pensaba que él comprendería su situación mejor que ella.

Nada de lo que le dijo Yasunosuke respecto a su hermano y lo equivocado que estaba con él le hizo cambiar de opinión. De hecho, iría a verle pronto.

Antes de marcharse, Koroku sacó unos cuantos justificantes de faltas de asistencia a clase y le pidió que se los firmase.

—Me temo que no podré dedicarme en cuerpo y alma a los estudios hasta que no sepa si puedo continuar o no —se justificó—. Mientras todo sea tan incierto no veo la necesidad de asistir a clase.

Apenas una hora después de haber llegado, Yasunosuke dijo que tenía que irse. Se excusó por las muchas ocupaciones que le impedían disponer de más tiempo. Aun así, del encuentro no surgió ningún plan concreto para ayudar a Koroku. Únicamente la sugerencia de reunir a todas las partes implicadas para determinar qué hacer a continuación.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Oyone cuando estuvieron solos.

Sōsuke se metió las manos bajo el *obi* de su quimono y se encogió de hombros.

—¡Si yo pudiera volver a ser como Koroku! Me preocupa que su destino pueda cambiar y que acabe siendo tan desgraciado como yo. Pero no hace ningún caso de lo que le digo. Quién sabe, quizás sea mejor así...

Oyone recogió las tazas de té y las llevó a la cocina. No volvieron a hablar de Koroku. Extendieron los futones sobre el suelo de tatami y se acostaron. En lo alto del firmamento el fulgor gélido de las estrellas iluminaba el cielo nocturno.

Durante la semana siguiente Koroku no dio señales de vida. Tampoco supieron nada de los Saeki. La casa de Sōsuke recobró su habitual tranquilidad. Se levantaban por la mañana temprano, cuando el rocío aún resplandecía sobre la hierba, cuando aún podían deleitarse con la visión de un sol cálido que empezaba a asomar sobre el alero del tejado de la casa. Por la noche, se sentaban junto a una lámpara metida en un armazón de bambú tintado que proyectaba sombras sobre las paredes y el techo. Durante las pausas que seguían a su conversación, el silencio se intensificaba y lo inundaba todo; no era de extrañar que el único sonido que se escuchara fuera el del péndulo del reloj de pared.

A menudo hablaban de Koroku. Continuara con sus estudios o no, tendría que dejar la pensión. Llegado ese punto, solo había dos lugares a donde podría ir: volver a casa de los Saeki o irse a vivir con ellos. A pesar de que su tía había explicado claramente cuál era su posición, le aceptaría de nuevo por un tiempo en el caso de que se lo pidieran como muestra de buena voluntad. Pero en cuanto a los gastos de sus estudios, la matrícula, el dinero de bolsillo y demás minucias, Sōsuke se daba cuenta de que era él quien debía hacerse cargo. Sabía que representaba más de lo que

podía soportar el presupuesto familiar. Hicieron una estimación de sus ingresos y gastos mensuales; y al final no les quedó más remedio que aceptar la realidad.

—No podemos permitirnoslo.

—Es de todo punto imposible.

Junto al salón se encontraba la cocina. A la derecha, la habitación de la criada y a la izquierda una habitación pequeña. Solo eran tres, incluyendo a la chica, por eso Oyone no le daba un uso especial a aquel cuarto. Lo usaba para guardar un tocador que tenía colocado junto a la ventana orientada al este. Se levantaba, se lavaba la cara, desayunaba y se metía allí para cambiarse de ropa.

—¿Y si le decimos a Koroku que se quede con la habitación que está junto a la cocina? —sugirió Oyone. Ella pensaba que si le ofrecían casa y comida, los Saeki podrían colaborar con una pequeña aportación mensual que sirviera para sufragar el resto de gastos. Así Koroku podría cumplir su sueño y graduarse en la universidad.

—El problema de la ropa podemos solucionarlo con la que tú y Yasu-san ya no utilizáis. Yo puedo arreglársela —añadió.

Hacia tiempo que Sōsuke le daba vueltas a esa posibilidad, pero sus ideas no habían llegado a concretarse, más que nada por sus reticencias, y porque no quería pedirle semejante sacrificio a su mujer. Sin embargo, fue Oyone quien lo propuso y él no tuvo el coraje suficiente de oponerse.

Así que Sōsuke le escribió una carta a Koroku para informarle de su decisión. Si no tenía nada que objetar, iría de nuevo a hablar con los Saeki. Aquella misma tarde, Koroku se plantó en casa de su hermano. El día había sido lluvioso, y su paraguas venía chorreando; parecía nervioso, aunque feliz por la decisión que habían tomado. Sōsuke no había llegado todavía del trabajo, así que Oyone intentó tranquilizarle.

—Tu tía dijo lo que dijo porque pensaba que nosotros no hacíamos nada por ti. Hace tiempo que tu hermano te habría ayudado de haber podido, pero, como bien sabes, hasta ahora le ha sido imposible. Si le explicamos la situación a tu tía, ni ella ni Yasu-san podrán negarse a este arreglo. Deja ya de preocuparte. Estoy segura de que todo saldrá bien; te lo garantizo.

Después de escuchar sus palabras de ánimo, Koroku salió de nuevo y se internó en el aguacero para regresar a su pensión. Dos días más tarde, volvió para preguntar si su hermano había ido a ver finalmente a los Saeki. Tres días más tarde volvió a hacerles una visita. Venía de casa de su tía y se había enterado por ellos de que Sōsuke no se había presentado. Le rogó que fuera lo antes posible.

—Iré, iré, no te apures. Confía en mí —le aseguró Sōsuke.

Ya bien entrado el otoño, un hermoso mediodía de domingo, Sōsuke se dio cuenta de que llevaba semanas retrasando su obligada visita a los Saeki. Decidió escribirles una carta detallándoles la propuesta que Oyone y él habían pensado para Koroku. Al día siguiente su tía contestó con otra carta. Le decía que Yasunosuke estaba de viaje en Kobe, y que hasta que él volviese no podrían tomar una decisión.

V

Fue un sábado por la tarde, poco después de las dos, cuando la señora Saeki se presentó en casa de Sōsuke. El cielo llevaba muy cubierto desde el amanecer. Hacía frío. El viento parecía haber empezado a cambiar, y soplabla del norte. La señora Saeki se calentaba las manos en el brasero protegido por una cubierta de bambú.

—Supongo que esta habitación es fresca y agradable en verano, pero en invierno es heladora...

Llevaba su ondulado cabello recogido en un moño. Vestía un *haori* ceñido por la parte delantera por un cordón algo pasado de moda. Le gustaba el sake y no se privaba de tomar una copita todas las noches a la hora de la cena. Probablemente fuera esa la razón de su lustroso aspecto. Como además era algo corpulenta, parecía más joven de lo que en realidad era. Siempre que iba a visitarlos, Oyone le comentaba a su marido lo bien que se la veía.

—Es normal. Después de todo solo ha tenido un hijo...

Ella también creía que esa podía ser la razón de su lozanía. Cuando ya no tenían nada más que decirse, se encerraba en la habitación donde estaba el aparador y se miraba en el espejo. Tenía la impresión de que sus mejillas estaban cada vez más hundidas.

Nada le producía más dolor a Oyone que pensar en los niños. De la parte trasera de la casa le llegaban las voces de los hijos del casero que jugaban en los columpios, al escondite, retozando en el patio situado en lo alto de la pendiente. Escuchaba su algarabía y le invadía una sensación de vacío pero también de arrepentimiento.

La tía Saeki, sentada frente a ella, solo había traído al mundo a un niño, cierto. Pero lo había criado con esmero, le había proporcionado una buena educación. Incluso después de que muriera su marido, seguía teniendo el aspecto de una mujer a la que no le faltaba de nada. Parecía tan afortunada que incluso se permitía el lujo de lucir papada, lo cual, por lo visto, era motivo de preocupación constante para Yasunosuke.

—Madre, tiene usted sobrepeso. Si no se cuida le ocurrirá algo —le advertía.

Oyone tenía la impresión de que tanto Yasunosuke, a pesar de la preocupación por su madre, como su madre, objeto de su angustia, eran dos personas bastante felices.

—¿Ya ha vuelto Yasu-san? —preguntó Oyone.

—Sí, regresó hace dos noches... Siento mucho haber tardado tanto en venir para daros mi respuesta —se excusó sin explicar cuál era esa respuesta. Al contrario, la conversación se centró de nuevo en Yasunosuke.

—Por fin se ha graduado en la universidad. Pero los próximos pasos que tiene que dar son los verdaderamente importantes. Eso me inquieta... Desde septiembre trabaja sin descanso en la fábrica de Tsukishima. Por suerte, parece que todo irá bien si continúa así. En cualquier caso aún es muy joven y no resulta fácil predecir qué futuro le espera.

—¡Es estupendo! ¡Me alegro mucho de que le vaya todo tan bien! —aprovechó Oyone para interrumpirla.

—Ha ido a Kobe por temas de trabajo. Me ha contado que le han puesto un motor de explosión a un barco de pesca.

—¡Ah! —exclamó Oyone a pesar de que no tenía la más mínima idea de lo que estaban hablando.

—Al principio cuando me lo contó, no sabía qué era todo aquello de lo que él hablaba —continuó su tía Saeki—. Incluso después de explicármelo, no pude más que mostrarle mi sorpresa. Sigo sin saber qué es un motor de explosión —se sinceró entre risas—. Por lo visto es una máquina que consigue mover un barco a base de quemar gasolina. Le escucho hablar de esas cosas tan extrañas y me maravillo. Parece ser que eso ahorrará mucho trabajo a los pescadores. Gracias a ese motor pueden llevar el barco veinte millas mar adentro, o incluso más, sin ningún problema. ¡Imagínate, con la cantidad de barcos de pesca que hay en Japón! Si logra colocarle un motor así a cada uno, el negocio será redondo. Por eso se dedica a ello en cuerpo y alma. Está bien obtener un buen pellizco por el trabajo que uno hace, la verdad. Yo no me canso de decirle que ganar dinero es bueno, pero que no debe obsesionarse hasta el extremo de descuidar la salud.

La señora Saeki se extendía en los detalles relacionados con los barcos de pesca y con su hijo Yasunosuke. Parecía entusiasmada con el proyecto. Sin embargo, no dijo una sola palabra sobre Koroku.

Sōsuke, que tenía que haber regresado hacía ya rato, seguía sin aparecer. Al salir del trabajo se había bajado del tranvía en Surugadai-shita y había caminado dos o tres manzanas con cara de pocos amigos hasta llegar a la consulta del dentista. Tres o cuatro días antes le había dicho a Oyone mientras cenaba, que sentía un dolor penetrante al apretar los dientes. Se palpó con cuidado y se dio cuenta de que tenía una raíz muy debilitada. Solo beber té, comer o respirar por la boca le hacía padecer un dolor insoportable. A la mañana siguiente cuando se los lavó, evitó rozar la zona afectada. Se miró en el espejo. Vio las dos muelas que le habían empastado en plata en Hiroshima además de unos incisivos irregularmente dispuestos. Ante sus desconsolados ojos aparecía un panorama desolador. Se puso el traje y se dispuso a salir a trabajar.

—Oyone —le dijo a su mujer antes de salir por la puerta—, este diente tiene mal aspecto, ¿verdad? Está flojo. Fíjate, si lo aprieto así se mueve.

—Eso es porque te estás haciendo viejo —le dijo ella entre risas mientras le anudaba el cuello postizo de la camisa.

Sōsuke decidió ir al dentista aquella misma tarde. En la sala de espera había una mesa grande rodeada de sillas tapizadas en terciopelo. Varias pacientes esperaban su turno con la barbilla medio oculta tras el cuello de los quimonos. Eran todo mujeres. Había una hermosa estufa de gas sin encender. Sōsuke tomó asiento y esperó su turno. Miró de soslayo las paredes blancas que se reflejaban en un gran espejo. Cuando se aburría de esperar, se fijó en que había unas cuantas revistas apiladas sobre la mesa. Alcanzó unas cuantas y se puso a hojearlas. Eran todas revistas femeninas. Abrió una y se detuvo en las fotografías. Todas representaban mujeres. Después abrió otra que se llamaba *Éxito*. En la primera página explicaba con todo lujo de detalle la fórmula para triunfar en la vida. Una de las claves era la perseverancia, elemento indispensable. Todo lo demás vendría por añadidura para una persona perseverante. Sin embargo, en otro punto aclaraba que esa no era la única vía, ni mucho menos. Para alcanzar el objetivo de uno en la vida, la voluntad debía estar guiada siempre por un tenaz ideal. Dejó de leer y volvió a poner la revista en su lugar. El éxito y Sōsuke eran términos incompatibles. De hecho, hasta ese mismo instante no sabía siquiera que existiera una revista dedicada al tema. Pero tan pronto como la dejó en la mesa, se sintió impelido a cogerla de nuevo. Volvió a abrirla. En esa ocasión, su mirada se topó con dos líneas de ideogramas cuadrados escritos en japonés clásico:

*«El viento sopla a través de un cielo azul y desbarata las nubes.
La luna, globo resplandeciente, asciende sobre la montaña de oriente».*

A Sōsuke nunca le había interesado especialmente la poesía, pero por alguna razón aquellas líneas llamaron su atención. No era por el contrapunto entre los dos versos, ni por ninguna otra razón de orden estético. Más bien, le fascinaba haberse dado cuenta de que si un hombre era capaz de alcanzar un estado mental similar al descrito en esas dos líneas, sin duda habría alcanzado la felicidad. Leyó por curiosidad el artículo que precedía al poema. Le decepcionó darse cuenta de la poca relación que guardaba con el texto en sí. Cerró de nuevo la revista y trató de volver a escuchar los versos en su interior. En ese momento comprendió que hacía años que la poesía había desaparecido de su vida.

La puerta de la consulta se abrió de golpe. Apareció un ayudante del doctor. Leyó algo escrito que tenía en un papel y pronunció el nombre de Sōsuke. Este se levantó para seguir al ayudante hasta el interior de la consulta, que era aproximadamente el doble de grande que la sala de espera. Estaba diseñada para permitir el paso de toda la luz posible. Había cuatro sillones de dentista alineados a lo largo de la estancia y un doctor vestido de blanco detrás de cada sillón. El ayudante le acompañó hasta el sillón más alejado de la puerta, le mostró un pequeño escalón al pie del sillón, le acomodó y le remitió una pesada tela a rayas por el cuello de la camisa. Cuando se vio en el sillón, recostado, Sōsuke se dio cuenta de que el diente apenas le dolía ya. Sus hombros, su espalda y sus caderas se relajaron. Todo su cuerpo emanaba euforia. Miró la tubería de gas que bajaba desde el techo y pensó que con aquel despliegue de medios técnicos, se vería obligado a pagar una factura mucho más elevada de lo que había previsto.

Un hombre gordo, con la cara pequeña en relación a sus facciones y poco pelo, se acercó al sillón. Le saludó cortésmente. Sōsuke se sobresaltó, despertado súbitamente de sus ensoñaciones. Se inclinó para devolverle el saludo. El doctor le preguntó qué le ocurría y comenzó a examinarle aplicando una ligera presión sobre el diente dañado.

—Mucho me temo que si se mueve así, no será posible devolverle a su estado original. Parece que la raíz está muerta.

Sus palabras evocaron en la imaginación de Sōsuke una escena iluminada por una melancólica luz otoñal. Le hubiera gustado preguntar al doctor si aquello se debía a su edad, pero le daba vergüenza.

—Entonces, ¿no mejorará? —se limitó a decir.

El doctor se rio.

—Me gustaría decirle que sí, pero el hecho es que no lo hará. Cuando empeore podremos arrancarlo, pero aún no ha llegado a ese extremo por lo que nos limitaremos a darle algo para el dolor. La necrosis ya ha comenzado... aunque probablemente no sepa usted lo que quiere decir eso. Es como si la caries se hubiera comido el diente hasta la raíz.

—¡Ah, sí! —fue todo lo que pudo decir Sōsuke antes de dar vía libre al doctor obeso para que hiciera con su diente lo que fuera que tenía que hacer. El dentista empezó a horadarle el diente con un torno. Abrió un pequeño agujero en la raíz y después introdujo una larga aguja en el orificio. Al final extrajo algo parecido a un hilo.

—Le he extraído este pedazo de nervio, ¿ve? —dijo mostrándoselo a Sōsuke. Colocó una especie de ungüento en el agujero y le dijo que volviera al día siguiente.

Al levantarse del sillón y recuperar la verticalidad, su campo visual pasó sin transición del techo al jardín. Se fijó en un pino de aproximadamente un metro y medio de altura que había plantado en una gran maceta. Había un jardinero calzado con sandalias de paja que envolvía con sumo cuidado la base del árbol con un trozo de arpillera. Sōsuke recordó que se acercaba la estación en la que el rocío de la mañana se congelaba, una época del año en la que quienes podían permitírselo se preparaban para el frío inminente.

Antes de salir se detuvo en el mostrador donde le entregaron unos polvos medicinales. Le dijeron que los disolviera en agua caliente e hiciera gárgaras diez veces al día. Pagó la cuenta. Le alivió comprobar que se trataba de una suma realmente modesta. Con esa tarifa podía permitirse volver las cuatro o cinco veces que le habían prescrito. No representaría una carga excesiva para sus finanzas. Se agachó para abrocharse los zapatos y se dio cuenta de que tenía las suelas muy desgastadas.

Llegó a casa poco después de que su tía se hubiera marchado.

—¿Y dices que ha estado aquí? —le preguntó a su mujer mientras se cambiaba de ropa.

Parecía molesto. Se sentó en el lugar de costumbre, frente al brasero. Oyone recogió su camisa, sus pantalones y los calcetines. Lo amontonó todo bajo el brazo y lo llevó a la habitación contigua. Más relajado, Sōsuke encendió un cigarrillo. Desde el lugar donde estaba sentado podía escuchar a Oyone repasando su ropa con el cepillo.

—Oyone, ¿qué es lo que ha dicho la tía Saeki?

Una vez remitió el dolor, la gélida sensación de que el otoño le oprimía se esfumó también. Le pidió a Oyone que disolviera la medicina en agua templada. Luego se puso a hacer sonoras gárgaras. Al cabo de un rato salió al *engawa*.

—Los días se acortan —le dijo a su mujer.

Cada vez oscurecía antes. Si a plena luz del día a su casa apenas llegaban los sonidos de la calle, mucho menos lo hacían por la noche, cuando todo se sumía en un profundo silencio. Marido y mujer ocupaban sus sitios de costumbre junto a la lámpara. Tenían la impresión de que en todo el ancho mundo, el único lugar iluminado era donde ellos se sentaban, ese círculo de luz donde Sōsuke solo era consciente de Oyone y Oyone solo de Sōsuke. Se olvidaban de la oscuridad que la luz de la lámpara era incapaz de iluminar. Sus noches juntos constituían la revelación del sentido de sus existencias.

Sin decir nada, contemplaron el regalo que Yasunosuke les había traído de Kobe. Era un tipo de alga picante. Estaba guardada en un bote que hacía un ruidito muy gracioso al agitarse. Lo abrieron. Sacaron las algas. Luego discutieron sobre la respuesta que la tía Saeki les había dado.

—Como poco debería hacerse cargo del dinero de la matrícula además de los gastos personales.

—Eso es precisamente lo que dice no poder permitirse. Ha calculado que la suma total ascendería a unos diez yenes al mes. Dice que es una carga demasiado onerosa en sus actuales circunstancias.

—Entonces, les resultará igual de difícil reunir los veinte yenes imprescindibles para hacerse cargo de él hasta final de año.

—Exactamente, pero me ha asegurado que se las arreglarán como puedan durante este tiempo. A partir de entonces, Yasu-san quiere que planteemos las cosas de otra manera.

—Me pregunto si de verdad están tan apretados.

—No lo sé. Eso es lo que dice ella.

—Si están gastando tanto dinero con los barcos de pesca, esto debería ser una menudencia para ellos.

—Es cierto.

Oyone se rio en voz baja. Sōsuke hizo una mueca con los labios, pero la risa no llegó a brotar de ellos. Se produjo una larga pausa en su conversación.

—En cualquier caso, no nos queda más remedio que alojar a Koroku —dijo Sōsuke al fin—. Todos nuestros planteamientos tienen que partir de esa base. Supongo que ahora podrá volver a la escuela.

—Eso creo.

Sōsuke se levantó de pronto. Entró en su pequeño estudio y se encerró allí. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Cuando Oyone abrió la puerta una hora más tarde para ver qué hacía, se lo encontró sentado frente al escritorio, absorto en la lectura de un libro.

—¿Ahora te pones a leer? ¿No sería mejor que te fueras a la cama?

Se volvió hacia ella.

—Sí. Vamos a acostarnos —dijo.

La siguió hasta el dormitorio. Se quitó el kimono y se puso el pijama.

—Estaba leyendo las *Analectas* de Confucio. Hace mucho tiempo que no abría ese libro —dijo mientras se ceñía el cinturón.

—¿Has sacado algo en claro?

—No. Nada. Como pensaba, el problema de mi diente se debe a la edad. Al menos es lo que dijo el dentista. No se puede hacer nada para evitar que se caiga.

Se tumbó en la oscuridad y apoyó su negra cabeza sobre la almohada.

VI

Después de consultarlo con Koroku, decidieron que este dejaría su habitación tan pronto como juzgase oportuno. Oyone contempló con cierta tristeza el aparador que presidía el minúsculo cuarto que en breve ocuparía su cuñado.

—Vamos a estar algo apretados, ¿no crees? —le preguntó a Sōsuke en tono lastimero.

Se quedaría sin la que había sido su habitación hasta ese momento. Ya no dispondría ni siquiera de un lugar para maquillarse y para arreglarse por las mañanas. Sōsuke no encontró palabras de consuelo. Se incorporó y miró de soslayo el espejo colgado al otro extremo de la habitación. Vio el rostro de su mujer reflejado en él. Le sorprendió comprobar lo pálida que estaba.

—¿Te encuentras mal? Tienes mala cara.

Se giró hacia Oyone. Tenía el pelo de la nuca revuelto. Parecía sucio.

—Debe de ser el frío —se limitó a responder.

Abrió las puertas del armario que había en el lateral izquierdo de la habitación. En el fondo había guardada una vieja cómoda y encima un maletín, además de varias cestas de mimbre amontonadas.

—No tenemos sitio para guardar todo esto.

—Entonces déjalo donde está.

La mudanza de Koroku prometía ser un engorro. Quizás por eso ninguno de los dos volvió a tocar el tema. No lo admitían en voz alta, pero ambos sabían que cuanto más se retrasara la mudanza, mejor. Koroku, por su parte, seguía sin decidirse a abandonar su cómoda pensión. Posponía la decisión un día tras otro, aun cuando, al contrario que su hermano mayor y su cuñada, él no estaba tranquilo cuando las cosas estaban en el aire.

Durante ese tiempo la escarcha se apoderó del jardín y marchitó las hojas de la platanera del patio. Todas las mañanas se escuchaba el piar de los polluelos que llegaba desde la casa de al lado y por las tardes, el sonido del gong del templo de Enmyoji mezclado con el de la corneta del vendedor de tofu que hacía su ronda por la calle de enfrente. Los días eran cada vez más cortos. El aspecto de Oyone no había mejorado mucho desde el día en que Sōsuke la viera reflejada en el espejo. Se la había encontrado acostada en varias ocasiones al regresar del trabajo. Cuando le preguntaba si le ocurría algo, ella se limitaba a responder que estaba indispuesta. Propuso llamar al doctor, pero ella se negó. Le aseguró que no le pasaba nada.

Sōsuke estaba realmente preocupado por su mujer. Ni siquiera en la oficina podía dejar de pensar en ella, hasta tal extremo que interfería en su trabajo. Un día, sin embargo, tuvo una iluminación en el tranvía de regreso a casa. De pronto, notó que le invadía el buen humor. Nada más entrar por la puerta, se fue directo a verla para preguntarle cómo se encontraba. Como tenía por costumbre, ella se hizo cargo de su traje y se fue a la habitación a guardarlo. Él la siguió.

—Oyone, ¿no estarás embarazada? —preguntó con una sonrisa.

Oyone no respondió. No levantó la vista del cepillo con el que limpiaba la chaqueta. Lo único que se escuchaba era el sonido del cepillo frotando contra la tela. Sōsuke entró en la estancia. Oyone estaba sentada frente al espejo, en la fría habitación, medio a oscuras. Le respondió que no con la voz quebrada. Más tarde se sentaron junto al brasero; juntaron las manos sobre la tetera en la que hervía el agua.

—Me pregunto qué estará pasando en el mundo —dijo Sōsuke. Se sentía extrañamente jovial. La imagen de ellos dos antes de casarse se le presentó vívida en la memoria—. Salgamos un rato a divertirnos —propuso—. Hemos estado demasiado tiempo encerrados en esta atmósfera lúgubre.

Hicieron planes para el domingo siguiente. Pronto la conversación se desvió hacia el tema de la ropa. Sōsuke le contó que la esposa de uno de sus compañeros de trabajo, un tipo llamado Takagi, le había pedido por favor a su marido que le comprase un abrigo nuevo. Él, sin embargo, se había negado en rotundo con el argumento de que no estaba dispuesto a matarse a trabajar todos los días de su vida solo para satisfacer sus caprichos. A pesar del disgusto inicial, la mujer se defendió. Le reprochó que no tenía nada que ponerse con el frío que hacía, a lo que su marido repuso que bien podía echarse una colcha sobre los hombros o una manta a la cabeza. Por el momento, iba a tener que arreglárselas con lo que tenía.

Oyone, escuchando a su marido, no pudo contener la risa. El buen humor de su marido le hizo recordar los buenos tiempos, cuando eran unos recién casados. Tuvo la impresión momentánea de que aquellos buenos tiempos habían regresado.

—Tal vez la mujer de Takagi se las arregle con una colcha, pero a mí no me vendría nada mal comprarme algo de ropa. El otro día, cuando estaba en el dentista, vi a un jardinero que protegía las raíces de un pino con una arpillera. Por alguna razón, me entraron unas ganas tremendas de entrar en una tienda y comprarme un abrigo.

—¿Quieres uno?

—Sí.

Oyone miró a Sōsuke con ternura.

—Cómpratelo si quieres. Podemos pagarlo a plazos.

—No, no hablemos más de eso —dijo Sōsuke con un tono súbitamente apagado, como si de repente hubiera cambiado de idea—. Me pregunto cuándo se va a mudar Koroku —dijo para cambiar de tema.

—Es probable que tenga incluso menos ganas que nosotros —respondió Oyone.

Ella siempre había tenido la impresión de que no le gustaba a Koroku, pero como era el hermano pequeño de su marido, hacía cuanto estaba en su mano por llevarse bien con él y acortar la distancia que les separaba. Pensaba que en parte lo había logrado. Tenía la impresión de que entre ellos existía esa clase de intimidad habitual entre una mujer y su cuñado, pero en cuanto surgía un contratiempo, por pequeño que fuera, siempre volvían a asaltarle las dudas y sospechaba, sin razón aparente, que era debido a que no se decidía a vivir con ellos.

—Entiendo que le cueste dejar la pensión para venirse aquí con nosotros. Si su presencia nos incomoda a nosotros, igualmente le incomodará a él la nuestra. No creo que le entusiasme la idea de encerrarse en un sitio así. En cualquier caso, si no viene pronto dejaré de darle vueltas al asunto e iré a encargar mi abrigo nuevo.

Sōsuke hablaba con una determinación viril que, sin embargo, no bastaba para despejar las dudas del corazón de Oyone. Ella guardó silencio durante un buen rato. Su delicado mentón se hundía en los pliegues del kimono. Finalmente alzó la vista.

—Me gustaría saber si Koroku aún me detesta.

Desde que se instalaron en Tokio, Oyone había manifestado en varias ocasiones el mismo temor. Sōsuke siempre había tratado de calmarla y disipar sus miedos. Hacía tiempo que no sacaba el tema y eso había llevado a Sōsuke a pensar que sus dudas habían desaparecido, lo cual, a su vez, había ayudado a despejar las suyas propias.

—Imaginas demasiadas cosas. Además, ¿qué importa lo que piense Koroku...? Siempre me tendrás a mí a tu lado.

—¿Has leído eso en Confucio?

Oyone tenía la habilidad de convertir en bromas los momentos delicados.

—Desde luego, que no te quepa ninguna duda —contestó Sōsuke dando la conversación por concluida.

Nada más despertarse a la mañana siguiente, Sōsuke escuchó un frío repiqueteo sobre el tejado de zinc. Oyone observaba a su marido que aún tenía la cabeza apoyada en la almohada. Ella ya tenía las mangas del kimono recogidas, lista para empezar con las tareas de la casa.

—Hora de levantarse —dijo.

Sōsuke seguía atento al ruido de la lluvia. Deseaba quedarse un rato más en el calor de la cama, pero al ver la cara pálida de su mujer que ya andaba trajinando por la casa, se levantó de un salto.

El aguacero impedía ver la calle. El bambú en lo alto de la cuesta se mecía como si quisiera sacudirse la lluvia de encima. Lo único capaz de levantar el ánimo de Sōsuke, lo único capaz de darle fuerzas para salir de casa, era un buen desayuno caliente a base de sopa de miso y arroz.

—Otra vez se me van a empapar los zapatos. Es duro no tener más que un par.

Era una situación sin remedio. Se calzó sus viejos zapatos de suelas gastadas y se arremangó los bajos del pantalón.

Cuando regresó a casa por la tarde, vio un cubo lleno de trapos que Oyone había colocado junto al aparador del cuarto pequeño para recoger el agua que se filtraba por las goteras. Justo encima del cubo, en el techo, había un trozo de pintura desconchada. Cada dos o tres segundos caía una gota.

—Ya veo que no solo son mis zapatos; la casa entera está empapada —dijo con una sonrisa irónica. Cuando se hizo de noche, Oyone añadió unos trozos de carbón al brasero y colocó encima los calcetines y los pantalones de su marido.

Al día siguiente volvió a llover. Sōsuke y Oyone repitieron la misma rutina. De nuevo el cielo seguía encapotado. La mañana del tercer día, Sōsuke frunció el ceño con gesto disgustado.

—¿Hasta cuándo va a llover? Tengo los zapatos tan mojados que no soporto siquiera la idea de ponérmelos.

—Y el cuarto de Koroku está hecho un desastre por las goteras.

Le pedirían al casero que arreglase el tejado, pero en cuanto a los zapatos, no podían hacer nada. Sōsuke se calzó como pudo y se marchó a trabajar. A cada paso, escuchaba un ruidito chirriante bastante molesto.

Por fortuna, el tiempo despejó a eso de las once y dio paso a un hermoso día. Los gorriones piaban sobre los setos.

Sōsuke volvió a casa antes de lo habitual y encontró a Oyone con un aspecto saludable.

—¿No podríamos vender ese biombo? —le preguntó ella a bocajarro.

El biombo de Hoitsu había permanecido en un rincón del estudio desde que los Saeki se lo enviaran, varios meses antes. Solo tenía dos paneles, pero el salón era tan pequeño que siempre parecía que estaba en medio, estorbando. Si lo colocaban en la pared orientada al sur, tapaba la mitad de la entrada. Si lo movían hacia la del este, impedía el paso de la luz, y si lo arrastraban hasta la del norte, ocultaba todo el *tokonoma*.

—Lo acepté porque me traía recuerdos de mi padre, pero la verdad es que ese trasto inútil solo sirve para ocupar sitio —admitió Sōsuke.

Oyone contemplaba la luna llena plateada de bordes desdibujados y los tallos de hierba de textura sedosa. Era incapaz de entender cómo alguien podía dar algún valor a aquel armatoste, pero por deferencia hacia su marido, no traducía sus sentimientos en palabras. Solo se atrevió a preguntar en una ocasión si aquello tenía algún valor. Fue entonces cuando Sōsuke le habló por primera vez de Hoitsu. Su explicación fue tan imprecisa y genérica como la que él mismo había oído un día por boca de su padre. Si hubiera tenido que precisar su valor u ofrecer una historia más detallada sobre su autor, no habría sabido cómo hacerlo.

Pocos días después, e inesperadamente, Oyone recordó las palabras de su marido, e hizo algo poco frecuente en ella. Tuvo una ocurrencia. Era un día de cielo despejado y el sol volvía a inundar la casa. Se puso un chal sobre su ropa de diario y salió. Caminó un par de manzanas. Después giró en dirección a las vías del tranvía. Siguió caminando hasta llegar a una zona comercial. Entre una panadería y una tienda de ultramarinos, había una de objetos de segunda mano. Recordaba haber entrado allí en una ocasión para comprar una mesa plegable. Sōsuke también había comprado en ese mismo lugar la tetera que colocaban siempre encima del brasero. Se quedó de pie frente al escaparate con las manos metidas en las mangas del *haori*. Como era de esperar, había una gran cantidad de teteras alineadas en las repisas. Después reparó en los braseros. Había tantos que sin duda eran el artículo más demandado en aquella época del año. Sin embargo, no vio nada dentro de la tienda que pudiera considerarse una verdadera antigüedad. De la pared del fondo, pendía un enorme caparazón de tortuga del cual colgaba a su vez una cinta amarilla, como las utilizadas en los rituales budistas, a modo de cola del animal. También había una o dos bandejas de madera de palisandro para servir el té, tan verdes que seguramente acabarían por combarse, un detalle que a Oyone no se le pasó por alto. Después de examinar el escaparate y comprobar que no había un solo biombo, entró. Quería saber si les podía interesar el biombo de Sōsuke. No le atacaba la incertidumbre o el desasosiego que un ama de casa al uso podía llegar a sentir en esas circunstancias. Contaba ya con una larga experiencia en el trato con los comerciantes, adquirida en la época en que vivieron en Hiroshima. Era muy capaz de comenzar por sí sola una negociación con el dueño de la tienda.

El tipo en cuestión era un hombre de mejillas hundidas, de tez morena y enormes gafas de montura de pasta. Tendría unos cincuenta años. Leía el periódico que tenía extendido sobre un brasero de hierro veteado de manchas verrugosas.

—Supongo que podría ir a echar un vistazo —se limitó a responder. Oyone se sintió desilusionada ante su falta de entusiasmo. Pero como no confiaba en el éxito de su empeño, al menos le pareció un buen síntoma que el hombre quisiera ver el biombo. Pensó que a partir de ese momento le convenía ponerse a la defensiva. Era evidente que ella tenía más interés en vender que él en comprar—. De acuerdo entonces —asintió el hombre con cierta indiferencia—. Pero me acercaré más tarde. Ahora no puedo. Estoy solo en la tienda.

Oyone volvió a casa algo cabizbaja. Dudaba de que aquel hombre realmente llegara a tomarse la molestia de ir como le había asegurado. Almorzó frugalmente, como de costumbre. Le dijo a Kiyo que ya podía recoger la mesa, y en ese momento el hombre apareció en la puerta. Oyone le hizo pasar para mostrarle el biombo. El tipo lo examinó en detalle, pero no se comprometió con ningún comentario. Finalmente, después de pensarlo un poco, le ofreció una cantidad de dinero.

—Le doy seis yenes por él.

Oyone no esperaba mucho más. De todos modos, pensó que lo más prudente sería esperar para discutir el asunto con su marido. El biombo tenía un considerable valor sentimental para él, lo cual le provocaba mucha incertidumbre. Le explicó al hombre que lo hablaría con Sōsuke y le daría una respuesta.

—Está bien, le daré siete. ¿Está dispuesta a venderlo por esa cantidad? —dijo antes de marcharse.

—Se trata de un Hoitsu... —contestó Oyone haciendo acopio de todo el valor del que era capaz, consciente también del nudo que se le estaba haciendo en la garganta.

El hombre no pareció especialmente impresionado.

—Hoitsu no es muy apreciado en la actualidad —sentenció. Clavó su mirada en Oyone durante un buen rato. Cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, añadió—: Hable usted con su marido y hágame saber lo que han decidido.

Después de explicárselo a Sōsuke, le preguntó inocentemente si no valía la pena venderlo. Sōsuke le venía dando vueltas desde hacía tiempo a cómo mejorar su vida e incrementar sus ingresos. Pero se habían acostumbrado de tal manera a llevar una vida sencilla, que se resignaba a seguir arreglándoselas con sus magros ingresos. Quizás fuera esa la razón por la que había dejado de preocuparse por añadir algún extra a su sueldo que le permitiera vivir con más holgura. Que Oyone le propusiera vender el biombo fue una grata sorpresa, un acierto, pero no estaba convencido de

si era necesario hacerlo o no. Le preguntó a su mujer su opinión. Le contestó que con ese dinero, al menos, podrían comprar los zapatos que tanta falta le hacían. Incluso le alcanzaría a ella para comprarse la tela necesaria para un kimono nuevo. Tenía razón, pero al sopesar el valor del biombo heredado de su padre, un biombo firmado por Hoitsu, en relación con unos simples zapatos, el negocio le pareció ridículo.

—Si quieres venderlo, no lo dudes. Después de todo, lo único que hace aquí es molestar... Aunque yo me arreglo todavía con mis viejos zapatos. Lo malo es que como llegue otra temporada de lluvia como la que acabamos de pasar, ahí sí que lo voy a pasar mal. Menos mal que ahora tenemos buen tiempo.

—Si se pone a llover otra vez, no te va a quedar más remedio que comprarte unos nuevos.

No estaba en manos de Sōsuke asegurar que el tiempo permaneciera estable, ni tampoco Oyone quería obligarle a vender el biombo antes de que volvieran las lluvias. Se miraron y se echaron a reír.

—¿Tan escasa te parece la oferta? —preguntó ella.

—Yo creo que sí.

A todas luces le parecía insuficiente. En caso de encontrar un comprador interesado dispuesto a mejorarla, aceptaría lo que le ofreciera. Había leído en el periódico que los antiguos *kakemono*, esas antiguas pinturas mezcladas con caligrafía, se vendían a buen precio últimamente. ¡Si al menos aún tuviera alguna en su poder! Pero no tenía sentido pensar más en ello.

—Supongo que depende del comprador aunque, obviamente, también de las mañas que nos demos como vendedores. Por muy fino que sea el trabajo, no es probable que encontremos a alguien dispuesto a pagar gran cosa. A pesar de todo, me parece poco seis o siete yenes.

Sōsuke reclamaba el valor real del biombo, a la vez que se mostraba comprensivo con la postura del anticuario. No podía engañarse a sí mismo. Oyone no tenía ánimo para seguir con el asunto. Al día siguiente, Sōsuke les contó a sus compañeros de la oficina toda la historia y les preguntó si les parecía suficiente la cantidad que le ofrecían. Todos estuvieron de acuerdo en que era muy poco, pero nadie supo decirle de algún comprador dispuesto a pagar un precio justo. Nadie sugirió tampoco qué hacer con el biombo. La única alternativa que le quedaba era vendérselo a aquel hombre. De otro modo, se quedaría para siempre estorbando en su casa minúscula.

Cuando volvió, lo colocó de nuevo en el salón donde había estado originalmente. El hombre de la tienda regresó. En esa ocasión le ofreció quince yenes. Sōsuke y Oyone intercambiaron una mirada. Se sonrieron. Decidieron aguantar un poco más. El comprador volvió una tercera vez. De nuevo, rechazaron su oferta e incluso Oyone descubrió cierto placer al hacerlo. En su cuarta visita, el comprador apareció con un hombre al que nunca antes habían visto. Hablaron algo entre ellos en voz baja. Finalmente, les ofrecieron treinta y cinco yenes. Fue entonces cuando Sōsuke y su mujer se decidieron a cerrar la venta.

VII

Decenas de cedros rodeaban el templo de Enmyoji. Su madera rojiza les confería un aspecto extraño. Vistos a distancia, parecía como si se hubieran quemado. En los días despejados, una cordillera blanca batida por el viento recortaba abruptamente su perfil contra el cielo. El año avanzaba inexorable. El frío obligaba a Sōsuke y a su mujer a soportar todo tipo de incomodidades. Por la mañana temprano, la voz del vendedor de *natto*, que no faltaba nunca a su ronda, les recordaba la escarcha que parecía haberse quedado a vivir en los tejados. Sōsuke le escuchaba refugiado al calor tibio de la cama y se daba cuenta de que, una vez más, había llegado el invierno. En la cocina, Oyone había empezado a sufrir los rigores del cambio de estación. Tenía la esperanza de que no se volviera a congelar el agua en las tuberías, como había sucedido el año anterior. Por la noche, se sentaban al calor del *kotatsu* y disfrutaban de la compañía mutua mientras recordaban los templados inviernos de Hiroshima y Fukuoka.

—Creo que nos hemos vuelto como los Honda, ¿no te parece? —preguntó Oyone entre risas.

Los Honda eran la pareja de jubilados que vivía en la casa de al lado y que pertenecía al mismo casero que la suya, el señor Sakai. Tenían una sirvienta y llevaban una vida tan silenciosa, que apenas notaban su presencia, no importaba que fuera de día o de noche. Cuando Oyone estaba sola cosiendo en el salón, a veces escuchaba una voz que llegaba amortiguada desde la puerta contigua: «Abuelo, abuelo». Era la señora Honda, que llamaba a su marido. Si por casualidad se cruzaba con ella al salir de casa, intercambiaban saludos y unos cuantos comentarios generales sobre el tiempo. La señora Honda la había invitado hacía ya algún tiempo a charlar un rato, pero Oyone aún no había encontrado la oportunidad de hacerlo. La anciana, por su parte, tampoco había ido nunca a su casa. Sōsuke y ella, en realidad, sabían muy poco de los Honda. Por el chico de los recados de la tienda del barrio, se habían enterado de que tenían un hijo funcionario destinado en Corea, que les enviaba todos los meses dinero suficiente como para permitirles vivir con desahogo. Poco más sabían de ellos.

—¿Sigue dedicando tanta atención el viejo a sus plantas?

—No creo. Hace demasiado frío. Ha colocado casi todos los tiestos a cubierto.

Su conversación pasó de los Honda a la familia del señor Sakai, el casero. Era lo opuesto de la pareja de ancianos. A sus ojos no podía haber otra familia más llena de vida y felicidad que aquella. El patio trasero de su casa estaba situado en lo más alto de la pendiente de la calle. Tenía el aspecto gris y frío característico del invierno y los niños ya no jugaban allí, como cuando hacía buen tiempo. En lugar de sus gritos, se escuchaba por las tardes el rumor de una música de piano. De tanto en cuanto, también oían la risa estridente de la criada.

—¿A qué se dedicará? —preguntó Sōsuke a Oyone. No era la primera vez que le hacía esa pregunta.

—No creo que tenga una verdadera ocupación digna de ese nombre. Parece uno de esos tipos que se toman las cosas tal como vienen... Debe de vivir de las rentas que le proporcionan sus casas —le respondió ella.

El interés de Sōsuke por su casero no iba más allá. Cuando se vio obligado a interrumpir sus estudios, le dieron ganas de decirle a todos sus conocidos a quienes parecía sonreírles la fortuna, que se cuidasen del futuro. Pasado un tiempo, ese impulso se transformó en odio abierto hacia quienes tenían más suerte que él. Al final se convenció del profundo abismo que se abría entre él y los demás. Fue entonces cuando empezó a pensar que había nacido marcado por el destino, por una identidad peculiar. Los demás y él pertenecían a mundos distintos. Tan solo compartían la pertenencia a la especie humana. No podía haber intercambio ni influencia entre ellos, ni para bien ni para mal. A veces, en el transcurso de una charla, se las arreglaba para enterarse de a qué se dedicaba este o aquel, pero al poco tiempo le resultaba demasiado molesto seguir con las indagaciones, quizás por vergüenza. A Oyone le sucedía lo mismo, odiaba los chismes y a los chismosos. Aquella noche, sin embargo, hizo algo poco frecuente en ella y le ofreció a su marido todo tipo de detalles sobre los Sakai. Le explicó que el señor, a pesar de ser barbilampión, ya debía de rozar los cuarenta. La niña que tocaba el piano era su hija mayor. Debía de tener doce o trece años. Cuando los demás chicos del barrio iban a jugar con sus hijos, Sakai les prohibía montarse en los columpios.

—¿Por qué?

—Porque es un tacaño, supongo. A lo mejor no quiere que se rompan y tener que cambiarlos por otros.

Sōsuke se rio. Pensó en lo difícil que sería convencer a un tacaño como Sakai para que les arreglase las tejas rotas del tejado o les pagase a un jardinero para que sustituyera los arbustos marchitos del jardín.

Sōsuke no soñó aquella noche ni con sus vecinos, los Honda, ni con sus tiestos, ni con Sakai o los columpios. Se fue a la cama a las diez y media. Exhausto, nada más acostarse se quedó dormido y empezó a roncar. Desde hacía un tiempo, Oyone sufría fuertes dolores de cabeza. Le costaba trabajo conciliar el sueño. Abría los ojos y contemplaba la habitación a oscuras. En el *tokonoma* brillaba una luz exánime. Acostumbraban a dejar prendida la lámpara de aceite durante toda la noche. Cuando se iban a dormir, la bajaban al mínimo y la colocaban allí, para que velase sus sueños. Oyone no dejaba de cambiar de posición la almohada, incapaz de encontrar el lugar adecuado donde reposar la cabeza. Cada vez que lo hacía se destapaba. Terminó por tumbarse boca abajo y apoyarse en los codos. Observó un buen rato a su marido. Al final se levantó, se puso el kimono sobre el camisón y se acercó a coger la lámpara. Se sentó de cuclillas junto a su marido.

—¡Sōsuke, Sōsuke! —le llamó.

Él dejó de roncar. Su respiración se hizo más profunda y regular, como la de alguien que transita por un profundo sueño. Oyone volvió a levantarse con la lámpara en la mano; abrió la puerta del *chanoma*. La débil luz mitigó la oscuridad de la habitación y los anillos metálicos de la cómoda brillaron con un fulgor apagado. Atravesó la habitación en dirección a la cocina, cuyas paredes estaban tiznadas de negro por el humo. Solo alcanzó a vislumbrar las puertas blancas de la alacena. Estuvo un rato de pie en la cocina helada. Abrió en silencio la puerta de la habitación contigua donde dormía la sirvienta. Debajo de la ropa de cama, cuyo diseño y color resultaban invisibles en la penumbra, estaba Kiyo, acurrucada como un topo en su madriguera. Después fue a mirar en la habitación que estaba al otro lado de la cocina. Allí solo estaba el aparador. El espejo atrapó su mirada y la retuvo a pesar de que aún era de noche y no se veía apenas.

Después de hacer la ronda completa por la casa y comprobar que todo estaba en orden, Oyone pudo volver a la cama. Al fin cerró los ojos. Los nervios ya no le presionaban los párpados. Se durmió de inmediato. Sin embargo, tan pronto como lo hizo se despertó sobresaltada. Creyó haber escuchado un ruido sordo junto a la almohada. Levantó la cabeza para tratar de descubrir de qué se trataba. Le pareció un objeto grande y pesado que había rodado desde el terraplén para acabar junto al *engawa* de su habitación. Debió suceder un instante antes de abrir los ojos. No podía haber sido un sueño. Se asustó. Zarandó a su marido para despertarlo.

Sōsuke estaba profundamente dormido. Al despertarse de una manera tan abrupta, se incorporó y aún medio dormido, echó a un lado las mantas. Oyone le explicó en voz baja lo que había pasado.

—¿Solo lo has escuchado una vez?

—Sí, ha sido ahora mismo.

Se quedaron en silencio. Aguzaron el oído, atentos a lo que sucedía en la oscuridad que reinaba en el exterior de la casa. Todo parecía en calma. Por mucha atención que prestaron, no escucharon nada.

—Hace frío —dijo Sōsuke. Se puso el abrigo de invierno encima del pijama, abrió una de las contraventanas, salió al *engawa* y escrutó en la oscuridad. No se veía nada. Una ráfaga de viento helado le golpeó la cara. Cerró de nuevo la contraventana. Se refugió bajo las mantas.

—No he visto nada. Probablemente habrá sido un sueño —le dijo a Oyone mientras se estiraba. Ella insistía en que no estaba soñando. Había escuchado un ruido sordo, no muy lejos de su cabeza. Sōsuke se volvió hacia ella sin destaparse—. Oyone, últimamente tienes los nervios a flor de piel. Lo mejor será que intentes descansar.

El reloj de pared que había en la habitación de al lado dio las dos. Cuando lo escucharon se quedaron callados. Parecía como si la noche se hubiera sumergido en un silencio aún más profundo. Tenían los ojos muy abiertos, como si no quisieran quedarse dormidos.

—A ti no hay nada que te quite el sueño. Te metes en la cama y diez minutos más tarde estás dormido —le reprochó Oyone.

—Claro que sí, pero a mí las preocupaciones me dan lo mismo. Es que estoy muy cansado —se defendió Sōsuke.

No había acabado de decir esto, cuando Sōsuke había vuelto a quedarse dormido. Oyone, al contrario, siguió dando vueltas como antes. Escuchó el rumor de un carro que pasaba por la calle. Hacía varias noches que lo escuchaba antes del amanecer, pasaba siempre a la misma hora. Dedujo que sería siempre el mismo. Quizás fuese el lechero en su ronda nocturna. En cualquier caso, era la señal de que estaba amaneciendo, de que la gente que la rodeaba pronto empezaría con sus actividades diarias. Eso la tranquilizó. Escuchó el canto de un gallo. Llegaba de algún lugar impreciso. Después el golpeteo de unas *geta*. Poco después, Kiyo abrió la puerta de su habitación para ir al baño. Luego entró en la habitación contigua a su dormitorio. Quizás quería ver la hora. Quedaba tan poco aceite en la lámpara del *tokonoma*, que apenas alcanzaba la mecha, por lo que la habitación estaba sumida en una oscuridad casi total. La lámpara de Kiyo proyectaba su débil luz a través de las aberturas de las puertas corredizas que separaban las habitaciones.

—¿Kiyo? —la llamó Oyone susurrando. Ella no respondió.

Kiyo volvió a la cama, pero se levantó poco después. Oyone lo hizo media hora más tarde. Luego Sōsuke. Oyone siempre lo despertaba. «Ya puedes levantarte», solía decirle. Los domingos y los escasos días festivos que tenía el año, le rogaba: «Levántate, por favor». Sin embargo, aquella mañana, inquieto quizás por los miedos que habían asaltado a su mujer por la noche, Sōsuke se levantó por su propio pie. Abrió la contraventana que daba al terraplén y miró hacia arriba.

Tras los bambúes inmóviles por el frío de la mañana, el sol naciente fundía la escarcha e iluminaba tenuemente la parte alta del terraplén. Se sorprendió al descubrir que allí en lo alto, los tallos marchitos de hierba estaban destrozados. Prendida en sus raíces, se veía una arcilla rojiza. Sus ojos siguieron una línea que llegaba directa hasta la parte baja, junto al *engawa* donde él estaba. A sus pies había algo extraño. Comprobó que también allí estaban partidos los tallos de hierba congelada. Quizás había sido algún tipo de perro grande, que había caído rodando desde la cima, pero cuando lo pensó dos veces, se dio cuenta de que por muy grande que fuera, ningún perro podía haber aterrizado allí montando semejante ruido. Alcanzó las *geta* que estaban en la entrada de la habitación y salió al patio. El cuarto de baño sobresalía formando un ángulo con el mirador. Solo quedaba un estrecho pasillo entre la casa y la pendiente. Siempre que los encargados de la limpieza entraban allí para vaciar la fosa séptica, Oyone señalaba aquel lugar.

—¡Si al menos hubiera un poco más de espacio! —decía con aprensión.

Sōsuke se burlaba de sus angustias.

Detrás del pasillo había un sendero que llevaba hasta la puerta de la cocina. Hacía poco tiempo había allí un seto de cedros con numerosas ramas secas que separaba su casa de la del vecino, pero el propietario lo había mandado arrancar para colocar en su lugar una valla de madera nudosa que llegaba hasta la entrada de la cocina. Era una parte de la casa muy oscura y húmeda. El suelo estaba siempre empapado por la lluvia que caía del tejado. En verano se cubría de begonias. Lo inundaban todo con sus hojas verdes cuando alcanzaban su máximo esplendor, hasta el punto de hacer desaparecer el sendero. Era un espectáculo asombroso. Oyone y Sōsuke se quedaron fascinados el primer verano que lo contemplaron. Las plantas trepaban por allí desde hacía años. Seguían haciéndolo a pesar de que habían derribado la vieja casa de al lado. Llegaba la primavera y los capullos habían empezado a brotar. Tanta belleza solía llenar de júbilo el corazón de Oyone.

Las huellas de Sōsuke se marcaron sobre la escarcha del camino que aún no había acariciado el calor del sol. Aún se conservaba allí el recuerdo de las begonias del verano. Algo llamó su atención. Se detuvo. A pocos pasos, en medio del jardín, había una caja negra con remaches lacados en oro. Estaba en mitad del sendero, como si alguien la hubiese dejado allí deliberadamente. La tapa estaba a un lado, vuelta del revés con el forro de papel estampado a la vista. A su alrededor, había papeles esparcidos por todas partes. Obviamente debían haber estado guardados dentro de la caja. Sōsuke distinguió una extensa carta que ocupaba varios folios. Por lo demás no parecía más que un montón de hojas de papel usado. Lo inspeccionó todo con cuidado. En su rostro se dibujó una sonrisa irónica. Debajo de uno de los papeles había un excremento humano.

Lo recogió todo, lo metió en la caja húmeda y mugrienta y la llevó a la cocina. Llamó a Kiyō desde la puerta.

—Haz el favor de sujetar esto, por favor —le pidió.

Kiyō le miró sorprendida. Oyone recogía el salón. Sōsuke continuó con su inspección hasta llegar de nuevo junto a la puerta principal, pero no encontró nada más. Volvió a entrar en casa. Se sentó junto al brasero y llamó a Oyone.

—¿Dónde has ido? —le preguntó ella al entrar en la habitación.

—Ese ruido que escuchaste ayer por la noche no fue un sueño. Era un ladrón. Escuchaste a un ladrón que debió de venir rodando desde la casa de Sakai, en lo alto del terraplén. Acabó dando con sus huesos en nuestro patio. He estado en la parte de atrás y he encontrado una caja tirada en el suelo, además de un montón de papeles desparramados. Para colmo, el ladrón ha dejado su tarjeta de visita bajo una de las cartas.

Sōsuke sacó dos o tres de los papeles que había logrado rescatar y se los mostró a Oyone. Eran cartas dirigidas al señor Sakai. Oyone no salía de su asombro.

—Me pregunto si le habrán robado algo más.

—Supongo que sí —respondió Sōsuke cruzándose de brazos.

Kiyō entró con el desayuno y entonces dejaron la caja junto al brasero. Pero solo hablaron del robo. Oyone alardeó de su capacidad para permanecer en guardia, incluso cuando dormía. Sōsuke se alegraba mucho de que a él no le pasara nada parecido. Dormía como un bendito.

—Eso lo dices ahora, pero imagínate que el ladrón hubiera intentado entrar aquí. Alguien como tú que duerme tan profundamente no se habría enterado de nada —le reprochó Oyone.

—¿Qué estás diciendo? No hay ninguna razón para preocuparse. Un ladrón jamás entraría aquí.

Sōsuke no estaba dispuesto a dejar que su mujer tuviera la última palabra. Kiyō asomó la cabeza por la puerta.

—¿No es una suerte que el ladrón haya entrado en casa de Sakai? —dijo con tono satisfecho—. Imagínese si entra aquí y se lleva el abrigo nuevo del señor...

Lo dijo tan en serio que Oyone y Sōsuke se quedaron sin saber qué responder.

Después de desayunar, Sōsuke aún disponía de tiempo antes de ir al trabajo. Sakai debía de estar preocupado por el robo, así que decidió subir hasta su casa y devolverle sus cosas. La caja, que tenía el dibujo del caparazón de una tortuga estampado en oro sobre un fondo negro, era de lo más sencilla. Oyone la envolvió con una tela y cuando se la dio a su marido se dio cuenta de que podría haber pasado perfectamente como una simple caja de galletas.

La casa de Sakai estaba justo encima de la suya. Sin embargo, para llegar a la puerta principal había que dar un rodeo y bajar casi una manzana entera para luego volver a subir después de retroceder otra media manzana. Sōsuke caminó junto a un seto de espino y comprobó que lo habían podado recientemente. Detrás había un sendero de guijarros blancos salpicados de césped que conducía hasta la puerta de Sakai.

Contrariamente a lo que esperaba, no apreció señales de actividad en el interior de la casa. Reinaba un silencio sepulcral. Se acercó a la puerta principal, cuyos cristales esmerilados se habían congelado por el frío nocturno. Tocó el timbre dos o tres veces sin resultado. Nadie apareció en la puerta para recibirle. No le quedó más remedio que dirigirse a la de la cocina. También allí los cristales estaban congelados. Escuchó el ruido de la vajilla. Abrió la puerta y saludó a una criada que estaba agachada junto a un infiernillo.

—¿Sabe si esto es del señor Sakai? Lo he encontrado esta mañana en el patio. Lo traigo para devolvérselo —dijo mostrándole la caja.

La criada se hizo cargo y se limitó a darle las gracias. Se acercó a la entrada de la habitación contigua, llamó a otra criada y le entregó la caja, tras explicarle algo en voz baja. La segunda criada miró a Sōsuke. Desapareció de inmediato. En ese momento entró en la cocina una niña de cara redonda y grandes ojos. Tendría unos doce años. Iba acompañada de otra niña más pequeña que parecía su hermana. Las dos llevaban el pelo recogido con sendas cintas. Susurraban algo sin quitarle la vista de encima a Sōsuke, que solo alcanzó a escuchar la palabra ladrón. Consideró que ya había cumplido con su deber e hizo ademán de marcharse. No esperaba recibir explicaciones, pero para asegurarse preguntó otra vez si la caja era efectivamente del señor Sakai. La criada reiteró que no sabía nada. Entonces volvió a aparecer la segunda criada.

—¿Por qué no pasa un momento, por favor? —dijo en tono amable mientras se inclinaba en gesto de respeto. Como Sōsuke dudaba, la muchacha volvió a repetirle la invitación. La vergüenza que sentía dio paso a un sentimiento de molestia. Justo en ese preciso instante, apareció Sakai.

Era un hombre de complexión fuerte y mejillas carnosas, tal como Sōsuke había imaginado. Todo en él despedía un aire de prosperidad. Sin embargo, Oyone se había equivocado en una cosa al describírselo: tenía barba.

—Se ha tomado usted muchas molestias. Se lo agradezco.

En sus ojos se dibujaron unas arrugas de gratitud. Le preguntó sobre el hallazgo. Sōsuke le resumió los acontecimientos de la noche anterior y su expedición de aquella misma mañana al jardín, donde encontró la caja. Le preguntó si le habían robado algo más. Sakai le respondió que sí: un reloj de oro que había dejado sobre la mesa antes de irse a dormir. Sin embargo, no parecía muy preocupado por el ladrón. Hablaba tan fríamente de los objetos sustraídos, que bien podían haber pertenecido a otra persona. Parecía incluso más interesado en la historia que le contaba Sōsuke que en su reloj. Aún no tenía claro si el ladrón había tratado de escapar por la parte trasera al descender por el terraplén o, si por el contrario, se había caído allí accidentalmente por las prisas de la huida.

Entonces entró la criada con una bandeja de té y tabaco. Parecía como si Sakai no quisiera que Sōsuke se marchara. Empujó hacia él un cojín para que se acomodara y le invitó a tomar el té. Le explicó lo que el detective de la policía había conjeturado cuando estuvo en su casa por la mañana temprano. Según él, el ladrón debió de esconderse en el jardín al anochecer y esperó allí a que toda la familia se hubiese acostado. Al parecer, debió de entrar en la casa por la cocina. Prendió una cerilla, encendió una vela, la colocó en un pequeño cubo de madera que había allí y se dirigió al *chanoma*. Como la señora Sakai y los niños dormían en la habitación contigua, probablemente continuó por el pasillo que llevaba hasta el estudio del señor Sakai. Mientras revolvía los cajones allí dentro, el hijo recién nacido de Sakai se despertó y rompió a llorar. Entonces debió de asustarse y salió precipitadamente por la puerta del estudio que daba al jardín.

—¡Si al menos hubiera estado el perro para recibirle! Por desgracia se nos puso enfermo hace unos días y tuve que dejarlo en el veterinario —se lamentó Sakai.

—¡Qué mala pata! —añadió Sōsuke.

Sakai se extendió con todo tipo de detalles sobre la raza y el pedigrí del animal, además de explicarle que de vez en cuando se lo llevaba de caza. Parecía que nunca iba a parar de hablar.

—Me gusta cazar. Últimamente he sufrido de los nervios y no me ha quedado más remedio que tomarme las cosas con más calma. De todos modos, tanto en otoño como en invierno salgo a cazar agachadizas. Me paso dos o tres horas hundido en el barro hasta las caderas. Supongo que eso no debe de ser muy bueno para la salud, pero en fin.

Daba la impresión de que Sakai disponía a su antojo de todo el tiempo del mundo. Le bastaba una somera respuesta de Sōsuke, para empezar de nuevo con sus historias sin dar señal alguna de ir a dejarlo. Al final, a Sōsuke no le quedó más remedio que levantarse mientras su anfitrión seguía hablando y empezar a musitar disculpas.

—Le ruego me perdone. Pero tengo que ir a trabajar y ya se me ha pasado la hora de costumbre...

Solo entonces Sakai interrumpió su charla para excusarse por haberle entretenido. Le dijo que al detective le gustaría echar un vistazo al lugar donde había encontrado la caja, y se disculpó de antemano por las molestias que pudiera causarle.

—Últimamente no estoy muy ocupado. No hay problema —le dijo a Sōsuke en tono cortés antes de marcharse.

Llevaba treinta minutos de retraso con respecto a su hora habitual de salir hacia la oficina. Oyone le recibió con gesto preocupado.

—¿Por qué has tardado tanto?

Sōsuke se vistió a toda prisa.

—Ese Sakai, desde luego, es un tipo que se toma la vida con calma. Supongo que es lo que pasa cuando uno tiene dinero: puede tomarse las cosas como si el tiempo no existiera.

—Koroku, ¿por dónde quieres que empecemos? ¿Por el *chanoma* o por el salón? —preguntó Oyone.

Koroku se había mudado hacía unos días y ahora le tocaba ayudar a su cuñada a cambiar el papel de arroz de los *shoji*. Cuando aún vivía con su tío, era él, ayudado por su primo Yasunosuke quien se encargaba de esa tarea, que había que realizar cada cierto tiempo. Él solía ser el responsable de mezclar la pasta y extenderla por el marco con una espátula. Era una operación delicada, pero con la práctica acabó desarrollando la pericia de un profesional. Sin embargo, los comienzos fueron algo más difíciles. La primera vez todo fue a pedir de boca hasta que el papel se secó y Koroku intentó volver a colocar el *shoji* en su lugar. Entonces se encontró con que no podía encajar los dos paneles sobre las ranuras. La segunda, viendo que solo no podía, pidió ayuda a Yasunosuke, pero él era más torpe si cabe, y también acabaron fracasando. En otra ocasión, su tía les había pedido que cambiaran los papeles de los *shoji* de toda la casa, y habían cometido el error de humedecer los marcos para que fuera más fácil retirar el papel viejo. Al secarse, las láminas se combaron y les costó un verdadero triunfo volver a colocarlas en su sitio.

—Oyone, si no tiene cuidado va a organizar un desastre... especialmente si moja el papel antes de desprenderlo.

Después de advertirle, Koroku empezó a quitar los del *chanoma*.

A la derecha de Koroku, formando un ángulo con el *engawa*, estaba su habitación. A su izquierda se abría la entrada principal, que sobresalía del resto de la casa. Frente a él había un seto que corría paralelo al *engawa*. En verano, aquel parterre se poblaba de dalias. Sôsuke y Oyone se sentaban cada mañana en el porche y disfrutaban contemplando las flores cubiertas por el rocío. Frente al seto habían plantado bambú y dondiego trepador. Tan pronto como se despertaban, corrían al *engawa* a contar las flores nuevas. Pero desde el otoño hasta el final del invierno, todo permanecía sin vida, seco; el jardín tenía más el aspecto de un rincón abandonado que el del vergel en el que se transformaba con el buen tiempo. En esa época, aquel pequeño desierto producía más melancolía que gozo. Koroku seguía con su trabajo. A su espalda tenía el jardín cubierto de escarcha.

De vez en cuando, una ráfaga de viento helado le golpeaba el cuello y la cabeza, que llevaba con el pelo muy corto. Entonces se refugiaba de la intemperie en el calor de la habitación; se frotaba las manos congeladas, enrojecidas por el frío y el viento sin decir una palabra, escurría el trapo en el cubo y volvía a restregar el marco de la puerta.

—Debes de estar helado —le dijo Oyone, intentando sonar amable. Echó el agua caliente de la tetera para diluir la pasta de arroz que había preparado el día anterior—. Lo siento. Por desgracia el tiempo ha empeorado mucho.

En realidad, a Koroku le fastidiaba que le hubieran adjudicado esa clase de trabajo. Mientras restregaba los marcos no podía evitar sentirse insultado, especialmente si se tenía en cuenta que estaba actuando contra su voluntad. Cuando, en otra época, su tío le encargaba el mismo trabajo, él se lo tomaba como un pasatiempo. Lejos de resultarle un incordio, incluso había llegado a disfrutarlo. Sin embargo, ahora tenía la impresión de que el hecho de que recurriesen a él para esa labor suponía en cierto modo un desprecio. Parecía como si su hermano y su mujer considerasen que solo servía para eso. Y para colmo, el frío que hacía en el *engawa* solo servía para aumentar su resentimiento.

Con semejante estado de ánimo, sus respuestas a las atentas palabras de Oyone resultaban más bien lacónicas. Pensó en un amigo suyo, un estudiante de derecho que se hospedaba en la misma residencia que él y que, cuando salía de paseo, solía pararse en cualquier tienda y se gastaba cinco o seis yenes en artículos para el baño, o en fruslerías, dando muestra de una total despreocupación. Koroku pensaba que no había ninguna razón para que anduviese con tantas penurias. La suerte de su hermano y de su cuñada, resignados a pasar el resto de sus vidas en ese ambiente deprimente, le resultaba lamentable. Eran tan agarrados que ni siquiera se planteaban comprar un papel de calidad razonable para los *shoji*. Para él aquello no se podía llamar vida.

—Si usamos este papel tendremos que volver a cambiarlo en poco tiempo.

Koroku extendió un rollo, lo puso a contraluz y lo golpeó con fuerza dos o tres veces con la palma de la mano.

—¿Tú crees? —respondió Oyone—. Pero aún no tenemos niños. Yo creo que durará bastante.

Oyone extendió con una brocha pasta de engrudo sobre el marco. Cada uno agarró el papel por un extremo para estirarlo y tratar de que se mantuviera tirante. Koroku parecía impaciente por terminar de una vez. Al verle así, Oyone se sintió incómoda. Deslizó la cuchilla sobre el papel antes de que hubiera alcanzado la tensión necesaria, y el resultado fue que se hicieron un montón de arrugas. Se quedó de pie frente a los paneles que acababan de terminar para echarles un vistazo. Parecía muy disgustada. En el fondo de su corazón deseaba que hubiese sido su marido quien la hubiese ayudado en esa tarea, en lugar de Koroku.

—Han quedado bastantes arrugas, ¿no te parece?

—No soy muy hábil para este tipo de cosas...

—¡Bobadas! No creas que tu hermano lo hace mucho mejor. Además, él es mucho más descuidado que tú.

Koroku no respondió. Alcanzó el cuenco con agua que Kiyô acababa de traerle y lo puso delante del *shoji* recién reparado. A continuación mojó el papel. Cuando terminó con el segundo panel, las arrugas del primero ya habían desaparecido. Empezó con el tercero y notó que empezaba a dolerle la espalda. Oyone tenía jaqueca desde por la mañana.

—Vamos a hacer uno más y acabamos con todos los del *chanoma*. Después descansaremos —propuso ella.

Cuando terminaron ya eran las doce de la mañana, así que se dispusieron a comer algo. Cuando Sôsuke estaba en la

oficina Oyone dejaba que Koroku se sentara frente a ella. Nunca habría permitido a nadie más que no fuera su marido hacer algo así. Cuando Sōsuke no estaba, acostumbraba a comer sola, así que le resultaba extraño tener a su cuñado enfrente. Aguantaba como podía mientras Kiyō estaba atareada en la cocina, pero tan pronto como dejaba de oírlo, se ponía muy nerviosa. Era mucho mayor que Koroku y la relación que habían mantenido hasta ese momento no ayudaba a crear un ambiente agradable entre dos personas de sexo opuesto. A Oyone le hubiera gustado saber hasta cuándo iba a estar tan incómoda. Antes de que Koroku se mudara a casa con ellos, no había imaginado que algo así pudiera suceder. Se sentía cada vez más aturdida. No podía remediarlo. Al menos, trataba de mantener con él algún tipo de conversación fluida durante la comida, llenar de la forma más natural posible los incómodos silencios que se producían entre ellos. Por desgracia, Koroku no tenía ni el discernimiento, ni la compostura necesaria para ayudar a su cuñada a sentirse más tranquila.

—¿Estaba bueno lo que te daban de comer en la residencia? —preguntó Oyone.

Koroku no fue capaz de responder directamente a su pregunta como hacía cuando aún vivía en la residencia e iba de visita. A pesar de todo, se sentía obligado a decir algo.

—No, la comida no estaba nada buena.

En su tono, sin embargo, se apreciaba cierta falsedad. Oyone se preguntaba si él pensaba que no le trataban como se merecía. Y sabía que, de alguna manera, esa duda suya le llegaba a Koroku.

Ese día en concreto, Oyone se sentía incapaz de hacer un esfuerzo por dar conversación a Koroku por culpa del dolor de cabeza. Lo intentaba pero no lograba hilar una frase coherente. Le resultaba demasiado penoso hablar. Así que acabaron por sumirse en un silencio aún más profundo que el que les atrapó cuando reparaban los *shoji*.

Debido quizás a que ya se habían hecho a la idea, retomaron el trabajo después del almuerzo con más calma que por la mañana. Sin embargo, la incomodidad que se había instalado entre ellos aumentó. Puede que el frío tuviera algo que ver. Al levantarse de la mesa, vieron que las nubes se habían dispersado casi por completo. Estaba tan despejado, que el sol que lucía en todo lo alto parecía alejarse de ellos. Pero las nubes regresaron pronto para ocultar el azul del cielo. Todo se tornaba gris y más gris; el ojo del sol se cerraba. Amenazaba incluso con ponerse a nevar. Oyone y Koroku se turnaban para calentarse las manos en el brasero.

—He escuchado que el año que viene quizás le den un aumento a mi hermano, ¿no es cierto? —preguntó Koroku a bocajarro.

Oyone acababa de recoger del suelo un pedazo de papel con el que se estaba limpiando las manos.

—¿Por qué dices eso? —Obviamente, no sabía nada del asunto.

—¿No ha leído en el periódico que el gobierno va a subir el sueldo a los funcionarios?

Oyone no sabía nada del asunto. Le pidió más detalles, y Koroku le contó todo lo que sabía sobre el tema.

—Pues ya era hora —dijo Oyone, cuando su cuñado hubo concluido—. No hay quien llegue a fin de mes con esa birra de salario que cobra. Y por si fuera poco, la vida no deja de subir. El pescado, por ejemplo. En el poco tiempo que llevamos en Tokio ha doblado su precio.

En esa ocasión, fue Koroku quien se vio obligado a reconocer su ignorancia al respecto. No tenía ni idea de que el precio del pescado hubiera aumentado tan repentinamente. Al mostrar cierto interés por lo que le decía su cuñada, la conversación fluyó entre ellos con algo más de facilidad. Oyone le contó entonces el encuentro de Sōsuke con Sakai, y algo que este le había dicho. Por lo visto, cuando Sakai tenía dieciocho o diecinueve años, los precios estaban por los suelos. Un plato de *ramen* no costaba más de ocho *ryūes* con dos *sen*. Un pedazo de carne no solía costar más de cuatro *sen*. Incluso una buena pieza de ternera no subía de seis. Podías entrar en un *yosei* por tres o cuatro. Si un estudiante recibía una asignación mensual de siete *yenes*, se las arreglaba sin problemas durante todo el mes. Y si le enviaban diez, podía considerarse un afortunado.

—En esa época no habrías tenido ningún problema con tus estudios.

—Y a mi hermano le habría resultado mucho más fácil llevar una vida desahogada.

Eran casi las tres pasadas cuando terminaron con los *shoji* del salón. Sōsuke debía de estar a punto de regresar. Oyone tenía que empezar a preparar la cena. Decidieron dejar lo que les faltaba para otro día y lo recogieron todo. Koroku se dio unos cuantos golpes en la cabeza para desperezarse.

—Gracias por tu ayuda. Debes de estar cansado.

Koroku se acordó de unas galletas que Sakai le había dado a Sōsuke en agradecimiento por haberle devuelto su caja. Le preguntó a Oyone si podían comer un dulce para acompañar el té.

—Ese Sakai, ¿es licenciado universitario?

—Dicen que sí.

Koroku dio un sorbo a su taza de té. Se encendió un cigarrillo.

—Entonces, ¿mi hermano no le dijo nada sobre el aumento del sueldo? —preguntó de nuevo.

—No, nada —contestó Oyone.

—Estaría bien ser así, como él... no quejarse de nada.

Oyone no respondió a la observación de Koroku, que se levantó y se encerró en su cuarto. Al cabo de un rato regresó con el brasero a rastras. Se había apagado. A pesar de que en ese momento estaba a cargo de su hermano, seguía confiando en la promesa que le había hecho su primo Yasunosuke. Sabía que pronto estaría en disposición de ayudarlo. En vista de aquello no abandonó los estudios del todo y pidió que le concedieran una prórroga.

VIII

El resultado más inmediato del robo fue que Sōsuke y su casero entablaron una inesperada amistad. Hasta ese momento solo habían mantenido contacto a través de Kiyo, que era quien iba a casa de Sakai una vez al mes a pagar la renta del alquiler, tras lo cual regresaba con un recibo firmado por Sakai. Hasta entonces, Sōsuke no había entablado más relación con aquel hombre que vivía en lo alto de la cuesta de la que habría mantenido con un extranjero.

El mismo día que Sōsuke fue a devolver la caja, el detective se presentó en su casa, justo como Sakai le había advertido. Lo primero que quiso fue inspeccionar el lugar del hallazgo. Le acompañaba el propio Sakai, así que Oyone por fin pudo vislumbrar a aquel hombre del que tanto había oído hablar. Dos cosas le sorprendieron gratamente en él. En primer lugar, descubrir que tenía barba. Y en segundo lugar, que se dirigiera a ella con tanta corrección.

—Tiene barba —le dijo a Sōsuke cuando volvió del trabajo.

Dos días más tarde, la criada de Sakai llevó una caja de dulces con su tarjeta. Les agradecía su colaboración y les pedía disculpas por no haber podido ir personalmente a entregársela. Sōsuke la abrió por la noche y empezó a devorar los dulces mientras se dirigía a su mujer.

—No creo que sea tan tacaño como dicen. Fíjate en que se ha tomado la molestia de enviar un regalo así —dijo con la boca llena—. Si quieres que te diga la verdad, no me creo esas historias de que no deja usar los columpios a los niños de los vecinos.

—Estoy segura de que no es verdad —dijo Oyone también en defensa de Sakai.

A pesar de haber intimado con él mucho más de lo que lo habían hecho antes de la visita del ladrón, ni a Sōsuke ni a Oyone se les ocurrió en ningún momento llevar las cosas más allá. Aprovecharse de una confianza recién adquirida era algo que no cabía en su forma de pensar. Ninguno de los dos tenía el arrojo suficiente para dar el siguiente paso y profundizar en la relación, incluso con la excusa de que eran vecinos. Si los acontecimientos hubieran seguido su curso, la relación entre ambos pronto habría vuelto a ser la habitual entre propietario e inquilino. El enorme espacio que separaba sus casas seguiría allí como símbolo de la distancia que separaba sus corazones. Sin embargo, tres días después del robo, Sakai se presentó sin previo aviso vestido con un pesado abrigo rematado por un cuello de nutria, y pidió hablar con Sōsuke. El matrimonio, poco habituado a las visitas, se sorprendió casi hasta la consternación. Le hicieron pasar al salón, y Sakai volvió a agradecer a Sōsuke con suma cortesía su ayuda de hacía unos días.

—Gracias a usted he podido recuperar todo lo que me robaron.

Sacó una cadena del fajín, de la que colgaba un reloj de oro de tapa doble. Había denunciado su robo a la policía, tal como exigía la ley, pero era tan viejo que en un principio no le importó su pérdida. En ningún caso había considerado la posibilidad de recuperarlo. Pero aquella misma tarde había recibido un pequeño paquete sin remitente, dentro del cual estaba el reloj.

—El ladrón lo habrá usado, o quizás ha tratado de venderlo, y como no le han dado gran cosa por él habrá decidido devolvérmelo. Es un asunto de lo más extraño... —Pero antes de proseguir con su relato, Sakai se rio—. Aunque a decir verdad, la caja y las cartas sí que tenían mucho valor para mí. La pequeña cajita me la regaló mi abuela cuando servía en el palacio imperial. Hace mucho tiempo de aquello. De hecho, es una especie de reliquia familiar...

Sakai se quedó casi dos horas. Tanto Sōsuke, sentado junto a él, como Oyone, que escuchaba desde el *chanoma*, no pudieron más que maravillarse por la amplitud y variedad de los temas que abordaba.

—Es un auténtico hombre de mundo, ¿no te parece? —preguntó Oyone cuando Sakai se marchó, casi obligada a hacer algún comentario.

—Ya puede serlo. Con todo el tiempo libre del que dispone... —contestó Sōsuke.

Al día siguiente, cuando regreso a casa, Sōsuke se apeó del tranvía y cuando estaba frente a la tienda de segunda mano a la que habían vendido el biombo de Hoitsu, distinguió por casualidad el abrigo de Sakai, ese que tenía el cuello de nutria. Sakai estaba de espaldas, al parecer hablando con el dueño de la tienda. El dueño le observaba tras sus enormes gafas de pasta. A Sōsuke no le pareció oportuno detenerse para saludar. Siguió adelante, pero al pasar frente al escaparate, Sakai le vio.

—Hombre, muchas gracias por haber sido tan amable anoche. ¿Vuelve ahora a casa?

Sakai le hablaba con toda cordialidad, y Sōsuke no pudo por menos que dirigirse a él. Aflojó el paso y se llevó la mano al sombrero. Sakai parecía haber terminado ya con los asuntos que le habían llevado a la tienda.

—¿Está buscando algo? —preguntó Sōsuke.

—Oh, nada en concreto —respondió Sakai. Y echó a andar con Sōsuke rumbo a casa.

No habían caminado una distancia muy larga, cuando Sakai dijo:

—Ese viejo de la tienda es un ladino de tomo y lomo. El otro día me trajo un Kazan falso tratando de hacerlo pasar por verdadero. Justo ahora le estaba cantando las cuarenta.

Por primera vez, a Sōsuke se le ocurrió que Sakai, como muchos otros hombres de su estilo, tenía por costumbre coleccionar objetos de arte. De haberlo sabido antes, habría hecho bien en mostrarle el biombo de Hoitsu antes de venderlo.

—¿Ese hombre sabe mucho de *kakemono*?

—¡Qué va! En absoluto. De hecho no tiene ni idea. Un simple vistazo a su tienda y se da uno cuenta. No tiene nada ahí dentro que se parezca de lejos a una antigüedad o a un objeto mínimamente artístico. Empezó coleccionando papeles viejos y así ha llegado a lo que es hoy.

Sakai parecía al tanto de todo lo relacionado con el negocio de aquel tunante. Por lo que le había contado el repartidor de la verdulería, un hombre ya anciano, la familia de Sakai había pertenecido a la nobleza feudal. De hecho, la suya era la que más linaje tenía del barrio. Sōsuke recordaba vagamente haber escuchado que durante la época de la caída del *bakufu*, la familia tuvo que buscar refugio en Shizuoka y se vieron obligados a andar cambiando de residencia cada dos por tres.

—Cuando éramos chavales, el dueño de esa tienda siempre andaba enredando a todo el mundo. Era el gallito del barrio y bastaba con que le provocasen para meterse en una pelea —le explicó Sakai recordando los días de su infancia. Sōsuke le preguntó la razón por la que había intentado venderle ese Kazan falso. Sakai se rio—. Mi padre le compraba cosas de vez en cuando. Y otras veces era él quien se dejaba caer por casa con alguna que otra baratija. Ya por entonces demostraba poco gusto y mucha ambición. No es nada fácil tratar con él. El otro día, sin ir más lejos, me colocó un biombo de Hoitsu. Y no contento con ello, quiso aprovechar para endilgarme unos cuantos trastos más. Pero por ahí no pasé.

Sōsuke se quedó perplejo, pero no fue capaz de interrumpirle. Se quedó callado. De acuerdo a lo que le dijo, el anticuario le llevó todo tipo de *kakemonos* de los que no sabía prácticamente nada. Según él, tenía una vajilla *korai* que según él había traído de China. Pues bien, descubrimos que, de hecho, la habían fabricado en Osaka. Pero como la daba por auténtica, la había colocado en un lugar destacado de la tienda.

—Lo único que se le compraría a ese sin temor a que te time, es una mesa de cocina, o si me apuras una tetera, pero nueva —concluyó Sakai.

En esto llegaron a lo alto de la cuesta. Allí se separaban sus caminos. El de Sakai giraba a la derecha, el de Sōsuke a la izquierda, colina abajo. Le hubiera gustado acompañarle un poco más para preguntarle sobre el biombo, pero habría resultado raro que él viese que se desviaba de su camino. Así que se despidieron.

—¿No le viene mal a usted que suba a verle uno de estos días? —preguntó Sōsuke.

—¡En absoluto! Cuando usted quiera —le respondió Sakai de buena gana.

Era un día sin viento. Incluso el sol se atrevió a brillar durante unos momentos. A pesar de todo, el frío de la casa calaba a Oyone hasta los huesos. Había improvisado un *kotatsu* en medio del salón, que había recubierto con un quimono de Sōsuke. Allí sentada, esperaba a que su marido regresara del trabajo. Era el primer día del invierno que sacaba el *kotatsu* durante el día, aunque ya hacía tiempo que lo usaban de noche.

—¿Por qué lo has puesto ahí en medio?

—No creo que venga nadie de visita. De todos modos, la habitación está ocupada por Koroku y ya no lo podemos tener allí guardado.

Sōsuke parecía olvidarse a cada momento de que su hermano pequeño vivía ahora con ellos. Se puso un quimono suplementario sin quitarse siquiera la camiseta y le dio varias vueltas al *obi* hasta ceñirlo bien.

—Esta es la parte más fría de la casa. Sin el *kotatsu* hace un frío insoportable.

El tatami de la habitación de Koroku estaba viejo y raído, pero las ventanas daban al sureste y resultaba más caldeada que la que ocupaba el matrimonio.

Sōsuke dio un par de sorbos al té caliente que Oyone le había servido.

—¿Y Koroku? —preguntó.

Era casi seguro que su hermano estaba encerrado en su habitación, como de costumbre, pero reinaba tal silencio que la habitación parecía estar desierta. Oyone hizo ademán de levantarse para ir a llamarlo, pero Sōsuke la detuvo. En realidad no quería nada en concreto de él. Se arrastró dentro del *kotatsu* y se acostó de medio lado. Las sombras nocturnas comenzaban a invadir la habitación, que quedaba medio oculta del exterior debido a la pendiente de la calle. Sōsuke se tumbó con la cabeza apoyada en uno de los brazos. Procuró no pensar en nada en concreto. Contempló el lóbrego y cada vez más oscuro espacio que separaba su casa de la pendiente. Hasta sus oídos llegaban los ruidos de Oyone y Kiyo preparando la cena en la cocina, aunque en ese momento le resultaron ajenos. Era como si viniesen de la casa de los vecinos, y no de la suya. La penumbra se transformó en oscuridad, hasta el punto en que solo se intuía el blanco del papel de arroz de los *shoji*. Sin embargo, no se movió del *kotatsu* ni se tomó la molestia de pedir que le

llevaran una lámpara.

Cuando llegó la hora de la cena, Koroku emergió de la penumbra de su habitación y ocupó el lugar en la mesa frente a su hermano. Oyone se unió a ellos, pero no bien se había sentado, se tuvo que levantar para cerrar una de las contraventanas. A Sōsuke le hubiera gustado decirle a su hermano que debía ayudar a su cuñada a cerrar las contraventanas y a encender las lámparas, pero hacía poco tiempo que Koroku se había instalado con ellos y pensó que por el momento sería mejor evitar ciertos detalles cotidianos que pudieran resultarle desagradables. Así que no dijo nada.

Los hermanos esperaron a que Oyone regresara antes de coger los palillos y empezar a comer. Sōsuke le contó a su mujer que se había encontrado con Sakai cuando volvía a casa en la tienda de segunda mano, y que Sakai le había dicho que le había comprado un biombo al hombre de las gafas enormes.

—¡En serio! —exclamó ella, y taladró a su marido con la mirada.

—Tiene que ser el nuestro. Estoy seguro.

En un primer momento Koroku no participó de la conversación, pero tras escucharles hablar empezó a comprender de qué iba la historia.

—¿Y cuánto dices que te dieron por el biombo? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, vio que Oyone estaba a su marido.

Cuando terminó de cenar, Koroku se encerró de nuevo en su habitación y Sōsuke volvió a meterse bajo el *kotatsu*. Oyone le siguió poco después. Necesitaba calentarse. Convinieron en que Sōsuke iría a visitar a Sakai el sábado o el domingo siguiente para echar un vistazo al biombo.

Al domingo siguiente, Sōsuke se permitió el lujo de levantarse algo más tarde, como acostumbraba a hacer una vez por semana, así que cuando finalmente abandonó la cama, la mañana casi se había esfumado. Oyone volvía a quejarse de una fuerte jaqueca. Estaba sentada junto al brasero, prácticamente inmóvil. Sōsuke sabía que de haber estado disponible la habitación pequeña, se habría pasado el día allí tumbada. Al ceder el espacio a Koroku, le habían privado de su refugio. Sintió lástima por ella. Le rogó que si se sentía mal fuera a acostarse, pero ella se mostraba reacia. Lo mejor sería sacar el *kotatsu* de nuevo. Así también podría usarlo Sōsuke. Dejaron que Kiyo se ocupara de todo.

Koroku había salido de casa poco antes de que Sōsuke se levantara. Así que Sōsuke no había tenido oportunidad de verle, aunque tampoco se molestó en preguntar a su mujer si sabía dónde había ido. Desde hacía tiempo prefería evitarle a Oyone la molestia de tener que responder a sus preguntas sobre Koroku y sus actividades. Pensaba que la situación sería menos dolorosa si ella criticaba abiertamente a su hermano.

Dieron las doce del mediodía y ni siquiera entonces Oyone salió de debajo del *kotatsu*. Sōsuke pensó que sería mejor dejarla descansar en silencio. Se acercó a la cocina de puntillas y le dijo a Kiyo que iba a casa de Sakai. Se puso un abrigo corto sobre el quimono y salió de casa.

Al emerger de la oscuridad de la casa a plena luz del día, sintió que su ánimo depresivo se desvanecía. Encontró cierto placer en la resistencia que oponían la piel y los músculos al viento helado, en la repentina expansión de su espíritu contraído por el invierno. No era buena idea que Oyone pasase todo el tiempo encerrada en casa. Mientras caminaba, pensó que en cuanto mejorase el tiempo la sacaría a respirar algo de aire fresco.

Atravesó la verja de casa de Sakai y junto al seto vio un objeto de color rojo. Aquello desentonaba sobremedida con el ambiente invernal que reinaba a su alrededor. Se aproximó para echar un vistazo. Vio que era el quimono de una muñeca. Alguien había metido una fina vara de bambú por entre las mangas y lo había encajado entre las ramas del seto para evitar que se cayera. Pensó que la niña que había hecho aquello sin duda tendría un enorme ingenio. Sōsuke no había tenido hijos que criar; y menos aún a una niña en edad de jugar con muñecas. La visión del quimono rojo colgado al sol, le asombró y le dejó absorto en su contemplación durante un rato. Su memoria retrocedió veinte años, cuando celebraban el Día de las Niñas sacando las muñecas tradicionales de su hermana, muerta hacía mucho tiempo ya. Junto a ellas disponían una gran variedad de pastelitos de distintas formas y una botella de sake de color blanco que a primera vista parecía dulce, pero que en realidad era horriblemente amargo.

Sakai estaba almorzando. Le pidió a su invitado que esperase diez minutos. Tan pronto como se sentó sobre el cojín que le ofrecieron, Sōsuke escuchó voces en la habitación de al lado. Pensó que alguna de ellas sería la de la niña que había colgado el quimono en el seto. La criada le sirvió el té y luego abrió los paneles corredizos que separaban ambas habitaciones. Notó que cuatro grandes ojos le observaban desde la penumbra. La criada le acercó un brasero, y cuando estaba saliendo de la habitación, descubrió tras ella otra cara distinta que lo estaba mirando. Quizás porque era su primera visita formal a aquella casa, tenía la impresión de que cada vez que se descorría una puerta, aparecía un nuevo rostro que lo examinaba. Se preguntaba cuántos niños habría en realidad en la casa. Después de que la criada lo dejara solo se abrió una pequeña ranura en las puertas correderas y una de las niñas se asomó tímidamente mostrando un resplandeciente ojo negro. Sōsuke estaba intrigado. Hizo un gesto en silencio invitándola a pasar. Entonces la ranura se cerró de golpe y del otro lado le llegaron cuatro risas.

—Hoy también vamos a jugar a las casitas —propuso una de las niñas al cabo de un rato.

—Vale, pero hoy jugaremos a la manera occidental —respondió la voz de la que parecía la hermana mayor—. Tosaku,

tú eres el padre. Te llamaremos *papá*. Yukiko, tú eres la madre. Te llamaremos *mamá*. ¿Entendéis?

—¡Qué gracioso que te llamen mamá! —añadió otra voz, con un deje risueño.

—Vaya. A mi siempre me toca ser la abuela. ¿No hay un nombre occidental para abuela?

—Abuelita está bien —sugirió la hermana mayor.

Después los niños empezaron a fingir que hablaban por teléfono. A Sōsuke todo aquello le extrañaba y al tiempo le fascinaba.

Oyó unos pasos acercándose. Era Sakai, que había entrado en la habitación contigua antes de reunirse con él para hacerle una advertencia a los niños:

—Este no es sitio para andar montando jaleo. Venga. Tenemos un invitado. Id a jugar un rato por ahí.

—¡No quiero! —le contestó uno de sus hijos—. No me voy hasta que no me prometas que me vas a comprar un pony.

Por su voz se notaba que era bastante pequeño. Le costaba pronunciar las palabras, así que le llevó un rato formular su petición. A Sōsuke aquella escena le pareció de lo más graciosa.

Su anfitrión entró pidiendo disculpas por haberle hecho esperar. Sōsuke supuso que los niños ya se habrían marchado a jugar a otra parte.

—¡Vaya animación hay en esta casa! Qué maravilla —dijo Sōsuke poniendo palabras a sus sentimientos. A Sakai, sin embargo, el comentario no debió de parecerle más que un simple cumplido.

—Como puede ver, está todo manga por hombro —ofreció a modo de disculpa. En una ocasión, dijo, le habían llenado de carbón una valiosa vasija china y la habían puesto en el *tokonoma*, como si fuera un arreglo floral. Otra vez le habían echado agua en las botas y le habían metido dentro los peces de colores del acuario. A Sōsuke, aquellas anécdotas le resultaban conmovedoras y a un tiempo refrescantes. Sakai continuó con su relato: Con tantas niñas siempre había alguna que necesitaba que le compraran ropa nueva. Crecían tan rápido que si se le ocurría marcharse un par de días, a su regreso le sorprendía comprobar que medían varios centímetros más. Tenía la impresión de que le perseguían. Antes de que pudiera darse cuenta, tendría que empezar a pensar en casarlas, y entonces ya sabía lo que le esperaba: tendría que internarse en el asilo de pobres. Sōsuke no tenía hijos, así que no era capaz de compadecerse de su anfitrión. Al contrario, cuanto más se quejaba Sakai, más envidia sentía Sōsuke por aquel hombre cuya actitud y apariencia desmentían constantemente sus palabras.

Sōsuke esperó el momento oportuno para pedirle a su anfitrión que le mostrase el biombo. Sakai accedió encantado. Dio una palmada para llamar a uno de los criados y cuando este apareció le pidió que lo sacara del trastero donde lo habían guardado.

—Ha estado por ahí en medio hasta hace un par de días —le explicó—, pero me daba miedo que los niños pudieran estropearlo con sus trastadas. Por eso lo puse a buen recaudo.

Sōsuke se sentía algo arrepentido de estar causándole tantas molestias. Notó que le invadía la incomodidad. En realidad, no sentía tanta curiosidad por el biombo. No iba a ganar nada por descubrir que un objeto que había sido suyo pertenecía ahora a otra persona.

El criado trajo el biombo y lo extendió ante Sōsuke. En efecto, comprobó que era el mismo que había estado en su salón hasta hacía poco. No sintió nada especial al constatarlo, pero al contemplarlo allí, sentado como estaba sobre un tatami nuevo y reluciente, bajo aquel espléndido artesonado del techo de madera, frente a un *tokonoma* arreglado con gusto exquisito y unas puertas correderas pintadas con hermosos dibujos, al comprobar el cuidado con el que los criados lo trataban, le pareció que el valor del biombo debía de haberse multiplicado por diez desde que lo había vendido. No supo expresar con palabras lo que sentía, así que se quedó extasiado contemplando aquel objeto por lo demás tan familiar.

Sakai, al verlo tan concentrado, interpretó erróneamente que Sōsuke era un entendido. Sujetaba con su mano el biombo mientras miraba alternativamente a su invitado y al objeto. Como Sōsuke seguía sin decir nada, se decidió a romper el silencio.

—Es una pieza auténtica. Confirmado.

—Sí... —fue todo lo que Sōsuke pudo responder.

Sakai se colocó detrás de Sōsuke para señalar algunas características que resaltaban el valor de su reciente adquisición. El pintor, un verdadero maestro, no había ahorrado pigmentos en la obra. Ese era precisamente uno de sus rasgos característicos. El uso del color, por otra parte, resultaba extraordinario. A Sōsuke todas aquellas observaciones le sonaban a novedad, aunque sabía que para cualquier experto habrían sido cosas evidentes.

Pasado un tiempo prudencial, Sōsuke le dio las gracias a Sakai por sus explicaciones y volvió a sentarse en su sitio. Su anfitrión siguió glosando su compra, y se alargó especialmente en el tema del poema que había escrito en el biombo y en el estilo de su caligrafía. De hecho, parecía muy interesado en la caligrafía y en los haikus. Era un experto en tal cantidad de materias que Sōsuke no pudo por menos que preguntarse de dónde sacaría Sakai el tiempo para aprender todas esas cosas. Él, por su parte, se avergonzaba de su ignorancia. Por eso trataba de hablar lo menos

posible y procuraba que fuese su anfitrión el que se exhibiese. Sakai se dio cuenta del desinterés de Sōsuke. Cambió de asunto y empezó a hablarle de pintura. Se ofreció a mostrarle su colección, aunque, como aseguró con modestia, no valía gran cosa. A pesar de la buena voluntad que había en su oferta, a Sōsuke no le quedó más remedio que rechazarla. Y como disculpándose de antemano por su atrevimiento, le preguntó cuánto había pagado por el biombo.

—Fue una auténtica ganga. Lo saqué por tan solo ochenta yenes —se apresuró a responder.

Sōsuke se preguntaba si debía contarle algo o no. Si le daba detalles de la historia, quizás le resultaría interesante. Se puso a ello sin ahorrarse nada. Sakai le escuchó en completo silencio. Solo interrumpió con alguna exclamación ocasional.

—Entonces no ha venido a ver el biombo por estar interesado en la pintura, ¿verdad? —preguntó cuando se dio cuenta de su equivocación, y se rio como si todo el malentendido no hubiera sido más que una experiencia interesante. A la vez le dijo que lamentaba no habérselo comprado directamente por un precio cercano a su valor real. Había sido todo una cuestión de mala suerte. Y se puso a maldecir al anticuario que se lo había vendido.

A partir de aquel día, Sakai y Sōsuke se hicieron buenos amigos.

IX

Los días pasaban, y ni la señora Saeki ni su hijo Yasunosuke habían vuelto a visitar a Sōsuke. Sōsuke, por su parte, tampoco tenía ni tiempo ni ganas de ir a verlos, por lo que, a pesar de ser parientes, parecían vivir en mundos muy distantes.

Koroku, en cambio, sí iba a verlos de vez en cuando, si bien sus visitas eran cada vez más escasas. Rara vez le contaba algo a Oyone acerca de cómo les iban las cosas, y ella se preguntaba si semejante mutismo se debería a algún afán de venganza o si, por el contrario, lo hacía sin mala intención. No obstante, como en realidad le daba igual y no ganaba ni perdía nada con todo ese asunto, lo cierto era que prefería no saber gran cosa. A pesar de todo, el nombre de los Saeki salía a relucir a veces en las conversaciones de los dos hermanos y, aproximadamente una semana antes, había oído por casualidad cómo Koroku le contaba que Yasunosuke estaba trabajando sin descanso para poder patentar un nuevo invento. Se trataba de una imprenta que imprimía perfectamente sin necesidad de tinta. Por lo que escuchó, llegó a la conclusión de que debía de ser una máquina muy valiosa. En cualquier caso, entendía muy poco de lo que decían. Se le escapaban los términos de carácter técnico, y por eso se quedó callada, sin tomar parte en la conversación. Sōsuke, al contrario, hombre al fin y al cabo, parecía muy interesado en el funcionamiento del invento, y, entre otras muchas cosas, preguntó que cómo era posible que un artilugio semejante pudiera imprimir sin tinta. Koroku no era ningún experto en la materia, y no fue capaz de darle una explicación precisa. Se limitó a repetir lo que le había dicho Yasunosuke: que se trataba de un proceso de impresión recientemente inventado en Gran Bretaña y que, básicamente, consistía en una aplicación más de la electricidad. Un polo quedaba conectado a los tipos móviles y el otro al papel. Para imprimir solo había que dejar que el papel corriera sobre las letras, y normalmente imprimía en negro, aunque también podía hacerlo en rojo o azul, lo cual ahorraba el tiempo que se desperdiciaba en tener que esperar a que se secase la tinta antes de aplicar un nuevo color. Para Yasunosuke todo aquello suponía un grandísimo adelanto. Imprimir un periódico con ese procedimiento ahorraría el coste de la tinta y el de los entintadores, con lo que se reduciría un cuarto del tiempo total del proceso. Yasunosuke le había explicado todo aquello como si diera por hecho que a la máquina le esperaba un futuro muy prometedor, y en el brillo de sus ojos se reflejaba la perspectiva de un próspero futuro también para él. Sōsuke escuchaba a Koroku sin decir nada, y tampoco habló cuando aquel terminó de explicarse. No le convencía ese adelanto. Pensaba que, ciertamente, podría ser un éxito, aunque de igual manera podría terminar siendo todo un fracaso. Antes de lanzar las campanas al vuelo, había que esperar el resultado.

—Entonces, ¿ha renunciado a los barcos de pesca? —preguntó Oyone, que también había estado callada hasta ese momento.

—No exactamente. Hace falta mucho dinero para poder equipar un barco de pesca con motor. Así que, a pesar de que los patronos comprendan que se trata de una buena idea, no todos se pueden permitir semejante inversión.

Koroku parecía hablar en defensa de Yasunosuke.

—Cualquier cosa tiene sus inconvenientes, esa es la verdad —dijo Sōsuke.

—El que está en una situación inmejorable es el señor Sakai —afirmó Oyone—. Tiene tanto dinero que puede permitirse llevar una vida desahogada.

Koroku regresó a su habitación. Era así como llegaban de vez en cuando a oídos de Sōsuke y Oyone algunas noticias relativas a lo que hacían los Saeki, aunque también podían pasar largos periodos sin saber nada de ellos.

Un día, Oyone le preguntó a Sōsuke:

—¿Sabes si Yasu-san le da dinero a Koroku cuando va a verle?

Lo cierto era que él no prestaba especial atención a las idas y venidas de su hermano pequeño.

—¿Por qué me preguntas eso?

—A menudo vuelve a casa bebido.

—Me imagino que Yasu-san le compensa con sake por obligarle a soportar esas historias sobre todo el dinero que gana con esos inventos suyos —dijo Sōsuke entre risas.

Tres días después, Koroku no volvió a casa a la hora cenar. Le esperaron un rato, pero Sōsuke tenía hambre y se cansó de esperar. Oyone le sugirió que fuera a darse un baño mientras tanto, pero él se negó, y finalmente empezaron a cenar sin que Koroku hubiera llegado aún. Circunstancia que Oyone aprovechó para decirle a su marido que sería muy conveniente que hablara con su hermano y le convenciera de que debía dejar de beber.

—¿No puedes hacer nada?

—¿Tanto bebe como para tener que hablarlo con él?

A Oyone no le quedó más remedio que admitir que quizás no bebiera tanto, pero lo cierto era que le preocupaba enormemente verle a plena luz del día con la cara roja, mientras ella aún estaba sola en casa. Sōsuke no dijo nada más, pero sí se quedó con la duda de si sería cierto o no lo que le decía su mujer. ¿Estaría Koroku pidiendo dinero

para gastárselo en alcohol, cuando, en realidad, ni siquiera le gustaba beber?

Se acercaba el fin de año. La noche ocupaba ya las dos terceras partes del día, y el viento rugía de manera casi constante, con un bramido tal que era capaz de inundar de malos presagios la existencia de una persona. Koroku se pasaba el día encerrado en su habitación, como si no pudiera soportar el paso de los días. Cuando trataba de calmarse, su cabeza se aceleraba hasta tal punto que de pronto se le hacía insostenible tener que permanecer allí encerrado. Pero aún le resultaba más doloroso salir al *chanoma* y verse obligado a intercambiar unas palabras con su cuñada. De modo que, en lugar de hacer eso, optaba por marcharse de casa. Salía y se dedicaba a visitar a sus amigos que, al principio, le trataban como de costumbre. Se enfrascaban en las conversaciones propias de los estudiantes jóvenes, y, a pesar de que en seguida se les agotaban los temas habituales, Koroku seguía apareciendo por allí. Entre sus amigos se extendió la impresión de que iba a verles por puro aburrimiento, y empezaron a mostrar claros síntomas de hastío, de estar cansados de escuchar siempre las mismas cosas, una y otra vez. Por lo que al final empezaron a excusarse y, cada vez que él aparecía, le venían con el argumento de que estaban muy ocupados con sus estudios. A Koroku le desagradaba profundamente que le ignorasen, que le tratasen como a un simple holgazán sin ambiciones, pero en casa le resultaba imposible encontrar la paz necesaria para leer o para pensar en calma. En resumidas cuentas, era como si el torbellino que padecía, sumado a las restricciones impuestas desde el exterior, conspirasen para inhibir su capacidad de esfuerzo, de cultivar las virtudes imprescindibles que le permitieran alcanzar una madurez de acuerdo a su edad.

Había días en los que salir de casa era un auténtico problema. La lluvia y el fuerte viento hacían que le resultase del todo imposible caminar sin empaparse. Si se derretía la nieve, uno llegaba a hundirse hasta los tobillos al avanzar por las calles embarradas. Koroku no salía en momentos así, pero no sabía muy bien qué hacer consigo mismo. De vez en cuando abandonaba el refugio de su habitación, se sentaba al calor del brasero y se servía una taza de té. Si por casualidad Oyone estaba allí, charlaban un rato.

—¿Te gusta el sake? —le preguntó ella en una ocasión.

Otra vez dijo:

—Pronto será Año Nuevo. ¿Cuántos *zoni* puedes comer?

Lo que ocurrió fue que, según aumentaron entre ellos las ocasiones de hablar, empezaron a llevarse mejor. Al final, a Koroku no le importaba tener que pedirle a su cuñada que le hiciera pequeños favores, como, por ejemplo, coserle un roto en el *haori*. Cuando se puso a remendarlo, él se quedó allí sentado, inmóvil, observando cómo trabajaban sus dedos. A Oyone aquella situación se le hacía extraña. Si era su marido quien se sentaba frente a ella cuando se disponía a ocuparse de sus labores, podía trabajar en silencio sin necesidad de hablar. Con Koroku, por el contrario, no era capaz de comportarse tan despreocupadamente. Se esforzaba por mantener viva la conversación, y el tema preferido de Koroku era, siempre, su futuro.

—Aún eres muy joven. Tienes toda la vida por delante. No debes renunciar a la esperanza. Si tuvieras la edad de tu hermano, sería otra cosa. Ahí sí tendrías motivo para ser pesimista —le dijo ella en una ocasión para tratar de consolarle.

Pero otro día, cuando volvió a salir el mismo tema, ella se impacientó:

—Está bien. Yasunosuke te ha prometido algo para el año que viene, ¿no es verdad? —le preguntó.

Una expresión de incertidumbre ensombreció la cara de Koroku:

—Si Yasu-san cumple con lo prometido, todo irá bien. Pero no sé si puedo confiar en lo que dice que va a hacer, especialmente ahora que no ha salido adelante el negocio de los barcos de pesca.

Oyone experimentaba en su interior una mezcla de sentimientos encontrados cuando veía a aquel Koroku sentado frente a ella, tan deprimido, en comparación con el Koroku que volvía a veces por la noche bañado en sake, siempre con ese aspecto tan enervado, furioso y resentido. Oyone sentía a un tiempo lástima y regocijo.

—Aunque tu hermano no tenga mucho dinero, sabes que hará por ti todo cuanto esté en su mano.

Aquellas palabras tan amables eran sinceras, y le brotaban desde lo más profundo del corazón.

Fue aquella misma noche cuando debió de suceder lo que sigue: Koroku se echó por encima su pesado *haori* y se aventuró a salir al frío de las calles. Poco después de las ocho regresó con una bolsa blanca, y la dejó justo delante de Oyone.

—Hace mucho frío, y he pensado que podíamos comer un poco de *soba-gaki* antes de irnos a la cama. Lo compré al salir de casa de los Saeki.

Mientras Oyone hervía el agua, él cortó unos pedazos de bonito seco para aderezar el plato, y luego les contó a su hermano y a Oyone las últimas novedades de los Saeki. La boda de Yasu-san se había pospuesto hasta la primavera. Habían empezado con los preparativos iniciales poco después de que se graduase en la universidad, y todo estaba más o menos arreglado ya en la época en que Koroku regresara de Boshu, justo cuando su tía le dijo que ya no podría hacerse cargo de sus estudios. Sōsuke y Oyone no habían recibido ninguna noticia al respecto, por lo que no sabían cuál podía ser la fecha exacta del enlace. En cualquier caso, y por las noticias que recibían de Koroku, suponían que se celebraría a lo largo de ese mismo año. También supieron por él que el padre de la novia trabajaba

como empleado en una empresa, que venía de una familia acomodada y que se había graduado en la academia de mujeres. Tenía muchos hermanos y hermanas.

Koroku había visto una fotografía suya.

—¿Es guapa? —preguntó Oyone.

—Supongo que sí —respondió Koroku.

Se sentaron a comer el *soba-gaki* mientras hacían conjeturas acerca del motivo que podía haberles llevado a posponer la boda. Oyone creía que la razón radicaba en que aún no habían encontrado el momento propicio. Sōsuke, por su parte, sostenía que quizás se hubieran dado cuenta de que no disponían del tiempo necesario para llevar a cabo todos los preparativos. Koroku estuvo en desacuerdo con ambos.

—Al parecer, a la familia de la novia le gusta hacer las cosas a su modo y manera. Y a la tía Saeki no le queda más remedio que seguirles la corriente.

No era muy habitual que Koroku hablase en unos términos tan prácticos.

X

A finales de otoño, cuando las hojas rojas de los arces se tiñeron de marrón, y empezaban ya a marchitarse, la salud de Oyone empeoró súbitamente. Nunca había gozado de muy buena salud, salvo en la época en que vivieron en Kioto, y ni siquiera se había sentido bien en Hiroshima o en Fukuoka. Lo cierto era que en ningún momento se había encontrado realmente fuerte desde que regresaran a Tokio, y, cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que los aires de su ciudad natal no le sentaban bien. En los últimos meses, sin embargo, parecía haber experimentado cierta mejoría, por lo que Sōsuke solo se tuvo que preocupar por ella en un par de ocasiones, y pudo continuar con su trabajo en la oficina sin sentirse constantemente inquieto y alerta. El viento cortante del otoño era capaz de partir los carámbanos que colgaban de los aleros de los tejados, y Oyone se sentía francamente mal, pero evitaba decírselo a su marido. No quería que él insistiera en que debía ir al médico, y que semejante visita agravase aún más su precaria situación económica.

Fue, además, justo en esa época cuando Koroku se mudó a su casa. Sōsuke, consciente como solo podía serlo un marido de la delicada salud tanto física como mental de Oyone, habría preferido no complicar aún más las cosas con la llegada de un nuevo inquilino, pero las circunstancias no le dejaron más opción que la de acoger a su hermano, y esperar que los acontecimientos siguieran su curso natural. Era muy consciente de la contradicción que encerraban sus palabras cuando le pedía a su mujer que se tomara las cosas con calma. Oyone le escuchaba y sonreía.

—Está bien. No te preocupes por mí.

Respuesta que solo lograba preocuparle aún más. Sin embargo, ella pareció empezar a sentirse mejor después de la llegada de Koroku. Sus nuevas responsabilidades le infundieron una vitalidad renovada. Era más diligente atendiendo a su marido y al recién llegado, su hermano pequeño. Koroku no pudo apreciar cambio alguno, pero Sōsuke veía claramente que ella ponía más empeño que nunca en la realización de sus tareas. Le agradecía enormemente su dedicación, aunque temía que su salud, siempre precaria, acabara por quebrarse.

A finales de diciembre, sus temores se hicieron realidad. El desconcierto se apoderó de él, como si la mecha de sus preocupaciones hubiera hecho explotar un polvorín. Fue un día de invierno en que el cielo quedaba oculto por las capas de nubes superpuestas, el frío era especialmente penetrante. La noche anterior, Oyone no pudo conciliar el sueño. A pesar del cansancio, hizo acopio de fuerzas para seguir afrontando las tareas del día, pero, pasado un tiempo, empezó a tener un intensísimo dolor de cabeza. En lugar de acostarse, de abrir la puerta a las preocupaciones para que se marcharan, lo que hizo fue buscar refugio en el estímulo que suponía la actividad. Decidió olvidarse del dolor hasta que su marido se hubiera marchado a trabajar, con la esperanza de que el dolor desapareciese, como solía ocurrir siempre. Pero cuando Sōsuke se marchó y terminó con las cosas más urgentes de la casa, comprobó que su resistencia flaqueaba, y el mal tiempo acabó por deprimirla. El cielo parecía congelado, el frío atravesaba el papel de arroz de los *shoji* para apoderarse de la habitación, y su frente empezó a arder a causa de la fiebre. No tuvo más remedio que extender de nuevo el futón que había recogido hacía apenas un rato sobre el tatami, y acostarse. Pero no mejoró. Le pidió a Kiyo que le llevara una toalla empapada en agua fría, y a continuación se la puso en la frente. No obstante, su frescor desapareció en un santiamén, y le pidió a la chica que pusiera junto a su almohada un cubo con agua helada para poder refrescarla de vez en cuando.

Y así siguió, con aquel remedio casero, hasta el mediodía. La fiebre no dio síntomas de ir a bajar, y ella no tenía fuerzas para levantarse ni tampoco para prepararle el almuerzo a Koroku. Le pidió a Kiyo que se encargara de prepararlo todo, y que se lo llevara luego a su habitación, de manera que pudiera quedarse en cama. Cambió su rígida almohada por la de su marido, mucho más blanda y suave, consciente de que, si se despeinaba, no tendría ánimo para arreglarse.

Poco después, Koroku salió de su cuarto. Deslizó ligeramente la puerta corredera del salón, y echó un vistazo al interior, donde comprobó que Oyone seguía tumbada, con los ojos cerrados y la cabeza dirigida hacia el *tokonoma*. Pensó que estaba dormida, y no dijo nada. Simplemente cerró la puerta y regresó a su habitación. Una vez allí, se sentó en la mesa, y engulló el arroz mezclado con té con ruidosos sorbos.

Cerca de las dos de la tarde, Oyone se despertó. La toalla húmeda que tenía sobre la frente se había calentado tanto que casi se había secado. Le dolía menos la cabeza, pero sentía una fuerte presión en el cuello que descendía hasta la base de la columna vertebral. Su estado empeoraría si no comía nada, así que se levantó y almorzó algo ligero.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Kiyo, mientras le servía la comida.

Sí. Estaba algo recuperada.

Le pidió a Kiyo que recogiera el futón, y se sentó junto al brasero dispuesta a esperar a que su marido regresara del trabajo.

Sōsuke volvió a la hora de costumbre. Le contó a su mujer que las calles del distrito de Kanda ya estaban inundadas de carteles que anunciaban las rebajas de fin de año. De la puerta de unos grandes almacenes, colgaba una gran cortina roja y blanca, y había una banda de música que tocaba para animar las ventas.

—Está todo muy alegre. Deberías ir a verlo. Es solo un corto paseo en el tranvía —le propuso, aún con la cara roja, aterida por el frío de la calle.

Después de escuchar las solícitas palabras de su marido, Oyone no se sintió capaz de decirle que estaba enferma. Y

lo cierto era que ya no se sentía tan mal. Fuera había oscurecido por completo, y ella adoptó su gesto de siempre, como si no le pasara nada. Ayudó a su marido a desvestirse, dobló su ropa con cuidado, y alrededor de las nueve le dijo que prefería acostarse porque no se encontraba del todo bien, ante lo que Sōsuke se sorprendió enormemente. Hasta ese mismo instante, había estado de buen humor y había charlado con él como de costumbre. Ella le aseguró que no era grave, con el fin de tranquilizarle, y Sōsuke le rogó entonces que fuera a acostarse. Él se quedó unos veinte minutos más junto al brasero, bajo la luz de la lámpara que iluminaba tímidamente la silenciosa noche, y atento al tintineo de la tetera sobre el fuego. Se acordó del rumor que había circulado por la oficina respecto a un hipotético aumento del salario de los funcionarios, previsto para el año próximo. También había escuchado que, probablemente, aprovecharían ese mismo proceso para llevar a cabo una reorganización y despedir a unos cuantos. Se preguntaba si considerarían necesaria su categoría profesional o si, por el contrario, la estimarían prescindible. Lamentaba mucho el que Sugihara, el amigo que le había animado a regresar a Tokio, aún no hubiera vuelto al ministerio central como jefe de sección. Por extraño que pudiera parecer, desde su regreso no había enfermado un solo día, lo cual significaba que no había faltado nunca al trabajo. También era cierto que, dado que no había terminado la universidad y no tenía el hábito de la lectura, sus conocimientos se hallaban en un nivel bastante inferior al de la media. Sin embargo, no carecía de la inteligencia necesaria para llevar a cabo sus responsabilidades. Comenzó a considerar el asunto desde distintas perspectivas, y al final llegó a la conclusión de que, probablemente, sobreviviría a la purga. Aliviado, se puso a dar golpecitos en la tetera con la punta de los dedos.

De pronto escuchó la voz de Oyone, que le llamaba con un gemido:

—¡Sōsuke, Sōsuke!

Se olvidó de todo. Se levantó a toda prisa para ir junto a ella, que tenía el ceño fruncido en un gesto de agonía, y que se presionaba el hombro con la mano derecha. Estaba medio destapada. Casi de manera inconsciente, él le puso la mano en el hombro, y agarró con fuerza el hueso que había justo debajo de donde ella presionaba.

—Un poco más atrás —le imploró Oyone.

Tras dos o tres intentos, consiguió acertar con el lugar exacto. Palpó con el dedo, y pronto descubrió un punto duro como una piedra justo en un hueco situado cerca del lugar donde la espalda se juntaba con el cuello y el hombro. Oyone le rogó que presionara allí con todas sus fuerzas, y su frente se impregnó de sudor. Pero Sōsuke no logró calmar sus dolores.

Recordó que la gente mayor solía referirse a aquello como el «dolor del hombro del mensajero a caballo». De pequeño, su abuelo le había contado el caso de un samurái que hacía las veces de mensajero. El dolor le fulminó cuando se dirigía a hacer una entrega. Al sentirlo, saltó del caballo, sacó un cuchillo y se lo clavó en el hombro, provocándose una considerable hemorragia. Y así fue cómo logró salvar su vida. Recordaba claramente todos los detalles de la historia pero, aunque no podía permitir que su mujer sufriera así, tampoco se atrevía a coger un cuchillo y clavárselo en el hombro.

Oyone estaba mareada como nunca antes lo había estado. Tenía la cara completamente roja. Sōsuke le preguntó si tenía fiebre y ella, con la voz apagada, le respondió que sí, por lo que Sōsuke llamó a Kiyō para pedirle que les llevara hielo en una bolsa. Ella le dijo que no tenían, y tuvieron que arreglárselas con el cubo de agua fría y con la toalla que Oyone había estado usando desde por la mañana. Kiyō se la ponía en la frente para tratar de bajarle la fiebre, mientras Sōsuke seguía presionándole el hombro. Cada cierto tiempo le preguntaba si se sentía mejor, y ella respondía con un hilo de voz. El dolor no desaparecía. Sōsuke estaba a punto de volverse loco. Quería salir corriendo para ir a buscar al médico, pero le aterrorizaba lo que pudiera pasar en su ausencia.

—¡Kiyō! Vete aprisa a la calle principal. Compra hielo y busca al médico. Es temprano todavía. Seguro que está despierto.

Kiyō se dispuso a salir de inmediato. Miró el reloj que había en el *chanoma*. Eran las nueve y cuarto. Se dirigió a la puerta de la cocina para buscar sus *geta*, y la fortuna quiso que en ese mismo instante Koroku regresara a casa. Se fue derecho a su habitación sin entrar a saludar a su hermano, como tenía por costumbre, pero Sōsuke le llamó a voz en grito. Koroku vaciló un instante en la puerta del *chanoma* antes de reaccionar pero, dado que Sōsuke no dejaba de llamarle, no le quedó más remedio que responder. Asomó la cabeza por la puerta. Tenía los ojos rojos, y era evidente que había bebido. Al contemplar la escena que se desarrollaba en el interior de la habitación, su expresión no pudo ocultar una gran sorpresa.

—¿Qué ha pasado? —Todo rastro de borrachera desapareció de su cara al instante.

Sōsuke le repitió lo mismo que le acababa de decir a Kiyō. Le pidió que se apresurara. Ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el *haori*, y ya volvía a salir.

—Por mucha prisa que me dé, tardaré un buen rato en encontrar al médico y volver con él. ¿Por qué no le llamamos por teléfono desde casa de Sakai?

—¡Buena idea! —contestó Sōsuke.

Mientras esperaba a que regresara su hermano con el médico, le pidió a Kiyō en varias ocasiones que cambiase el agua del cubo. Él seguía aplicando presión sobre el hombro de Oyone, y le daba masajes en la zona dolorida. No soportaba ver sufrir a su mujer y no soportaba no poder hacer nada, por lo que se entregaba en cuerpo y alma a intentar auxiliárla y calmar su dolor. Le angustiaba la espera. No dejaba de masajear el hombro de Oyone, sin despegar la oreja de lo que sucedía en la entrada de la casa.

Cuando al fin llegó el médico, Sōsuke sintió por primera vez que aquella oscura noche tendría, antes o después, un final. El doctor se mostraba atareado, aunque en ningún momento dio indicios de estar sobresaltado. Examinó a Oyone con calma, sin perder la compostura y sin separarse de su maletín, como si estuviera reconociendo a un paciente crónico. La tranquilidad del médico ayudó a Sōsuke a que también él entrara en cierta fase de calma. Finalmente, le recomendó que le aplicase a su mujer una cataplasma en el hombro a base de mostaza como remedio temporal, que le mantuviera las piernas calientes valiéndose de compresas, y que intentase bajarle la fiebre administrándole un frío constante en la frente. Después, él mismo le aplicó la cataplasma desde el hombro hasta la base del cuello, mientras Kiyō y Koroku se hacían cargo de las compresas, y Sōsuke le calmaba la fiebre con la toalla.

Transcurrió una hora. El doctor estuvo sentado junto a Oyone todo ese tiempo, a la espera de comprobar la progresiva evolución de su enfermedad. De vez en cuando hablaba con Sōsuke, pero la mayor parte del tiempo guardaban silencio, atentos al más mínimo cambio en el estado de la enferma. La noche seguía envuelta en un manto de silencio.

—Hace mucho frío, ¿no le parece? —preguntó el médico.

Sōsuke sintió lástima por él. Le dijo que no tenía por qué quedarse. Sería suficiente con que le dijera lo que debía hacer, ya que Oyone parecía encontrarse mucho mejor.

—Todo irá bien. Le recetaré algunos medicamentos. Déselos y verá como consigue dormir.

Poco después, el médico se marchaba de su casa, y Koroku se fue con él para comprar las medicinas.

Una vez solos, Oyone miró a Sōsuke, que seguía sentado junto a ella, y le preguntó la hora. La sangre había abandonado sus mejillas. A la luz de la lámpara, su rostro parecía lívido. Su negra cabellera estaba alborotada, y trató de arreglársela como pudo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

—Sí, mucho mejor —respondió ella con la sonrisa de siempre.

Pocas veces se olvidaba de sonreír a su marido, incluso cuando se sentía tan mal. Kiyō se había echado sobre el suelo del *chanoma*, y roncaba.

—Dile que se vaya a acostar —le pidió Oyone.

Koroku regresó de la farmacia, y Oyone se tomó la medicina tal y como había prescrito el médico. Ya era cerca de la medianoche, y en menos de veinte minutos se quedó profundamente dormida.

—Al fin se ha dormido —dijo Sōsuke, inclinándose sobre ella.

Koroku observó un rato a su cuñada.

—Ahora se pondrá bien.

Le retiraron la toalla de la frente.

Koroku se marchó a su habitación, y Sōsuke extendió un futón junto al de su mujer. El frío de la noche de invierno se disipó por fin cinco o seis horas más tarde, dejando tras de sí un reguero de afilados carámbanos. Un sol vacilante se alzó en el horizonte poco después para inundar la tierra de un resplandor naranja, sin que el cielo azul opusiera ninguna resistencia. Oyone seguía profundamente dormida.

Sōsuke desayunó. Se acercaba la hora de marcharse a trabajar. Oyone seguía dormida, y no daba muestras de ir a despertarse. Él se inclinó sobre ella, y escuchó su profunda respiración. Se preguntó si iría a trabajar o si no sería mejor que se tomara el día libre.

XI

Intentó cumplir con su trabajo con normalidad, pero la imagen de Oyone volvía una y otra vez a su mente. No podía evitar la angustia que le producía su estado. Le impedía concentrarse, y cometió muchos errores hasta que, finalmente, a mediodía desistió, y decidió que iba a regresar a su casa. En el tranvía se repitió a sí mismo, una y otra vez, que todo iba bien, que Oyone se había despertado de su profundo sueño y que se sentía mejor; que ya no padecería los síntomas de un nuevo ataque. Había muy pocos pasajeros en el vagón a esa hora del día. Todo estaba en calma, y se podía viajar sin padecer el estrés de las horas punta. Incluso halló cierto consuelo en la contemplación de las imágenes que captaban su atención. Antes de darse cuenta, el tranvía había llegado a la última parada.

En la puerta de su casa comprobó aliviado que todo estaba tranquilo, como si no hubiera nadie. Entró, se quitó los zapatos y continuó hasta la habitación que había junto a la entrada. Nadie salió a recibirle. En lugar de entrar en el *chanoma* por el *engawa*, como acostumbraba, atravesó la casa por el interior y abrió las puertas del salón, donde había dejado a Oyone acostada. Le sorprendió encontrarla allí. Aún dormía. Junto a su almohada había una bandeja de color rojo oscuro con un vaso de agua, y el envoltorio de la medicina que se había tomado la noche anterior. El vaso estaba a la mitad, igual que cuando él se marchó. La cabeza de Oyone miraba al *tokonoma* y, en esa posición, su mejilla izquierda quedaba a la vista. La cataplasma que le había aplicado el médico la noche anterior sobresalía por el cuello del quimono, de modo que la escena no había cambiado en absoluto desde que él saliera por la mañana temprano a trabajar. Ella estaba tan profundamente dormida, que, de no ser por su respiración regular, cabría suponer que había abandonado este mundo. Todo coincidía con la imagen que se le había quedado grabada en la mente. Sin quitarse el abrigo, se acercó a ella para escuchar cómo respiraba. No parecía que fuera a despertar de su profundo sueño. Contó las horas que habían pasado desde que se tomara la medicina, y se alarmó. Antes le preocupaba que no durmiera lo suficiente, pero ahora estaba pensando que tanto sueño no era natural. Le resultaba más extraño incluso que el propio insomnio.

La sacudió con cuidado un par de veces. Su cabello se esparció por la almohada con un suave movimiento. Pero no se despertó, y él no quiso molestarla más. Se fue a la cocina. En el barreño, junto al fregadero, había unas cuantas tazas de té y unos cuencos sucios. Miró en el cuarto de la criada, y comprobó que estaba tumbada en el suelo, frente a la mesita donde había estado tomando su almuerzo. Después abrió la puerta de la habitación de Koroku. También su hermano dormía, con la cabeza escondida entre las mantas.

Se cambió de ropa. Dobló con cuidado el traje y lo guardó en el armario. Atizó el fuego del brasero para calentar agua, y se quedó allí unos minutos, absorto en sus pensamientos. Al cabo de un rato, cuando se levantó, fue a despertar a Koroku en primer lugar, y luego a Kiyo. A su hermano le pidió que le pusiera al tanto de lo sucedido, y Koroku no tuvo más remedio que confesar que, después de haber almorzado a las once y media, se echó a dormir. Se sentía terriblemente cansado y, por entonces, Oyone no se había despertado aún.

—¿Puedes ir a ver al médico para decirle que duerme desde que anoche se tomara la medicina? Pregúntale si es normal.

—Ahora mismo.

Koroku salió enseguida. Sōsuke volvió al salón y miró el rostro de su mujer, mientras se cruzaba de brazos. No tenía forma de saber si sería bueno despertarla o no. Poco después regresó Koroku, y le contó que había encontrado al médico justo antes de que saliese a hacer su ronda. El médico escuchó su explicación, y le dijo que iría tan pronto como hubiera terminado con dos visitas que no podía posponer bajo ningún concepto. Sōsuke le preguntó a su hermano si no pasaba nada por dejarla dormir hasta que fuera a verla el médico, pero Koroku no supo qué decirle. Por lo que no le quedó más remedio que esperar, sentado junto a ella. Tenía la impresión de que ni su hermano ni el médico se estaban preocupando lo suficiente, y se acordó de la cara enrojecida con la que se presentó Koroku en su casa la noche anterior, con lo que se enfadó aún más. Desde que Oyone le hubiera dicho que bebía, él mismo había empezado a observarle y, efectivamente, se dio cuenta de que había algo en su comportamiento que denotaba una gran inmadurez. Pensó que debía hablar con él, pero de inmediato renunció a la idea al considerar el malestar que semejante discusión le podría provocar a su mujer. Pensó que lo más adecuado sería ir a decirle algo mientras Oyone dormía. Así, en el caso de que la conversación diese un giro desagradable, ella no se enteraría. Y, estaba a punto de decirle algo, cuando miró de nuevo a su mujer, que ahora no mostraba expresión alguna en el rostro, y se olvidó de todo lo demás. Toda su atención se centró en ella, en su estado. No podía pensar en otra cosa que no fuera en su deseo de verla abrir los ojos. De modo que dejó pasar la oportunidad de ir a hablar con su hermano. Finalmente, llegó el médico. Puso el maletín a su lado, y encendió un cigarrillo mientras escuchaba atentamente las explicaciones de Sōsuke. Cuando Sōsuke hubo concluido, el médico empezó a auscultar a la paciente. En primer lugar, le tomó el pulso. No levantó la vista del reloj durante mucho tiempo, siempre con la muñeca de Oyone sujeta entre sus dedos. Después colocó el fonendoscopio sobre su corazón, con la intención de examinarlo. Sacó del maletín un reflector con una abertura en el centro, y le pidió a Sōsuke que encendiera una vela. Pero no tenían una sola vela en toda la casa. A cambio, le pidió a Kiyo que acercarse la lámpara. El médico abrió los ojos de Oyone, y los examinó bajo la luz proyectada por el reflector. Con semejante procedimiento, dio por concluido su examen.

—La medicina ha surtido un efecto mayor del que esperaba —le dijo a Sōsuke—. No hay razón para alarmarse. De presentar algún efecto secundario, este surgiría en el corazón, pero no he encontrado nada irregular.

Sōsuke se sintió profundamente aliviado al escuchar sus palabras. La droga que le había suministrado era un medicamento relativamente nuevo y, a diferencia de los demás, no provocaba ningún mal adicional. Como contrapartida, su efectividad variaba mucho en función de cada paciente. Después de ofrecerle muchas otras

explicaciones, el doctor se dispuso a marcharse.

—¿Entonces, no pasa nada si la dejo dormir hasta que se despierte por sí misma? —le preguntó Sōsuke antes de que atravesara la puerta de la calle.

A menos que hubiera alguna buena razón para hacerlo, lo mejor era dejarla dormir.

En cuanto el médico se hubo marchado, a Sōsuke se le despertó un apetito tremendo. Entró en el *chanoma*. El agua que había puesto en la tetera hervía, y llamó a Kiyō para pedirle que le preparase algo de comer, ante lo que Kiyō se mostró vacilante ya que aún no había preparado nada. Sōsuke cayó entonces en la cuenta de que aún faltaban muchas horas para la cena. Se sentó en el suelo junto al brasero con las piernas cruzadas. Se comió unos rábanos encurtidos para matar el hambre, además de cuatro cuencos de arroz con agua caliente. Media hora más tarde, Oyone abrió los ojos.

XII

Sōsuke decidió ir a cortarse el pelo para recibir el nuevo año. Era la primera vez en muchas semanas que pisaba una peluquería y, al parecer, no era el único que había tenido semejante idea: la peluquería estaba repleta de clientes, y resonaba un coro metálico de tijeras por todo el local. La misma cadencia incansable que acababa de escuchar en la calle. La de la gente corriendo y afanándose por todas partes, ansiosa por despedir el frío del año que terminaba, y por dar la bienvenida al calor que comenzaba.

Encendió un cigarrillo, y se sentó a esperar su turno junto a la estufa. Tenía la impresión de que le estaban arrastrando contra su propia voluntad hacia la fanática actividad de un mundo al que él no pertenecía, como si se tratara de un monigote al que obligaran a cruzar a la fuerza el umbral del nuevo año. Como todos los demás, también él lo tenía ahí, frente a los ojos, pero no le provocaba ninguna esperanza especial. No obstante, el ambiente festivo lograba contagiarle cierta ilusión, entre otras razones porque Oyone había recuperado la salud por completo, y él podía salir ahora de su casa sin sentirse constantemente angustiado por ella ni preocupado por lo que pudiera ocurrir en su ausencia. Comparados con los de los demás, sus preparativos para el inminente Año Nuevo resultaban más bien modestos, ya que Sōsuke se había propuesto pasar las fiestas de la manera más sencilla posible, incluso más que en años anteriores. No obstante, esa época del año implicaba también para ellos mucha agitación. Cuando vio a su mujer recuperada, como si hubiera regresado de la muerte, se sintió profundamente conmovido. Tenía la impresión de que habían escapado por los pelos de una terrible tragedia. Y, a pesar de todo, le acechaba un miedo indefinido al pensar en que la tragedia que acababan de esquivar podría terminar por atrapar a alguien de su familia. Era un pensamiento que le acechaba como una sombra. Observaba la incesante actividad provocada por la llegada del Año Nuevo, el mundo a su alrededor vibrante de vida, y trataba desesperadamente de ignorar los pocos días que le faltaban al año para extinguirse. Pero sus temores aumentaban. Pensó que habría sido mejor quedarse solo, encerrado en la sombría tristeza del año que estaba ya terminando.

Llegó su turno. Observó atentamente su cara reflejada fríamente en el espejo, y se preguntó quién era él en realidad. De cuello para abajo estaba cubierto con una capa blanca que ocultaba la forma y el color de su traje, y que le había colocado el barbero, y podía ver también reflejada en el espejo la forma de una jaula, que debía de ser del dueño. Sōsuke se entretuvo observando el revoloteo del pajarillo en su percha mientras le cortaban el pelo, y al terminar se sintió rejuvenecido. Salió de la peluquería con el pelo impregnado de loción, y el sincero agradecimiento del dueño aún resonando en sus oídos. Se abrió paso con brío a través de la animada atmósfera que se respiraba en la calle, y se alegró de haber seguido el consejo de su mujer: el corte de pelo le había renovado el ánimo.

Tenía pendiente ir a ver a Sakai para aclarar un par de asuntos relacionados con la tarifa del agua, por lo que decidió pasar por su casa antes de regresar a la suya. La criada salió a recibirle pero, en lugar de llevarle al salón donde le había esperado otras veces, le condujo hasta el *chanoma*. La puerta de la habitación estaba ligeramente entornada, gracias a lo cual pudo escuchar en el interior las risas de tres o cuatro personas. Al parecer, la familia de Sakai disfrutaba del buen humor del que siempre solían hacer gala.

Sakai estaba sentado ante un brasero refulgente. Su mujer, un poco más retirada, se había situado junto a las puertas que daban al *engawa*, de modo que Sōsuke pudo verla de frente al entrar en la habitación. Detrás de Sakai había un reloj de pared empotrado en una caja negra y estrecha. A la derecha, una estantería sobre la cual colgaban dos pinturas en rollo desplegadas, y un abanico decorativo. Además del señor Sakai y su mujer, había dos niñas vestidas de manera idéntica. Estaban sentadas muy juntas. Una tendría doce o trece años; la otra unos diez. Miraron a Sōsuke con los ojos como platos, y, a juzgar por el brillo de sus miradas y el perfil de sus labios, parecía evidente que habían estado riéndose hasta hacía tan solo un momento. Sōsuke echó un rápido vistazo a la habitación, y descubrió que en ese momento tenían otro invitado: un hombre de aspecto cómico y escasa estatura, que se había sentado, muy rígido, cerca de la puerta. No pasaron ni cinco minutos, cuando se dio cuenta de que aquel hombre debía de ser la causa de las risas que había escuchado antes de entrar. Tenía el pelo de color rojizo, sucio y descuidado. Su cara estaba tan bronceada por el sol, que una vida entera no habría bastado para devolverle su color natural. Los botones de su camisa blanca estaban hechos de arcilla cocida, y del cuello de algodón basto y acolchado de su abrigo tejido a mano colgaban dos largas cuerdas que parecían las de una cartera. El hombre procedía de una lejana región montañosa casi inaccesible desde Tokio, y, a pesar del frío, se arrodilló para sacar una toalla que llevaba bajo el fajín, con la que se secó el sudor de la cara.

—Este caballero ha venido desde la prefectura de Yamanashi para vender su género en Tokio —le explicó Sakai a modo de presentación.

El mercachifle miró a Sōsuke.

—¿Cómo está usted, señor? ¿No querrá comprar algo de tela? —le preguntó a modo de saludo.

Tenía toda clase de telas desperdigadas en torno a él: seda corriente, telas para quimonos de uso diario, *pongee* blanco... A Sōsuke le sorprendió que, a pesar de su aspecto descuidado y del extraño dialecto de campo que empleaba al hablar, tuviera tal cantidad de género, de una calidad tan exquisita. La señora Sakai le explicó que en la región de aquel hombre el suelo era de roca volcánica y, por tanto, estéril para la producción de arroz o mijo, y que los habitantes, en su desesperación, optaron por plantar infinidad de moreras. En la actualidad se dedicaban a la cría de gusanos de seda, pero la ciudad de la que provenía aquel hombre era ciertamente muy pobre. Como ejemplo, le podía decir que solo una de sus casas presumía de tener un reloj, y solo tres niños podían acudir a la escuela.

—Este hombre es el único de su pueblo que sabe escribir —dijo la señora Sakai, con una sonrisa.

—Eso es cierto, señora —se apresuró a confirmar el vendedor en un tono grave—. Soy el único que sabe escribir, leer y hacer sumas. Es un lugar terrible, señora.

Sacó algunas telas más, y las desplegó frente a ellos, mientras insistía en que le comprasen esta o aquella. Los Sakai no estaban muy de acuerdo con el precio, y entonces dio comienzo el regateo. El hombre replicaba en su peculiar dialecto, lo que tenía el efecto de provocar la carcajada general, y Sōsuke tuvo la impresión de que los Sakai disponían de todo el tiempo del mundo para entretenerse con él.

—Cuando vas de viaje de un sitio para otro, ¿qué haces cuando llega la hora de comer? —le preguntó la señora Sakai.

—No pensará usted que puedo andar por ahí sin comer nada, ¿verdad? Cuando me entra el hambre, me paro y como.

—¿Dónde?

—Normalmente en una casa de té.

—¿A qué se refiere con una casa de té? —preguntó el señor Sakai.

—Pues a un sitio donde le dan a uno algo de comer —respondió el hombre.

En cuanto tenía hambre, paraba, y comía algo. Así tenía que ser. La comida de Tokio le gustaba especialmente, aunque no le gustaban los hostales. Según él, allí solo daban de comer tres veces al día... Todas aquellas explicaciones volvieron a provocar la risa general. No obstante, antes de marcharse le había vendido a la señora Sakai una pieza de *pongee* para confeccionar un kimono de verano, y a Sōsuke no se le pasó por alto el gran privilegio que representaba poder comprar una tela en pleno invierno con vistas al verano.

—¿Y usted? ¿No quiere comprarle algo a su esposa? —le preguntó el señor Sakai.

Su mujer se apresuró a explicarle la enorme diferencia de precio que iba a encontrar entre el género que le ofrecía aquel hombre y lo que podría comprar en cualquier tienda de la calle.

—Y siempre puede usted pagarlo más adelante.

Sōsuke compró tela para el kimono de Oyone, y el señor Sakai logró que se lo dejara todo por tres yenes. A Sōsuke le pareció bien el precio, aunque no así al vendedor.

—Es como si se lo regalase. Me dan ganas hasta de llorar —se lamentó.

Una vez más, su comentario les hizo reír a todos debido a que, cuando hablaba, lo hacía con su extraño y divertido dialecto. Según avanzaba en su ronda por las casas de sus clientes, iba liberándose del peso que llevaba cargado a la espalda, y al final no le quedó más que una pieza de tela de color azul oscuro para empaquetar, y otra más sencilla de trencilla.

El Año Nuevo ya estaba cerca, y el hombre regresaría a su pueblo natal situado en las montañas para esperar allí la llegada de la primavera. Luego volvería a Tokio con tanto género como fuera capaz de cargar a la espalda, y para finales de abril o principios de mayo, la época de más trabajo para los fabricantes de seda, ya habría cobrado todas sus ventas. En ese momento tomaría de nuevo el camino hasta su pequeño pueblo volcánico, situado en la falda norte del monte Fuji.

—Hace ya cuatro o cinco años que viene por aquí, pero no cambia nada. Siempre está igual —explicó la señora Sakai.

—Es un hombre realmente sorprendente —confirmó su marido.

En un mundo en el que si alguien decidía permanecer tres días encerrado en su casa podía descubrir al cuarto que habían hecho obras en su calle, o en el que si uno dejaba de leer el periódico una mañana, a la siguiente se enteraba de que habían cambiado todos los horarios del tranvía, resultaba admirable que un individuo como aquel, que pasaba dos meses al año en Tokio, pudiera permanecer idéntico a sí mismo y conservar el aire ancestral propio de su pueblo. Sōsuke era consciente de su aspecto, de su comportamiento, de su vestimenta y de su forma de hablar, y sintió lástima. Se despidió de los Sakai, y regresó a casa con la tela que había comprado para Oyone bajo el brazo. No obstante, la imagen del hombre que se la había vendido por un precio tan insignificante permanecía vívida en su memoria. Veía su sencilla ropa a rayas, su mata rojiza de pelo completamente erizado y reseco, que se mantenía firme con la raya al medio sin necesidad de recurrir a una sola gota de brillantina.

Cuando volvió a casa, vio que Oyone había terminado de coser el abrigo de entretiempo que llevaba un tiempo haciendo para él. Una vez rematado, en lugar de plancharlo, lo que hizo fue doblarlo con sumo cuidado y sentarse sobre un cojín que había puesto encima.

—Extiéndelo esta noche debajo del futón —le dijo a su marido.

Sōsuke le habló a Oyone del curioso personaje que acababa de conocer en casa de los Sakai. Ella miró con ternura la tela que le había comprado. No dejaba de admirarse por lo barata que era ya que, sin duda, se trataba de un material excelente.

—¿Cómo puede venderla a un precio tan bajo y ganar dinero? —preguntó extrañada.

—Así podemos hacernos una idea del enorme beneficio que obtienen los intermediarios, ¿no te parece? —respondió Sōsuke como si fuera un auténtico experto en la materia, cuando en realidad estaba extrayendo conclusiones generales a partir de un único caso particular. Luego hablaron de lo bien que les iba a los Sakai; de cómo, gracias a su privilegiada situación, podían permitir que el anticuario al que le tenían alquilada la tienda sacara un gran provecho a su costa; y de cómo habían presionado al hombre de las montañas para que les hiciera un buen precio por unas telas que todavía no necesitaban. Hablaron además de la alegría y la jovialidad que desprendía toda la familia.

—¡Todo eso sucede porque tienen dinero! —exclamó Sōsuke entonces, en un tono de voz completamente distinto—. Y porque tienen niños en casa. Con niños, incluso una casa humilde resulta encantadora.

Oyone apreció un punto de amargura en su voz. Parecía estar culpándolos a ambos de la miserable existencia que llevaban. Retiró las manos de la tela que tenía sobre el regazo, y miró entonces a su marido, sin que Sōsuke se percatara de su reacción. Oyone le observó unos instantes, pero no dijo nada. Guardó silencio. Él estaba ciego de alegría al verla tan contenta con la tela que le había llevado. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que le proporcionaba algo de felicidad, pero Oyone estuvo rumiando en su interior las palabras de su marido hasta que llegó la hora de irse a la cama. Se acostaron, como de costumbre, un poco después de las diez.

—Has dicho que una casa sin niños resulta muy triste —le dijo antes de dormirse.

Él recordaba haber dicho algo así, pero sabía que, al hablar, no estaba pensando en sí mismo, y mucho menos quería dar a entender que estuviera culpándola a ella por no tenerlos. Le sorprendió que su mujer le diese la vuelta a su argumento; que le diera importancia a unas palabras en verdad intrascendentes.

—No me refería a nosotros —dijo a modo de disculpa.

Oyone no contestó, pero al cabo de un rato volvió a la carga.

—Si dices eso, es porque piensas que nuestra casa es triste.

En realidad, solo repetía sus palabras de un momento antes.

Algo le impedía a Sōsuke, desde su interior, desmentir la verdad que había en lo que le decía su mujer, pero, por consideración hacia ella, no se atrevió a expresarlo abiertamente. Oyone acababa de recuperarse de una grave enfermedad y, para procurarle tranquilidad, pensó que lo mejor sería afrontar aquel delicado asunto como si se tratase de una broma.

—Supongo que puedes pensar que nuestra casa es un lugar triste —dijo de manera desenfadada, pero después enmudeció. No se le ocurría nada alegre o divertido que decir, y que pudiese relajar la tensión—. De todos modos, no hay nada de qué preocuparse —fue cuanto atinó a expresar.

Oyone no respondió, y él trató de llevar la conversación por otros derroteros.

—Anoche hubo otro incendio, ¿no es cierto?

Oyone hizo caso omiso a su pregunta.

—Siento que tú... —dijo con una voz henchida de dolor.

Y no fue capaz de terminar la frase.

La lámpara iluminaba el *tokonoma*. Oyone, sentada de espaldas a la luz, eclipsaba con su cuerpo la expresión de su rostro, aunque, por su tono, resultaba evidente que estaba llorando. Hasta ese momento, Sōsuke había permanecido tumbado boca arriba sin pensar en nada, pero en ese momento se giró hacia su mujer y la contempló largo rato. Como su cuerpo ocultaba la luz, solo alcanzaba a ver una mancha gris. Oyone miró fijamente a Sōsuke.

—He querido decírtelo muchas veces y pedirte disculpas, pero me resultaba tan doloroso que nunca me he atrevido.

Sus palabras brotaban entre ligeros espasmos y gemidos. Sōsuke no sabía de qué estaba hablando. Pensó que podía estar refiriéndose a sus nervios, pero no estaba seguro del todo. Se quedó a la expectativa hasta que Oyone volvió a hablar, y entonces sus palabras fueron mucho más elocuentes.

—Nunca podré tener hijos.

Rompió a llorar. Tras semejante confesión susurrada entre lágrimas, Sōsuke no halló forma de consolarla. Sentía una profunda compasión por su mujer.

—Pero podemos vivir sin hijos. Una persona con tantos hijos como Sakai sí que es digna de lástima. Su casa parece un jardín de infancia.

—¡Es terrible ni siquiera haber podido engendrar uno!

—¿Por qué estás tan segura de que no puedes? Espera, y ya veremos.

Oyone lloraba desconsoladamente, y Sōsuke no supo qué hacer. Esperó a que se calmara y entonces, cuando lo hizo, la escuchó en silencio. Entre los dos habían aportado a su matrimonio más armonía de la que la mayoría de las

parejas podría llegar a disfrutar jamás. Y, sin embargo, al no haber podido tener hijos, se consideraban más infortunados que muchos de quienes les rodeaban. De haberlo sabido desde el principio, se habrían resignado sin más, pero lo que multiplicaba el dolor que sentían por su paternidad frustrada era que Oyone no hubiera sido capaz de llevar a buen término sus embarazos.

La primera vez que se quedó encinta fue después de haberse mudado de Kioto a Hiroshima. Cuando lo supo, Oyone vivió la experiencia con una mezcla de alegría y de temor ante el futuro. Sōsuke recibió la buena nueva con una enorme satisfacción, como si el hijo que habían concebido fuese la personificación del amor que se profesaban. Contaba los días, esperaba impaciente el momento en el que la criatura apareciese ante sus ojos. Pero sus esperanzas, sin embargo, no se iban a ver cumplidas. Al quinto mes de gestación, Oyone perdió al niño. Los meses que siguieron supusieron un gran sufrimiento para los dos. Sōsuke veía lo pálida que estaba su mujer, y culpaba de lo ocurrido a la mísera situación en que vivían. Le mortificaba pensar que la pobreza había aplastado el fruto de su amor. Oyone, por su parte, pasaba horas enteras llorando.

Poco después de trasladarse a Fukuoka, volvió a quedarse embarazada. Había oído decir que, cuando se perdía un primer hijo, era frecuente perder también a los siguientes. De manera que estaba siempre atenta, y trataba de cuidarse cuanto podía. El embarazo fue bien, pero por alguna razón el bebé nació prematuro. Al verlo, la matrona meneó la cabeza y pidió que llamasen al médico urgentemente. El médico lo examinó y les explicó a los padres que el bebé estaba bien desarrollado. Únicamente tenían que mantener la temperatura de la habitación constante día y noche. Sōsuke se vio obligado a hacer un gran sacrificio económico para instalar una estufa, y la pareja se entregó en cuerpo y alma al cuidado del niño. Hacían cuanto estaba en su mano por sacarle adelante. Pero todo fue en vano. Una semana después, aquel niño, carne de su carne, sucumbió. Oyone tomó su cuerpo sin vida entre los brazos, y lloró.

—¿Qué debemos hacer? —se preguntaba amargamente.

Sōsuke resistió con hombría aquel nuevo golpe del destino. El cuerpo frío del bebé se convirtió en cenizas, y las cenizas volvieron a la negra tierra. No pronunció una sola queja. A pesar del dolor, la negra sombra que se había instalado entre ellos terminó por desvanecerse.

Oyone se quedó embarazada una tercera vez. Ocurrió poco después de haberse mudado a Tokio. Aún estaba físicamente exhausta por el esfuerzo que le había supuesto la mudanza, por lo que tuvieron mucho cuidado. Estaban decididos a hacer todo cuanto fuera posible para que finalmente las cosas salieran bien. Los primeros meses del embarazo transcurrieron sin ningún percance, pero al quinto Oyone sufrió un accidente. No disponían de agua corriente, y la criada tenía que ir al pozo todas las mañanas a buscar el agua necesaria para hacer la colada. Un día, Oyone tenía que decirle algo a la chica, que estaba en la parte de atrás de la casa, de modo que salió y fue a sentarse a su lado. Estaba lavando la ropa junto al pozo. En el transcurso de la conversación, Oyone se levantó y atravesó el desagüe de madera, con tan mala fortuna que resbaló y cayó sobre unas tablas recubiertas de un musgo azulado. «¡He vuelto a hacerlo!», pensó horrorizada. Se sintió culpable por no haber tenido el debido cuidado. No le dijo nada a Sōsuke cuando volvió a casa. Prefirió esperar para ver las consecuencias que la caída podía acarrearle al niño que llevaba en su interior. Tras varios días, no sospechó que le estuviera sucediendo nada anormal. Tampoco notó ningún cambio especial en sí misma. Al fin pudo respirar tranquila, y le contó a Sōsuke el incidente. Él no la reprendió, y se limitó a pedirle que tuviera cuidado.

Llegó por fin el noveno mes de embarazo. A medida que se acercaba el día del parto, Sōsuke se sentía cada vez más intranquilo en el trabajo, y no podía quitarse de la cabeza a su mujer. Regresaba a casa y pensaba: «A lo mejor el niño ha nacido mientras yo estaba en la oficina». Se paraba entonces en la puerta, esperando escuchar el llanto de un bebé. Si no oía nada, le invadía el temor de que hubiera pasado algo, y entraba a toda prisa, avergonzado por su insensatez. Oyone dio a luz de madrugada, con Sōsuke a su lado para poder ocuparse de ella. Hasta ese momento, la fortuna había estado de su parte. La comadrona llegó en el momento justo, y el algodón absorbente y demás preparativos para el parto resultaron inútiles, ya que todo resultó inesperadamente fácil. Sin embargo, ahí terminó su buena racha. El bebé nació con éxito del vientre de Oyone, pero nunca llegó a respirar el aire del mundo exterior. La comadrona sacó de su maletín un fino tubo de cristal, y empezó a practicarle la respiración artificial, pero sin ningún resultado positivo. Tan solo tenían ante sí un cuerpo inerte en el que se apreciaban ojos, nariz y boca. Mas, por mucho que rogaron, de su diminuta garganta no llegó a salir un solo llanto. Finalmente, se vieron obligados a abandonar toda esperanza.

La comadrona había examinado detenidamente al bebé en el vientre de Oyone una semana antes, y había escuchado también su corazón. Llegó a la conclusión de que madre e hijo estaban en perfecto estado. Se pudo haber equivocado, sin duda, pero si el desarrollo del feto hubiera sufrido algún problema durante la gestación, el parto no habría resultado tan sencillo, y Oyone habría notado algo. Sōsuke indagó, y se sorprendió al descubrir cosas de las que no había sido consciente hasta entonces. El bebé, en efecto, se encontraba bien hasta el mismo momento de nacer, pero tenía el cordón umbilical alrededor del cuello. En casos tan extraordinarios como aquel, no quedaba más remedio que cortar el cordón para liberarle, algo que una comadrona experimentada habría hecho con destreza. La mujer a la que había recurrido Sōsuke debía de saberlo bien, pero el caso se había complicado porque el cordón daba dos vueltas en torno al cuello del bebé, y ella no fue capaz de cortarlo a tiempo para evitar que muriese asfixiado. La comadrona podía ser responsable en parte, pero también lo era Oyone: Sōsuke descubrió que el bebé llevaba cinco meses así, desde que su mujer resbalara y cayera al suelo junto al pozo.

Aún muy debilitada por la pérdida del hijo, Oyone escuchó resignada la explicación. Meneó la cabeza sin decir nada. Sus ojos vencidos por la fatiga se inundaron de lágrimas, y sus largas pestañas se agitaron en una rápida sucesión de subidas y bajadas. Sōsuke trataba de consolarla. Le limpiaba con un pañuelo las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

Era el triste sino del matrimonio con los niños. Después de tantas amargas experiencias, evitaban hablar de ello. Los dolorosos recuerdos proyectaban una sombra de melancolía sobre su vida que no eran capaces de disipar. Incluso cuando reían, reconocían la negra sombra que se cernía sobre sus corazones. Por eso Oyone no tenía ninguna intención de reabrir viejas heridas. Sōsuke, por su parte, tampoco sentía necesidad de abordar de nuevo el tema. Cuando Oyone dijo que iba a contárselo todo, no se refería a los acontecimientos del pasado. Después de perder a su tercer hijo y de haber descubierto las causas de su muerte, se sintió la más desalmada de las madres. No era consciente de haber hecho nada malo, pero, cuanto más pensaba en ello, más se culpaba a sí misma por haber estrangulado una vida incipiente, a un hijo que, a la espera de nacer, yacía suspendido entre la luz y la sombra. No podía evitar sentirse como una delincuente, culpable de un terrible pecado. Le carcomían los remordimientos, por mucho que se los ocultara a los demás, y ni siquiera era capaz de expresar ante su marido sus verdaderos sentimientos.

Tras el parto, Oyone guardó cama durante tres semanas. Aquel periodo de sosiego se consideró necesario para su completa recuperación física, pero mentalmente supuso para ella una auténtica tortura. Sōsuke fabricó un pequeño ataúd y organizó un funeral sencillo. Encargó una tablilla funeraria en la que aparecía el nombre póstumo del bebé, inscrito en la parte de atrás. Sus padres ni siquiera habían tenido tiempo de darle un nombre en vida. Al principio, Sōsuke colocó la tablilla votiva sobre la cómoda del *chanoma*. Prendía incienso cada tarde frente a ella, cuando regresaba a casa del trabajo, y a veces la fragancia del incienso alcanzaba a Oyone, que seguía tumbada en la habitación de al lado, aunque lo cierto era que por entonces tenía los sentidos muy embotados. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Sōsuke, sin explicar el motivo, guardó la tablilla en el fondo de uno de los cajones de la cómoda, el mismo en el que también estaban cuidadosamente envueltas en un paño las de su hijo muerto en Fukuoka y la de su padre fallecido en Tokio. Después de vender la casa de su padre, a Sōsuke le resultó demasiado engorroso llevarse consigo todas las tablillas de sus antepasados, de modo que las depositó en un templo, y solo conservó la de su progenitor.

Tumbada en la cama, Oyone podía ver y oír todo lo que hacía Sōsuke por su casa. Tenía la impresión de que una amenaza invisible unía su destino al de aquellas tablillas funerarias. Y no solo a ellas, sino al de los niños muertos que nunca habían sido para ella más que existencias en la penumbra. El recuerdo de los años pasados en Hiroshima, Fukuoka y Tokio la asaltaba de continuo, junto a la sensación de estar sometida a un destino atroz e inmisericorde que, por alguna extraña razón, la condenaba a padecer una y otra vez la desgracia de la maternidad frustrada. Creía oír voces que le susurraban maldiciones al oído. Durante todo el tiempo que guardó cama, en sus tímpanos resonó incesante el eco de la maldición, y las tres semanas de descanso fueron en realidad de un lacerante desasosiego. Sin duda, las peores de su vida.

Estuvo cerca de medio mes sumida en una profunda agonía, y durante todo ese tiempo no fue capaz de hacer nada más que mirar fijamente al techo. Al final perdió la paciencia. Le resultaba tan penoso seguir allí postrada, en la cama, que cada vez que se marchaba la enfermera que la atendía, ella se levantaba y se ponía a dar vueltas por la casa. No obstante, incluso así le parecía imposible poder llegar a aliviar la congoja que le oprimía el corazón. Obligaba a su cuerpo lánguido a moverse, pero lo que habitaba en el interior de su corazón permanecía inmóvil. Desesperada, volvía a esconderse bajo las sábanas. Allí apretaba los ojos con fuerza, como si de esa manera pudiera desaparecer del mundo de los hombres. Transcurrieron por fin las tres semanas, y la naturaleza fue capaz de restaurar su salud. Dobló con cuidado la ropa de cama, recogió el futón y lo guardó todo. Los ojos que devolvían su reflejo en el espejo la veían con renovada vitalidad. Era ese momento del año en que se recoge la ropa de invierno para sacar la de primavera, y ella guardó los quimonos que había llevado puestos durante tantos meses. Sintió entonces la ligereza de los de verano, y experimentó un sentimiento de frescor y limpieza. La sucesión de días agradables que, en Japón, marcaban la frontera entre la primavera y el estío lograron que recuperase su buen ánimo. Fue como si pudiera exponer a la radiante luz la oscuridad que había permanecido agazapada en su interior, y Oyone empezó a sentir curiosidad por su oscuro pasado.

Una mañana especialmente hermosa, en cuanto Sōsuke se hubo marchado al trabajo, salió de su casa. Era esa época del año en que ninguna mujer se aventuraba a andar por la calle sin llevar consigo un parasol. Caminó a toda prisa bajo el implacable sol, y pequeñas gotas de sudor comenzaron a perlar su frente. Caminaba, y se acordó de que al abrir la cómoda para cambiar los quimonos de sitio, se había topado inesperadamente en el fondo del cajón con la tablilla funeraria de su último hijo muerto. Por fin llegó a la puerta de la casa de un adivino. Como mucha gente educada, Oyone arrastraba supersticiones desde la infancia, pero en condiciones normales no eran más que un motivo de entretenimiento, al igual que para casi todos los demás. El hecho de que llegaran a invadir su vida cotidiana era algo extraordinario. Y extraordinario era el hecho de que en ese momento estuviera acudiendo a aquel lugar, en busca de información. Se sentó frente al adivino, y le preguntó si su destino le permitiría traer al mundo a un niño en el futuro o si, por el contrario, el cielo la había condenado a no poder hacerlo jamás. El adivino no se diferenciaba en nada de todos esos charlatanes que andaban por la calle y que leían el futuro por un par de céntimos. Tanteó un buen rato sus tablillas adivinatorias, las dispuso de distintas formas y, cuando terminó, se acarició solemnemente la perilla. Pareció quedarse pensativo, y al final miró a Oyone.

—Nunca podrá tener hijos —le dijo con calma.

Oyone se tragó en silencio sus palabras. Después levantó la cabeza.

—¿Por qué razón?

Pensaba que el hombre tendría que haber reflexionado un poco más antes de darle una respuesta, pero él lo hizo de inmediato, sin quitarle la vista de encima.

—Ha causado usted un terrible mal a otra persona. Y el pecado sigue sin purgar. Esa es la razón por la que no puede

tener hijos.

Al escucharle, Oyone se sintió como si le estuvieran atravesando el corazón con una lanza. Regresó a su casa cabizbaja, totalmente abatida. Por la noche ni siquiera fue capaz de mirar a la cara a su marido. Durante mucho tiempo le ocultó a Sōsuke las palabras del adivino y, cuando al fin se lo contó, Sōsuke sintió cómo un escalofrío le traspasaba de lado a lado. Se había tumbado en la cama bajo la débil luz que llegaba desde el *tokonoma* y que, como siempre, amenazaba con fundirse entre la oscuridad reinante.

—No deberías haber hecho eso en tu estado. ¡Pagar dinero para escuchar esas sandeces! ¿Has vuelto a ir?

—Me da mucho miedo. No pienso volver nunca más.

—Mejor así. Sería una estupidez —concluyó él antes de dormirse.

XIII

Sin duda, Sōsuke y Oyone formaban una pareja ideal. En los seis largos años que llevaban juntos, nunca se había producido un roce entre ellos del que su relación pudiera resentirse. Tampoco se habían peleado ni enfadado. Compraban la tela de sus quimonos en una tienda cerca de su casa, el arroz en otra que había en la esquina, así que apenas entraban en contacto con el resto del mundo. Rara vez se enteraban de lo que sucedía, excepto de lo estrictamente tocante a la satisfacción de sus obligaciones diarias. Oyone y Sōsuke se necesitaban. Su sola presencia mutua les bastaba. A pesar de habitar en una de las ciudades más bulliciosas del mundo, vivían como dos eremitas de las montañas.

Era lógico que, en tales circunstancias, su vida fuese exasperantemente monótona. No solían verse aquejados por los desastres a los que tan acostumbrados estaban quienes vivían inmersos en una sociedad problemática, pero al mismo tiempo se privaban de las experiencias que ofrecía la vida normal. Vivían en la ciudad como si le hubieran dado la espalda a todos los privilegios de la vida urbana. En ocasiones se daban cuenta de que su vida carecía completamente de novedades, pero no se aburrían; tampoco deseaban más de lo que tenían. Pese a ello, reconocían poco estimulante la excesiva austeridad a que se sometían. Pasar todos aquellos años en una sucesión de rutinas no era el resultado de una pérdida de interés por el mundo, sino la consecuencia de vivir en un mundo que les había aislado, que les había dado la espalda fríamente. Un mundo que no les habían dejado espacio para mirar hacia fuera y crecer. Por eso habían decidido dirigir su mirada al interior. Se habían sumergido cada vez más profundamente en sus propias personas. Lo que su vida perdía en amplitud, lo ganaba en profundidad. Durante seis años no se habían preocupado por crear lazos con nadie, y se habían dedicado por entero a explorar hasta el último rincón de sus corazones. Con el transcurrir del tiempo alcanzaron una total compenetración. Cualquier observador imparcial podría afirmar que seguían siendo seres diferenciados, pero ellos sabían que se habían convertido en una unidad indivisible, tanto en lo tocante a sus cuerpos como a sus espíritus. Eran como dos gotas de aceite que se hubieran caído sobre un barreño de agua. No se juntaban a fin de repeler el agua; más bien era la presión del agua la que les obligaba a juntarse, y a la vez la que hacía imposible la separación.

Encadenados en un abrazo, disfrutaban de una armonía y una saciedad, si bien acompañadas de un cierto hastío, tales que la mayoría de las parejas raras veces experimentaban. Incluso cuando se abandonaban a la languidez, no dejaban de considerarse felices. A veces el hastío corría un velo de somnolencia sobre sus conciencias, envolvía su amor en una especie de niebla, pero jamás existía un riesgo cierto de que algo llegase a dañarles seriamente. Su compatibilidad, en definitiva, era proporcional a su propio aislamiento de la sociedad. Sus días transcurrían en una intimidad inalterable que pocas parejas lograban disfrutar alguna vez. Sin embargo, apenas aludían a ello. Como mucho, en ocasiones reparaban en el profundo vínculo que existía entre ellos y pasaban revista a sus años juntos. Recordaban, por ejemplo, el enorme sacrificio que tuvieron que hacer para casarse. Se inclinaban temerosos ante la terrible venganza que el destino les había impuesto, pero nunca se olvidaban de prender incienso ante el dios del amor para agradecerle la felicidad que aquella misma desgracia les había descubierto. Hostigados hasta el límite de la muerte, sabían también que el látigo que les azotaba estaba impregnado de una miel capaz de restañar las heridas.

Como buen hijo de persona adinerada, Sōsuke no tuvo reparos en entregarse sin reserva durante su época de estudiante a los refinados lujos propios de los jóvenes de su condición. Por su forma de vestir, de comportarse y de pensar, era el prototipo del joven de mundo. Solía llevar la cabeza bien alta. Se daba aires cuando caminaba. Por sus cuellos postizos, siempre de un blanco inmaculado, por sus pantalones perfectamente planchados, por sus calcetines de cachemir bordados, se deducía que su personalidad era proclive a todo tipo de extravagancias. Tenía una mente rápida, aunque no era de los que se esforzaba en los estudios. Estudiar solo era una forma de prepararse para la vida en sociedad, por eso no mostraba un especial interés en la vida académica que le exigía, al contrario, dar un paso atrás y retirarse del mundo. Por el contrario, se limitaba a asistir a clase. Como muchos de sus compañeros, se dedicaba a rellenar cuadernos y más cuadernos con sus anotaciones. Al regresar a su cuarto, pocas veces se tomaba la molestia de leer u organizar lo que había escrito. Incluso cuando hacía novillos, lo dejaba todo tal cual. Colocaba los cuadernos encima de la mesa en perfecto orden y salía de casa. Tenía muchos amigos que envidiaban su vida fácil. Él siempre se mostraba satisfecho de sí mismo. Como un hermoso arco iris, un futuro espléndido se abría ante él.

El Sōsuke de entonces, al contrario del de ahora, tenía muchos conocidos. Quien entraba en el campo visual de sus risueños ojos, se convertía de inmediato, y casi sin excepción, en amigo suyo. Vivía sus días de juventud con una exuberancia irreductible. Era un optimista, alguien ajeno por completo al significado de la palabra «enemigo».

—Si no pones mala cara, ten bien claro que te recibirán de buen grado en todas partes —solía decirle a Yasui, su mejor amigo y compañero de estudios.

Lo cierto es que nunca aparentaba seriedad a fin de no disgustar a nadie.

—Eso te sirve a ti, que tienes buena salud —replicaba Yasui, al que siempre aquejaba alguna dolencia.

Era originario de la región de Fukui, pero había vivido tanto tiempo en Yokohama, cerca de la capital, que por su forma de hablar no se distinguía en nada de un tukiota de pura cepa. Se daba muchos aires en su forma de vestir. Llevaba el pelo largo con la raya al medio. Aunque habían estudiado en escuelas superiores distintas, Sōsuke y Yasui a menudo se sentaban juntos en el aula magna. Yasui aprovechaba entonces para preguntarle a su amigo sobre algún aspecto concreto de alguna lección a cuya exposición no había podido asistir. Fue así como se hicieron amigos. Para Sōsuke fue de lo más oportuno; el curso académico acababa de empezar y él llevaba poco tiempo en Kioto.

Con Yasui haciendo de guía, se empapó con las impresiones que le producía la ciudad. Salían casi todas las noches a pasear por los animados barrios de Sanjo y Shijo. A veces llegaban hasta Kyogoku. Se detenían allí, en mitad del

punto de bajar las aguas del río Kamo. Contemplaban el silencioso ascenso de la luna sobre el monte Higashi. A Sōsuke siempre le parecía más grande y redonda que la de Tokio. Cuando se cansaban de callejear y de ver gente, aprovechaban el fin de semana para salir de excursión a algún lugar a las afueras de la ciudad. Sōsuke se deleitaba en la contemplación del bambú que se extendía por todas partes junto a la majestuosa elegancia de largas hileras de pinos, cuyos rojos troncos parecían teñidos por el sol. En una ocasión, subieron al templo de Enkoji y se tumbaron al sol bajo un cuadro de Sokuhi. A sus pies, río abajo, un hombre remaba en un bote. El sonido que llegaba desde el fondo del valle les recordaba al graznido de los gansos salvajes. En una ocasión pasaron la noche en una casa de té en Heihachi. Lograron capturar unos cuantos peces en el río y los ensartaron en unos pinchos para que la dueña de la casa se los asara. Después de la cena bebieron sake.

El estímulo que le producía visitar lugares nuevos satisfizo sus deseos por un tiempo, pero una vez recorrió la ciudad y sus alrededores, una vez se sumergió en su atmósfera, todo empezó a resultarle de lo más vulgar. Notaba que le faltaba algo. Las majestuosas montañas y los cantarines arroyos dejaron de producir en él la honda impresión de los primeros tiempos. Ya no era capaz de descubrir verdes paisajes que aplacaran el ardor de su joven espíritu. Naturalmente, tampoco estaba en paz consigo mismo. No sabía cómo adoptar una actitud dinámica capaz de quemar sus pasiones. La sangre corría por sus venas, aceleraba su pulso, le impedía descansar. Una tarde se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Observó las montañas que rodeaban la ciudad por los cuatro costados.

—Estoy harto de esto. ¡Es todo tan viejo! —exclamó.

Yasui le escuchó y no pudo reprimir la risa. Le habló del lugar natal de un amigo suyo, un lugar llamado Tsuchiyama, citado en una pieza de *yoruri* que decía: «*En Tsuchiyama cae la lluvia*». Era aquel un lugar donde del día a la noche lo único que se veían eran montañas. Era como vivir en el fondo de una jarra de estaño. Traumatizado por las experiencias de su infancia durante la estación de lluvias, el amigo de Yasui seguía aterrorizado ante la posibilidad de que el agua de las montañas llegase a inundar la casa en la que vivía, en Kioto. Para Sōsuke no podía haber destino más desgraciado que el de alguien que había vivido toda su vida metido en un agujero como aquel.

—No sé cómo la gente puede vivir en un lugar como ese —le dijo a Yasui.

Yasui se rio otra vez y volvió a contarle algo que solía decir su amigo. De toda la gente que se había marchado de Tsuchiyama, el más famoso fue un hombre que robó una considerable cantidad de dinero. Fue colgado por ello. A Sōsuke, asfixiado por la estrechez de Kioto, le parecía lógico que alguien hiciera algo así, aunque fuera cada cien años para matar el aburrimiento.

Por aquel entonces, los ojos de Sōsuke siempre andaban a la búsqueda de algo nuevo, pero tan pronto como la naturaleza desplegaba los colores de cada una de las cuatro estaciones, ya no sentía la necesidad de revivir las imágenes del pasado, ni de ir a ver de nuevo las flores de la primavera, las hojas rojas de los arces en otoño. Por encima de cualquier otra cosa, deseaba vivir de un modo pleno. Solo encontraba satisfacción en el presente o en un futuro cuyo germen estaba en otro presente aún por venir. El pasado se desvanecía irremediabilmente como un fantasma inútil que se antojaba en realidad un sueño. Ya había recorrido todos los templos decrepitos de la ciudad, había visto la pintura desconchada de sus paredes, el moho que las invadía desde tiempos inmemoriales. No tenía ánimo de visitar otro lugar histórico de colores desvaídos. Se sentía demasiado joven y fuerte como para perder el tiempo contemplando las ruinas de un pasado brumoso.

A punto de terminar el año lectivo, Sōsuke y Yasui se separaron no sin antes hacerse la promesa de encontrarse en poco tiempo de nuevo. Yasui tenía previsto regresar a su casa antes de viajar a Yokohama. Le propuso que, de regreso, tomaran juntos el tren desde allí a Kioto. Si tenían tiempo, bajarían en Okitsu para una rápida visita al templo de Seikenji, para contemplar los pinares de Miho o para subir al monte Kuno. Sōsuke aceptó la propuesta de inmediato. Se alegró por anticipado del momento en el que recibiría carta de Yasui.

A su regreso a Tokio, Sōsuke encontró a su padre, como siempre, haciendo gala de una salud de hierro. Koroku era solo un niño por entonces. Se sintió feliz de respirar el aire bullicioso de la ciudad después de un año, de aspirar su humo sofocante. Subió a un lugar elevado para contemplar el océano de tejados que se extendía ante sus ojos. El calor los hacía reverberar, daba la impresión de que iban a amontonarse en una vorágine imposible de detener. En realidad, aquello que se abría ante sus ojos era Tokio. En aquel momento de su vida, las cosas que no volvería a contemplar nunca más le producían una inexplicable emoción. Su futuro seguía siendo algo cerrado, desconocido, no solo para los demás, sino también para sí mismo. La palabra que mejor le definía era ilimitado. Incluso durante la canícula veraniega no dejó de hacer planes para cuando se graduase. Aún no había decidido si optaría por un puesto en la administración o si se dedicaría a los negocios. En cualquier caso, lo mejor sería empezar a labrarse un futuro cuanto antes. Su padre le presentó a algunos contactos clave; y accedió a mucha otra gente gracias a conocidos suyos, gente que podría ayudarle más adelante. Cuando intentó visitarlos, comprobó que algunos se habían marchado de Tokio con el pretexto de huir del calor. Otros simplemente no estaban cuando iba a verles. E incluso había quienes, a pesar de sus muchas ocupaciones, le citaban en su lugar de trabajo. En una ocasión le citaron a las siete de la mañana en la tercera planta de un edificio de ladrillo rojo en el centro de la ciudad. El sol aún no se había alzado en el cielo. Tras tomar el ascensor, para su sorpresa, vio que le conducían a una sala de espera donde había siete u ocho jóvenes que, como él, esperaban a entrevistarse con la misma persona que le había citado a él. Iba de un sitio a otro. Conocía gente nueva, nuevos lugares. Tenía la impresión, lograra o no sus objetivos, de que un fragmento de la vida real, desconocido hasta entonces, entraba a formar parte de su experiencia de la vida. Disfrutaba enormemente con aquella sensación.

Incluso cuando su padre le pidió que ayudase en la limpieza general de la casa que solían hacer en verano, esa tarea le resultó agradable. Cierta vez se sentó en una piedra húmeda que había frente a la entrada de la parte de la casa que utilizaban como almacén. Allí corría una brisa fresquísima, y comenzó a hojear con interés las páginas de un libro

que pertenecía desde hacía mucho tiempo a su familia, *Edo meisho zue*, una especie de antigua guía de los lugares más famosos de la capital. Después se entretuvo con la edición de *Edo sunago*, que le encantó. En otra ocasión recordaba haberse sentado en el cuarto de estar de la casa con las piernas cruzadas. Era un día de tanto calor que hasta el tatami ardía. La sirvienta había comprado alcanfor y él lo dividió en pequeñas porciones y las introdujo en bolsitas, doblándolas después como si fueran medicinas. Desde niño asociaba el olor del alcanfor a la época más calurosa del verano, cuando se sudaba sin parar. En verano se aplicaban moxa para quemar la piel y los halcones volaban despreocupados por el cielo azul.

El viento y la lluvia anunciaron la inminencia de la estación de los tifones. Las nubes parecían dibujadas con tinta china desvaída. Cruzaban inquietas el cielo. Dos o tres días después la temperatura cayó abruptamente. Era el momento de empaquetar sus cosas y regresar a Kioto. No olvidó la promesa que se había hecho con Yasui. Cuando llegó a Tokio faltaban aún dos meses para su encuentro, por lo que se desentendió del asunto. Pero ya se acercaba el día de su vuelta y no había recibido aún correspondencia de su amigo. Empezó a preocuparse. Le escribió a Fukui, a su tierra natal, pero no obtuvo respuesta. Tampoco sabía como dar con él en Yokohama porque no se había molestado en apuntar su dirección.

La noche antes de marcharse, su padre le llamó a su estudio y le entregó el dinero que le había pedido: el del billete del tren, más un extra para los gastos de su excursión.

—Ahorra cuanto puedas —le aconsejó su padre. Sōsuke le escuchó con la atención debida a sus mayores—. No te veré hasta que regreses por Año Nuevo —continuó—. Cuidate mucho.

Sōsuke, sin embargo, no regresó a casa cuando tenía previsto. Cuando se reunió de nuevo con su familia, el cadáver de su padre ya estaba frío. No podía recordar su cara ni las palabras amables que le dirigió en su último encuentro, sin que se apoderase de él una profunda tristeza. Cuando estaba a punto de marcharse, llegó la respuesta de Yasui: había intentado por todos los medios regresar a Kioto con Sōsuke, como le había prometido, pero había tenido que adelantar su viaje por un imprevisto. Quedaron en encontrarse en Kioto. Sōsuke se guardó la carta en el bolsillo y salió disparado hacia la estación para coger el tren.

Se detuvo en Okitsu, donde habían planeado pasar unos días. Salió de la estación y caminó a lo largo de la calle principal de aquella pequeña ciudad en dirección al templo de Seikenji. Era principios de septiembre. El verano tocaba a su fin. La mayor parte de los visitantes ya se habían marchado, por lo que el hotel donde se alojó estaba de lo más tranquilo. Se tumbó boca abajo en mitad de la estancia. Tenía unas hermosas vistas sobre el mar. Escribió unas cuantas líneas a Yasui. Le decía que, a pesar de todo, había decidido pasar unos días solo. Al día siguiente siguió con el plan trazado de antemano por los dos amigos. Se encaminó hacia los pinares de Miho. Después visitó el templo de Ryugeji. Quería tener tema de conversación para cuando se reuniera con Yasui en Kioto, pero después de escalar la montaña y contemplar el panorama con el mar de fondo, descubrió que aquello no le reportaba el placer que había imaginado. Puede que fuera el tiempo, pero la causa más probable de su insatisfacción era la ausencia de su amigo. Cuando regresó al hotel notó que lo invadía el aburrimiento. Se sentó a descansar sin nada que hacer. Tomó una rápida decisión. Se quitó la *yukata*, la echó a lavar junto con las toallas y volvió de inmediato a la estación.

El día después de su llegada a Kioto no salió de su albergue. Estaba exhausto por el viaje en el tren nocturno y por haber tenido que ordenar su equipaje con esa premura. A la mañana siguiente fue a la universidad. Muchos profesores aún no habían regresado y había muchos menos estudiantes que de costumbre. Se sorprendió al no encontrar a Yasui. Supuso que debía de llevar ya tres o cuatro días allí. No podía quitarse a su amigo de la cabeza. De regreso a su cuarto, pasó por la residencia donde solía alojarse. Estaba cerca del templo de Kamo, un lugar precioso rodeado de agua y de árboles. Poco antes de que empezasen las vacaciones de verano, Yasui le había confesado su intención de encontrar una habitación en las afueras de la ciudad, más tranquila, quizás, donde podría concentrarse mejor en sus estudios. Al poco tiempo se mudó al campo. El lugar resultó igual de incómodo que cualquier pueblo de provincias. La casa donde se hospedaba estaba flanqueada por dos muros de adobe batidos constantemente por el viento. Daba la impresión de que llevaba allí cientos de años. Yasui le había contado que el dueño había sido sacerdote sintoísta. Su esposa, una mujer de unos cuarenta años que hablaba con un acento melifluo de Kioto, era quien se hacía cargo de Yasui.

—¿Atenderme? Lo único que hace es prepararme platos insípidos y traérmelos a la habitación tres veces al día —se quejaba Yasui.

Desde el mismo día en que se mudó, Yasui jamás dijo nada bueno de ella. Sōsuke había ido a visitarle en varias ocasiones y al final terminó por conocer bien a la mujer. Ella también debió de quedarse con su cara, porque lo saludaba con mucha familiaridad cuando lo veía.

Y aquella vez no fue una excepción.

—Seguro que quieres saber dónde está Yasui —le dijo anticipándose a su pregunta.

La mujer no sabía nada de él desde que regresara de Fukui. Cuando Sōsuke volvió a casa parecía ciertamente desconcertado.

Cada día esperaba toparse con él en la universidad, escuchar su voz al abrir la puerta de la clase, pero siempre regresaba decepcionado. La impaciencia y el deseo de verle se fueron transformando poco a poco en una intensa preocupación por lo que le hubiera podido pasar a su amigo. Yasui se había tomado la molestia de escribirle para explicar que se veía obligado a volver antes de tiempo. Sin embargo, aún no se habían encontrado. Preguntó a todos sus compañeros de la universidad, pero nadie supo decirle nada. Uno de ellos le comentó de pasada que la noche anterior había visto entre la multitud en Shijo, a un hombre vestido con *yukata* que se parecía mucho a Yasui. Aun así,

lo más seguro era que no se tratase de él. Al día siguiente, una semana después de haber regresado Sōsuke a Kioto, Yasui se presentó en su puerta vestido con su *yukata*.

Sōsuke miró a su amigo de arriba abajo. Llevaba meses sin verle. Y allí estaba, plantado delante de sus narices, con su ropa informal y un sombrero de juncia en la mano. Apreció algo en su expresión que no estaba allí la última vez que le vio antes de las vacaciones de verano. Su negra cabellera estaba cubierta de brillantina, y peinada con una simétrica raya al medio. Al parecer, venía directamente de la peluquería. Conversaron durante una hora entera. En apariencia, no había cambiado un ápice en lo fundamental: seguía trastabillándose al hablar, era igual de inseguro y titubeante en su tono de voz, y se repetía igual que siempre al hablar. No le explicó, sin embargo, porque se había marchado de Yokohama de esa manera tan extemporánea. Tampoco el motivo que le había retrasado en su regreso. Solo dijo que llevaba allí tres o cuatro días y que no había tenido tiempo siquiera de pasar por su antigua residencia para despedirse. Sōsuke le preguntó dónde se hospedaba, y Yasui le dio su nueva dirección. Era una residencia de tercera en el distrito de Sanjo. Sōsuke conocía vagamente el lugar.

—¿Por qué te hospedas ahí? ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Hay una razón —contestó—. Estoy pensando alquilar una casa pequeña en algún sitio.

A Sōsuke le sorprendió la noticia. No se la esperaba.

Una semana más tarde, Yasui se mudó efectivamente a un tranquilo barrio próximo a la universidad. Era una casa pequeña, con ese típico ambiente oscuro tan frecuente en las casas de Kioto. Tenía las columnas y celosías pintadas en rojo y negro, seguramente con el propósito de darle cierto aire antiguo. Junto a la puerta había un sauce que no se sabía si pertenecía o no a la casa. El viento mecía sus enormes ramas que casi rozaban el alero del tejado. El jardín estaba mejor arreglado que los de Tokio. Había una gran piedra frente al *engawa* del cuarto de estar y delante se extendía una amplia franja de musgo que proporcionaba sensación de frescor. En la parte de detrás de la casa había un cuarto trastero de buen tamaño. El umbral de la puerta parecía medio podrido. A un lado, un seto de bambú ocultaba el retrete.

Sōsuke había ido a visitar a Yasui a su nueva casa antes de que llegase el mes de octubre, poco después de que empezase el segundo semestre. Hacía calor. Todavía se podía sentir el bochorno veraniego. Sōsuke iba siempre a la universidad protegido con un parasol. Nada más llegar, lo apoyó contra la celosía de la entrada y echó un vistazo al interior de la casa. Entrevió fugazmente la figura de una mujer vestida con una *yukata* a rayas. Alcanzaba a ver solo con cierta dificultad. Miró hasta que desapareció la figura con la *yukata*. Pronto se abrió la puerta y apareció Yasui. Le invitó a pasar al salón. Hablaron durante un rato. La mujer a la que había visto un momento antes, no hizo acto de presencia, ni siquiera para saludarle. De hecho, no parecía hacer ningún ruido. La casa era muy pequeña, y Sōsuke supuso que la misteriosa mujer debía de estar en la habitación contigua, a pesar de lo cual no reveló su presencia. Aquella figura enigmática y silenciosa no era otra que Oyone.

Yasui le habló de Fukui, de Tokio, de la universidad, de las clases, pero no dijo una sola palabra sobre la mujer. Sōsuke tampoco tuvo valor de preguntarle, y poco después se marchó. Se encontraron al día siguiente. Sōsuke seguía intrigado por la mujer, no lograba quitársela de la cabeza. Pero tampoco le preguntó en esa ocasión. Yasui actuaba como si nada. Hasta entonces habían hablado sin reservas de muchas cosas, pero desde que se mudó a su nueva casa, Yasui no parecía tan cómodo en presencia de Sōsuke. Tampoco Sōsuke tenía tanta curiosidad como para empeñarse en desvelar el secreto de su amigo. La presencia de la mujer pesaba sobre sus conciencias como una barrera que les separaba de modo sutil. Pasó una semana y seguían sin hablar del tema.

Al domingo siguiente, Sōsuke puso como excusa un asunto relacionado con un club al que ambos pertenecían para ir a ver de nuevo a Yasui. Era una visita ordinaria que nada tenía que ver con la misteriosa mujer. A pesar de todo, cuando entró en la casa y se sentó en el mismo sitio donde acostumbraba, desde donde podía admirar los diminutos ciruelos del jardín, a la mente de Sōsuke acudieron ciertos detalles de su visita anterior. La casa estaba completamente sumida en el silencio, como aquella primera vez. Sōsuke vislumbró la presencia de la mujer: debía de estar oculta en algún lugar de la casa. También esta vez se convenció de que esta vez ella no saldría para saludarle.

Pero se equivocó. De pronto Yasui llamó a Oyone y se la presentó. No llevaba puesta la *yukata*, como la vez anterior. Salió de la habitación contigua. Iba vestida como si estuviera a punto de salir, o como si acabase de regresar a casa. Su quimono era muy sencillo. Ni el color de la tela, ni el lustre del *obi* destacaban especialmente. Era la primera vez que Oyone le veía, pero no se comportó con esa timidez tan frecuente en muchas chicas jóvenes. Era una mujer común, aunque más tranquila y callada que otras. Al verla, Sōsuke dedujo que había estado oculta todo ese tiempo entre las sombras de la casa, pero no por timidez, ni por deseo de evitar a la gente.

—Te presento a mi hermana —dijo Yasui.

Unos pocos minutos de conversación bastaron para que Sōsuke se diera cuenta de que no había rastro del dialecto que tanto deformaba el acento de Yasui.

—¿Has vivido hasta ahora en Fukui? —le preguntó Sōsuke. Antes de que ella pudiera responder, fue Yasui el que intervino.

—No. Ha vivido mucho tiempo en Yokohama.

Yasui y ella tenían previsto ir de compras. Eso explicaba el quimono y que, a pesar del calor, Oyone llevase unos immaculados *tabi*. Sōsuke lamentó haber interferido en sus planes.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo Yasui entre risas—. Llevamos poco tiempo aquí. No pasa un día sin que nos demos cuenta de que nos falta algo. Salimos de compras por lo menos tres veces a la semana.

—Entonces podemos ir juntos hasta el centro —ofreció Sōsuke.

Antes de marcharse, Yasui le enseñó a su amigo el resto de la casa. En la otra habitación, se fijó en un brasero cuadrado que tenía un recipiente de zinc para recoger las cenizas, en una tetera de cobre de mala calidad y en un cubo de madera colocado junto a un fregadero de aspecto antiguo. Yasui cerró la puerta y fue a la parte de atrás a dejar la llave. Mientras le esperaban, Oyone y él intercambiaron unas cuantas palabras con toda naturalidad.

Sōsuke jamás olvidaría las pocas palabras que se cruzaron durante esos tres o cuatro minutos. No fueron más que algunas de esas alusiones inocentes que los hombres suelen hacer a las mujeres a fin de resultarles agradables. Palabras superficiales y fugaces como el agua cristalina de un arroyo. ¡Cuántas veces no se habría visto en situaciones similares diciendo cosas parecidas!

A pesar de los años que habían pasado, aún recordaba palabra por palabra aquella brevísima conversación y se daba cuenta de lo corriente, e incluso de lo insípida, que había sido. Le extrañaba que aquellas palabras incoloras hubieran teñido el futuro de ambos de un color tan rojo. Un rojo que con el paso del tiempo fue perdiendo su brillo. Porque la llama que los había consumido en un principio había cambiado de color debido a un mero proceso natural, y en cierto modo se había ennegrecido. Su vida en común los había ido sumergiendo gradualmente en la oscuridad. Cuando Sōsuke miraba al pasado e intentaba analizar el rumbo que había tomado su relación, se daba cuenta en lo más profundo de su ser de que la sombra de aquel primer encuentro se proyectaría sobre el resto de sus vidas dejando una huella indeleble. Le estremecía pensar en el asombroso poder del destino, capaz de transformar un inocente primer encuentro en un acontecimiento cargado de significación. Recordaba con todo detalle los minutos que Oyone y él estuvieron de pie junto a la puerta de la casa: la sombra de sus cuerpos proyectadas de cintura para arriba sobre el muro de adobe; el gesto de Oyone al sostener el parasol; tantas cosas... En realidad, era la sombra del parasol y no la de su cabeza la que se plasmaba en el muro. Recordaba también que el sol poniente de principios del otoño caía sobre ellos con fiereza. Oyone, con el parasol en la mano, se protegía bajo la sombra del sauce, aunque tampoco allí hacía fresco precisamente. Dio un paso atrás y entonces él pudo apreciar el contraste entre su parasol púrpura rematado con una banda blanca, y las hojas del sauce que, a pesar de la época, aún conservaban todo su color.

Pese a que el encuentro no tuvo nada de particular, cada uno de los detalles del mismo se habían grabado en la memoria de Sōsuke. Esperaron a que Yasui se reuniera con ellos y luego se dirigieron a la ciudad. Los dos amigos caminaban juntos. Oyone les seguía, a corta distancia, arrastrando levemente sus *zori*. En realidad, no hablaron mucho. A mitad del trayecto, y al ver que la conversación no llevaba a ningún sitio, Sōsuke se disculpó y se marchó a su casa.

Las impresiones de aquel día perduraron en la mente de Sōsuke durante largo tiempo. Volvió a su cuarto, se dio un baño y se sentó junto a la lámpara. Las figuras de Yasui y Oyone se le aparecían como si estuvieran delante de él, en un cuadro colgado de la pared. Se metió en la cama, pero no pudo dormir. No dejaba de especular sobre la relación que mantenían los dos hermanos. Llegaba incluso a dudar de que lo fueran en realidad. Probablemente Oyone no era su hermana. Tenía motivos de sobra para pensar así. Todo resultaba de lo más extraño. Comprendió entonces lo ridícula que era su actitud. Se levantó para apagar la luz de la lámpara que había dejado encendida sin querer y se volvió a la cama.

Sōsuke y Yasui eran demasiado buenos amigos para no verse todos los días. Eso, de por sí, habría hecho que se hubiesen ido olvidando paulatinamente de las vívidas impresiones de aquel día. Los amigos no solo se veían todos los días en la universidad, sino que seguían visitándose a menudo, tal como acostumbraban a hacer antes de las vacaciones de verano. Oyone no siempre salía a saludarle, y solo de vez en cuando se dejaba ver, aunque siempre se quedaba en silencio en la habitación de al lado, como aquella primera vez. Sōsuke no daba especial importancia a ese hecho. A pesar de todo, notó que Oyone y él empezaban a sentirse cada vez más próximos. Pronto disfrutaron de suficiente intimidad como para bromear.

Y así llegó el otoño. Aunque Sōsuke no tenía un especial interés en volver a visitar Kioto, no le costó aceptar la invitación de Yasui y Oyone para ir a recoger setas, y pudo apreciar en el fresco aire de la estación una nueva fragancia que hasta entonces le había sido esquiva. Contemplaron los arces teñidos de rojo. Cuando caminaban por las montañas desde Saga hacia Takao, Oyone se recogió los bajos del kimono y el *gyuban* por encima de los *tabi*. Se apoyaba en el parasol como si fuera un bastón. El sol iluminaba el fondo del valle repleto de arroyuelos transparentes.

—Kioto es un lugar maravilloso, ¿no os parece? —dijo Oyone volviéndose hacia los dos amigos.

En ese instante Sōsuke supo que aquel lugar merecía la pena.

No era raro que los tres empezaran a salir periódicamente de excursión, y menos aún que la casa de Yasui se convirtiera en un lugar de cita diario.

Cierto día en que Sōsuke fue a visitar a su amigo, Oyone le dijo que Yasui había salido. La encontró sentada en la habitación contigua, como si alguien la hubiese abandonado en la medio de la soledad otoñal.

—Debes de sentirte muy sola aquí —le dijo Sōsuke.

Oyone se levantó y se sentó con él en el salón. Solo los separaba el brasero. Hablaron y hablaron hasta perder la noción del tiempo, hasta que Sōsuke, finalmente, se levantó y se despidieron. En otra ocasión, poco después, Sōsuke estaba en su habitación, sentado frente a su mesa, sin saber qué hacer. Alguien llamó a la puerta y cuando abrió allí

estaba Oyone, sonriéndole. Le explicó que estaba de compras por la zona y se le había ocurrido hacerle una visita. Aceptó el té y los dulces que le ofreció Sōsuke y disfrutaron de una larga y relajada charla.

A medida que sus encuentros se hacían más frecuentes, los árboles fueron perdiendo sus hojas. Una mañana, las cumbres más elevadas de las montañas que rodeaban la ciudad amanecieron completamente blancas. La sombra de la gente que cruzaba el puente era estrecha y alargada. Aquel año, el invierno en Kioto fue de esos que lanzan su ataque con penetrante y silenciosa obstinación. Cuando el frío se hizo más intenso, Yasui agarró una gripe fortísima, y la fiebre le mantuvo en cama durante días. Oyone andaba de acá para allá, preocupada. Afortunadamente la fiebre alta no duró y un día, tal como vino, descendió de golpe. Yasui parecía ya casi recuperado del todo cuando, súbitamente, volvió a empeorar. La fiebre, apenas una leve calentura, le subía cada día. El médico al que llamaron llegó a la conclusión de que padecía algún tipo de infección del sistema respiratorio, y le aconsejó que se marchara una temporada a un lugar con un aire más puro. Yasui sacó su baúl del trastero de mala gana y lo preparó, dejándolo listo para su envío. Oyone le ayudó a cerrar el candado de su maleta y Sōsuke los acompañó hasta Shichijo. Esperó con ellos en el compartimento del tren hasta que llegó la hora de partir, y mientras tanto se esforzó por mantener una conversación animada. El tren ya salía de la estación cuando Yasui se asomó por la ventana.

—¡Ven a vernos! —le gritó.

—¡Sí, ven por favor! —gritó también Oyone, sacando la cabeza.

El tren se alejó en dirección a Kobe traqueteando y escupiendo humo. Sōsuke, que tenía un aspecto envidiablemente saludable en comparación con sus dos amigos, se quedó plantado en medio del andén sin saber muy bien qué pensar.

El enfermo recibió el Año Nuevo en su lugar de convalecencia. Nada más llegar a su destino lo primero que hizo fue enviarle una postal a Sōsuke, y continuó haciéndolo a menudo. Nunca olvidaba repetir su invitación. Oyone escribía una línea o dos cada vez. Le enviaba recuerdos. Sōsuke guardaba todas las postales que recibía de sus amigos en un lugar especial de su escritorio. De hecho, era lo primero que veían sus ojos cuando entraba en su cuarto. De vez en cuando, si le entraba la nostalgia, las releía una tras otra en el mismo orden en que las había recibido o, simplemente, las observaba con curiosidad. Al cabo de un tiempo recibió la noticia de que Yasui se había recuperado del todo y se disponía a volver a su casa. Aseguraba que era una lástima no haberle podido ver antes de su regreso. Así que le invitaba a que les hiciera una visita aunque fuera corta, una vez hubiera recibido esa carta. Aquellas pocas palabras bastaron para persuadirle. Odiaba lo aburrida y lo tranquila que era la vida en Kioto. Así que tomó el siguiente tren y aquella misma noche se reunió con su amigo por fin.

Cuando los tres amigos volvieron a verse, Sōsuke se dio cuenta de inmediato de que Yasui había recuperado el buen color de siempre. Su aspecto había mejorado mucho desde la última vez que se habían visto. Estaba completamente restablecido. Se remangó y comenzó a golpearse los brazos enérgicamente. Se apreciaban claramente sus venas azules. Los ojos de Oyone resplandecían de alegría. A Sōsuke le sorprendió lo vivaces que eran. Hasta entonces siempre había pensado que eran los de una mujer reservada y contenida, por mucho que estuvieran bajo el estímulo de colores y sonidos alegres. Quizás por eso asociaba su aspecto comedido a su mirada apacible.

Al día siguiente salieron de paseo para contemplar el mar. Respiraron profundamente el aire inundado por la fragancia de los pinos. El sol del invierno se recortaba desnudo contra un rincón del cielo y poco a poco se deslizaba hacia el oeste, tiñendo las nubes de rojo y amarillo, del color de la llama de un fogón. A pesar de que caía la noche, el aire estaba calmo y sin viento. Tan solo se escuchaba el murmullo de la brisa entre los pinos.

Los tres días que duró la visita de Sōsuke en lo alto del cielo brilló un cálido sol. Sōsuke habría querido quedarse más tiempo, e incluso Oyone le animó a hacerlo. Yasui, por su parte, estaba convencido de que el buen tiempo se debía a la presencia de su amigo. Pero al final la realidad se impuso y los tres tuvieron que hacer las maletas y regresar de nuevo a Kioto.

Pronto dejó de soplar el viento del norte y el invierno se batió en retirada. Los restos de nieve de las cumbres y su particular destello dieron paso a un manto verde que todo cubría. Cuando recordaba aquella época concreta de su vida, Sōsuke tenía la impresión de que si en ese momento se hubiera detenido el tiempo y Oyone y él se hubieran convertido en estatuas de piedra, se habrían ahorrado todo el dolor que vino después. Un dolor que hizo su aparición cuando la primavera fue recogiendo el testigo del invierno y los cerezos dejaron caer sus flores para dar paso a las hojas verdes. Aquella fue una batalla a vida o muerte, como cuando alguien cuece el bambú a fin de extraerle la savia.

Un viento furioso de origen desconocido golpeó a la desprevenida pareja. Cuando finalmente pudieron levantarse se dieron cuenta de que estaban completamente cubiertos por la inmundicia. No tuvieron más remedio que reconocer la evidencia. Cómo y cuándo habían caído allí, eso era algo que ninguno de los dos podía decir.

El despiadado mundo les hacía responsables de su pecado. Antes de reconocer culpa moral alguna, sin embargo, se preguntaron si habían actuado con plena conciencia. En lugar de avergonzarse por cometer un acto inmoral, no sabían si en realidad se habían comportado simplemente como unos estúpidos. No hallaron otra razón que explicase lo que habían hecho. Era eso lo que les causaba un dolor especial. Se resentían amargamente por un destino cruel cuyo capricho les golpeaba a pesar de no ser culpables de nada, les obligaba a morder el polvo, les arrojaba por pura diversión a un torbellino preparado de antemano para desbaratarlos.

Cuando la luz de la revelación pública acertó de lleno en sus frentes, ya habían dejado a un lado las dudas que les acosaban. Se presentaron de mutuo acuerdo para recibir un estigma que parecía marcado a fuego y que les uniría para siempre con una cadena invisible. Juntaron sus manos; comprendieron que caminasen por donde caminasen, tendrían que hacerlo juntos. Abandonaron a sus padres, a sus parientes, a sus amigos. Peor aún: abandonaron la sociedad que les vio crecer. O tal vez fuera la sociedad quien les abandonó a ellos. A Sōsuke, por supuesto, le apartó

también de la universidad. Al menos le dieron la oportunidad de renunciar voluntariamente a sus estudios para guardar las apariencias.

Ese era el pasado de Sōsuke y Oyone.

XIV

Con semejante pasado a sus espaldas, el sufrimiento persiguió a Sōsuke y Oyone incluso después de que se mudaran a Hiroshima, y más tarde a Fukuoka. Ni siquiera cuando se trasladaron a Tokio lograron aligerar su carga. No fueron capaces de estrechar relaciones con los Saeki. Al poco tiempo de llegar, el señor Saeki falleció. Su mujer y su hijo Yasunosuke seguían vivos, cierto, pero les trataban con tal frialdad que resultaba imposible establecer vínculos familiares verdaderos. Sōsuke ni siquiera fue a visitarles cuando llegó el Año Nuevo. Tampoco ellos se tomaron la molestia. Incluso Koroku, que había quedado a cargo de Sōsuke, despreciaba a su hermano en lo más profundo de su corazón. Desde el primer día en que volvieron a Tokio, Koroku, con la sinceridad propia de un niño, no se molestó en disimular su odio hacia Oyone, algo que era percibido dolorosamente por el matrimonio. A la luz del día se esforzaban por mantener la sonrisa, pero cuando caía la noche no podían evitar reparar en su aciago destino. Así fueron pasando los años; uno tras otro. En silencio. Y otro más estaba a punto de tocar a su fin.

Antes de que terminase, habían adornado las principales calles comerciales con *shimekazai*, unos festones votivos de paja trenzada, y habían llenado las aceras de macizos de bambú que llegaban a superar en altura a los aleros de algunos de los edificios de la zona y que se mecían a merced del viento helado. Siguiendo la costumbre del barrio, Sōsuke compró un esbelto bambú que ató al pilar de la entrada de su casa. Más tarde preparó la tradicional ofrenda de *mochi*, unos pastelillos de arroz coronados con una gran naranja agria. Lo colocó todo en el *tokonoma* frente a una pintura en rollo bastante curiosa que representaba un ciruelo coronado por una luna con forma de almeja. En realidad, Sōsuke no tenía ni idea del significado de aquel ritual, que repetía mecánicamente todos los años.

—¿Para qué diablos haremos todo esto? —le preguntó a Oyone cuando terminó de colocar la ofrenda.

—No lo sé, pero siempre se ha hecho así —fue lo único que dijo antes de meterse en la cocina.

—¿Es que acaso se creen que esto se lo va a comer alguien? —apuntó Sōsuke mientras daba los últimos retoques al conjunto.

Por la noche, llevaron junto al *chanoma* unas grandes tortas de arroz y las cortaron sobre una tabla. Sōsuke asistió a la escena sin participar, pues solo disponían de tres cuchillos. Koroku tenía ya la fuerza de un hombre adulto y era quien más rápido cortaba de los tres, aunque las porciones que le salían eran muy irregulares. Kiyo se reía cuando le salía alguna especialmente desigual, pero él seguía como si nada, agarrando el cuchillo por el mango con un trapo húmedo para que no se le resbalara.

—La forma no importa siempre y cuando se puedan comer —afirmó categóricamente. Se aplicaba a la tarea con tanto entusiasmo que tenía la cara roja por el esfuerzo.

También prepararon algunos platos típicos de Año Nuevo. Nada del otro mundo. Sōsuke aprovechó para ir a pagar la renta a Sakai y agradecerle, de paso, la ayuda que le había prestado en el año que finalizaba. No sabía si entrar por la puerta principal, así que al final se decidió a hacerlo por la trasera. Contempló el interior de la casa a través del cristal congelado de la puerta de la cocina, tras la cual se escuchaban voces animadas. Nada más abrir la puerta, echó un vistazo a su alrededor. Lo primero con lo que se toparon sus ojos, fue con la figura de un joven con aspecto de cobrador. No podía ser otra cosa a juzgar por el cuaderno que sujetaba en sus manos. Estaba sentado junto a la puerta y se levantó para saludar a Sōsuke. Sakai y su mujer estaban en el *chanoma*. En un rincón de la habitación había un comerciante, con un abrigo que llevaba cosido a la solapa el emblema de su negocio, que parecía muy entretenido fabricando pequeños anillos decorativos de paja. Estaba absorto en su tarea. Desperdigadas por el suelo había hojas de helecho, papel de arroz y varias tijeras. Enfrente del señor Sakai, la criada más joven contaba billetes y monedas. Sin duda las vueltas de alguna cuenta pendiente que acababan de saldarse.

Sakai vio a Sōsuke de pie junto a la puerta de la habitación. Le saludó afectuosamente.

—Gracias por venir a hacernos una visita. Me imagino que estará muy ocupado en un día como hoy. Siento todo este desastre. Siéntese, por favor. Supongo que estará harto de todo este lío de Año Nuevo, como yo. Cuando era joven me divertía de lo lindo en días como hoy, pero desde que cumplí los cuarenta me resulta de lo más tedioso.

Sakai fingía que dar la bienvenida al Año Nuevo le resultaba una obligación insoportable, pero todo en su actitud y en la expresión de su rostro desmentía sus palabras. Su tono era alegre, su cara luminosa. Los efluvios del sake que había tomado en la cena le encendían las mejillas. Sōsuke aceptó un cigarrillo y se sentó a hablar con su anfitrión hasta que media hora después se levantó y regresó a casa.

Cuando llegó se encontró a Oyone con una toalla y una jabonera en las manos. Le estaba esperando para que se quedara a cargo de la casa mientras ella iba con Kiyo a los baños públicos.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó señalando al reloj.

Eran casi las diez. Kiyo quería pasar por la peluquería antes de volver. A Sōsuke, que solía llevar una vida tranquila, obviamente no le quedaba más remedio que resignarse y aceptar el ajetreo típico del último día del año.

—¿Has pagado todo lo que debíamos? —le preguntó a Oyone y ella repuso que la única persona que quedaba por pagar era el hombre de la leña.

—Págale si viene, por favor —le pidió ella, sacándose una cartera de hombre muy gastada del quimono y

entregándosela.

—¿Dónde está Koroku?

—Salió hace un rato. Ha ido a dar una vuelta. No me parece buena idea en una noche tan fría...

—Aún es joven... —intervino Kiyo entre risas, y se acercó a la cocina para alcanzar las *geta* de Oyone.

—¿Y se puede saber a dónde dijo que iba exactamente?

—Dijo que iría a Ginza, o puede que a Nihonbashi.

Oyone se calzó. Se escuchó el ruido de la puerta de la casa al cerrarse. Sōsuke se sentó junto al brasero y se quedó absorto en las brasas que se transformaban lentamente en cenizas. Al día siguiente ondearían las banderas, la gente luciría lustrosos sombreros en las calles, se escucharía el ruido de los sables al chocar, el relincho de los caballos, el ruido de las plumas de bádminton. En pocas horas el país entero se sumergiría en esa peculiar atmósfera del único día del año en el que la gente se entrega en cuerpo y alma al único objetivo de alegrar sus corazones.

Imaginó a la muchedumbre feliz, vio las calles atestadas; todo estaba dispuesto para celebrar la llegada del nuevo año. Sin embargo, sabía que nadie le agarraría del brazo para hacerle partícipe de la fiesta. Se sentía como un extraño al que no habían invitado al banquete, al que habían hurtado el derecho siquiera a probar el vino. Aunque, puede que precisamente por eso, no corría peligro de emborracharse. A lo largo del año, Oyone y él apenas se enfrentaban a problemas corrientes. Al mismo tiempo, y quizás por la misma razón, no tenían mucho que esperar de la vida. Era, pues, lógico, que decidieran pasar en silencio el momento más bullicioso del año, entregados al cuidado de una casa desierta.

Oyone volvió poco después de las diez. Su cara resplandecía como nunca a la luz de las ascuas del brasero. Seguía acalorada por el agua caliente del baño. Se soltó el kimono y su nuca y su cuello quedaron al descubierto.

—Había muchísima gente. Era casi imposible encontrar un sitio para lavarse —dijo jadeando, tratando de recuperar el ritmo habitual de su respiración.

Kiyo regresó con su nuevo peinado después de las once. Asomó la cabeza por la puerta para disculparse por el retraso. Al parecer, había dos o tres mujeres antes que ella en la peluquería y no la habían podido atender a tiempo.

El que no volvía era Koroku. El reloj dio las doce y Sōsuke propuso que se fueran a dormir. A juicio de Oyone, en un día así resultaba de lo más inapropiado acostarse antes de que su hermano regresara, así que se esforzó por mantener viva la conversación. Por fortuna, Koroku apareció al poco rato. Les explicó que había caminado desde Ginza hasta Nihonbashi; después había deambulado por el templo de Suitengu. Cuando quiso volver, se dio cuenta de que todos los tranvías iban llenos hasta los topes. No le quedó más remedio que dejar pasar unos cuantos hasta que al final pudo subirse a uno que iba un poco más vacío.

Se había acercado a Hakubaten por si encontraba un reloj de oro, pero al no ver nada interesante se había comprado una baratija de cristal con una campanita enganchada. Por la compra le dieron la opción de elegir uno de los cientos de globos que colgaban del mostrador y que escondían un premio.

—¡Mira lo que he conseguido en lugar del reloj de oro! —Y se sacó del bolsillo un saquito de jabón en polvo—. Es para tí, Oyone —le dijo. Le dio la baratija de cristal a Sōsuke—. ¿Por qué no se lo regalas a la hija pequeña de los Sakai?

Y así transcurrió la última noche del año en aquella pequeña familia.

XV

El día después de Año Nuevo amaneció nevado. Los festones votivos de paja, colgados por doquier, se tiñeron de blanco. Antes de que los tejados recobrasen su color, el ruido sordo de los trozos de nieve desprendidos que caían al suelo sobresaltaron en varias ocasiones a Sōsuke y Oyone. El silencio de la noche transformaba cada pequeño ruido en un estruendo. Cuando llovía, el camino que llevaba a su casa solía secarse rápidamente, pero en aquella ocasión se tiró varios días embarrado. Cada vez que Sōsuke tenía que salir, regresaba con los zapatos cubiertos de barro.

—¡Esto es asqueroso! —se quejó a Oyone como si la culpaba a ella.

—Lo siento. La verdad es que no es día de salir de casa —dijo a modo de disculpa, con una sonrisa en los labios.

—Para salir de aquí tendría que ponerme unas *geta* mucho más altas. Y para colmo, en cuanto sales a la calle todo está perfectamente limpio. De hecho, está todo lleno de polvo. ¡Imagínate si me pongo un calzado así! ¡Parecería un loco! A veces me da la impresión de que vivimos en el siglo pasado.

Más que quejarse, en realidad Sōsuke se limitaba a constatar un hecho objetivo. Oyone se fijó en el humo de tabaco que salía por los orificios nasales de su marido y ascendía en espirales.

—¿Por qué no se lo dices al señor Sakai? —le sugirió.

—Sí. A lo mejor así conseguimos que nos bajen el precio del alquiler.

Aunque al final no hizo caso a la sugerencia de su mujer.

La mañana del día de Año Nuevo, Sōsuke había subido a la casa de los Sakai y había dejado su tarjeta de visita, aunque en realidad no esperaba que le recibiesen. Dedicó todo el día a saldar las deudas pendientes y se lamentó al enterarse de que Sakai había ido a verle en su ausencia. Al día siguiente nevó y no salió de casa.

Pero fue al tercer día cuando en su puerta se presentó la criada de Sakai para decirles que si no tenían otro compromiso, sus señores tendrían el honor de recibirles por la tarde a ellos dos y también al «señorito». Sōsuke se preguntó que le rondaría a Sakai por la cabeza.

—Seguro que querrán que juguemos a las cartas con ellos —conjeturó Oyone—. Es normal, con tantos niños... ¿Por qué no aceptas la invitación?

—¿Y por qué no vas tú por los dos? Hace años que no juego a las cartas de Año Nuevo —propuso él.

—Yo tampoco. Hasta se me ha olvidado jugar.

Ninguno de los dos quería ir. Decidieron que sería el «señorito» el encargado de atender el compromiso.

—Te ha tocado, «señorito» —le dijo Sōsuke a Koroku, que se levantó con una sonrisa en los labios. A Oyone y a él les divertía llamarle así. Todos se echaron a reír.

Koroku dejó el cálido ambiente de la casa de su hermano, y se abrió paso a través del frío helador hasta llegar al salón iluminado de los Sakai. Llevaba consigo la baratija de cristal con forma de ciruelo que había comprado la víspera de Año Nuevo y se la regaló a la hija pequeña de Sakai diciéndole que era de parte de Sōsuke. Antes de irse a dormir, por su parte, la niña le regaló a él una muñeca que le había tocado en una rifa. Tenía la frente pintada de negro y hundida por la mitad, y cuando se la enseñó a Sōsuke y a Oyone, Koroku les explicó con gesto serio que, supuestamente, representaba a *Sodehagi*, un personaje de uno de los *yoruri* de Chikamatsu. Ninguno de los dos fue capaz de identificar al personaje en cuestión. Tampoco Koroku había podido hacerlo, y el señor Sakai tuvo que explicárselo con todo lujo de detalles. Aun así, seguía sin entenderlo. Sakai fue entonces a buscar un ejemplar de la obra y escribió en un papel los ideogramas del nombre del personaje, y lo acompañó con un juego de palabras rogándole a Koroku que se lo enseñara a Sōsuke y Oyone tan pronto como volviera a casa. Entonces Koroku se sacó el papel del bolsillo y se lo mostró. «*Bien podría estar hecho el seto de acero*», decía una de las frases. Era una cita famosa, al parecer sacada de la obra en cuestión. Siguieron leyendo: «*Esta mocosa tiene una abolladura en mitad de la frente*». La gracia de las frases es que, leídas en japonés, eran exactamente iguales, excepto por la última sílaba, que leída de uno u otro modo cambiaba completamente el sentido de la frase. Sōsuke y Oyone no pudieron contener la risa que sonó fresca como el agua de un arroyo en primavera.

—¡Vaya! Sí que es un juego de palabras bien enrevesado. ¿A quién se le habrá ocurrido? —preguntó Sōsuke.

—No lo sé —contestó Koroku, que había perdido todo el interés por el asunto. Se marchó a su habitación y dejó la muñeca tirada en el suelo.

Dos o tres días más tarde, sería la noche del siete de enero aproximadamente, la criada de Sakai volvió a presentarse en su casa. En un tono muy cortés le dijo a Sōsuke que su señor le invitaba a hacerle una visita aquella misma noche, si no tenía inconveniente. Sōsuke y Oyone acababan de encender la lámpara del salón y se disponían a cenar. Sōsuke tenía su cuenco de arroz en la mano y le estaba diciendo a Oyone que por fin se acercaba la primavera cuando entró Kiyō para anunciar a la criada de Sakai. Oyone miró a su marido y sonrió. Sōsuke dejó a un lado el cuenco de arroz y le preguntó a la criada si Sakai había previsto algo especial. A todas luces, parecía más molesto que agradecido por la invitación. La criada le explicó que no habían preparado nada y que tampoco habría más invitados.

Es más, la señora Sakai estaba fuera con los niños.

—Está bien. Iré —dijo Sōsuke, preparándose para salir.

Odiaba las relaciones sociales. No era hombre que se prodigase en visitas o reuniones si tenía la posibilidad de evitarlas. Tampoco necesitaba amigos. No tenía tiempo ni para los compromisos imprescindibles de la vida social. La única excepción era Sakai. Pero en ocasiones, y sin que tuviera una razón concreta, acostumbraba a visitar a su vecino. Lo hacía solo por charlar un rato. Sakai, al contrario, era con toda probabilidad una de las personas más sociables que había conocido nunca. Que un hombre saludable y abierto como Sakai y un lobo solitario como Sōsuke tuvieran algo de lo que hablar, era algo que sorprendía sobremanera a Oyone.

—Vamos a otra habitación —sugirió Sakai.

Le mostró a su invitado el camino del estudio a través del pasillo. Del *tokonoma* colgaba un rollo de aspecto rígido con cinco grandes ideogramas que parecían pintados con un pincel de palma. Justo debajo había un hermoso arreglo floral de peonías. La mesa y los cojines en el suelo estaban dispuestos en perfecto orden. Sakai se detuvo en el umbral de la puerta. Invitó a pasar a Sōsuke. Extendió entonces la mano hasta dar con el interruptor y encendió la luz.

—Un segundo. Encenderé el fuego. —Prendió con una cerilla la estufa de gas del estudio y le ofreció a Sōsuke un cojín para sentarse—. Esta es la madriguera donde me refugio cuando quiero quitarme de en medio.

A Sōsuke le atrapó la paz de aquel lugar. El fuego de la estufa chisporroteó y al momento sintió un agradable calor subiéndole por la espina dorsal.

—Cuando me encierro aquí todo va bien. Me relajo por completo. Siéntase como en su propia casa, se lo ruego. ¿No le parece que en esta época siempre hay demasiado que hacer? Ayer casi caigo rendido. El Año Nuevo es una carga muy pesada, pero esta mañana, al fin, he podido librarme de mis obligaciones. No me sentía muy bien que se diga y he dormido hasta tarde. De hecho, me he despertado hace poco; he tomado un baño, he comido algo y me he fumado un cigarrillo. En ese momento me he dado cuenta de que mi mujer no estaba y de que se había llevado a los niños. ¡Con razón había tanta calma! Sin embargo, me aburría soberanamente. El hombre es un animal extraño, ¿no cree? Todo este ajeteo del Año Nuevo no consigue sacarme el tedio de encima. Discúlpeme por decírselo así, pero esa es la razón por la que he pensado en usted... Parece tan poco ajetreado en medio de toda esta conmoción. Puede que suene extraño así dicho, pero quería hablar con alguien que estuviera por encima de todo esto. Por eso mandé a la criada a buscarle.

Sakai hablaba con la fluidez y la soltura de siempre. Estar allí sentado junto a un optimista irredento le daba a Sōsuke la oportunidad de olvidarse del pasado. Se preguntaba si, en el caso de que todo hubiera seguido su curso normal, no se habría convertido él mismo en un hombre como Sakai.

La criada abrió la puerta de la habitación. Saludó a Sōsuke con una reverencia. Dejó frente a él una bandeja con dulces y otra frente a Sakai. Se marchó sin decir palabra. En la bandeja había un *inaka manju* del tamaño de una pelota de goma junto a un palillo el doble de largo de lo normal.

—Cómaselo antes de que se enfríe —dijo Sakai. Sōsuke se dio cuenta de que estaba recalentado al vapor y recubierto por envoltura amarilla poco habitual—. No está recién hecho, lo siento. Anoche estuvimos en una fiesta y como le dijimos al anfitrión que estaban deliciosos, insistieron en regalarnos un montón de ellos. La criada ha debido de volver a calentarlos.

Sakai partió en dos uno de los pastelillos y lo engulló de un bocado sin preocuparse por los modales. Sōsuke le imitó. Sakai le habló entonces sobre una *geisha* bastante curiosa que había conocido en un restaurante la noche anterior. Al parecer, le gustaban mucho las *Analectas* de Confucio y siempre que tomaba el tranvía o acudía a alguna fiesta, llevaba consigo un ejemplar de bolsillo.

—De todos los discípulos de Confucio, su preferido era Shiro. Para ella es sinónimo de la verdadera honestidad. Pues bien, el tal Shiro, cada vez que aprendía una cosa, no se aventuraba con nuevas enseñanzas antes de haber comprendido en profundidad la que ya tenía entre manos. La verdad es que yo no sabía nada sobre él, así que me resultó bastante difícil seguir su conversación. Se me ocurrió preguntarle si lo que quería decir era algo así: un hombre se encuentra con una mujer que puede ser perfectamente su media naranja, pero se resiste a conocer a otra, que bien puede resultar igual de conveniente, porque antes ha de contraer matrimonio con la primera para ver si esa era la adecuada.

Sakai contó la anécdota como de pasada, y Sōsuke llegó a la conclusión de que quizás frecuentaba esos lugares desde hacía tiempo, aunque hacía mucho que su atmósfera había dejado de estimularle. No obstante, todo indicaba que iba varias veces al mes, aunque fuera por pura obligación social. Si se lo hubiera preguntado, Sakai le habría explicado la situación y él habría llegado a la conclusión de que una persona afable como él se cansaba de los compromisos y por eso se veía obligado a buscar refugio en su estudio para refrescar su espíritu. Sōsuke tenía alguna experiencia en ese terreno, pero no quería traslucir demasiado interés. Se limitó a responder someramente, y eso pareció agrandar a su anfitrión. Más allá de los lugares comunes de los que hablaba, Sakai intuía en su amigo un pasado poco corriente, pero cuando se dio cuenta de que Sōsuke no estaba dispuesto a hablar de ello, cambió de tema de inmediato. No era tanto una maniobra como una muestra de sincera cortesía. No había en sus palabras nada que pudiera representar una ofensa para Sōsuke.

Durante la conversación salió a relucir el nombre de Koroku. Sakai había reparado en ciertos rasgos suyos que quizás hubieran pasado inadvertidos a su hermano mayor. Sōsuke le escuchaba con atención, tratando de no evidenciar si

las observaciones de Sakai le parecían oportunas o no. Sakai pensaba que, por su edad, Koroku tenía la cabeza hecha un lío. Por eso era un desastre para la vida práctica. Y lo peor es que no se molestaba en ocultarlo. En ocasiones actuaba con la simplicidad propia de un niño. Sōsuke pensó que quizás tuviera razón, pero cualquiera con una educación elemental como la de su hermano actuaría como un niño sin preocuparse de las apariencias.

—Sí, pero lo contrario también es cierto. Un hombre con experiencia en sociedad pero que carezca de una educación formal puede perfectamente tener una personalidad compleja, pero emocionalmente lo más probable es que adopte un comportamiento infantil. Probablemente eso es peor —dijo Sakai entre risas—. ¿Por qué no deja que Koroku venga a vivir aquí conmigo y de paso me eche una mano en la casa? De esa manera podría adquirir parte de esa experiencia de la que estamos hablando...

Le explicó que habían tenido un chico en casa hasta hacía poco, pero se había marchado tras concluir sus estudios. En realidad lo que Sakai necesitaba era un nuevo *shoshei*.

Sōsuke se entusiasmó por la posibilidad de poder ayudar a su hermano antes incluso de haber tenido que enfrentarse al problema. Hasta ese momento no había tenido valor de pedir ayuda ni de exigir buena voluntad al mundo que le rodeaba. Quizás por eso le sorprendió tanto la propuesta de Sakai. Se daba cuenta de que cuanto antes mandase a su hermano a vivir con Sakai, antes mejoraría su situación económica. Con una pequeña ayuda extra de Yasunosuke, podría financiar los estudios universitarios que tanto le preocupaban. Se lo explicó todo a Sakai que le escuchó con atención. Estuvieron de acuerdo y así zanjaron el asunto.

Sōsuke pensó que era momento de marcharse, pero Sakai le retuvo. Le rogó que se quedase un poco más. La noche era larga y aún era temprano. Sacó su reloj y miró la hora. En realidad, comprendió Sōsuke, si él se iba, a Sakai no le quedaría más remedio que acostarse. Sakai se sentó de nuevo sobre el cojín y empezó a fumar un tabaco de fortísimo aroma. Sōsuke decidió quedarse y también se sentó.

—Un hermano menor puede acarrearle a uno muchos problemas. Yo mismo tengo un hermano por el que he hecho enormes sacrificios, pero desgraciadamente es un inútil —dijo Sakai. Parecía que se resistía a dejar el tema de Koroku.

Le explicó que cuando su hermano estudiaba en la universidad, había tenido un comportamiento mucho más extravagante del que él nunca tuvo. Sōsuke, muerto de curiosidad por saber lo que el destino había deparado a aquella oveja negra, le preguntó a Sakai a qué se dedicaba, en qué se había convertido ese hermano descarriado.

—En un aventurero —le respondió sin pensar, como si escupiera sus palabras.

Después de graduarse había entrado a trabajar en un banco por recomendación de Sakai, pero aquello no le satisfizo. Su mayor obsesión era ganar dinero. Poco después de que concluyera la guerra con Rusia, se marchó a Manchuria a pesar de la oposición frontal de la familia. Albergaba la esperanza de enriquecerse como siempre había soñado, así que montó una empresa dedicada al transporte de soja a través del río Liao. El negocio quebró al poco tiempo. Desde el primer día, él había carecido de fondos para invertir, y un buen día, cuando trataba de equilibrar los balances en los libros de contabilidad de la empresa, se encontró con un enorme agujero que no había forma de tapar. No hubo forma de mantener la empresa a flote. Perdió todo su prestigio y nadie más le volvió a otorgar su confianza.

—Hacia tiempo que le había perdido la pista. Hace unos años me enteré de que andaba por Mongolia. Siempre tuve serias dudas sobre su capacidad para hacerse cargo de sus propios asuntos, pero como estábamos tan lejos supuse que de alguna forma lo lograría y dejé correr las cosas. De vez en cuando recibo una carta suya, en la que me cuenta cosas como que los mongoles sufren una sequía atroz y que tienen que racionar el agua. Que en verano tenían que regar las calles con el agua de las cloacas y que cuando se les terminaba, lo hacían con los orines de los caballos, así que el lugar apestaba todo el rato. No contaba mucho más, aunque nunca se olvidaba de pedirme dinero. Yo no le hacía caso. Después de todo, Mongolia y Tokio son mundos aparte. Todo iría bien mientras él estuviera allí y yo aquí. Sin embargo, hacia el final del año pasado se presentó de improviso en la puerta de mi casa.

Sakai se levantó. Descolgó un objeto bellamente adornado con borlas que colgaba junto al pilar del *tokonoma* y se lo mostró a Sōsuke. Era una espada pequeña, de unos treinta centímetros de longitud. Estaba envainada en una funda de brocado de un color verde muy peculiar, tejida con un material similar a la mica. La rodeaban tres cintas plateadas. Aunque era una espada corta con una hoja más bien estrecha, la funda era gruesa. Tenía forma de roble hexagonal. Al examinar de cerca el objeto, Sōsuke descubrió que detrás de la empuñadura había unos palillos largos y finos sujetos en la funda con las cintas plateadas.

—Me trajo esto de regalo. Se supone que es una espada mongol —explicó Sakai. Desenvainó la espada para enseñársela a Sōsuke. Lo mismo hizo con los palillos de marfil—. Al parecer los palillos son para comer. Los mongoles llevan la espada colgada al cinto y cuando cazan algo lo despedazan y se lo comen con los palillos.

Agarró palillos y espada en sendas manos y empezó a hacer aspavientos, como si cobrase una pieza de caza y se la comiera. Sōsuke contemplaba la pantomima con suma atención.

—También me regaló un trozo del fieltro con que tejen sus tiendas. En realidad, no se diferencia mucho de las viejas alfombras que usábamos antes en Tokio.

Sakai le explicó muchas cosas sobre la vida de los mongoles que sabía por su hermano: eran hábiles jinetes, sus perros eran delgados y de porte elegante, como los galgos en Occidente, y al parecer sus fronteras se reducían poco a poco por presión de los chinos. Sōsuke le escuchaba con sumo interés. Todo era una novedad para él. Sentía una enorme curiosidad por saber a qué se dedicaba exactamente su hermano.

—¡Ya te dije que es un aventurero! —le respondió con mayor énfasis que antes—. En realidad, no sé exactamente a qué se dedica. Algo me ha comentado sobre ganadería. Parece que no le va mal, pero yo no me lo creo. Ya me ha engañado muchas veces, es especialista en soltarte grandes palabras, pero al final siempre acaba decepcionándote. Además, vino a Tokio con un propósito de lo más extraño. Pretende reunir veinte mil yenes para no sé qué rey mongol. Va por ahí diciendo que si no consigue reunir el dinero, perderá su confianza. Yo fui el primero a quien trató de embaucar, pero por mucha tierra que pueda tener ese rey, Mongolia está demasiado lejos de Tokio como para ofrecerte la garantía de que acabe recibiendo los intereses del préstamo. Después de mi negativa, fue a ver a mi mujer a mis espaldas y le dijo que yo nunca iba a llegar a nada.

Sakai se rio viendo el interés que despertaba su hermano en Sōsuke.

—¿Por qué no viene un día y le conoce personalmente? Verá la forma tan estafalaria que tiene de vestir. Lleva siempre un traje ancho confeccionado con pieles. Se lo presentaré, si usted quiere. Pasado mañana vendrá a cenar. Pero no se deje engañar por su apariencia, usted quédese callado y deje que hable él. De esa manera no correrá ningún peligro. Le resultará un tipo interesante, se lo aseguro.

Sōsuke aceptó la invitación sin necesidad de que Sakai insistiera mucho.

—¿Vendrá solo su hermano?

—No, vendrá con un amigo suyo que acaba de regresar de Mongolia. Aún no le conozco, pero sé que se llama Yasui. Mi hermano estaba tan empeñado en presentármelo que lo tuve que invitar.

Cuando Sōsuke regresó a su casa estaba lívido.

XVI

La persona que había oscurecido la vida de Sōsuke y Oyone volvía para seguir arrojando más penumbra sobre sus pobres sombras, que parecían las de dos fantasmas. Ambos tenían una vaga conciencia de que en algún lugar profundo de su corazón, allí donde ni siquiera alcanzaba la vista, había una terrible herida escondida. Sin embargo, en su día a día pretendían no ser conscientes de ello, y así habían dejado que fueran pasando los años. Después de lo sucedido, lo que más pesó en el ánimo de ambos fueron las posibles consecuencias que pudieran derivarse de su acto, y que pudieran llegar a afectar directamente al futuro de Yasui. Además, tras haberse recuperado del golpe inicial, supieron que Yasui había dejado la universidad a mitad de curso, y se convencieron de que fue su propio pecado lo que le había privado de un futuro ciertamente prometedor. Más tarde, tuvieron noticia de que había regresado a su tierra natal, y de que había caído muy enfermo al poco tiempo. Cada nuevo detalle no hacía más que añadir más dolor a su profunda pena. Finalmente, marchó a Manchuria. A Sōsuke le habría gustado saber si se había recuperado de su enfermedad, y si realmente era cierto aquello de que se había marchado, ya que ni por su físico ni por su temperamento era de esa clase de hombre que encuentra atractivo en Manchuria o en Taiwan. Sōsuke hizo cuanto pudo por conocer la verdad. A través de un conocido, se enteró de que, efectivamente, Yasui estaba en Mukden. Y supo también que se encontraba bien y que se había embarcado en ciertos negocios. Solo entonces Oyone y él pudieron mirarse a los ojos y respirar con cierto alivio.

—Le va bien —dijo Sōsuke.

—Al menos ya no está enfermo —respondió Oyone.

Ni siquiera osaban mencionar su nombre o pensar demasiado en él. A pesar de su profundo dolor, a pesar incluso de los remordimientos que sentían por el pecado que le había llevado a dejar la universidad antes de graduarse, para enterrarse en su pueblo natal primero y verse obligado a marchar a Manchuria después, ninguno de los dos podía hacer nada ya por reparar el daño causado.

—Oyone, ¿has tenido fe alguna vez? —le preguntó Sōsuke a su mujer en una ocasión.

—Sí. Creo que sí —respondió ella escuetamente—. ¿Y tú?

Sōsuke sonrió. No le pidió a su mujer que le explicase qué clase de fe había tenido. Y ella se sintió aliviada por el silencio de su marido. No tenía una idea clara al respecto ni tampoco una experiencia bien definida que pudiera traducirse en palabras. Como matrimonio, no se habían preocupado nunca de sentarse en los bancos de una iglesia cristiana ni de traspasar la puerta de un templo budista. El hecho de que hubieran logrado disfrutar de cierta paz se debía exclusivamente al poder curativo del tiempo, esa bendición de la naturaleza. Y si en alguna ocasión sucedía que escuchaban una voz a lo lejos que les acusaba de haber cometido un pecado, esa voz era tan tenue, tan distante, tan ajena a sus intereses cotidianos, que la impresión que producía en ellos no podía ser nombrada con palabras tan terribles como sufrimiento o miedo. Por otro lado, como no tenían fe para reconocer a Dios o como para alcanzar a Buda, mantenían su mirada fija el uno en el otro. Atrapados en su mutuo abrazo, formaban un círculo que les protegía del exterior. De esa manera, su vida diaria acabó por encontrar cierto equilibrio en medio de una atmósfera de melancolía. En ella saboreaban una especie de dulce tristeza. Ninguno de los dos sabía gran cosa de arte o filosofía, de modo que disfrutaban de esa fruta agridulce sin darse cuenta realmente de lo que tenían, sin regocijarse. Ese fue el tono de sus vidas hasta el séptimo día del nuevo año, cuando Sakai invitó a Sōsuke, y él volvió a escuchar de nuevo el nombre de Yasui.

Cuando entró en casa le dijo a Oyone que no se sentía bien.

—Me voy a acostar.

Oyone le esperaba sentada junto al brasero.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendida.

No era frecuente que Sōsuke regresara en ese estado. De hecho, no recordaba que hubiera sucedido nunca. Un miedo indefinible la atenazó. Se levantó y extendió el futón como le había pedido su marido. Él no se separó de ella. En ningún momento sacó las manos de los bolsillos, pero, tan pronto como la cama estuvo lista, se desvistió y se metió dentro.

—¿Qué sucede? —preguntó Oyone de nuevo. Tampoco ella se apartó de su lado.

—Estoy algo indispuerto. Me pondré bien, no te preocupes. Déjame que descanse un rato.

Las palabras le llegaron desde debajo de las sábanas.

—No tienes por qué quedarte aquí. Si te necesito, te llamaré.

Oyone salió de la habitación y se dirigió al *chanoma*, mientras Sōsuke se escondía bajo la ropa de cama y cerraba los ojos. Protegido por la oscuridad, no dejaba de darle vueltas a la historia que acababa de escuchar de boca del propio Sakai. Nunca hubiera imaginado que fuera a ser su casero quien le hablara de la vida de Yasui en Manchuria. Afortunadamente, había rechazado con anterioridad la invitación que le habían hecho para que se quedara a cenar, y de esa manera escapó por los pelos de verse obligado a sentarse a la mesa junto a Yasui. Hasta esa misma tarde,

nunca se le había pasado por la cabeza que el destino pudiera dar un giro semejante. Revivió las palabras que se habían sucedido en su encuentro con Sakai, hasta llegar a aquel inesperado desenlace, cuando la tristeza se apoderó de él. No se tenía a sí mismo por un hombre fuerte, capaz de esquivar un golpe que parecía ensañarse con él, recibido a traición por la espalda. Estaba seguro de que para quitar de en medio a una persona tan débil, debían de existir medios mucho menos complejos.

Cuanto más pensaba en cómo se había desarrollado la conversación (de Koroku al hermano de Sakai; de Manchuria a Mongolia; del regreso a Tokio del hermano de Sakai a Yasui), más terrible le parecía el papel que en todo aquello estaba jugando la casualidad. Vivir una experiencia así, cosa que rara vez le llegaba a suceder al común de los mortales, solo se podía interpretar como el fruto de un destino aciago. Y él había sido elegido de entre miles de personas. Pensar aquello le causaba dolor. Le irritaba profundamente. Notaba ahora la respiración agitada en la oscuridad reinante bajo las sábanas. La herida que había empezado a cicatrizar a lo largo de los últimos tres años, se estaba abriendo de nuevo, y en esta ocasión venía acompañada de un intenso miedo. La cicatriz quedaría expuesta a un viento malsano que lo infectaría todo.

Sōsuke decidió contarle a Oyone lo sucedido. Así, al menos, podrían compartir sus temores.

—¡Oyone, Oyone!

Ella acudió de inmediato, y Sōsuke emergió de entre las sábanas. Las mejillas de Oyone estaban medio iluminadas por la luz que llegaba desde la habitación contigua.

—¿Podrías traerme un poco de agua caliente, por favor?

No tenía el coraje suficiente para contarle todo lo que había escuchado, de modo que se la quitó de encima con lo primero que se le ocurrió.

A la mañana siguiente se levantó y desayunó como si no hubiera ocurrido nada. Observó la cara de Oyone mientras le servía la comida. Ella estaba tranquila, lo cual le produjo una mezcla de alegría y tristeza.

—Anoche me diste un buen susto, la verdad. ¿Qué te pasaba?

Sōsuke no respondió. Se limitó a sorber el té sin levantar la vista. No encontraba las palabras apropiadas.

El día había amanecido con un viento feroz que levantaba nubes de polvo y que, de vez en cuando, se llevaba por los aires algún que otro sombrero. Oyone le pidió que se quedara en casa, si tenía fiebre. Le sentaría bien tomarse el día libre. Pero Sōsuke no le hizo caso. Tomó el tranvía de siempre, y se sentó con la vista fija en un punto determinado. No prestó atención al aullido del vendaval ni al traqueteo del vagón, aunque, cuando se bajó en su parada, sí que le llamó la atención la música que el viento producía al azotar los cables. Miró hacia arriba. La naturaleza descargaba toda su furia sobre la tierra, pero un sol más radiante que de costumbre lucía espléndido en lo alto, e iluminaba toda la escena. Era como si el viento frío que le golpeaba las piernas quisiera tomar cuerpo al levantar la arena y al arrastrarla hacia un foso, a lo lejos. Los nubarrones de polvo parecían cortinas de agua que cayeran sesgadas por la fuerza del vendaval.

No pudo concentrarse en el trabajo. Fumó un cigarrillo tras otro, mientras miraba una y otra vez por la ventana. Cada vez que lo hacía, constataba que el mundo exterior seguía sometido a la tiranía del viento, y pensó que lo único que deseaba era marcharse a su casa tan pronto como le fuera posible.

—¿Va todo bien? —le preguntó Oyone cuando traspasó el umbral de la puerta.

No le quedaba más remedio que decirle algo.

—Estoy un poco cansado, eso es todo.

Se sentó en el *katatsu* y ya no se movió de allí hasta la hora de la cena. El viento amainó por la tarde, y dio paso a una noche silenciosa.

—Menos mal que ha parado. Si hubiera seguido soplando, ahora mismo estaría aterrorizada por tener que estar aquí, sentada. No sé por qué, pero esta casa me pone los pelos de punta cuando hay viento.

Oyone parecía realmente asustada, como si por la casa rondaran espectros.

—No hace frío —dijo Sōsuke para tranquilizarla—. Ha sido un Año Nuevo muy tranquilo.

Después de cenar encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no vamos a un yose a divertirnos un rato? —le dijo a Oyone.

Ella no tenía motivo para rechazar tal invitación. Era muy poco frecuente que Sōsuke les hiciera una propuesta semejante, pero Koroku dijo que prefería quedarse en casa preparando *mochi*, en lugar de ir a escuchar a Gidayu. Por tanto, le pidieron que se hiciese cargo de todo en su ausencia, y se marcharon.

Cuando llegaron, el teatro estaba casi completo. Les acomodaron en el gallinero, donde no encontraron espacio suficiente siquiera para colocar unos cojines, por lo que se vieron obligados a encoger las rodillas para poder sentarse.

—¡Qué cantidad de gente!

—Será porque el tiempo ha mejorado mucho.

Hablaban en voz baja, mientras observaban a la muchedumbre que se acumulaba reclusa en aquel espacio. Apenas se distinguían las cabezas que quedaban más cerca del escenario. Parecían envueltas en una nube de humo, y Sōsuke pensó que esos montones indefinidos de cabezas pertenecían a un grupo de personas que disponía del tiempo suficiente para poder ir a entretenerse a un teatro, y pasar allí la noche. Envidiaba la concentración que mostraban cada uno de los rostros que le rodeaban.

Miró hacia el escenario y trató de disfrutar de la obra de *yoruri* que se estaba representando ante él, pero por mucho que lo intentara, fue incapaz de disfrutarla. De vez en cuando miraba a Oyone de reojo, para comprobar que ni siquiera parpadeaba. Estaba tan concentrada en la obra, que parecía haberse olvidado por completo de la presencia de su marido. La misma Oyone se había convertido en una de aquellas personas por las que tanta envidia era capaz de sentir Sōsuke.

—¿Ya has tenido suficiente? ¿Podemos volver a casa? —le preguntó en el descanso.

Oyone puso cara de sorpresa.

—¿Tan pronto? ¿No te gusta? Quedémonos hasta el final. —Como su marido no decía nada, rectificó—. En realidad, me da igual.

Ella se mostró dispuesta a satisfacer el deseo de su marido, pero él se lo pensó mejor al darse cuenta de lo cruel que sería obligarla a marcharse, ahora que por fin estaba disfrutando tanto con algo. Se obligó a sí mismo a quedarse hasta el final de la representación.

Cuando volvieron a casa, vieron que Koroku se había sentado en el suelo, junto al brasero, y que tenía las piernas cruzadas. Estaba leyendo un libro, que sujetaba por la parte superior del lomo, y había puesto la tetera con el agua templada a su lado. En la bandeja había restos del pastel del día anterior, y también un plato pequeño con salsa de soja. Al verles, Koroku se levantó y les preguntó si habían disfrutado de la velada. Sōsuke y Oyone se acurrucaron junto al brasero para calentarse. Poco después se fueron a dormir.

Cuando Sōsuke se despertó a la mañana siguiente, se sentía tan inquieto como el día anterior. Se acordó de que por la noche Yasui iba a ir a casa de Sakai. Como de costumbre, salió del trabajo y tomó el tranvía, pero pensó que lo más razonable sería no darse prisa en volver para evitar así la posibilidad de toparse de bruces con él. A pesar de todo, no podía negar que sentía un especial interés por encontrárselo y ver cuánto había cambiado. Aventurero. Esa era la palabra que Sakai había empleado para referirse a su hermano, y aún resonaba en sus oídos. Sōsuke asociaba a esa palabra toda suerte de desesperación y angustia, insatisfacción y aborrecimiento, desintegración personal y corrupción, y estaba seguro de que el hermano de Sakai debía de conocer, aunque solo fuera parcialmente, las implicaciones propias de todos esos sentimientos. Trataba de imaginar, además, en qué clase de hombre se habría convertido Yasui, quien, aparentemente, compartía diversos intereses comunes con el hermano de Sakai. Al menos, habían regresado juntos de Manchuria. Podía formarse una imagen vívida de los dos, aunque sin duda le llegaba matizada por los prejuicios que le suscitaba la palabra «aventurero», de la que resaltaba especialmente los aspectos negativos. Sin embargo, comprendía que él, y solo él, era el único responsable de lo que le había sucedido a Yasui, y quería verle con sus propios ojos. Comprobar en qué se había convertido, y asegurarse de que el Yasui real no había degenerado hasta el extremo que él podía llegar a imaginar.

Quiso encontrar un lugar conveniente, que quedara ubicado cerca de la casa de Sakai, para poder observarle sin ser visto. Pero, por desgracia, no pudo dar con ninguno. Además, supuso que le resultaría más fácil pasar inadvertido en la oscuridad si Yasui llegaba de noche, aunque también sería mucho más complicado poder distinguir su cara en semejantes circunstancias.

El tranvía llegó a Kanda mientras él continuaba absorto en sus pensamientos. El transbordo que tenía que realizar todos los días a su regreso le resultó especialmente extenuante, y se vio incapaz de dar un paso más en dirección a Yasui. Su curiosidad no era tan fuerte como había creído, y no duró mucho, de modo que, a esas alturas del día, sintió que se había extinguido por completo, y que no iba a correr ningún riesgo. Como el resto de la gente, se fue abriendo paso por las calles, enfrentándose al frío, pero, al contrario que los demás, él no tenía un destino concreto al que dirigirse. Caminaba mientras las tiendas se iban iluminando, advirtiendo que también los tranvías habían encendido ya sus luces. Al cabo de un rato, decidió que lo mejor sería entrar en una taberna y beber un poco de sake. Apuró el primer vaso de un trago, se obligó a beberse el segundo y, después de haberse tragado el contenido del tercero, el alcohol seguía sin surtir efecto. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, mirando al vacío con los ojos tristes de un bebedor solitario. A esa hora de la tarde había un considerable ir y venir de clientes, aunque la mayor parte de ellos solo perdía el tiempo imprescindible en terminar con lo que les hubieran puesto en el plato, pagar la cuenta y marcharse. Sōsuke, sin embargo, seguía sentado en silencio en mitad del tumulto. Cuando se dio cuenta de que estaba pasando allí más del doble del tiempo que empleaban los demás clientes, no pudo soportarlo. Se levantó y se marchó.

Las luces de las tiendas iluminaban la calle. Sōsuke distinguía claramente la ropa y los sombreros de la gente que pasaba. Sin embargo, la luz era demasiado débil para llegar a iluminar el frío espacio que quedaba más allá de las puertas. Parecía que la noche desdeñase el alumbrado de la ciudad y se apoderase del vasto y negro espacio que quedaba tras la entrada de cada una de aquellas tiendas. Apretó el paso arrebuñado en su abrigo negro, que parecía armonizar con el mundo oscuro que le rodeaba, sin poder deshacerse de la impresión de que hasta el aire que respiraba se volvía ceniza gris al entrar en sus pulmones, y llegar posteriormente a su torrente sanguíneo.

No subió a ninguno de los muchos tranvías que pasaban por allí haciendo sonar sus campanas, traqueteando ruidosamente sobre las vías. Al contrario del resto de la gente, cada cual con su destino en mente, él simplemente ignoraba a qué punto real se dirigía. Era un hombre sin raíces, con un espíritu que vagaba a la deriva. No obstante, en lo más profundo de su ser latía una preocupación por el futuro, de modo que no podía continuar sintiéndose así mucho más tiempo. Hasta aquel momento, el antiguo adagio de que el tiempo cura todas las heridas se había ajustado a su propia experiencia como anillo al dedo. Había creído en ello sin cuestionárselo. Pero ese firme principio se había derrumbado tan solo dos noches atrás.

Se abría paso por la oscuridad de la noche, mientras pensaba en cómo ahuyentar la terrible pobreza de su espíritu. Se sentía débil, inquieto, temeroso, inseguro, cobarde y mezquino. Aplastado por un enorme peso, su único propósito en ese momento era el de descubrir la forma de salir adelante, disociando por completo el efecto de la causa; la penitencia del pecado que la había provocado. Los acontecimientos habían llegado a un extremo tal, que ya no era capaz de pensar en nada más que en sí mismo. Se había convertido en un egoísta. Hasta ese instante había sido capaz de enfrentarse al mundo con paciencia, pero ahora debía dar los pasos oportunos para poder encontrar una filosofía vital. No una filosofía hipócrita que solo exigiera actuar de puertas para afuera, sino un pensamiento justo, capaz de indicarle a su ser más profundo la dirección que debía seguir. Seguía caminando, y advirtió que la palabra que le venía a la cabeza una y otra vez era «religión», aunque también era cierto que desaparecía pronto. Como el humo que se intenta apresar entre las manos para comprobar después, al abrirlas, que se ha esfumado, así le sucedía a él con la religión: no era más que una realidad transitoria que se desvanecía.

Para él, la religión iba unida al concepto de *zazen*. Mucho tiempo atrás, cuando estudiaba en Kioto, un compañero de clase fue al templo de Shokokuji para practicar *zazen*, y él, por aquel entonces, lo único que hizo fue reírse de él: «En estos tiempos y en esta época», pensó. Al darse cuenta de que no había gran diferencia entre el comportamiento de aquel compañero que practicaba *zazen* y el de todos los demás, no pudo evitar pensar en lo ridículo que resultaba todo aquello. Ahora, sin embargo, Sōsuke comprendía que, ciertamente, él debió de tener algún motivo profundo para desear ir a aquel templo sin dejarse asaltar por las dudas. El desdén de entonces le impidió apreciarlo a su debido momento, por lo que ahora se avergonzaba de su actitud. En cualquier caso, si era cierto, como creía la gente en otros tiempos, que se podía alcanzar la paz a través del poder del *zazen*, él lo iba a intentar. Podía tomarse diez o veinte días libres en el trabajo sin demasiadas dificultades. El camino del Zen, sin embargo, le era totalmente desconocido, y no tenía ni idea de adónde dirigirse para poder adentrarse en él.

Cuando llegó a su casa, contempló el rostro familiar de Oyone y el de su hermano Koroku. Reparó en el *chanoma*, en el salón con su lámpara y su cómoda. En realidad, era solo él quien había pasado las últimas tres o cuatro horas en un estado mental de gran agitación. Había un pequeño cazo humeante encima del brasero, y al lado estaba el cojín donde siempre se sentaba; frente a él, una bandeja con la cena servida.

Sōsuke contempló el cuenco de arroz vuelto del revés, y los palillos de madera que había estado usando mañana, tarde y noche durante los últimos tres años.

—No quiero nada —dijo.

—¿De verdad? —preguntó Oyone extrañada—. Se ha hecho tarde. Pensé que ya habrías cenado, pero por si acaso te he preparado algo.

Utilizó los dos trapos que solía emplear para protegerse las manos al ir a agarrar el cazo por las asas. A continuación, lo puso sobre la tabla sobre la que dejaban la tetera, y llamó a Kiyo para que se lo llevase a la cocina.

Sōsuke siempre le explicaba a su mujer con todo lujo de detalles si le había sucedido algo que le hubiera obligado a volver a su casa más tarde. Y siempre se sentaba a hablar con ella de inmediato, nada más regresar. Oyone, por tanto, esperaba que su marido se comportara como de costumbre. Pero aquella noche Sōsuke no tenía ganas de contarle por qué se había bajado del tranvía en Kanda, por qué había entrado en una taberna y por qué había pedido sake. En su inocencia, Oyone, ignorante aún de la razón que tan compungido tenía a su marido, esperaba escuchar todos los pormenores de su comportamiento.

—No se debe a nada en particular... Simplemente me apeteció de pronto comer algo de carne.

—¿Y luego has aprovechado para caminar y hacer la digestión?

—Bueno... Sí.

La historia le resultó divertida, y se rio con ganas. Sōsuke, por el contrario, se sentía incómodo.

—¿Ha venido a buscarme alguien de casa de Sakai? —preguntó al cabo de un rato.

—No. ¿Por qué?

—Me invitó a cenar hace un par de días.

—¿Otra vez? —preguntó ella sorprendida.

Minutos después, Sōsuke dio por concluida la conversación y se fue a acostar. De todas maneras, por mucho que lo intentara, no podía evitar seguir dándole vueltas a la cabeza. Un mismo tema seguía bullendo en su interior, y de vez en cuando abría los ojos para ver la tenue luz del *tokonoma*, mientras Oyone dormía plácidamente. Hasta hacía no mucho tiempo, era él quien dormía en paz y ella quien se pasaba las noches en vela, sin poder pegar ojo. Al darse

cuenta de su estado, se compadeció de sí mismo, sin poder dejar de escuchar el paso de las horas en el reloj del salón. En un principio fueron unas cuantas campanadas en rápida sucesión. Más tarde escuchó solo una: el ruido sordo de una única campanada que parecía arrastrarse eternamente por la casa como si se tratara de la cola de un cometa arrastrada por todo el universo. El eco resonó largo tiempo en sus oídos. Más tarde, el reloj dio las dos con su sonido melancólico. Tumbado en la cama, decidió que debía encontrar la manera de tomar las riendas de su vida. Casi sin darse cuenta, el reloj estaba dando las tres. Poco después fueron las cuatro, las cinco, las seis... A lo largo de aquella noche tuvo la impresión de estar entrando a formar parte de un mundo mucho más extenso. El cielo se expandía y se contraía como una pelota colgada de una cuerda elástica. Y, como las olas, la tierra se movía adelante y atrás en el espacio, describiendo un formidable arco. Eran cerca de las siete cuando despertó repentinamente de su sueño. Vio el rostro sonriente de Oyone, que estaba arrodillada a su lado, al igual que todas las mañanas, mientras un sol radiante ahuyentaba de sus ojos el oscuro mundo de los sueños.

XVII

Sōsuke atravesó la puerta del templo con una carta de recomendación en el bolsillo. La carta se la había entregado un individuo que conocía a uno de sus compañeros de oficina, quien acostumbraba a leer el *Saikontan* en el tranvía de ida y vuelta del trabajo. Sōsuke, que hasta ese momento no había sentido ningún interés por el Zen, no sabía nada del *Saikontan*. Pero un día, en el tranvía, se sentó por casualidad al lado de aquel compañero y, al ver el libro, mostró gran curiosidad por él. Su compañero se lo dejó, y Sōsuke pudo ver que se trataba de un ejemplar pequeño, con la cubierta de color amarillo. Cuando le pidió a su acompañante que le contara algo acerca del libro, acerca de su contenido, este se quedó perplejo, y de repente no supo qué responder. No sabía cómo podía explicarle en pocas palabras lo que allí se contaba, y tan solo le dijo que se trataba de Zen. Sōsuke no se había olvidado de aquel encuentro.

Cuatro o cinco días antes de que le entregasen la carta, Sōsuke volvió a acercarse a su compañero para preguntarle si practicaba Zen. El hombre le observó sorprendido. Sōsuke le estaba mirando de una manera especialmente tensa, y su compañero, al darse cuenta de que la pregunta obedecía a un interés auténtico, le respondió que no, que solo leía cosas de carácter general que pudieran resultar de su interés. De ese modo se lo quitó de encima, pero Sōsuke regresó a su mesa con una expresión de enorme decepción en el rostro.

Ese mismo día, a la salida del trabajo, volvieron a coincidir en el tranvía. Consciente de lo decepcionante que había sido su respuesta para Sōsuke, su colega recordó que la pregunta no le había parecido una simple excusa para iniciar una conversación, por lo que empezó a hablarle del Zen. Le confesó que nunca había estado en un templo, pero que, si él quería aprender más, podía presentarle a un amigo suyo que iba a menudo a Kamakura. Después de aquello, le apuntó su dirección, y al día siguiente Sōsuke fue a ver a aquel individuo con la nota de su compañero a modo de presentación. Fue aquel hombre quien le entregó la carta de recomendación.

Poco después decidió tomarse diez días libres en el trabajo, con el pretexto de que estaba enfermo. A Oyone le dijo lo mismo para no verse obligado a tener que desvelar sus verdaderos motivos.

—Algo no marcha bien en mi cabeza —le dijo—. Me voy a tomar una semana libre para descansar en alguna parte.

Oyone se daba cuenta de que era cierto que, desde hacía algún tiempo, algo no marchaba nada bien. No podía dejar de pensar en ello, y se alegró de que su marido hubiera vencido al fin sus constantes vacilaciones para tomar una decisión. A pesar de todo, le sorprendió lo inesperado de su plan.

—¿A descansar? ¿Dónde irás? —preguntó con unos ojos desorbitados.

—Creo que cerca de Kamakura —respondió Sōsuke con calma.

Oyone no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. La sencillez de Sōsuke y la vida y el colorido de Kamakura no parecían congeniar. Reunir ambas cosas en un mismo espacio le parecía algo muy curioso.

—¡Vaya! Ahora te vas a convertir en un dandy. ¿Me llevarás contigo al menos?

Sōsuke no estaba de humor para apreciar las bromas de su esposa, y le explicó sus planes con gesto adusto.

—No voy a gastar dinero. Me retiro en un templo Zen durante una semana o diez días. Quiero reposo absoluto. No sé si me servirá de algo, pero todo el mundo coincide en que una semana respirando el aire puro del campo cura todos los males.

—Bueno, pues eso es otra cosa. En ese caso, vete. No lo dudes. Solo estaba bromeando —le respondió ella, mientras se lamentaba por haberle tomado el pelo a un marido que la trataba siempre con tanta consideración.

Sōsuke se guardó la carta de recomendación en el bolsillo, y al día siguiente se dirigió a la estación de Shimbashi para coger el tren con dirección a Kamakura. En el sobre había un nombre escrito: Shaku Gido.

—Hasta hace poco era un simple novicio, pero he oído que ahora vive en un pequeño templo aledaño al principal —le había dicho el hombre que le entregó la carta—. Búsquelo nada más llegar. Creo que el número que identifica su templo es el 1.

Los términos novicio y templo sonaban extraños a oídos de Sōsuke, pero se guardó la carta lleno de agradecimiento, y, antes de marcharse, le dio las gracias más sinceras a aquel hombre.

El sendero que arrancaba de la puerta del templo principal estaba flanqueado por frondosos cedros, tan altos que llegaban a ocultar el cielo. Bajo su sombra, Sōsuke apreció la gran diferencia que existía entre el mundo monacal y el mundo exterior. Se detuvo un instante junto a la puerta, y sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero, como si estuviera experimentando los síntomas propios de una gripe.

Echó a andar por el sendero. Había pequeños templos a ambos lados y también justo delante. No se veía un alma por ninguna parte, y el recinto parecía estar envuelto en una atmósfera de desolación. El verdín del tiempo se había acumulado en gruesas capas por todas partes. Era imposible saber en cuál de los numerosos templos podía preguntar por el monje a quien iba dirigida la carta. Se detuvo en mitad del sendero, y miró a un lado y a otro. Estaba completamente solo.

Parecía que el recinto hubiese ido a nacer a los mismos pies de la montaña, para ascender después hasta cierta altura

por la ladera. Árboles de gran porte ocultaban el paisaje. También el sendero trepaba por la montaña, y el terreno no estaba nivelado. Sōsuke se fijó en la puerta de dos o tres templos pequeños. Habían sido construidos en una zona más elevada, y la única manera de acceder a ellos era a través de unos escalones de piedra. Más cerca de él, al nivel del suelo, había unos espacios vacíos que se encontraban rodeados de setos. Cuando se acercó para examinar detenidamente aquellos pequeños templos, vio que todos ellos tenían un nombre y un número inscritos sobre unas tablillas colocadas bajo el alero de la entrada. Se acercó para leerlas, pero estaban viejas y maltratadas por el tiempo. Debía buscar el número 1, y si llegaba a encontrarlo, pero se daba la casualidad de que no veía en su correspondiente tablilla el nombre del monje al que estaba buscando, entonces se dirigiría al templo principal para preguntar allí. Volvió sobre sus pasos para poder examinar todos los templos, y empezó por el que se hallaba más próximo a la puerta del templo principal. Lo habían situado sobre un pequeño montículo que se alzaba a la derecha, al borde de un promontorio, por lo que recibía mucho sol. Estaba construido al abrigo de la montaña, protegido del frío, y parecía un buen refugio en el que resguardarse de los rigores del invierno.

Abrió la puerta y entró. Avanzó por el suelo de tierra hasta llegar a la celda del monje y, una vez allí, le llamó dos o tres veces. Pero nadie salió a recibirle. Esperó un rato en silencio, y no escuchó nada, lo que le extrañó. Finalmente, decidió salir, y cuando estaba cerca de la puerta vio a un hombre que subía por la escalera de piedra con la cabeza recién tonsurada, iluminada por el sol. Parecía joven. No tendría más de veinticuatro o veinticinco años. Y estaba muy pálido. Sōsuke esperó en la puerta a que llegara.

—Quería saber si es aquí donde vive Gido —dijo Sōsuke.

—Yo soy Gido —contestó el monje.

Sōsuke se sorprendió, pero al tiempo respiró enormemente aliviado. Sacó la carta de recomendación del bolsillo y se la entregó. El monje la abrió, la leyó allí mismo, y cuando la hubo terminado la dobló de nuevo y la guardó en el sobre.

—Sea usted bienvenido —saludó a Sōsuke.

Le invitó a pasar al interior. Dejaron las *geta* en el suelo de tierra, y entraron en una estancia que disponía de un gran brasero en el centro. El monje se quitó una prenda sencilla y ligera que llevaba sobre su hábito gris. La colgó de un clavo en la pared.

—Debe de tener frío —dijo el monje mientras hurgaba entre las cenizas para reavivar las ascuas. La serenidad de su forma de hablar no concordaba con su juventud. En su tono y en su sonrisa había algo casi femenino. Sōsuke se preguntó qué le habría llevado a afeitarse la cabeza y a adoptar semejante tipo de vida. Observó su delicada elegancia, y sintió cierto tipo de lástima por él.

—Este lugar parece hoy muy tranquilo. ¿Se ha marchado todo el mundo?

—No es solo hoy. Yo soy el único que vive aquí. Cuando tengo que salir me marcho y lo dejo todo tal cual. De hecho, ahora volvía de dar mi paseo habitual. Lamento no haber estado aquí para recibirle —se disculpó el monje.

—Hacerse cargo usted solo de todo esto debe de representar mucho trabajo —dijo Sōsuke, pensando que él mismo iba a convertirse en una carga suplementaria.

Pero Gido pareció leerle el pensamiento.

—Por favor, le ruego que se sienta en su casa. Después de todo, es por el bien del Camino, por el bien del *Dō*.

A continuación le explicó que, además, ya tenía a su cargo a otra persona. Un hombre que llevaba allí dos años. Cuando Sōsuke le conoció unos días más tarde, pensó que parecía tratarse de un individuo sin demasiadas preocupaciones en la vida, a pesar de lo demacrado de su rostro y de sus ojos saltones, que recordaban a los de un Arhan. La primera vez que le vio, el hombre llevaba en las manos un buen montón de nabos finos. Les dijo que los había comprado para preparar una espléndida cena. Los cocinó y, cuando estuvieron listos, los dos invitaron a Sōsuke a sentarse con ellos. Aquel hombre tenía cara de monje, a pesar de no serlo, por lo que a veces se mezclaba con los demás en el templo principal, y se iba a comer con ellos al pueblo después de la ceremonia de los difuntos. Gido se echó a reír cuando se lo contó a Sōsuke.

Sōsuke supo más tarde que había otros seculares a los que les gustaba ir a la montaña a practicar *zazen*. Entre ellos, había un hombre que se dedicaba al negocio de la tinta china. Vendía de puerta en puerta, y debía cargar durante veinte días seguidos con toda su mercancía, pero, al cabo de ese tiempo, cuando ya no le quedaba apenas género, regresaba al templo para retomar la práctica del *zazen*, y si se le acababa la comida, volvía a marcharse con la tinta cargada a la espalda. Y así repetía ese mismo ciclo una y otra vez, sin llegar nunca a cansarse.

Sōsuke se sorprendió enormemente al comparar la aparente sencillez de la vida que llevaba toda esa gente con su propia vida, siempre sumida en un constante tumulto interior. Parecía que un abismo separara sus existencias, y no podía definir si todos aquellos hombres eran capaces de practicar *zazen* porque tenían el corazón libre de preocupaciones o si, por el contrario, su corazón estaba libre de preocupaciones como consecuencia de la práctica del *zazen*.

—No hay que tomarse todo esto a la ligera. Si el *satori*, la iluminación, se pudiera alcanzar fácilmente, no habría monjes peregrinando por todo el país sumidos en una ardua búsqueda que puede llegar a durar treinta o cuarenta años —le advirtió Gido.

Después le dio unas instrucciones básicas sobre cómo practicar *zazen*. El *roshi* le propondría un *koan* que debería intentar resolver echando mano incluso, si esto era necesario, de todas las fuerzas de su alma. Debería luchar con él mañana, tarde y noche. Las palabras de Gido hicieron que a Sōsuke le entrara la inquietud.

—Ahora le llevaré hasta su celda —dijo el monje.

Salieron de la estancia y luego de rodear la sala principal, llegaron a una celda que se encontraba al otro extremo del templo. Gido abrió las contraventanas desde la galería. Daban a una habitación pequeña. Le pidió a Sōsuke que entrase. Tuvo la impresión de recorrer por primera vez un largo camino, pero ya fuese por la quietud reinante en aquel lugar o por cualquier otro motivo, sintió un desconcierto mayor del que nunca antes había sentido en la ciudad.

Aproximadamente una hora después escuchó los pasos de Gido acercándose desde la sala principal.

—El *roshi* quiere verle a usted, si está dispuesto. Le llevaré hasta él —dijo arrodillado en la entrada de la celda en señal de respeto.

Salieron juntos. Dejaron el lugar sin vigilancia, una vez más. Tras caminar cierta distancia por el sendero que arrancaba en la misma puerta, Sōsuke se fijó en un estanque con lotos situado a la izquierda. Era invierno y el agua estaba estancada y sucia. Había perdido todo vestigio de pureza. Al otro lado del estanque había una casa con un *engawa* que se extendía hasta un risco de piedra. Tenía la elegancia propia de una pintura *nanshu*.

—Ahí es donde vive el *roshi* —exclamó Gido señalando la casa, que parecía relativamente nueva. Pasaron frente al estanque y subieron los cinco escalones de piedra que llevaban a la entrada. Contemplaron el tejado de amplios aleros y rápidamente giraron a la izquierda. Al llegar a la entrada principal, Gido se excusó y se dirigió a la parte trasera de la casa. Regresó poco después para conducir a Sōsuke hasta la habitación del *roshi*.

Era un hombre que rondaría los cincuenta años. Tenía el rostro encendido de un color rojo negruzco. Sus músculos y su piel denotaban firmeza, como si tuviera todo su cuerpo bajo control. A Sōsuke le recordaba a una estatua de bronce. Solo sus labios, quizás demasiado gruesos, mostraban cierta distensión. Como si acompañasen al resto de sus rasgos, sus ojos desprendían un fuego que nunca antes había visto en ninguna otra persona. Toparse con aquella mirada fue para Sōsuke como contemplar el inesperado fulgor de una fría espada en la oscuridad.

—Supongo que da igual con qué empecemos. ¿Por qué no piensa primero en lo que era su rostro antes de que nacieran sus padres?

Sōsuke no entendió lo que el *roshi* le decía. Supuso que pretendía averiguar quién era él en última instancia, cuál era su verdadera esencia. Tenía un conocimiento tan precario del Zen que no se atrevió a preguntar nada. Se quedó callado hasta que Gido le hizo una señal, y ambos regresaron en silencio a su habitación.

Durante la cena, Gido le explicó que podía entrevistarse con el *roshi* cada mañana y cada noche. También podía escuchar sus sermones, que impartía al amanecer.

—Es probable que esta noche no llegue a comprender nada. Mañana le llevaré de nuevo junto a él —le dijo amablemente, aconsejándole que se tomase las cosas con calma. No había hecho más que empezar.

Le dijo luego que iba a tener que acostumbrarse a tirarse sentado mucho tiempo, y que eso no resultaba sencillo. Para tener una medida de tiempo con la que guiarse, le aconsejó que encendiera varillas de incienso y que se tomara un descanso cada vez que una de ellas se consumía.

Sōsuke salió de la habitación con las varillas de incienso en la mano. Atravesó la sala y entró en su cuarto. Se sentó distraído. Le pareció que la cuestión que le planteaba el *koan* estaba realmente lejos de lo que era él en esos momentos. Era como si hubiera ido para que le dieran un remedio para el dolor de estómago y en lugar de eso, le hubieran planteado un difícil problema de matemáticas advirtiéndole de que tendría que darle vueltas durante algún tiempo. Podría resolver el problema, sin duda, pero nunca antes de que se le aliviase el dolor de estómago, que es para lo que había ido allí.

Había pedido unos cuantos días libres en el trabajo, pues el trayecto hasta el monasterio era largo. Uno de sus compañeros le había hecho el favor de conseguirle una carta de recomendación. Por si fuera poco, Gido se desvivía por atenderlo lo mejor que podía. No le quedaba más remedio que concentrarse con todas sus fuerzas en la difícil tarea que le habían encomendado. Decidió luchar a brazo partido con el *koan*. No sabía qué podía ocurrir ni cuáles serían las consecuencias espirituales de su práctica del *zazen*. Obnubilado por el poder mágico de la palabra *satori*, se dispuso a vivir una aventura distinta a todo lo que había conocido hasta entonces en su vida normal. Si por casualidad lograba sus propósitos y le alcanzaba la iluminación, al menos podría albergar la fugaz esperanza de que su alma, hasta entonces débil, inquieta e indecisa, podía curarse.

Prendió una varilla de incienso y la colocó sobre las cenizas del brasero. Se sentó en la posición del loto tal como le habían enseñado. Mientras aún era de día no se había percatado del frío, pero ahora que se había puesto el sol se dio cuenta de que estaba helado. Empezó a sentir escalofríos recorriéndole la columna vertebral de arriba a abajo.

Se entregó a la meditación, pero pronto se dio cuenta de que su mente se llenaba de una sucesión de imágenes inconexas que no le ayudaban a captar la esencia del método, ni probablemente la verdadera naturaleza del problema que debía resolver. Mientras estaba allí sentado esforzándose por meditar, pensó que todo aquello era un auténtico disparate. Sentía que aquello no servía para nada; era como si antes de ir a socorrer a un amigo cuya casa se estuviese incendiando, se empeñase en perder el tiempo localizando tranquilamente su dirección en un mapa. Un

tropel de imágenes acudieron a su mente. Unas las veía con toda claridad, como si las tuviera delante de los ojos. Otras se mezclaban en una amalgama confusa, como si cayeran de las nubes. No era capaz de precisar su origen ni su destino. Aparecían y al momento desaparecían. Los pensamientos y las imágenes que le pasaban por la cabeza eran inabarcables, innumerables, inagotables, del todo imposibles de controlar. Cuanto más se esforzaba por cerrarles el paso, con más fuerza reaparecían.

Se asustó. Dando un respingo, regresó de inmediato a su ser habitual. Contempló la habitación, las paredes que lo aprisionaban y a la vez lo acogían. Apenas podía distinguir nada en la penumbra. El incienso se había consumido hasta la mitad. Nunca antes había reparado en la pavorosa lentitud del transcurso del tiempo. Retomó la meditación. Por su cabeza pasaron todo tipo de objetos, de las formas y colores más diversos. Semejaban un ejército de hormigas que desfilaran en interminable formación. Solo su cuerpo permanecía inmóvil. Su corazón, empero, no lograba descansar, hasta un extremo que le resultaba insoportable.

Sentado de aquella manera que le obligaba a permanecer inmóvil, era inevitable que empezara a dolerle todo el cuerpo, de rodillas para arriba. La columna vertebral, que hasta ese instante se había mantenido recta, se fue doblando poco a poco. Se sujetó el empeine con ambas manos para ayudarse a deshacer la postura. Se levantó y se quedó en medio de la habitación sin saber qué hacer. Hubiera querido recorrer las puertas y pegarse un par de carreritas para desentumecer los músculos. Era una noche silenciosa. Parecía que no hubiera nadie más allí, ni despierto ni dormido. No tenía valor de salir, pero menos aún de quedarse dentro y permitir que su incontrolable imaginación siguiera torturándole.

Prendió otra varilla de incienso. Repitió la secuencia anterior. Llegó a la conclusión de que podía meditar igual de bien de pie o sentado. Extendió el mugriento futón que había en un rincón y se tumbó sobre él. Tan pronto como lo hizo, cayó en un profundo sueño, fatigado por los acontecimientos del día. No pudo dedicar ni un segundo más a la meditación.

Cuando abrió los ojos, el papel blanco de las *shoji* que había detrás suyo filtraba ya los primeros rayos de luz. No era necesario vigilar el templo de día, y por lo visto tampoco lo era de noche. Ni siquiera había escuchado el ruido de las contraventanas al cerrarse.

Tan pronto como fue consciente de que no estaba en su cuarto, en su casa debajo de la de su casero, se levantó de un salto. Salió al *engawa* y vio un gran cactus. Pasó frente a la estatua de Buda que había en la sala, atravesó el *chanoma* y luego el cuarto con el gran brasero en el centro. La capa de Gido seguía colgada en el clavo de la pared. Él estaba de cuclillas en el suelo. Encendió el fuego de la cocina. Vio a Sōsuke y le dio los buenos días cortésmente.

—Hace un rato fui a verle para pedirle que viniera conmigo al templo principal, pero como estaba dormido fui yo solo.

El joven monje ya había cumplido con sus oraciones y ahora le estaba preparando el desayuno.

Mientras echaba leña al fuego con su mano izquierda, Gido sostenía en la derecha un libro con la cubierta negra. Lo leía en los intervalos en que su tarea se lo permitía. Sōsuke le preguntó de qué trataba. Vio que tenía un título complicado: *Hekigan-shu*, rezaba la tapa. Se le ocurrió que en lugar de entregarse a pensamientos sin propósito, como había hecho la noche anterior, quizás sería más conveniente pedir prestado un libro sobre el *Dō*. Sin embargo, Gido se negó categóricamente.

—Leer libros es malísimo. Lo cierto es que no existe mayor obstáculo para alcanzar la iluminación que leer. Incluso los que hemos logrado realizar algún progreso, leemos libros como este sin entender gran cosa. Cuando traspasamos el nivel de la experiencia, es como si nos halláramos a la deriva en mitad del océano. Si uno se empeña en realizar interpretaciones subjetivas de pasajes oscuros, ya no está en condiciones de practicar *zazen* como es debido. Le invadirá la insatisfacción por su evolución e inmediatamente querrá pasar a la siguiente etapa con el fin de precipitar la llegada del *satori*. La práctica inadecuada del nivel en el que uno se encuentra se convierte en un obstáculo insalvable. La lectura se puede convertir en veneno en cuanto uno se descuida. Mi consejo es este: ni lo intente. Pero si se empeña en leer algo sobre Zen, le recomendaría el *Zenkan sakushin*. Le servirá de inspiración para esforzarse. Le dará el coraje para seguir adelante. Esa obra, por supuesto, no dice nada sobre el *Dō*. Solo se lee para obtener estímulo.

Sōsuke no entendía bien lo que Gido le decía. Allí estaba él, de pie frente a un monje con la cabeza tonsurada, sintiéndose como un niño retrasado. Después de lo sucedido en Kioto, su vanidad se había esfumado. Había aceptado la mediocridad de su vida como un destino del que no podía escapar. Nada más lejos de su pensamiento que la vana esperanza de obtener fama o éxito mundano. Se mostraba ante Gido tal como era, sin máscara ni coraza. Se sentía torpe y desvalido, mucho más de lo que en realidad era en su vida diaria. Era aquella una revelación inesperada, una toma de conciencia que echaba por tierra lo poco que aún le quedaba de amor propio.

Mientras Gido apagaba el fuego de la cocina y terminaba de cocer el arroz para el desayuno, Sōsuke salió para lavarse la cara en el pozo que había en el jardín. Ante sus ojos apareció una montaña cubierta de bosques. En la parte baja, donde el terreno era más plano, había un huerto. Bajó hasta allí con el pelo mojado exponiéndose al frío. Al pie de la montaña descubrió una cueva gigantesca. Se quedó frente a la oscura entrada un buen rato. Cuando regresó al *chanoma*, vio que el brasero estaba encendido. Escuchó el ruido del agua hirviendo en la tetera.

—Le pido disculpas por no tener el desayuno preparado. Como puede ver, estoy solo. Nadie me ayuda. En un instante se lo preparo. Me temo que la comida no sobra precisamente en un lugar como este —dijo Gido sin abandonar en un solo momento el tono de disculpa—. Le compensaré calentando algo de agua para que pueda bañarse mañana.

Sōsuke terminó de desayunar y regresó a su cuarto. Se sentó con la intención de concentrarse de nuevo en la

pregunta de imposible respuesta: ¿Cómo era su rostro antes de que nacieran sus padres? Era un planteamiento sin atisbo de lógica, un problema carente de todo enfoque sistemático, y por eso, por mucho que lo intentase, era incapaz de encontrar una sola pista a la que agarrarse que le condujese a su resolución. Pronto se cansó de meditar. Recordó que aún debía escribir a Oyone para comunicarle que había llegado sano y salvo a su destino. Poder consagrarse a algo tan cotidiano como escribir una carta le produjo una inmensa alegría. No perdió un minuto. Empezó describiendo el lugar, su atmósfera tranquila, su clima más templado que el de Tokio; continuó describiendo al monje: le habló de su bondad, pero no pasó por alto mencionar lo pésima que era la comida; también le contó lo mugriento que estaba el futón.

Dejó a un lado la pluma. En ningún momento le explicaba a su mujer el enorme sufrimiento que le estaba suponiendo enfrentarse a un *koan* de imposible resolución. Tampoco mencionó nada sobre el dolor de sus articulaciones al practicar *zazen*. Por supuesto, evitó explicarle que meditar amenazaba con provocarle un ataque de nervios.

Una vez concluida la carta, pegó un sello en el sobre y se marchó al pueblo con la excusa de ir a la oficina de correos. Vagabundó un rato sin poder quitarse de encima la obsesiva pregunta: ¿cómo era su rostro antes de nacer sus padres? Tampoco podía dejar de pensar en Oyone y en Yasui. En estas ensoñaciones estaba cuando regresó al monasterio.

A mediodía apareció el hombre que practicaba Zen del que le había hablado Gido. Sin decir nada, sacó un cuenco vacío y se lo ofreció al monje para que se lo llenara de arroz. Se limitó a cruzar las manos a modo de agradecimiento pues se hacía entender por señas. Evidentemente había hecho voto de silencio. No hablar, evitar cualquier clase de ruido, parecía el principio básico para sortear los obstáculos que impedían la meditación. Sōsuke pensó en la noche anterior, en su actitud desde que llegó al templo, en su vano intento por acatar las leyes del *Dō*. Sintió vergüenza.

Después de comer los tres se sentaron alrededor del brasero. El hombre confesó que a veces se quedaba dormido mientras practicaba *zazen*. En ocasiones, antes de despertarse, experimentaba fugazmente la maravillosa ilusión de creer que alcanzaba el *satori*. Sin embargo, abría los ojos y se daba cuenta de que nada había cambiado. Una profunda desesperanza se apoderaba entonces de todo su ser. Sōsuke no pudo contener la risa. Le tranquilizaba saber que gente versada en el *Dō* sufría igual infortunio en su práctica de la meditación. Al cabo de un rato se levantaron para retirarse a sus respectivos cuartos.

—Le invito a que venga conmigo esta noche al templo mayor. Así podrá practicar hasta tarde —propuso Gido a Sōsuke.

Se lo pidió de una manera tan formal que a Sōsuke le entró una gran responsabilidad. Regresó a su cuarto algo indispuesto, con una cierta sensación en el estómago de que tenía algo que había quedado sin digerir. Encendió una varilla de incienso. Se sentó en la postura del loto dispuesto a retomar la práctica del *zazen*. Sin embargo, a pesar de su buena predisposición, no logró permanecer inmóvil hasta que llegó la hora de ir al templo. Se sentía obligado a encontrar alguna respuesta al intrincado *koan* y acabó por sucumbir a la impaciencia sin lograr aclarar nada. Lo único que deseaba era que Gido apareciese cuanto antes para anunciar que la cena estaba lista.

Cuando el sol se perdió por el horizonte, se sintió cansado y profundamente desasosegado. Las sombras que se proyectaban en los paneles de papel de arroz de las contraventanas fueron desapareciendo. El aire que se colaba por las rendijas del suelo era cada vez más frío. El viento azotaba los árboles desde por la mañana. Salió al *engawa*. Levantó la vista. Delante tenía una larga hilera de tejas negras con sus bordes perfectamente alineados. Más allá, el cielo azul se disolvía despacio en la oscuridad.

XVIII

—Tenga cuidado. Es peligroso —dijo Gido mientras bajaba los escalones de piedra.

Al contrario de lo que sucedía en la ciudad, allí la noche era cerrada. Gido había encendido por precaución un farolillo a pesar de que la distancia al templo principal no era excesiva. Cuando dejaron atrás la escalera, pasaron bajo unos frondosos árboles cuyas ramas se extendían por todas partes ocultando el cielo. A pesar de la oscuridad reinante, el verdor de las ramas provocó que Sōsuke se estremeciera de frío, como si el aire helado hubiera logrado penetrar a través de los pliegues de su kimono. La luz con la que se alumbraban era débil, pero se imaginaba perfectamente el verdor reinante en el paisaje. Una luz y unos destellos muy tenues, quizás más de lo normal debido al enorme porte de los árboles, que solo alcanzaba a iluminar un pequeño círculo alrededor suyo, un área de gris en mitad del negro reinante que se desplazaba al mismo tiempo que sus sombras. Nada más dejar atrás el estanque, subieron por una cuesta empinada y resbaladiza cuya ascensión se les hizo muy difícil, especialmente a Sōsuke, que nunca había ido allí de noche. Un par de veces tropezó y se cayó al suelo. Al fondo había un atajo que llevaba directo al estanque, pero Gido juzgó que, aunque por allí se acertaba, a Sōsuke le resultaría más difícil. Por eso optó por el camino principal.

Había muchas *getas* alineadas en la entrada del templo principal. Sōsuke se cuidó mucho de no desordenarlas. Entraron en una habitación que mediría unos ocho tatamis. Al fondo, junto a una pared, habría seis o siete hombres en fila. Entre ellos, dos monjes ataviados de negro con la cabeza tonsurada. Los demás vestían *hakama*. Formaban una L y dejaban un espacio libre cerca de la entrada para permitir el paso. Guardaban silencio absoluto. Un solo vistazo a sus caras bastó para impresionar a Sōsuke. En primer lugar le llamaron la atención sus gestos austeros; estaban sentados allí, con los labios apretados y los ceños fruncidos. Parecía no importarles en absoluto lo que ocurría a su alrededor; tampoco quién pudiera entrar allí. Semejaban estatuas vivientes acomodadas en una estancia sin calefacción. Así que, más que el frío, a Sōsuke le impresionó la solemnidad del ritual que se estaba llevando a cabo.

Al poco rato unos pasos rompieron el silencio. Primero sonaron lejanos e imperceptibles, después retumbaron a medida que se aproximaban al lugar donde estaba sentado Sōsuke. Por el pasillo apareció un monje. Pasó junto a él y después se sumergió en la oscuridad de la noche. En las profundidades del templo se escuchó el sonido de un gong. Cuando lo escuchó, uno de los hombres que hasta entonces había estado sentado en la fila, se levantó para dirigirse en silencio a la parte opuesta de la habitación que quedaba frente al pasillo. Una vez allí, volvió a sentarse. Vio que en ese lugar era donde habían colocado el gong. Comprobó que tenía un aspecto más pesado y grueso de lo normal. En la oscuridad reinante, adoptaba un color azulado. El hombre alcanzó el mazo de madera que había al lado y golpeó con él dos veces el gong. Luego se levantó y desapareció por las habitaciones interiores del templo. Apenas pudo distinguir sus pasos alejándose. De pronto se detuvo. Sōsuke trató de imaginar qué estaría haciendo. El interior del templo seguía sumido en un profundo silencio. Los hombres sentados a su lado ni se inmutaron. Sōsuke esperó escuchar algún otro sonido llegado desde las profundidades. Un nuevo golpe de gong rompió el silencio reinante. Volvió a escuchar unos pasos acercándose por el interminable pasillo. Apareció el mismo hombre vestido con *hakama*. Pasó de largo en silencio hasta alcanzar la puerta. Salió y desapareció en el frío del exterior. En ese instante se levantó otro hombre. De nuevo hizo sonar el gong. Se escucharon sus pasos en dirección al interior del templo. Sōsuke observaba la procesión silenciosa con las manos apoyadas en las rodillas. Estaba esperando su turno.

Poco después de que el penúltimo hombre abandonase la sala, se escuchó un fuerte grito en el interior del recinto. Venía de lejos, por lo que no llegó a golpearle directamente los tímpanos. A pesar de todo, se dio cuenta de que quien gritaba así lo estaba haciendo como si le fuera la vida en ello. El hombre que estaba a su lado se levantó. Comprendió que pronto tendría que hacerlo él, lo cual no hizo más que aumentar su inquietud. Había preparado algo parecido a una respuesta en relación al *koan*, pero en realidad no la tenía muy elaborada. Sabía que cuando entrara en la sala donde estaba el *roshi*, algo tendría que decir. Se obligó a improvisar una solución que le sirviera al menos para salir del paso. No se hacía ilusiones de ser capaz de desenredar aquel nudo gordiano que se le presentaba. Tampoco tenía intención de engañar al *roshi*, pues se tomaba muy en serio su experiencia en el templo. No le quedaba más remedio que verle, pero le avergonzaban la vacuidad y el nulo valor del argumento que había preparado.

Golpeó el gong como habían hecho los demás, aunque sabía que no tenía el mismo derecho que ellos a hacerlo. Se despreció por imitarles como haría un simple mono. Atemorizado por su debilidad, dejó la sala y se internó en el pasillo. Era extraordinariamente largo. Todas las salas que quedaban a los lados estaban sumidas en la penumbra. Nada más doblar la segunda esquina, distinguió luz tras uno de los paneles de papel de la puerta de la sala que quedaba al fondo. Se acercó y entonces se detuvo en seco.

Era obligado que los fieles hicieran tres reverencias al *roshi* antes de entrar. Tenía que agacharse hasta tocar el tatami con la cabeza mientras alzaba las manos hasta las orejas como si sostuviera algo en ellas. Se puso de rodillas en el umbral de la puerta para cumplir con el precepto.

—Una es suficiente —dijo una voz desde el interior. Sōsuke se levantó y entró.

La sala estaba iluminada con una luz tenue, tan débil que resultaba imposible descifrar los ideogramas escritos en las paredes, a pesar de que eran de buen tamaño. Nunca en su vida se había topado con nadie que se enfrentase a la oscuridad de la noche con una luz tan mortecina. Era algo más intensa que la de la luna, pero carecía de su tono azulado. Daba la impresión de que iba a disolverse en cualquier momento, absorbida por la oscuridad reinante.

Aproximadamente a un metro de distancia, entrevió la figura del hombre a quien Gido llamaba *roshi*. Su rostro estaba impasible, como de costumbre. Podía haber pasado por un rostro fundido en metal. Era de color cobrizo. Llevaba un hábito de color caqui. No se le veían ni los pies ni las manos, solo la cabeza. De cuello para arriba producía una

impresión de inmutabilidad. Observó su cabeza y le maravilló descubrir que no se movería por mucho que esperase a que lo hiciera. No había ni rastro de pelo en su cuero cabelludo.

Sōsuke se sentó frente a él profundamente abatido.

—Si eso es todo lo que tiene que contar —le dijo inmediatamente el *roshi*—, entonces no debería haber venido. Cualquiera con un mínimo de educación habría dicho lo mismo.

Cuando Sōsuke salió de la sala se sentía como un perro apaleado. A su espalda volvió a sonar el gong.

XIX

Sōsuke escuchó voces al otro lado de la puerta.

—¡Nonaka-san, Nonaka-san!

Estaba medio dormido. Creía haber respondido a la llamada, pero en realidad había vuelto a quedarse profundamente dormido antes de hacerlo. Al final abrió los ojos y se levantó de un salto. Salió al *engawa*. Gido llevaba una especie de mandil sobre su hábito. Estaba fregando el suelo. Con las manos enrojecidas y ateridas por el frío, escurría un trapo húmedo. Dio los buenos días a Sōsuke con su habitual sonrisa y cordialidad. Ya había ido al templo principal para rezar. Después había regresado para ocuparse de las tareas diarias. Sōsuke se avergonzó por la pereza que se apoderaba de él y que le impedía despertarse a pesar de sus insistentes llamadas.

—Lo siento, pero he vuelto a quedarme dormido.

Salió del cuarto para ir al pozo a lavarse. Sacó un cubo de agua fría y se frotó la cara tan vigorosamente como pudo. Se acarició la barba que crecía en sus mejillas. Estaba áspera, pero no tenía tiempo de afeitarse. No podía dejar de pensar ni por un instante en la diferencia que había entre Gido y él. Cuando su mentor le dio la carta de recomendación, le explicó que Gido era un buen hombre que había hecho muchos progresos en el *Dō*, pero en ningún caso hubiera imaginado que se iba a encontrar con alguien como él, un siervo de Buda iletrado, cortés y humilde. Allí arrodillado y con las mangas recogidas, nadie le habría tomado por el prior de un templo. Más bien parecía un novicio, un simple monaguillo como mucho. Había abrazado la vida monástica de joven, cuando aún no había abandonado el mundo definitivamente. Durante siete días seguidos estuvo sentado en la postura del loto sin hacer un solo movimiento. A resultas de ello, sus piernas quedaron tan entumecidas que al final casi no podía ni ponerse en pie. Si tenía que ir al baño, se apoyaba en la pared para no desplomarse. En su vida anterior había sido escultor. El día que le alcanzó la iluminación, corrió a lo alto de la montaña movido por una euforia desconocida y gritó a pleno pulmón: «¡La hierba, los árboles, los animales, los hombres: todo es Buda!»». Después se afeitó la cabeza. Le había dicho a Sōsuke que aunque ya llevaba dos años a cargo del templo, en todo aquel tiempo aún no se había permitido el lujo de dormir en una postura normal. Incluso en pleno invierno, dormía sentado, apoyado contra la pared, completamente vestido. Le contó también que, siendo novicio, le tenía que lavar la ropa interior al *roshi*. Y por si no fuera suficiente, cuando disponía de algo de tiempo para practicar *zazen*, solían acercársele sigilosamente por la espalda y le golpeaban, le vituperaban y le preguntaban cómo era posible que alguien como él hubiera llegado a monje. Se arrepintió muchas veces de haber elegido ese camino.

—La situación ha mejorado últimamente, pero no sé qué sucederá en el futuro. La vida ascética del *Dō* constituye todo un sacrificio. De no ser así, cualquier insensato como yo no tendría que pasarse diez o veinte años sufriendo de esta manera.

Sōsuke escuchó su historia y se quedó mirando al vacío, absorto en sus pensamientos. Le impacientaba su propia apatía, su ausencia de fuerza vital. Si el *satori* tardaba tantos años en manifestarse, ¿para qué había ido él a la montaña? Esa era la primera de las muchas preguntas sin respuesta que se hacía.

—No piense que venir aquí ha sido una pérdida de tiempo. Aunque solo practique diez minutos diarios, siempre sacará beneficio. Si son veinte, mejor. De esa manera logrará romper las barreras y podrá practicar en cualquier lugar donde se encuentre.

Después de escuchar sus palabras de aliento, Sōsuke se sintió obligado a regresar a su cuarto aunque solo fuera por deferencia hacia su maestro. Estaba intentando concentrarse en la meditación, cuando Gido entró.

—Nonaka-san, es la hora del sermón —le dijo.

En aquel momento nada podría haberle causado más alegría. Seguía completamente desconcertado por el enigma que le habían planteado, sufría infinitamente en la postura del loto y prefería desempeñar cualquier trabajo físico, por muy extenuante que este resultase. Por encima de cualquier otra cosa, deseaba ejercitar el cuerpo.

La sala de sermones estaba a cien metros de distancia de su celda. Volvieron a pasar frente al estanque de lotos. En esa ocasión enfilaron en línea recta, sin doblar a la izquierda por el camino principal. Llegaron a un edificio alto que se alzaba majestuoso entre los pinos. Gido llevaba guardado en el bolsillo su libro con la cubierta negra. Sōsuke, naturalmente, iba con las manos vacías. Cuando entró en la sala, se dio cuenta de que el sermón era en realidad como una clase de su época de estudiante. La estancia era espaciosa, el techo alto y frío. El color desvaído de los tatamis encajaba bien con el de los pilares, que tenían aspecto de ser muy antiguos. Todo en conjunto le daba al recinto una impresión de humedad rancia. La gente que estaba allí sentada desprendía un aire entre sobrio y austero. No había establecido ningún orden para sentarse. Nadie hablaba con nadie, ni tan siquiera en susurros. Todos vestían una suerte de túnicas de cáñamo de color azul oscuro, y se sentaban enfrentados los unos con los otros en dos hileras. La silla del *roshi* estaba pintada de color bermellón.

Finalmente apareció. Sōsuke, que no había levantado la vista del tatami, no le vio entrar en la sala, sino que cuando alzó la cabeza ya estaba directamente sentado en su silla. Mostraba un aspecto sereno que otorgaba si cabe mayor dignidad a su figura. Un monje joven se incorporó para desenvolver un rollo de crepé color púrpura del que extrajo un manuscrito. Lo colocó sobre la mesa que había frente al *roshi*, hizo una profunda reverencia y se retiró.

Los monjes presentes en la sala juntaron las manos en señal de reverencia y comenzaron a entonar las Sabias

Advertencias de Musokokushi. Los seglares que había junto a Sōsuke, también cantaban. Para él, lo mismo era un *sutra* que unas palabras corrientes recitadas con entonación.

—*Tengo tres clases de discípulos* —recitaban—. *En primer lugar, están los aventajados que gracias a su fervor han roto por completo con el mundo y sus tentaciones para entregarse en cuerpo y alma a la salvación. En segundo lugar, están los que no se entregan del todo a la búsqueda del Dō y se desvían por los caminos del intelecto. Por último, están todos los demás.*

Era un pasaje más bien breve. Sōsuke no sabía quién era ese tal Musokokushi. Gido le explicó que, junto a Daitokushi, fue uno de los fundadores de la secta Rinzai. Le dijo también que Musokokushi era cojo, y que se desesperaba al no poder sentarse correctamente en la postura del loto tal y como anhelaba. Cuando vio que se acercaba la hora de su muerte, declaró que no quería irse sin cumplir su deseo, y forzando su pierna enferma hasta alcanzar la posición completa, empezó a sangrar de tal modo que echó a perder sus hábitos.

Finalmente comenzó el sermón. Gido sacó su libro del bolsillo, lo abrió por la mitad y lo colocó frente a Sōsuke. Se titulaba *Shumon mujinto-ron*. Cuando Sōsuke le preguntó por aquel libro la primera vez, le explicó que era un texto esencial, muy útil. Lo había compilado Torei, discípulo de Hakuin. Resumía las distintas etapas por las que debe pasar un hombre en la práctica del Zen, desde la más superficial a la más profunda. También describía los cambios psicológicos asociados a cada etapa.

Sōsuke había llegado al templo cuando ya habían pronunciado los sermones, por lo que no entendía gran parte de lo que oía. Sin embargo, el *roshi* se expresaba con una gran elocuencia, y Sōsuke se esforzó en comprender y se dio cuenta de que, al menos, captaba algunas cuestiones que resultaban de su interés. Animaba a los aspirantes a esforzarse cada vez más, a seguir el ejemplo de quienes les habían precedido en la búsqueda del Dō realizando duros sacrificios. Estimular a los aspirantes, era una antigua fórmula que aún seguía dando resultados. En cierto momento, el *roshi* cambió dramáticamente el tono de voz y empezó a reprochar a algunos de los presentes su falta de devoción.

—Entre nosotros los hay que tratan de excusar su indolencia en base a un supuesto miedo al fracaso.

Sōsuke recibió sus palabras como una auténtica bofetada. Era él quien se había expresado con esas mismas palabras.

Una hora después, Sōsuke y Gido regresaron a sus habitaciones. De camino, Gido le explicó que en ocasiones así los monjes aprovechaban para airear las debilidades de los aspirantes. Sōsuke permaneció mudo.

XX

Los días en la montaña se sucedían uno tras otro. Sōsuke recibió dos largas cartas de Oyone. No decía nada en ellas que pudiera perturbar su paz o distraerle de su propósito. Aunque él era en general muy considerado con ella, en esa ocasión decidió no responder. Pensaba que si al menos lograba encontrar la respuesta a la pregunta que le había planteado el *roshi*, su estancia allí no habría sido en vano. De día le invadía una especie de tensión que no sabía cómo explicar. Los amaneceres y los atardeceres se acumulaban sin que por ello dejase de crecer su inquietud espiritual. Era como si algo monstruoso le acechase. Cuanto más pensaba en la primera respuesta que se le ocurrió al *koan*, más se convencía de su validez. Pero como había nacido de su intelecto, carecía de todo valor. Intentaba dejar de lado sus convicciones para encontrar otro tipo de certidumbre; mas en vano.

Se sentaba en la habitación, en completa soledad, y se sumía en sus pensamientos. Si se cansaba, salía por la cocina hasta llegar al huerto que había en la parte de atrás. Entonces se acercaba hasta la gruta que había al pie de la montaña y se quedaba allí, completamente inmóvil. Gido le había dicho que no debía distraerse, sino concentrarse hasta quedar congelado, hasta convertirse en algo tan duro como el acero. Pero cuanto más se lo repetía a sí mismo, más difícil le resultaba lograrlo.

—Su problema es que ya tiene una idea preconcebida en mente —le había advertido Gido.

Sōsuke ya no sabía qué hacer. De pronto, sus pensamientos se centraron en Yasui. Si no había regresado a Manchuria y seguía yendo de vez en cuando a casa de Sakai, lo mejor que podía hacer era mudarse cuanto antes a cualquier otra parte. En lugar de perder el tiempo en aquel templo, sería más inteligente regresar a Tokio lo antes posible para hacerse cargo de la situación. Si no se mudaban rápido, Oyone acabaría por enterarse de su presencia y eso no haría más que empeorar las cosas.

—No parece razonable pensar que alguien como yo tenga muchas oportunidades de alcanzar el *satori* —le dijo Sōsuke a Gido dos o tres días antes de abandonar la montaña.

—En absoluto. Cualquiera que esté decidido a alcanzarlo puede lograrlo —le respondió Gido. Parecía profundamente convencido—. Ciertamente que tiene que esforzarse para vencer la enorme complejidad que supone el Sutra del loto, persistir, como si estuviera tocando un tambor, pero cuando esté completamente desbordado por la dificultad del enigma del *koan*, este le abrirá de golpe ante sus ojos un nuevo mundo.

A Sōsuke le causó una profunda tristeza comprender que ni las circunstancias ni su carácter, le permitían entregarse en cuerpo y alma a una tarea tan ardua y desesperada como lo que se había propuesto. Sus días en aquel retiro estaban contados. Tan solo era un pobre insensato que había ido allí con la única intención de huir de las complicaciones de la vida, para regresar sin haber logrado nada aparte de perderse en los recovecos de un camino de la montaña. No tenía valor de confesarle a Gido sus verdaderos sentimientos. En lo más profundo de su corazón, respetaba el coraje, el fervor, la sinceridad y la amabilidad de aquel joven monje.

—Hay un proverbio que asegura que el *Dō* está al alcance de nuestra mano, pero que estamos condenados a dar muchas vueltas hasta encontrarlo. Es cierto. Si está dispuesto a abrir los ojos, se dará cuenta de que lo tiene justo delante de sus narices —le dijo Gido en tono desconsolado.

Sōsuke regresó a su habitación y prendió otra varilla de incienso.

Por desgracia, no experimentó ningún cambio hasta que llegó el momento de dejar el templo. No había sido capaz de aprovechar la oportunidad que se le había brindado de comenzar una nueva vida. Y así, entre reproches por su miserable fracaso, llegó la mañana de partir. Hizo cuanto pudo para ahuyentar su pesar pero no lo consiguió.

—Le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí —le dijo a Gido antes de partir—. Lamento que haya sido en vano. No creo que volvamos a vernos durante un tiempo. Cuidese.

—Siento mucho no haber podido ayudarle más —le respondió el monje—. Me imagino que este lugar le habrá resultado de lo más incómodo, pero el hecho de que haya dedicado tantas horas a la práctica del *zazen* le resultará sin duda muy beneficioso en su vida futura. El solo hecho de que haya venido usted aquí ya significa mucho.

A pesar de sus palabras de consuelo, Sōsuke se daba cuenta de que solo había sido un entretenimiento para matar el tiempo. Le daba vergüenza comprobar que Gido intentaba aligerar la carga de su fracaso.

—Que el *satori* llegue antes o después, depende muchas veces del temperamento de cada persona. Nada tiene que ver con el carácter o con la falta de él. También sucede a veces que cuando se alcanza demasiado pronto, termina por convertirse en un obstáculo. Al contrario, cuando se obtiene después de un largo y tortuoso camino, se transforma en fuente de perpetua y constante satisfacción. No hay ninguna razón para perder la esperanza, pero la entrega es imprescindible. Hay hombres como Kosen, seguidor en un principio de las enseñanzas de Confucio, que no empezó con la práctica del *zazen* hasta que hubo rebasado el ecuador de su vida. Tres años después de tonsurarse la cabeza, seguía siendo incapaz de resolver un simple *koan* de principiante. Estaba convencido de que sus pecados nunca le permitirían alcanzar el *satori*. Se sentía inferior al estiércol y, sin embargo, ¡ffíjese en la iluminación que alcanzó! Él constituye el ejemplo perfecto.

Gido le rogaba a Sōsuke que no cesase en su intento por alcanzar el *satori* a su regreso a Tokio. Él escuchaba sus palabras educadamente, pero en su corazón sabía que no tenía ninguna importancia si lo lograba o no. Había ido allí

para tratar de abrir una puerta, pero su obstinado guardián se había negado a dejarle pasar. Ni siquiera se había dignado a mostrar su cara por mucho que él se hubiera empeñado en llamarle. Solo le había dicho: «*No sirve de nada llamar. Abre tú mismo la puerta y entra*». Le había dado muchas vueltas a cómo hacerlo, había trazado un plan detallado, pero al final fue incapaz de lograr su objetivo. Se encontraba exactamente en el mismo punto en el que estaba antes de empezar a buscar una solución. Se había quedado de pie frente a la puerta, ignorante, impotente. Durante años había dependido exclusivamente de su discreción. Era una ironía del destino que justo en ese momento, esa misma discreción se hubiera transformado en maldición. Envidiaba de corazón la simplicidad de los tontos que siguen su camino sin pensar en nada, sin lamentarse por sus limitaciones. Sentía también una particular reverencia y devoción por la gente sencilla anclada en sus creencias, ajena por completo a cualquier duda intelectual. Tenía la impresión de que desde niño había estado maldito, condenado a quedarse para siempre en el umbral de la puerta, incapaz de traspasarla. No había nada que pudiese hacer. Si la puerta era en verdad infranqueable, haber ido allí ya constituía de por sí una flagrante contradicción. Echó la vista atrás y examinó su pasado. Sabía que no tendría valor para volver sobre sus pasos, para recorrer de nuevo el mismo camino. Contempló la puerta frente a él, cerrada a cal y canto. Supo que nunca se abriría para mostrarle lo que había detrás. Su destino no era cruzar su umbral, pero tampoco se iba a sentir satisfecho con quedarse fuera. Tan solo era un pobre diablo condenado a quedarse allí agachado esperando a que cayera la noche.

Antes de marcharse, Gido acompañó a Sōsuke a despedirse del *roshi*. Les hizo pasar a la sala que daba al estanque de los lotos y les sirvió el té. Luego, sin que nadie se lo pidiera, se retiró.

—Debe de hacer mucho frío todavía en Tokio —comenzó el *roshi*—. Si al menos hubiera sido capaz de concentrarse un poco, el regreso a casa se le haría más llevadero. Lo siento.

Sōsuke respondió con una profunda reverencia. Dejó atrás la puerta del templo que había traspasado diez días antes. A su espalda, las ramas de los cedros se mecían sobre los tejados. Proyectaban sus sombras como si quisieran atrapar el invierno.

XXI

El Sōsuke que traspasó de nuevo la puerta de su casa desprendía, incluso bajo su propia perspectiva, un aroma de tristeza evidente. Había pasado los últimos diez días lavándose la cabeza con agua fría en cuanto se levantaba y sin peinarse ni una sola vez desde que había llegado. No había tenido tiempo siquiera ni de afeitarse. Gracias a los solícitos cuidados de Gido, había podido comer un plato de arroz tres veces al día acompañado de algunas hierbas o de unos nabos guisados. Era de natural pálido, pero en aquel momento parecía más demacrado que nunca. Durante su retiro se había acostumbrado a pasar largas horas de meditación y silencio, y de alguna manera aún arrastraba ese hábito. A Oyone le recordaba a una gallina al cuidado de sus huevos.

Su cabeza no funcionaba lo bien que él habría deseado. Sin embargo, no podía alejar a Sakai de sus pensamientos. Tampoco a su hermano, el aventurero, ni a Yasui, por supuesto. Aquella extraña coincidencia le había sumido en una profunda consternación. Estaba impaciente por saber qué había sido de ellos, pero no tenía valor de ir a casa de Sakai a preguntar. Tampoco se atrevía, por razones obvias, a hacerlo indirectamente a través de Oyone. Temía tanto que ella llegase a enterarse de que Yasui estaba en Tokio, que durante su estancia en el templo no pasó un solo día sin que rogase al cielo para que eso no ocurriera. De nuevo, Sōsuke volvía a estar sentado en el salón de su casa. Estaba agotado por el viaje desde Kamakura.

—Me pregunto cómo es posible que un trayecto tan corto en tren pueda resultar tan agotador. No sé, puede que sea cosa mía —le confesó a su mujer—. Y bien, ¿ha sucedido algo en mi ausencia?

En cualquier circunstancia, Oyone siempre gustaba de mostrar a su marido su cara más amable, pero estaba muy preocupada por su aspecto y no pudo disimular su angustia. No se atrevió a decirle nada, menos aún que se sentía peor que nunca. Fingió una vivacidad que en realidad no sentía.

—Es natural que estés desanimado por tener que volver a casa después de unos días de descanso, pero mírate, ¡pareces un vagabundo! Échate un rato y ve luego a bañarte y a darte un buen corte de pelo.

Sacó un espejo del cajón del escritorio para que comprobase por sí mismo lo que le decía. Cuando escuchó a su mujer alborotando a su alrededor, Sōsuke sintió que la atmósfera del templo que aún vivía en él se evaporaba. Se había ido de las montañas para regresar a casa y volvía a ser el mismo de siempre.

—¿Ha preguntado Sakai por mí en mi ausencia?

—No.

—¿Tampoco a Koroku?

—No, que yo sepa.

Koroku había ido a la biblioteca. Sōsuke salió de casa con la jabonera y una toalla en la mano.

Cuando al día siguiente entró en la oficina, todos sus compañeros le preguntaron por su salud. Algunos le dijeron incluso que había perdido peso. A Sōsuke todo aquello le sonó a sutil sarcasmo. El compañero que tenía por costumbre leer el *Saikontan* se limitó a preguntarle cómo le había ido. Su pregunta también le molestó sobremedida.

De vuelta a casa, por la noche, no le quedó más remedio que someterse a otro interrogatorio, esta vez de Koroku y Oyone, que se turnaban para interesarse hasta por el más mínimo detalle de su viaje.

—Debe de ser maravilloso marcharse de casa sabiendo que alguien se queda a cargo de todo —dijo Oyone.

—¿Cuánto te cobran al día? —preguntó Koroku—. Me encantaría ir de caza por allí con mi escopeta.

—Te habrás aburrido muchísimo... Todo el día solo en un lugar tan desolado... No puede uno pasarse el día entero durmiendo —sentenció Oyone.

—Comer tan mal no puede ser bueno para la salud —sentenció Koroku.

Se acostó y antes de que le venciera el sueño, decidió que iría al día siguiente a casa de Sakai para preguntar por Yasui. En caso de que siguiera en Tokio, se mudaría lejos de allí.

El día siguiente transcurrió sin que hubiera sucedido nada extraordinario. Ya era de noche cuando le dijo a Oyone que iba un momento a casa de Sakai. Subiendo la cuesta, comprobó que no había luna. Entró al patio de Sakai por la puerta lateral. El sonido de sus pasos sobre la grava quebró el silencio de la noche. Sacó fuerzas de flaqueza. Se convenció de que había muy pocas posibilidades de toparse con Yasui. En cualquier caso, tomó la precaución de dirigirse a la cocina para preguntar si tenían invitados.

—Me alegro de que haya venido —le dijo Sakai nada más verle—. Todavía hace algo de frío, ¿no le parece?

Rodeado de sus hijos, irradiaba la alegría de siempre. Jugaba a *janken* con su hija de seis años que llevaba una cinta roja en forma de mariposa en el pelo. No parecía dispuesta a dejarse derrotar por Sakai. Apretaba con todas sus fuerzas su diminuto puño y lo lanzaba dando un enérgico golpe al aire. Su aspecto decidido, el contraste entre su diminuto puño y la manaza de su padre, provocaban la risa de los demás.

—Esta vez le toca ganar a Yukiko —dijo la señora Sakai que observaba el juego desde su asiento junto al brasero. Una sonrisa amable dejó sus dientes al descubierto. Alrededor de los niños había cuentas esparcidas de todos los colores: blancas, rojas, azules...

—¡Vaya! Yukiko me ha ganado —exclamó Sakai para dar por finalizada la partida. Se acercó a Sōsuke—. ¿Me permite que le arrastre hasta mi estudio? Allí estaremos más tranquilos.

Allí, junto al *tokonoma*, seguía colgada la espada de Mongolia, guardada en su funda de brocado. Había también un arreglo de flores de genista. Sōsuke se preguntó cómo podían haber florecido tan pronto. Volvió a fijarse en la funda.

—Veo que la espada sigue ahí colgada —dijo mientras miraba a Sakai para comprobar su reacción.

—Sí, cierto. Es una cosa bastante extraña, ¿no le parece? El canalla de mi hermano debe de pensar que regalándome eso va a conseguir sacarme lo que quiera.

—¿Qué ha sido de él desde la última vez que nos vimos? —preguntó Sōsuke tratando de fingir indiferencia.

—Oh, regresó hace unos días a Mongolia. El sitio le va que ni pintado. Cuando le expliqué que la vida en Tokio no era para un bárbaro como él, estuvo de acuerdo y se marchó en seguida. A mi me parece mucho mejor que un tipo así se quede al otro lado de la Muralla China; que se dedique si quiere a buscar diamantes en el desierto del Gobi.

—¿Y qué pasó con su amigo?

—¿Yasui? Se fue con él, por supuesto. No parece capaz para establecerse en ninguna parte. Oí que alguna vez había estado matriculado en la universidad de Kioto. Me pregunto qué le habría llevado a cambiar de vida de un modo tan radical...

Sōsuke había roto a sudar. No quería escuchar por boca de una tercera persona lo mucho que había cambiado Yasui, lo perdido que estaba. Dio gracias al cielo por no haberle dicho nunca a Sakai que él también había estado matriculado en la misma universidad. Sin embargo, no podía olvidar la invitación de Sakai para presentarle a su hermano y a Yasui. Había logrado escapar por un pelo de tan penosa situación, de verse obligado a dar la cara, pero no podía descartar por completo que su nombre hubiera surgido en la conversación. En ese momento comprendió por qué mucha gente con un pasado especialmente turbio prefería cambiarse el nombre como condición para poder seguir enfrentándose al mundo. Faltó poco para que le preguntase si les había dicho algo sobre él, pero se contuvo. Eso era precisamente lo que no debía hacer.

La criada entró con una bandeja repleta de extraños pasteles. Eran del tamaño aproximado de un cuarto de tofu y estaban hechos a base de gelatina transparente. Justo en el centro se veían unos pececillos de colores. La criada había colocado los pastelillos con sumo cuidado para que no echar a perder su delicada forma. Sōsuke los miró con interés, pero su atención se desvió pronto hacia otro asunto.

—Sírvase, por favor —le pidió Sakai que ya se había lanzado a por uno de ellos—. Me los regalaron ayer con motivo de la celebración de unas bodas de plata a la que fuimos invitados. Dicen que traen buena suerte. Me imagino que no le vendría mal un poco de buena suerte.

Dicho esto, Sakai engulló varios pasteles en un abrir y cerrar de ojos. Sin duda, era un hombre que disfrutaba de una salud de hierro: bebía sake, comía todo el arroz que quería y pasteles a granel.

—La verdad, no entiendo por qué se considera de buen augurio que una pareja se pase veinte o treinta años juntos mientras se llenan de arrugas. Supongo que todo es relativo. Recuerdo que una vez, cruzando el parque de Shimizudani, me llevé una tremenda sorpresa.

La conversación estaba a la deriva. No en vano, aquella era la típica estrategia de Sakai: saltar de un tema a otro para no aburrir a su invitado. Probablemente fuera el resultado lógico de su habilidad para las relaciones sociales.

De acuerdo a lo que le contó, a principios de la primavera nacían cientos de ranas en el estrecho y pestilente regato que corre bajo el puente Benkei y que desemboca en el citado parque. Mientras se desarrollan hasta alcanzar la edad adulta, no dejan de hacer un ruido insoportable. Después, centenares, miles de parejas, se aparean en las aguas del arroyo. Las parejas copulan y ocultan el agua hasta no dejar un solo centímetro visible. Mientras flotan allí en conyugal armonía, la gente que pasea, estudiantes, gente ociosa y demás, se dedica a lanzarles piedras con una crueldad inusitada mientras están en pleno éxtasis. Al final, acaban muertas tantas ranas que no se pueden ni contar.

—La expresión que mejor le viene al caso para describir la escena es «pila de cadáveres». Pero lo más lamentable es que se trata de parejas. Como puede ver, con que uno se aleje un par de calles, empieza a encontrar cadáveres por doquier. No olvide nunca esa dura realidad. Tenemos que ser conscientes de que somos personas afortunadas. No corremos riesgo de que alguien nos diga lo malo que es ser hombre o mujer, y nos tire piedras a la cabeza por estar casados. Conozco matrimonios que han vivido juntos veinte o treinta años sin mayores contratiempos; eso sí que es digno de admiración. En fin, creo que por eso lo mejor que podemos hacer es comernos estos pasteles, aunque solo sea por brindar a la salud del matrimonio que nos los regaló ayer.

Dicho eso, alcanzó uno con sus palillos y lo puso delante de Sōsuke, que le miraba con una sonrisa forzada.

Entre bromas, Sakai siguió con sus historias y Sōsuke le escuchó con pretendida atención, aunque la verdad es que no tenía las más mínimas ganas de estar allí. Se daba cuenta de que nunca sería capaz de adoptar una actitud tan

desenfadada como la de Sakai. Pasado un tiempo prudencial, se excusó y se marchó. En la oscuridad de la noche, contemplando el cielo sin luna, descubrió que lo embargaba una inmensa tristeza imposible de describir. Había ido a ver a Sakai con la única esperanza de volver a poner orden en su vida. Se había visto obligado a dejar a un lado su vergüenza y sus reparos y atender del modo más educado a la conversación de su amigo, al que consideraba un hombre de honestidad y benevolencia probadas. Aunque no llegó a averiguar todo lo que se proponía, se consoló pensando que al menos no se había visto obligado a revelar nada sobre su pasado.

La tormenta que había amenazado con caerle encima se había alejado sin rozarle siquiera, pero tenía la impresión de que en el futuro se vería obligado a enfrentarse a situaciones parecidas. El destino se la tenía guardada. Era su obligación capear el temporal, ese era su destino y tenía que acostumbrarse a convivir con él.

XXII

Con la llegada del nuevo mes el tiempo se hizo más templado. El despido de funcionarios relacionado con la inminente subida de los salarios, tema de especulación durante mucho tiempo, se dejó de lado en los últimos días del mes que acababa. Durante la reorganización, a Sôsuke le llegaban constantes noticias sobre gente a la que despedían, algunos amigos suyos. Llegó a comentarle a Oyone que estaba convencido de que él sería el próximo. Ella nunca sabía si hablaba en broma o en serio. A veces creía vislumbrar en sus palabras un oscuro augurio. Al pronunciarlas, Sôsuke tomaba conciencia de los negros nubarrones que acechaban en su corazón. Pero con la llegada del nuevo mes, la reestructuración en la oficina concluyó. Al menos por el momento.

Reflexionó mucho sobre el destino que le había permitido sobrevivir a la purga. Mientras que la supervivencia se le antojaba natural, al menos desde cierto punto de vista, desde otro lo consideraba una mera cuestión de suerte.

—Menos mal —le había dicho a su mujer, que estaba sentada en el suelo. No parecía alegre ni triste. Estaba apático. Es más, por un momento, a Oyone le pareció un pelele caído del cielo. Dos o tres días después, y de modo inesperado, los jefes le llamaron a su despacho y le subieron el sueldo cinco yenes.

—Bueno. No es el aumento del dos con cinco por ciento que esperaba, pero qué se le va a hacer. Peor están los que no han recibido ningún aumento, e incluso los que se han quedado sin trabajo.

Sôsuke se daba con un canto en los dientes, como si los cinco yenes fueran más de lo que merecía. Oyone no fue capaz de plantearle ninguna objeción.

La noche siguiente al anuncio del aumento, a la hora de la cena, sirvieron a Sôsuke un plato con un pescado tan grande que la cabeza y la cola le sobresalían por los extremos. Olfató el arroz teñido por el color de la guarnición de judías. Oyone había enviado a Kiyo a buscar a Koroku, que se había mudado con Sakai, para que les acompañara esa noche durante la cena.

—¡Vaya, esto sí que es una auténtica fiesta! —exclamó nada más ver la mesa servida.

Era la época en que florecían los ciruelos. Las flores más tempranas habían empezado a ajarse y caer. Llovía abundantemente y luego escampaba. Luego las lluvias cesaron y salió el sol para dar paso a días calurosos y sofocantes. Del suelo y de los tejados ascendía la humedad que traía el recuerdo de primaveras pasadas. Algunos días, los cachorros retozaban bajo los paraguas puestos a secar junto a la entrada de las casas; días en los que el calor subía a bocanadas por la parte donde el sol les golpeaba.

—El invierno ha terminado. ¿Por qué no vas el sábado que viene a casa de los Saeki y les preguntas qué pueden hacer por Koroku? Si esperas demasiado, Yasunosuke volverá a olvidarse —dijo Oyone a su marido.

—De acuerdo. Iré este próximo sábado —contestó él decidido.

Koroku había aceptado la propuesta de mudarse a casa de los Sakai a cambio de ayudar en las tareas domésticas. Sôsuke le había prometido que tanto él como Yasunosuke, se harían cargo de lo que le hiciera falta. Koroku no esperó a que su hermano diera el siguiente paso y decidió ir él mismo a hablar personalmente con Yasu-san. Este le prometió que si su hermano mayor se lo pedía, aceptaría compartir los gastos de su educación. Con eso daría por zanjado el asunto.

Y así fue que la paz volvió a reinar en la vida de aquella pareja que detestaba por encima de todo las complicaciones de la existencia. Un domingo por la mañana, Sôsuke fue a los baños públicos para quitarse de encima la suciedad acumulada tras cuatro días de trabajo. Estaba sumergido en el agua, cuando escuchó hablar a un hombre que rondaría la cincuentena. Tenía la cabeza afeitada. Saludó a otro hombre más joven, de unos treinta años, con aspecto de tendero. Le dijo que al fin había llegado la primavera. El más joven aseguró que aquella misma mañana había escuchado el canto del ruiseñor por la ventana abierta. El otro también lo había oído tres o cuatro días antes.

—Aún no afinan bien porque la primavera está reciente.

—Es cierto, parece como si arrastrasen la lengua.

Cuando volvió a casa, Sôsuke le contó a Oyone la conversación. Ella contemplaba la deslumbrante escena que se desplegaba en el exterior de la casa con el rostro iluminado.

—Es maravilloso, ¿verdad? La primavera ya está aquí.

Sôsuke salió al *engawa* para arreglarse las uñas. Reparó en que ya tenían una considerable longitud.

—Sí, pero el invierno volverá pronto —dijo bajando la vista para concentrarse en su tarea.

Natsume Sōseki



Natsume Sōseki (1867 - 1916) es el seudónimo literario de Natsume Kinnosuke (en japonés, Natsume Kin'nosuke 夏目金之助), fue un novelista japonés, profesor de literatura inglesa, escritor de haikus y de poesía china. Sus obras más conocidas son Kokoro (corazón), Soy un gato, Botchan, El caminante, Las hierbas del camino y Sanshiro.

Sōseki nació en el seno de una familia de funcionarios públicos, descendiente de una familia de samuráis venida a menos. Sus padres lo entregaron en adopción a uno de sus sirvientes a la edad de dos años; vivió con éste y su mujer hasta los nueve años.

En 1884 se matriculó para cursar Arquitectura en la Universidad Imperial de Tokio (hoy Universidad de Tokio o Tōdai) a instancias de su familia, aunque acabó estudiando Lengua Inglesa.

En 1886 conoció y trabajó amistad con el poeta Masaoka Shiki, que le inició en el arte de la composición de haikus, momento en el que adoptó el seudónimo de Sōseki, que en chino significa «terco».

Tras licenciarse, fue profesor de inglés en esa capital, y a los 30 años aceptó un empleo en Matsuyama en la Isla de Shikoku, en aquel tiempo considerada como una zona fuera de los confines de la civilización. Sus amigos intelectuales le dieron el pésame, porque aquel trabajo parecía más bien un destierro que un trabajo.

Pese a ello, Sōseki enseñó durante un par de años a aquellos rudos escolares, que describe con mucho sarcasmo en Botchan (1906), y se casó con Kyoko Nakane hija de un político local, pero luego recibió una beca de la Universidad de Tokio para estudiar inglés en Londres. Los tres años que pasó en Londres fueron de soledad, miserables pagas del

gobierno japonés, aunque leyó cuanto pudo en las bibliotecas de Londres. Por eso también debe mucho a los escritores ingleses.

A su vuelta a Tokio, Sōseki enseñó 4 años en la cátedra de Filología Inglesa en la Universidad Imperial, como estaba pactado, sustituyendo a Lafcadio Hearn. Pero esa ocupación le resultaba odiosa, así que empezó a ocupar casi todo su tiempo libre en escribir.

La carrera literaria de Sōseki comenzó con unos relatos cómico-satíricos por entregas que aparecieron en revistas literarias del momento, como Hototogisu; en 1905 esta narración humorística se publicó con el título Soy un gato (Wagahai wa neko de aru), donde el animal protagonista analiza la civilización en una sátira descarnada de la burguesía Meiji.¹ Este mismo año publicó Rondon to (La torre de Londres).

En 1906 escribió Botchan, que algunos entienden como su primera novela, que obtuvo un gran éxito de crítica, en la que narra de forma semi-biográfica las experiencias de un profesor de Tokio destinado a provincias. A partir de ese momento comenzó a escribir casi una obra por año, y la temática gira siempre alrededor de la mezcla de comportamientos japoneses y occidentales que vivía Japón y las contradicciones que producía en la gente. Abundan los triángulos amorosos, las traiciones entre "amigos", el sarcasmo y la sátira. Su Sanshiro, publicada en 1908, es asimismo una novela con una capacidad introspectiva fuera de serie, considerada la novela puente entre sus dos obras capitales.

Otros textos de Natsume Sōseki

[Almohada de Hierba](#) — Novela

[Botchan](#) — Novela

[Daisuke](#) — Novela

[El Caminante](#) — Novela

[El Minero](#) — Novela

[Kokoro](#) — Novela

[Los Sueños de Diez Noches](#) — Cuento

[Luz y Oscuridad](#) — Novela

[Misceláneas Primaverales](#) — Cuento

[Sanshiro](#) — Novela

[Soy un Gato](#) — Novela